

Eduardo Pons Prades

**Los niños
republicanos
en la guerra
de España**

Lectulandia

En aquella España hostil de los años cuarenta y cincuenta, los mayores derrotados no fueron los que habían empuñado las armas sino los que se denominaron niños de la guerra: los más débiles, los más asustados, los más humillados, los últimos en padecer la tragedia en la se habían visto envueltos durante tres años. Miles de niños y jóvenes fueron víctimas de una guerra más larga que dominó su infancia y juventud y para muchos toda la vida.

Desde la cotidiana represión en colegios y centros de Auxilio Social, hasta ese muchacho que, con sólo diecisiete años, fue obligado a formar parte de pelotones de fusilamiento; desde el miedo y la soledad hasta el exilio. Esta es la historia que, a través de cientos de testimonios, recoge Eduardo Pons Prades donde el recuerdo de cada uno se mezcla con el toda una generación.

Lectulanđia

Eduardo Pons Prades

Los niños republicanos en la guerra de España

ePub r1.0

ugesan64 19.10.13

Título original: *Los niños republicanos en la guerra de España*

Eduardo Pons Prades, 1997

Retoque de portada: ugesan64

Editor digital: ugesan64

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A Antonia, mi compañera.

La guerra de España fue el apoteosis de la Fraternidad.

ANDRÉ MALRAUX

Sé que cuanto relato aquí ha sido vivido y no inventado. Y sé por qué lucharon y cómo ganaron su guerra estos vizcainitos, estos españolitos de Alsemberg... porque yo era uno de ellos.

LUIS DE CASTRESANA

Para la niña que compartía el hambre y el frío, los zapatos rotos y la ropa casi harapienta, el miedo y el silencio de sus mayores, en los tristes años cuarenta, todos los datos y fechas que desvelan hoy los comentaristas recientes nos eran muy conocidos y familiares.

LIDIA FALCÓN

¿Por qué arruinaron nuestros honrados hogares si nuestros padres tan sólo luchaban para humanizar el trabajo y dignificar la vida?

LAURA PALOMO

La dictadura franquista conjugó, como ninguna, el terror y el negocio.

VICTORIANO QUERO

El choque bélico, nuestra guerra, había removido el mapa, sacado a la superficie los turbios posos de la

realidad social.

JOSEFINA DE SILVA

Machado nos enseñó que la risa era sin duda una de las pocas fuentes de vitalidad para el ser humano, que el humor era uno de los grandes aliados de la cordialidad y por lo tanto de la solidaridad.

FRANCISCA AGUIRRE

Estoy seguro de que si hubiésemos hecho la guerra con la gente menuda, como la que yo conocí, seguro que la ganamos...

MANOLO GARBAYO

España: el drama de un pueblo empecinado en convertir la *utopía* en *realidad*, lo absoluto en *relativo* y el más *allá* en *aquí y ahora*.

GINER DE LOS RIOS

AGRADECIMIENTOS

A Alejandro Finisterre, Tomasa Cuevas, Jesús Bernárdez, Joaquín Gálvez Prieto, Rafael López Corrales, Francisca Aguirre, Manolo Garbayo, Laura Palomo, Salvador Terán, Consuelo García, Victoriano Quero, Juana Doña, Aurora Marín Villalba, Ildefonso Plaza, Neus Catalá, Gregorio Arrien, José Fernández Sánchez, Emilia Labajos-Pérez, Nicolás Manzanares, Mercedes Núñez, Francisco Moreno Gómez, Emeterio Payá Valera, Enrique Pradas Martínez, Joan Llarch, Josefina de Silva, Antonio Soriano, Montserrat Roig, Rosalía Crego, Carmen Heredia, Enrique Zafra, Ismael Viadiu Rodenas, Julio Valdeón, Lidia Falcón, Antonio Ramos Espejo, Secundino Serrano, Isidro Cicero, Agustín Centelles Ossó, Adolfo Usero, Kalinka Pradal, Rafael Abella, Alicia Altad, María Lacrampe, Elena Prades Igual, Xavier Costa Clavell, Eliseo Pons Prades, Eutimio Martín, Rade Nikolic, Manuel Huet Piera, Enric Casañas, Amparo Marco de Hernando, Benigno «el Vaquero», Rosa Laviña, Eduardo Haro Tecglen, Faustino Cordón, Ambrosio Ortega Alonso, Julia González, Paco Lobatón, Julio Sanz Sainz, Enrique Pereira Basanta, María Dolores Pons Serrano, Carlos Giménez Giménez, Adolfo Usero y Antonio Hernández García, cuyos escritos, información y aclaraciones me han sido

sumamente útiles.

Editores Mexicanos Asociados, Ámbito Editorial, de Valladolid, Ediciones de La Torre, Ediciones Vosa y Compañía Literaria, de Madrid, así como la Librería Estudios, de Granada, Librería Manterola, de Donostia, y Librería Universitaria, de Barcelona, me han ayudado en la localización y alcance de libros descatalogados y difíciles de encontrar.

Y a Jaume y Victoria, del Estudi d'Art Fotogràfic Biarnés, de Barcelona, por su valiosa colaboración en la restauración y reproducción de toda clase de documentos e ilustraciones.

PRÓLOGO

La lucha que no cesa

«¡NO, NO HAY GUERRAS JUSTAS!», DICE UNO de los personajes cuyos testimonios recoge Eduardo Pons Prades, incesante historiador de la cara oculta —tantos años— de nuestras desgarraduras contemporáneas. Es cierto: la guerra tiene siempre unos mismos caídos, que son las gentes del pueblo, y unos mismos triunfadores que, si no son de la clase acostumbrada, terminan adquiriendo una «nueva clase» con el mismo vicio, y ésa es la base de su injusticia. La muerte, el destrozo, la recompensa, tienen un destino eterno. Esta idea de que no hay guerras justas fue la de la izquierda grande mundial, de La Internacional en la que convivieron poco tiempo algunos anarquistas, los socialistas de las varias cepas y los comunistas unificados por Marx: era la idea que abandonaron los socialistas al mismo tiempo que La Internacional —fundaron otra— cuando, en 1914, se unieron a los gobiernos de guerra en Francia y en Alemania, y fueron enemigos unos de otros, y se mataron entre sí tal como era la predicción, para que ganaran unos estados imperialistas en lugar de otros y murieran los que estaban predestinados a ello.

Lo cual no impidió que se declarase, después, la Segunda Guerra Mundial, con sus monstruosos equívocos de propaganda; y aún más tarde la tercera, oculta y casi clandestina, que fue la guerra fría cuyo final vamos contemplando poco a poco y nos va alcanzando, como siempre: han perdido grandes pueblos de Europa, los del «tercer mundo» —hasta esa clasificación han perdido: son ahora pueblos ínfimos— están sometidos a un neoimperialismo que ni siquiera lleva consigo algunas de las ventajas que produjo el colonialismo —las ha anulado y no ha dejado detrás de sí la libertad, la independencia y la reconstrucción de las culturas, como prometía, sino las guerras internas y el hambre para todos— y está implantando otro imperio sobre sus pueblos propios, llamado neocapitalismo o, con un nombre anterior, el capitalismo salvaje. Es un salto atrás en la historia sobre los tiempos de Roosevelt y su idea del capitalismo para todos, e incluso para el sueño de algunos filósofos de la historia que predecían una simbiosis entre el capitalismo y el comunismo, que hubiera sido una democracia amplia y perfecta. Perfecta como sólo se produce en los sueños.

La aceptación de la idea de que todas las guerras son injustas no nos debería llevar a la idea de que las dos o las varias partes de una guerra son igualmente injustas. Desde la muerte del representante repulsivo de los vencedores eternos, Franco (que reunía en su carácter y en su comportamiento todos los datos de esa clase, y por eso consiguió la «Unificación» que tanto festejaba y el acuerdo que duró cuarenta años y que todavía funciona en las urnas), se está tratando de homologar las dos partes de la Guerra Civil española, en un bondadoso y equívoco sentido de que todos fuimos culpables de la misma manera, de que las atrocidades

fueron mutuas y de que el olvido es salud. Una gran parte, por no decir toda la izquierda, cayó en esa situación con el ánimo de fundar una España nueva y joven. No tenían razón. Hay una culpabilidad del Partido Comunista con su propuesta inicial de «reconciliación nacional» y con el paso de la teoría a la realidad en los pactos de la Moncloa (Carrillo); otra en el Partido Socialista con la intransigente actitud de olvidar a sus mayores y sus compañeros de guerra, en borrar a algunos de sus teóricos como Araquistain —o Álvarez del Vayo— y en asegurar que la humanidad —o sea, el grupo de naciones que se amparó bajo el nombre falso de Occidente: falso como situación geográfica y como indicativo de una civilización conservable— tenía abierto el camino por un capitalismo creador, una revolución informática y una democracia nominal. Aun entre algunos anarquistas se produjo un movimiento equívoco hacia la colaboración con el sindicalismo vertical por la aproximación que hicieron tipos tan turbios como Solís y Emilio Romero, cuya verdadera intención era sustentar el anticomunismo por ese disfraz.

En la guerra española había una parte implacablemente injusta, que no ocultaba su solidaridad con las injusticias del mundo contemporáneo —fascismos, nazismos— y también con las del pasado: los Reyes Católicos, Carlos V, Felipe II, El Escorial... Fue la parte que desencadenó la guerra y no puede compararse con la parte que se defendió de ella y que intentó dentro de esa situación hasta establecer unos puntos revolucionarios que acabaran con la desigualdad que apenas había conseguido iniciar la República. Hoy damos el nombre de republicanos a quienes se unieron al Frente Popular y a los gobiernos de defensa nacional, sean cuales fueran sus partidos o sus motivos. No eran

simplemente «monárquicos» los asaltantes porque durante su Reino —que adoptó ese nombre oficial— no hubo monarquía de la sangre. Hasta ellos se dieron cuenta de lo pasado de ese tipo de régimen de la sangre.

Republicanos eran, o éramos, los niños que formamos parte de la Guerra Civil y la perdimos. Eduardo Pons Prades ha dedicado su vida, después de su militancia activa y su participación en las guerras republicanas, a escribir la crónica de los perdedores en todas las circunstancias que les deparó su desastre: los distintos exilios, incluyendo el interior; las otras luchas antifascistas; los campos de concentración, las persecuciones, la miseria, el hambre. Él mismo ha participado de casi todas esas experiencias, incluyendo las de las guerrillas o «maquis» en España, y las cárceles franquistas. El combate de la escritura ha continuado en él al de las armas. Creo que mi primera relación con él fue por la revista *Tiempo de Historia* que dirigí y en la que aparecieron algunos de sus testimonios, como en *Triunfo*. En la mayor parte de sus títulos aparece, como en este mismo libro, la palabra «República» y tiene el sentido que antes comenté: el de la gran coalición de guerra, rota tantas veces por algo que es absolutamente necesario a la izquierda: la adscripción y la apertura de diferentes caminos, de distintas vías, de maneras a veces sangrientamente opuestas, de concebir la ilusión de la libertad. Creo que la república, como tal, es en primer lugar la ausencia de toda clase de monarquía —o gobierno de uno solo: aunque no sea el rey o el heredero, el monarca puede ser el secretario general de partido o un presidencialista, como en tantos regímenes considerados como repúblicas— y por lo tanto el cumplimiento de su promesa de nombre: *res publica*, la cosa de

todos, el asunto colectivo. Es lo que contiene la palabra «democracia», a la que se ha apelado tantas veces para añadirle un adjetivo más y huir realmente de ella: democracias populares, una redundancia, democracias cristianas, socialdemocracia, o como en la broma siniestra con que el franquismo trató de salvarse de otros vencedores mundiales —que, por cierto, no le desearon nunca ningún mal, ni durante nuestra guerra, ni en la suya, ni hasta su muerte—, democracia orgánica. Ahora ha perdido cualquier adjetivo en España, pero también se le ha ido su esencia. Se la falsifica ya sólo con su nombre: es su peor momento.

Luchador con las armas y con las letras por la República, su combate no cesa nunca. Eduardo Pons Prades tiene ahora más de ochenta años (n. 1920) y está fresco y erguido: no sé si en su figura, pero sí en su trabajo de escritor, de historiador, de investigador; y de periodista, por cómo busca a los otros protagonistas para que sean ellos quienes nos hablen. Su contribución a la historia que tantas veces se ha ocultado, que la inmensa mayoría de los españoles desconoce desde la escuela a la tumba, la revelación de que hubo una parte justa y otra injusta en nuestra guerra como en nuestras paces tan relativas, es de un valor, a veces, sentimental, como podemos sentirla sus contemporáneos, o los «niños republicanos» de su título: siempre clara, precisa, documentada y valiente.

EDUARDO HARO TECGLEN

INTRODUCCIÓN

EN ESTAS PÁGINAS, A TRAVÉS DE LAS vivencias de nuestros niños y niñas, se revive —en síntesis, pero con honda sensibilidad— la historia de España del siglo XX. Porque serían ellos los que «heredarían» la tierra y las vidas de sus progenitores. Y los que sufrirían las secuelas de los interminables enfrentamientos políticos —esterilizadores, las más de las veces— y de las luchas sociales —sangrientas, a menudo—, que se desarrollaron por nuestros lares en el primer tercio de este siglo. Las últimas etapas de la azarosa existencia de aquellos niños se plasmarían, en muchos casos, por tierras extranjeras. Lejos de sus hogares, de sus familias, de sus escuelas, de sus amigos... Y, no pocas veces —en España, en Francia, en Bélgica, en Inglaterra y en la Unión Soviética—, con la guerra presente y lacerante. Ya que el combate contra el nazifascismo europeo empezado en España en el verano de 1936, se proseguiría en el Viejo Continente hasta mayo de 1945; con la Segunda Guerra Mundial, que estallaría en septiembre de 1939. A los cinco meses escasos de haberse terminado la contienda española.

En aquellos años (1936–1945), en España, los franquistas impondrían la ley del más fuerte, sin entretenérse en «minucias

jurídicas» de ninguna especie. Instaurando una dictadura, de una crueldad sin precedentes, que duraría varias décadas. Entre los niños evacuados al extranjero, tenemos el caso del vasco Jokin Gálvez Prieto, que, con diecisiete años, requisado por los alemanes, acabaría trabajando en la Organización Todt, la que construyó el famoso Muro del Atlántico en las costas francesas. Esto, después de haber vivido la evacuación de Euskadi, cruzando el puente internacional sobre el Bidasoa, bajo una lluvia de balas enemigas procedentes del monte Jaizkibel. Como en Sarajevo, recientemente, eran francotiradores que disparaban sobre blancos vivientes... Luego vino su repatriación a la zona republicana y su estancia en tierras catalanas, hasta enero de 1939, en que conocería su segundo éxodo, de nuevo hacia tierras francesas, en la retirada de Cataluña, que duró cerca de seis semanas. A los pocos meses, en mayo-junio de 1940, viviría los altibajos de la Campaña de Francia, con el dantesco repliegue hacia los Pirineos como colofón hasta su repatriación definitiva a su tierra natal, en abril de 1944^[1].

Y la trágica andadura de una niña asturiana, Pepa-Natalia Rodríguez Ortega, que recorrió los mismos itinerarios que Jokin Gálvez, hasta llegar a Barcelona, en el verano de 1937. Después formaría parte de una expedición infantil, por mar, con destino a la Unión Soviética. Allí, en Ucrania, al ser invadidos por las tropas alemanas, en junio de 1941, Pepa-Natalia se alistará como conductora de una ambulancia militar —con dieciocho años recién cumplidos—, siendo hecha prisionera en 1942, para terminar su odisea en el campo polaco de exterminio de Auschwitz, en la primavera de 1942^[2].

En España, por aquellos años, la represión contra los hombres

—los vencidos— sería brutal; la que sufrieron las mujeres —las vencidas— fue brutalmente refinada. Y la que se aplicó contra los menores de edad —hijos, hermanos, nietos, sobrinos... y, a veces, simples vecinos o amigos de los vencidos— fue despiadada y criminal. El palentino Ambrosio Ortega Alonso era un mozalbete de quince años cuando fue encarcelado —al no poder detener a su hermano mayor— y permaneció en prisión 23 años. Lo conocí en su pueblo natal, Barruelo de Santullán, en 1976, y me confesó: «Con tantas vejaciones y humillaciones a las que nos sometieron, comprenderás que muchos llegásemos a desear que nuestros esbirros hubiesen dispuesto, como los alemanes, de cámaras de gas y de hornos crematorios».

Al poco tiempo de salir de la cárcel —mientras tanto habían detenido y fusilado a su hermano—, en 1970, el poeta vasco Blas de Otero le dedicaría este poema: «Brosio: Veintitrés años en la cárcel de *El Dueso a Teruel, de Teruel a Burgos* ... las noches oscuras, los días colorados ... *de cuando en cuando cantaba para que no muriera la voz* ... encadenado por amor al hombre ... *siete meses en una celda de castigo*... la soledad abatida la esperanza a ciencia cierta ... de la ávida juventud a la madurez... *ahora el mundo es inédito*, la vida de un golpe violento... *tres años en la mina* veintitrés en la cárcel...» (Madrid, 1974)^[3].

Otro testimonio, no menos valioso, es el del tipógrafo malagueño —del castizo barrio de El Perchel—, Manolo Garbayo, un luchador comunista de la primera hora. Que hizo mentir el refrán que reza «el que con críos se acuesta...». Garbayo, en sus años jóvenes, como no pocos antifascistas andaluces —como José Díaz, secretario general del Partido Comunista— militó en las filas de la Confederación Nacional del Trabajo, la central sindical de

extracción libertaria. Su trayectoria bélica —como él la llamaba, riéndose de su propia sombra—, entre 1936 y 1939, se reproduce aquí porque, en varias acciones y por tierras andaluzas, extremeñas y manchegas —en los golpes de mano en territorio enemigo, en particular—, tuvo como compañeros de brega a menores de edad, de ambos性os. Y en especial a lo largo de la dramática retirada de Málaga hacia Almería, haciendo que se subieran a cualquier promontorio en plan de oteadores del peligro. En los albores de los años ochenta, al contarme sus apasionantes andanzas arma en ristre, me llegó a decir: «Mira, aquellos chavales y aquellas chavalas eran de tal eficacia que más de una vez me he preguntado si, de no haber guerreado más que con gente joven, no hubiésemos ganado la guerra... y no creas que fui el único que quedó impresionado, tanto en el cruce del río Tajo como en el golpe de mano en Talavera de la Reina. Debes saber que el comisario de nuestro grupo era un soviético y el dinamitero un finlandés. Quedaron admirados de la sangre fría, la valentía y la eficacia de aquellos mocosos»^[4].

Los testimonios de niños y niñas que pueblan estas páginas nacen, casi todos, cuando nuestra guerra acababa de estallar. No obstante, para que los relatos —y las obligadas extensiones— calen hondo en los lectores, era ineludible recrear, aunque fuese de pasada, el marco social, la atmósfera política y la calaña de los uniformados, los togados y los ensotanados. Factores que, separada y conjuntamente, configurarían, al filo de los días, la personalidad de unos niños y niñas que formarían, más tarde, la vanguardia juvenil progresista. Añádase a ello el talante de sus allegados —en particular de sus padres—, lo cual daría a su comportamiento recios toques de una madurez acelerada. Sin

olvidar el grado de «veteranía» adquirido por los hijos de los militantes sindicalistas, socialistas y libertarios o de los partidos políticos avanzados. Los cuales —con la mayoría de edad a años vista—, bajo la dictadura del general Primo de Rivera (1923–1930), ya actuaron —como los niños sandinistas en 1930^[5]— en plan de mensajeros y de vigilantes. Y si bien es cierto que —por lo menos en tiempo de paz— no conocemos ningún caso en que un niño español se tomase la justicia por su mano, no lo es menos que transportaron armas cortas e incluso las introdujeron en lugares públicos, donde se celebraban mítines o comicios obreros.

Otra experiencia notable fue la salida a la intemperie de los niños y niñas de clases más o menos acomodadas; a un terreno muy familiar para los niños de las clases humildes. Algunos probaron por vez primera unas libertades inéditas^[6].

Los niños activistas.

Teresa Rebull —poeta, cantautora y pintora— me contaba, en 1983, en su casa de Banyuls, cómo, siendo una niña de once o doce años, le colocaron una pistola en un bolsillo de su abrigo para que la introdujese —acompañada por su madre— en un recinto mitinero de Sabadell. Su familia, antes de la Guerra Civil, simpatizaba con las ideas libertarias. Más tarde serían activos militantes del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM). La niña pasó inadvertida. Lo esencial, en semejante trance, para evitar ser cacheado, era ir bien vestido y calzar zapatos.

Aquel mismo día le revelé que —más o menos con su misma edad— a mí también me habían confiado una pistola, que introdujeron en un bolsillo de mi abrigo. Me acompañaba mi

madre y aquella arma corta era la de su hermano menor, mi tío Miguel. El cual, como mi padre, militaba en el Sindicato de la Madera (CNT). Llevé la pistola hasta el Palacio de la Metalurgia, del barcelonés Montjuic, que era donde se celebraba el que resultaría un sonado mitin. En la calle de Lérida, muy cerca del citado palacio, la policía cacheaba a todos los que se dirigían hacia allí. Al ir bien vestidos y bien calzados, ni a mi madre ni a mí nos dijeron nada. El dilema, en nuestra casa, de puertas adentro, era que mi padre fue un no-violento a ultranza. De los que «predicaban» que el mejor amigo del hombre era un libro. Y mi tío, de los que replicaban: «Sí, y el mejor compañero una buena pistola». Lo grave es que éstos también creyeron, un día, en los libros y en la cultura como herramientas de superación y de manumisión para la clase obrera. Por eso, a menudo me pregunté qué los había hecho cambiar.

El caso es que a mí todo aquello no me venía de nuevo porque, cuando la sede del Sindicato de la Madera —en tiempos de la dictadura del general Primo de Rivera— se encontraba en la calle de San Pablo, en el corazón del Barrio Chino, al lado del cine Diana, yo ya había montado la guardia —con nueve o diez años de edad, y alguna vez asistido por mi hermano Eliseo, que tenía cinco —, en el portal de lo que debió de ser en el pasado la entrada de diligencias o de carros de campesinos con comida para la ciudad^[7]. Lo hacíamos para alertar a tiempo a los reunidos en el Sindicato —que por aquellas fechas estaba clausurado—, si veíamos llegar a la policía. A veces, en las cercanas esquinas, vigilaban otros niños. Recuerdo a los hermanos Vallejo, a los Cervera, a Pascualín, a Claudio y a Velilla. Todos, hijos de madereros. Los mismos que, el 18 de julio de 1936, cuando el sindicato estaba en la calle del

Rosal, de la barriada de Pueblo Seco, actuamos de mensajeros al servicio de los militantes anarcosindicalistas. Aquellos que saldrían a la calle el día 19, al amanecer, para enfrentarse con los militares sublevados. Y que tan decisivamente contribuirían a sofocar la rebelión, en menos de treinta horas. La ventaja —y el trasiego suplementario— que yo tenía sobre mis compañeros era que ellos llevaban los mensajes a pie, mientras que yo los llevaba montado en una bici de media carrera que mi padre me había comprado un año antes^[8].

Cabe recordar, también, los registros domiciliarios que vivimos, siendo niños —actos poco caballerosos, por cierto—, por parte de la «Brigada Social». En busca de armas o de papeles comprometedores, decían. La modesta biblioteca de mi padre se componía de unas docenas de obras, publicadas casi todas por la Editorial Cervantes, cuyo fundador era don Vicente Clavel, un valenciano de pro, como mi padre^[9]. Así que, cuando había «mar de fondo» en los medios anarcosindicalistas, los libros y revistas de mi padre «emigraban» al palomar de la casa. Al ver las estanterías casi vacías —en las que mi madre se apresuraba a colocar planos y plantillas de muebles, diseñados por mi padre, que era un especialista en sillería artística—, el «poli» de turno preguntaba por los libros. Mi madre replicaba: «¡Aquí no tenemos libros!». Entonces —así solían proceder— me cogían a mí de un brazo y me sacaban al rellano de la escalera. Me preguntaban por los dichosos libros, amenazándome con meterme en el «Asilo Durán» si descubrían que les mentía^[10]. Pero uno, bien aleccionado, no soltaba prenda. Mas, la primera vez que tuve que mentir, alentado por mi madre —tendría yo seis o siete años—, tan pronto se me puso a tiro mi padre, le pregunté que, puesto

que en la Escuela Racionalista se nos enseñaba que no debíamos mentir... Entonces, naturalmente, mi progenitor se veía obligado a introducirme, dialecticamente, en la dura realidad de la lucha de clases. En la que, muchas veces —me recalcaba— debíamos enfrentarnos con los servidores del mal llamado orden público, que eran, en realidad, los defensores del injusto orden social imperante. Germinal, el director de la Escuela Racionalista Labor, de la calle de la Cera, solía decírnos —como era extremeño, de Don Benito, supongo que sería un dicho de su tierra— que teníamos que ir siempre con la verdad por delante... «porque la mentira tiene el paso corto y la verdad la zancada larga».

Para el 24 de junio de 1926, un grupo de monárquicos desengaños, acaudillados por José Sánchez Guerra, ex presidente del Gobierno, secundado por algunos altos mandos militares —cuya desorganización iba de par con su falta de hombría—, y algunos republicanos históricos, preparaban un golpe de Estado. Entre estos últimos se encontraba Vicente Marco Miranda, un luchador nato, decidido donde los hubiere. De sus *Memorias*, publicadas en 1930, entresacamos unos párrafos que se refieren a la valiente colaboración de una muchacha, menor de edad.

«En efecto, en la noche del 10 de julio, mientras me encontraba a la mesa con mi familia, se presentó en mi casa de Godella un teniente de la Guardia Civil acompañado de un cabo y varios guardias. Preguntó si allí vivía una tal María. Le contesté que así se llamaba mi esposa, y dije que no se trataba de ella sino de una muchacha de servicio que llevaba el mismo nombre. Era cierto, y al presentarse la muchacha me advirtió el oficial que tenía orden de detenerla y de incomunicarla. Se llamaba María

Zapata Sierra, natural de Yátova, un pueblecillo de la montaña algo distante de Valencia y contaba diecisiete años de edad. Publico estos detalles porque estimo de justicia que el lector conozca a aquella mujercita, digna de admiración. Hice observar al teniente que la muchacha no tenía más amparo que el nuestro, ya que se hallaba lejos de su familia, y pedí permiso para acompañarla al Gobierno Civil. Me fue concedido, y ya en aquel establecimiento, el gobernador —el famoso Álvarez Rodríguez, el del proceso contra Alba— dispuso que también a mí se me detuviera. A los dos nos tuvo hasta la tarde del día siguiente en unos calabozos infectos del Gobierno Civil, para trasladarnos luego a las cárceles respectivas.

La detención de María Zapata obedeció a delaciones del chófer de Madrid y las órdenes de búsqueda y captura procedían de la capital del reino. Ocho días estuvo incomunicada María y quince días en la cárcel de mujeres. El juez militar, general Moscoso, que dirigía los Somatenes de Valencia, pretendía que la muchacha designase los nombres de quienes solían visitar mi casa y, desde luego, los de quienes nos hallábamos en la de José Cano. María Zapata, con una entereza verdaderamente varonil, se negó reiteradamente a dar nombre alguno, hasta que el juez, convencido de la inutilidad de sus nobilísimos esfuerzos, decretó su libertad»^[11].

Primeros éxodos infantiles.

Años más tarde, en 1934 y 1935, tuvimos constancia de las primeras evacuaciones, en España, de niños y niñas de la clase obrera. De Zaragoza primero, a raíz de la huelga general de la

primavera de 1934. Cientos de peques, de ambos sexos, serían enviados a Barcelona, a Valencia y a Madrid, donde permanecerían cerca de dos meses. En nuestro hogar acogimos a dos hermanos: Floreal y Alba Salas, de trece y diez años de edad. En el invierno de 1934–1935, les tocó salir de sus casas a otros cientos de hijos de mineros, a causa de la llamada Revolución de Octubre de 1934. Desde Asturias los llevaron a Madrid, Zaragoza, Barcelona y Valencia, gracias a la solidaridad de los trabajadores. Nadie podía imaginar que, a la vuelta de unos meses, los niños y las niñas, arrancados de nuevo de sus hogares —por mor de una guerra y para ponerlos a salvo de los bombardeos y del hambre—, sumarían miles y miles; los cuales, con la muerte al acecho en muchos casos, no volverían a ver, nunca más, a sus padres...

Viajando por la piel de toro.

El detonante principal que puso en marcha la investigación para redactar este libro —que duraría diez años justos— fue la preparación de otra obra mía: *Guerrillas españolas, 1936–1960*^[12]. Para descubrir y relatar la dura existencia de nuestros guerrilleros realicé cinco viajes por España, con breves incursiones por Francia y Portugal, con algo más de veinte mil kilómetros recorridos. En 120 jornadas, visité 742 pueblos y aldeas y pegué la hebra con unas tres mil personas, pateándome la mayoría de las sierras guerrilleras del país. Sin descuidar, en momento alguno, el tema central de la investigación —las vivencias de los hombres y mujeres, e incluso niños, que se echaron al monte durante nuestra guerra y en la posguerra—, las conversaciones con las gentes del lugar, en las mil esquinas de España, acababan derivando,

siempre, hacia toda suerte de hechos y recuerdos / secuelas de la contienda 1936–1939. Y, en particular, rememorando los trances dramáticos —y a menudo trágicos— protagonizados por menores de edad, cuyo único delito era el de tener algún parentesco con los vencidos de la Guerra Civil.

Hace unos pocos años descubrimos otro lote de víctimas de la intolerancia religiosa, cuyo «vía crucis» empezó hace medio siglo, con el Orfanato Provincial Sor Isabel de Pamplona como principal escenario^[13].

Algunos apuntes más.

Hemos escrito «algunos» por dos razones concretas: Primera, cuando tantos testimonios daban fe de que era en la Unión Soviética donde la acogida de nuestros niños/as había sido más cariñosa y mejor organizada —lo cual es cierto—, nos encontramos con que, a la lista establecida, de niños/as españoles llegados a la URSS, más o menos oficial, nosotros hemos tenido que añadir más de medio centenar de nombres^[14]. Segunda: metidos ya en el último lustro del siglo XX, y a través de esa emisión —dignísima en todo punto—, animada por el periodista andaluz Paco Lobatón, pudimos comprobar, semana tras semana, la suma de familias que seguían buscando a niños y niñas que desaparecieron durante nuestra guerra y en la cruel e interminable posguerra.

Con relación a la Unión Soviética, hay que tener en cuenta que todas las colonias infantiles de niños y niñas republicanos —salvo las de Leningrado— se encontraban en lo que sería —tras la invasión alemana de junio de 1941— zona de guerra. Y Leningrado

no tardaría en ser asediado. Lo cual obligaría a las autoridades soviéticas a evacuarlas hacia el interior del país. Es decir, más allá de una línea que iba desde Leningrado hasta Stalingrado, pasando por Moscú. Dado que la evacuación de nuestros niños se integró en la «huida» general de gran parte de las poblaciones afectadas por la guerra, a nadie puede extrañar la alteración de datos, más o menos oficiales, tanto en lo que nos afecta directamente o no. Quienes vivimos dos retiradas —en las que la población civil, que invadía carreteras y caminos era superior a los efectivos militares implicados en el repliegue—, la de Cataluña (diciembre de 1938–febrero de 1939) y la de Francia (mayo–junio de 1940), sabemos muy bien, ¡ay!, de lo que hablamos. Y que conste que ninguna de ellas tiene nada que ver, ni cualitativa ni cuantitativamente, con la desbandada por tierras soviéticas, en los comienzos del verano de 1941.

Esto, por añadidura, nos ha sido confirmado por «niños de la guerra» —hombres y mujeres, ya— que habían conocido, antes, épicas retiradas por nuestras tierras. Desde Málaga a Cataluña, pasando por Madrid, y las que se sucedieron, de este a oeste, por las costas del norte, con el furioso Cantábrico por *camino*. Hay una coincidencia entre España y la Unión Soviética —y, en cierta medida, también con Francia—, y es la afectuosa y privilegiada asistencia que, unos y otros, recibieron del pueblo llano y de los organismos locales que los acogieron, provisional o definitivamente. Era el reflejo de la admiración que la resistencia de los pueblos de España al fascismo internacional, había despertado hasta en los más apartados rincones del mundo^[15].

Por nuestros lares, perdimos niños y niñas a consecuencia de la crueldad añadida, por nuestros enemigos —los del «Glorioso

Alzamiento Nacional» trocado luego en «Santa Cruzada de Liberación»—, con sus bombardeos por tierra y aire —contra Madrid sobre todo— y, por mar, con los cañones de sus naves mejor artilladas. Pensamos, en particular, en la mortandad causada —imposible de evaluar— por la flota facciosa, tomando como blanco las columnas de fugitivos que huían de tierras malagueñas a refugiarse en las almerienses, sobre todo en el tramo Motril–Almería. Sin escapatoria posible: con los acantilados que caían sobre el mar, a su derecha, y con desnudos y rocosos repechos a su izquierda. Proeza que remataban sus aviones ametrallando a cientos, a miles de personas indefensas. «Algo dantesco, que el que no lo vivió no lo puede comprender», nos dijo nuestro buen amigo Manolo Garbayo, el tipógrafo malagueño^[16].

Con razón han consignado expertos militares extranjeros que «la Guerra Civil española presentó un carácter de guerra total. Afectó a toda la población y constituyó para Alemania —principal aliada de los franquistas—, un teatro de ensayo de principios y tácticas militares que luego emplearía durante la Segunda Guerra Mundial. En especial los bombardeos contra ciudades abiertas».

En este marco, los niños fueron los primeros afectados, pues nada más estallar la guerra miles de hogares quedaron deshechos, porque los hombres de la casa tuvieron que huir, o sufrir encarcelamiento, o fueron asesinados. El desamparo en el que quedaron, ante tales situaciones, se acentuó en las zonas cercanas a la línea de fuego, donde pronto hicieron mella los bombardeos, la escasez de alimentos y las enfermedades derivadas del hacinamiento y las pésimas condiciones higiénicas. Los refugios y las interminables colas de personas, en espera de víveres, se

convertirían en escenas cotidianas para los niños desarraigados por la guerra.

Dado el carácter ideológico de la contienda, no debe extrañar a nadie que los menores fueran el primer punto de mira de los dirigentes políticos. Para unos y para otros, ellos eran las futuras generaciones llamadas a consolidar el triunfo de la revolución popular o de la contrarrevolución nacional-católica. Por otra parte, las imágenes de niños y niñas, mujeres y ancianos, indefensos frente a la残酷 del enfrentamiento, se convertirían en uno de los mejores recursos de una propaganda que perseguía tanto la legitimación de los principios por los que se luchaba, en una y otra zona, como el obtener el necesario apoyo internacional para ganar la guerra. Ejemplos de esto podemos verlos en folletos, carteles y publicaciones periódicas, aparecidas en España y en el extranjero. En ellas se puede ver, claramente, la politización que sufrió la vida infantil en el ámbito de la educación, en el que se reflejaría —como en ningún otro campo— el sustrato sociológico de la Guerra Civil. El objetivo era adoctrinar a los niños en los principios contrapuestos por los que se luchaba, a la vez que había que preservarles de las influencias malsanas y «subversivas» del contrario. De ahí las tempranas y drásticas medidas de depuración impuestas en la zona facciosa y que afectaron no sólo a la vida escolar sino también a la extradocente. Una depuración punitiva-preventiva, puesto que a su través se debía trazar el camino para esa formación ideológica de lograr que «cada español se transformase en un sujeto mitad soldado y mitad monje». De ahí la incautación y destrucción, en la zona facciosa, de libros y otros materiales procedentes de las escuelas públicas, las bibliotecas municipales, de las casas del pueblo, de

los ateneos obreros^[17] ...

Victoria Kent organiza la asistencia infantil.

Victoria Kent, creadora de refugios para niños en el tiempo de la guerra, exclamaba en un periódico del mes de noviembre de 1936: «Hemos recogido pequeñuelos que nunca se habían acostado en una cama, ni aun en un colchón, y poco menos que llorando nos pedían no volver más a su choza con sus padres. Esto no puede continuar en España. Esto ha terminado en España. Y ha terminado porque las mujeres queremos que termine».

Victoria Kent, abogada y ex directora general de Prisiones —en 1931—, «uno de los valores más altos de la intelectualidad femenina de España —ha escrito Pedro Massa, periodista de *Crónica*—, su palabra se empapó de ternura, se hizo blanda, confortadora, para hablarnos del niño, que en estos momentos, perdido el padre en el frente, y que no tiene otro auxilio, ni otro pan, que los que quieren ofrecerle la obligada generosidad de los hombres de bien...».

«Es necesario —explicaba, a su vez, Victoria Kent al periodista —, organizar rápidamente refugios para estos niños, hijos y hermanos de nuestros milicianos; refugios donde tengan cubiertas sus necesidades y donde queden alejados de la corrupción callejera... He estado en el frente y he hablado con nuestros milicianos. No tienen más que una preocupación: el estado en que quedan los suyos. Quitémosles esa preocupación. Dejémosles, porque tienen pleno derecho a ello, su alegría clara para el combate».

Seguidamente, en las mismas páginas, Victoria Kent hacía un

llamamiento a las mujeres de la retaguardia: «Recoged en vuestro propio hogar a los hijos del combatiente y repartid el pan y la sal con vuestros hermanos. Haced esto u otra cosa; pero haced algo. Haced aquello que tenga una realidad tangible para nuestros hermanos que, silenciosamente, luchan, vencen y mueren también [...] El ejemplo de la mujer en España es realmente conmovedor. Ha operado el milagro que nuestro país necesitaba y que en otro tiempo, hace mucho tiempo, habría sido fácil; pero que hoy, en estos momentos, parecía inoperable, parecía imposible, impracticable. La mujer, hoy, ante la lucha en campo abierto de los hombres, ha operado el milagro de recoger y cobijar el vagabundeo infantil, de amparar la miseria infantil y darles calor de hogar a aquellos niños que no lo tenían».

Cinco mil niños se refugiaban en las guarderías creadas por Victoria Kent, en Madrid. Y acto seguido, el Ministerio de Instrucción Pública facilitó los grupos escolares necesarios para cubrir las plazas que faltaban en los refugios. Victoria Kent hizo llamamientos a todos los elementos dirigentes y representativos de los partidos y de las organizaciones sindicales para conseguir entre todos que la protección al niño fuera una realidad absoluta. «Todo esfuerzo y sacrificio me parecerá poco si conseguimos apartar al niño del arroyo, hacer que no se pervierta su espíritu, como lo estamos viendo ahora mismo en estos simulacros de formaciones bélicas. ¡Ejércitos de niños, jamás! Contribuyamos a formar una España limpia de corazón. El odio despertado por nuestros enemigos, que lo consuma esta generación, que lo entierre esta generación. A los niños debemos inculcarles la generosidad del trabajo, la obligación de levantar una España nueva bajo un ideal común».

María Lacrampe, una de las más fieles colaboradoras de Victoria Kent, insistió: «Tanto en España, como luego en Francia y en Bélgica, nadie puede imaginar el trabajo que hizo doña Victoria para salirse con la suya: que los niños estuviesen bien atendidos, moral y materialmente. Y menos mal que ella hablaba el francés y el inglés a la perfección. Esto nos facilitó enormemente cuantas gestiones emprendimos, cerca de las autoridades francesas o belgas, y en los organismos internacionales, como los cuáqueros, que colaboraron con nosotros en las colonias infantiles, tanto dentro como fuera de España...».

Los niños del destierro.

Testimonio de Josefina R. de Aldecoa

Era el verano de 1936. Era un julio azul, teñido de oros violentos. Era la siega y los baños en el río y el cielo estrellado sobre nuestras cabezas. Solíamos contemplarlo: un techo inmóvil, indestructible, amigo. La luz fría y brillante de la luna señalaba caminos en la noche. Era verano en Castilla. Recuerdo que hacía calor, mucho calor. De norte a sur, de este a oeste, los niños vivíamos alegres la doble libertad del verano y la vacación. La tierra seca o verde, los bosques o las playas estallaban de promesas lúdicas. Pueblos y ciudades llenos de niños despreocupados y felices, ignorantes, en un recreo ininterrumpido, de todo lo que no fuera el sol y el juego.

De pronto, una mañana estalló la catástrofe. El mundo se desplomó. Todo comenzó a derrumbarse a nuestro alrededor y los niños asistimos despavoridos al final de nuestra infancia.

Algunos se hundieron entre los escombros, muchos se refugiaron en frágiles guardas y otros huyeron, de la mano del padre, atravesando la tierra de nadie hasta alcanzar fronteras de amistad y de socorro.

La fotografía que hoy contemplamos, con un temor inevitable, podría ser la imagen de cualquier guerra de ahora mismo, de ayer o de mañana. Pero ocurre que esa fotografía refleja nuestra guerra, con ese posesivo doloroso y maldito de guerra nuestra, guerra de nuestros niños asustados y hambrientos, arrastrados deprisa lejos del trueno abrasador y mortal de las bombas.

Hombres, mujeres y niños cargados con los restos del naufragio, iniciaron un viaje sin retorno. Dentro quedaron muchos. Niños de la guerra, testigos de la muerte, la destrucción y el caos, que seguían jugando en los escombros; viviendo en lo que quedaba de sus hogares, con el padre en el frente y la madre buscando qué comer, en qué trabajar, a qué puerta llamar.

En una u otra zona del espanto, los niños de la guerra jugaban a estar vivos, a esperar, a guardarse las preguntas para después que todo terminara. Preguntas que se quedaron sin respuesta durante años. Preguntas suspendidas en el aire, cargadas de incertidumbre y miedo.

Mientras tanto, los niños del destierro compartían el pan y la palabra en campamentos improvisados. Más tarde, emigraron lejos, a otras tierras, a otras lenguas, a otras costumbres. Muchos perdieron en la huida la mano protectora, la manta que abrigaba su sueño —olor a casa, a padre, a madre, a todo lo abandonado—. La mayoría siguió adelante. Encaramados en camiones atravesaron caminos, ríos, montes. Llegaron a puertos solidarios y cruzaron océanos. Los más afortunados encontraron un puesto entre los hombres de buena voluntad que les abrieron sus brazos generosos.

Cuando acabó la guerra, los que habían permanecido en sus casas se vieron sumergidos en una etapa de privaciones y prohibiciones infinitas. Niños retenidos en el pueblo o la ciudad propia, incomunicados con el mundo exterior; niños huérfanos o custodiados por padres temerosos. Hijos de los vencidos que vivían en silencio su derrota, que inventaban cada día la forma de salir adelante.

Había otros niños, hijos de padres vencedores, intransigentes y autoritarios que esgrimían el «no» a cualquier propuesta alegre, a

cualquier escapatoria del cerco asfixiante que marcaba la dura realidad. Niños todos de la sórdida posguerra, encerrados en límites estrechos, sometidos a consignas, censuras, miedos.

Han pasado sesenta años desde esta fotografía, desde esa guerra cruel y nuestra. Muchos de aquellos niños han muerto ya. Unos pocos han regresado en busca de un país que fue suyo y que quedó grabado en su memoria con la nitidez de los recuerdos infantiles. A veces, casualmente, nos encontramos los que fuimos niños de la guerra, dentro y fuera de España. Nos quedamos mirándonos unos momentos y en nuestra mirada se adivinan mil cosas nunca dichas. Y una pregunta que encierra otras preguntas: ¿Por qué? ¿Por qué nos fuimos? ¿Por qué nos quedamos? Niños de la guerra, niños del destierro.

Una generación de españoles marcada siempre por la peor experiencia que un país pueda sufrir: la guerra civil.

Ese niño pequeño de la fotografía, ese niño que huye aferrado a la mano de su padre, seguido de un hermano un poco mayor que él, pero maduro de golpe, responsable instantáneo de su destino; esos soldados que contemplan la escena, son todos ellos un símbolo de lo que no debe ser, de lo que nunca puede volver a repetirse. Era un verano cálido y los niños jugaban en la calle, en el campo, libres con la libertad esplendorosa de las vacaciones. Como ahora mismo, en este verano del 96 juegan otros niños, nietos nuestros, nietos de aquellos niños del 36. Ajenos a peligros, amenazas, catástrofes. En paz y en libertad [\[18\]](#).

Los que se fueron y los que regresaron.

Nunca hemos creído que el cariz de un desafuero esté en relación con su dimensión. Aunque fijar sus proporciones puede aproximarnos más a la realidad. Recuérdese: «por lo que se ve del iceberg se puede intuir el volumen de lo que el mar nos oculta».

Dicho que puede aplicarse —todavía a estas alturas— a la cifra de niños republicanos evacuados o salidos al extranjero. Las vascos, por ejemplo, hablan, a menudo, de unos cuarenta mil niños/as que abandonaron Euskadi a causa de la guerra, en 1936–1937. Cuando los datos y los destinos oficiales apenas rebasan el 50 por ciento de esa cifra. A la que, sin duda, deberíamos añadir los niños y niñas que pasaron a Cantabria, a Asturias, a Francia y a Cataluña, por cuenta propia o, por lo menos, fuera de control. Parte de los cuales regresarían a Euskadi —ya catalogadas por los franquistas como «provincias malditas»— o se quedarían por tierras francesas o catalanas. Sin olvidar los que desaparecieron, por mar o tierra. Por otro lado, a consecuencia de la retirada de Cataluña, se calcula que entraron en Francia unos sesenta y ocho mil niños. La mayor parte de ellos, catalanes. Pero también cabe suponer que unos pocos miles eran niños/as procedentes de otras regiones y entre los cuales había niños/as vascos.

Valga esta aclaración: el material para redactar este libro rellenaba docena y media de carpetas. Se podían confeccionar unos «Episodios Nacionales dedicados a los Niños de la Guerra». Los testimonios del vasco Jokin Gálvez Prieto y de la catalana Elena Prades Igual datan, respectivamente, de 1979 y 1980. Desde aquellos años el número de testimonios recibidos es muy superior al que publicamos en estas páginas. Por añadidura, la mayoría de los que aparecen aquí han debido ser sintetizados. Por ejemplo: el de mi viejo amigo Gálvez ha perdido la mitad de las cuartillas que él, tan aplicada como pacientemente, me remitió hace tres lustros largos. Y que ahora, en 1995, ha tenido la extrema gentileza de revisar y completar. Calcúlese, pues, si quedarán todavía cosas por contar de nuestros niños/as de la guerra.

Con todo, esperamos haber acertado al configurar la punta del iceberg y que ello permita a nuestros lectores calibrar el verdadero volumen de esta crónica negra de nuestra reciente historia.

<i>Destino</i>	<i>Evacuados</i>	<i>Repatriados</i>
1. Francia	17 489	12 831
2. Unión Soviética	5291	34
3. Bélgica	5130	3798
4. Inglaterra	4435	2822
5. Suiza	807	643
6. México	3800	56
7. Norte de África (Francia)	335	24
8. Dinamarca	120	58
TOTAL	37 487	20 266

Regresaron, aproximadamente, el 55 por ciento: 20 266, y se quedaron definitivamente en el extranjero 17 221. Los 34 repatriados de la Unión Soviética formaban parte de los grupos de los niños de la guerra alistados en los destacamentos formados para la defensa de Leningrado (1941). Fueron hechos prisioneros por el Ejército alemán y enviados a España^[19].

Aunque las evacuaciones fueron siempre organizadas, o controladas, por el Gobierno Central, el Consejo de Asturias y León, el Gobierno vasco o el de la Generalitat de Cataluña^[20], hay que señalar la valiosa ayuda prestada por la asociación de cuáqueros, de Estados Unidos y Canadá, ya desde diciembre de 1936, la cual, juntamente con las asociaciones de Gran Bretaña y Suiza, crearon una Comisión Internacional para la Ayuda a los Refugiados Infantiles de España. Primero, con sede en Ginebra y después en París, donde prodigarían sus ayudas, en 1939 y 1940, a los internados en los campos de concentración franceses. Éstos,

por la mano de su central sindical, la Confederación General del Trabajo, fundaron el Comité de Ayuda para los Niños de España. Y los ingleses, para atender a los niños/as procedentes de Euskadi, crearon el Comité para los Niños Vascos (Basque Children's Committee). Otros países, como Suecia y Noruega, sostuvieron colonias infantiles en Francia. Otras dos importantes asociaciones españolas también aportaron su eficaz colaboración: el Socorro Rojo Internacional (comunistas) y la Solidaridad Internacional Antifascista (anarquistas).

Estigmatizados de por vida.

Los niños y niñas que retornaron a España, recién terminada la Guerra Civil se encontraron con un mundo muy diferente al que habían dejado al marcharse. Siempre arrastraron el estigma de ser hijos de «rojos» y sufrieron toda suerte de discriminaciones y rechazos por ello. A esto se unió el desamparo de muchos por haber perdido a sus padres o por estar éstos represaliados. Hubo el caso de niños que, cuando estalló la guerra, fueron dejados por sus padres al cuidado de familiares, reencontrándose después en el exilio. También la infancia y la adolescencia de estos niños quedarían marcadas; primero, por haber sido «abandonados» y después porque se verían obligados a iniciar una nueva vida en otro país. Las evacuaciones de niños al extranjero durante la guerra se habían concebido con carácter temporal. Al cambiar la situación, regresarían a España. En este sentido, Francia, Inglaterra y Bélgica facilitaron su retorno. México y la URSS, en cambio, no, porque eran países que no reconocerían al gobierno de Franco^[21].

Sin embargo, en marzo de 1953, tras la muerte de Stalin, se

entablaron negociaciones para el regreso definitivo de los «niños de la guerra» que deseasen volver. Los primeros llegarían a España en la primavera de 1956. Entre las condiciones expresadas por los soviéticos estaba la de que no se considerase a los repatriados como exiliados políticos, puesto que ellos no habían luchado en la Guerra Civil. Las «facilidades» dadas por los franquistas provocarían el regreso a la Unión Soviética, en los cinco años siguientes a su repatriación, de más de la mitad de los llegados a España.

«Entre los olvidados de la Historia —ha escrito Josefina Cuesta — están incontestablemente los niños. Pocos hablan y difícilmente escriben. Entre los más olvidados, silenciosos, dentro de esta marginación, están los niños de la guerra de España, que sólo en la madurez —y volviendo la vista atrás— empiezan a dejarse oír. Un grupo de ellos ha empezado a hablar y a escribir en Francia, en Bélgica, desde el exilio sin retorno. Y, otros, en el País Vasco o en algún otro rincón de la Península. Dejan fluir su memoria adulta y desvelan el peso y el paso de aquellos años infantiles. También aquí la memoria infantil es una “imposible memoria”. Es el adulto el que se pasea, de incógnito, en la sombra de los años niños»^[22].

Sin embargo —a los cronistas de la Historia— estas realidades deben incitarnos a recomponer las plataformas de lanzamiento que nos proyecten hacia un mundo más justo, más alegre, más libre, con la solidaridad universal como fuerza motriz que propulse la nave de nuestras ingenuas ilusiones y de nuestras utópicas esperanzas. Para lograr que tanto sufrimiento, tanto dolor y tantas muertes no hayan sido baldías^[23].

El éxodo interior

(1936–1939)

Niños de Madrid

El aspecto subjetivo, el «ambiente» de los acontecimientos es también una condición de la realización de la Historia.

¿Dejaremos el monopolio a los novelistas? Esto sería, por parte de los historiadores, una manera de renunciar.

PIERRE VILAR

Oda a los niños de Madrid muertos por la metralla

Todas las casas gritan.
Pasáis, y de esta ventana rota sale un grito de muerte.
Seguís. De ese hueco sin puerta sale una sangre y grita.
Las ventanas, las puertas, las torres, los tejados,
gritan, gritan. Son los niños que murieron.
Por la ciudad gritando, un río pasa;
un río clamoroso de dolor que no acaba.
No lo miréis: sentidlo.
Pequeños corazones, pechos difuntos, caritas
destrozadas.
No los miréis: oídlos.
Por la ciudad un grito de dolor grita y convoca.
Sube y sube y nos llama.

La ciudad anegada se alza por los
tejados y alza un brazo terrible.
Un solo brazo. Mutilación heroica de la ciudad o su
pecho.
Un puño clamoroso, rojo de sangre libre,
que la ciudad esgrime, iracunda y dispar.

VICENTE ALEIXANDRE

Los poetas tienen la palabra.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, JUNIO DE 1937

He aquí el texto que leyó públicamente a su llegada a tierras americanas —a Nueva York, concretamente—, en los comienzos de la sublevación fascista que abrió España a la invasión extranjera. Alocución que sucedía a una carta abierta de Thomas Mann, acusando al nazismo alemán de atentar, al intervenir contra el pueblo español, contra la paz universal.

Acabo de llegar de España. He compartido en Madrid el primer mes de esta terrible guerra nuestra, y traigo todo mi ser conmovido por el hermoso ejemplo —único, creo yo, en la historia conocida de las guerras más o menos civiles del mundo— que ha dado el gran pueblo español.

En un solo día de visión rápida, de absoluto recobro de entera incorporación, nuestro pueblo tomó su puesto en todos los frentes contra la traición militar preparada, año tras año, en medio de su noble confianza.

¡Y con qué frenético entusiasmo! El contrario engaño armaba su conciencia. Madrid ha sido, durante este primer mes de guerra, yo lo he visto, una loca fiesta trágica. La alegría, la extraña alegría de una fe

ensangrentada rebosaba por todas partes; alegría de convencimiento, alegría de voluntad, alegría de destino favorable o adverso. Y este frenesí entusiasta, esta violenta unión con la verdad, habrían decidido desde el primer momento el triunfo justo del pueblo, si la insurrección militar no hubiese sido amparada por codiciosos poderes extraños. Y España, la República Española, democrática y legal, estaría hoy reorganizándose, completando su firme ejemplo ante el mundo.

Mi ilusión, al salir de España para cumplir otros espontáneos deberes generales y particulares, era hacer ver la verdad de la guerra a los países extranjeros cuya prensa, supongo que por deficiencia de información, presenta los hechos con un aspecto distinto al de la realidad. Se supone generalmente, y se dice en muchos periódicos americanos y de otros países, que el Gobierno español carece de fuerza, de justicia y de orientación. Si hubiese carecido de fuerza, ¿cómo hubiera podido hacer frente en un día, con los relativamente escasos elementos armados que le fueron fieles y con un pueblo que no había querido antes armar, a una revuelta militar casi total y elaborada durante años? Y el Gobierno español ha procurado y sigue procurando por todos los medios a su alcance el respeto y el orden civiles. De esto estoy bien seguro, porque conozco y he oído constantemente al presidente de la República y a algunos de los ministros del Gobierno preconizar ese respeto y ese orden. En todas las grandes commociones de la naturaleza y de la vida hay zonas de sombra que nadie puede fácilmente alumbrar, comprender ni dominar, y nada grande puede ser instantáneamente perfecto. Las injusticias parciales, los desmanes de todo género se cometan, sin duda, en España por grupos de los dos lados enemigos. Pero ¡de qué manera tan distinta son llevados por el Gobierno y por los militares contrarios! Estos militares organizan y dirigen militarmente el crimen y la venganza, destruyen pueblos, traen moros salvajes, eternos enemigos de España, y legionarios extranjeros, famosos por su inmoralidad y su crueldad para que, a cambio del botín, desarollen plenamente sus actividades criminales. El Gobierno de la República y los representantes verdaderos del Frente Popular, en cambio, condenan cada día en la prensa, por la

radio, por decretos, todo acto innecesariamente cruento o destructor. Y sus milicianos, su aviación, su Guardia Civil, sus fuerzas de Asalto, sus Carabineros, sus Mozos de Escuadra, sus marinos, todos dan muestra constante de mesura y dignidad. Es claro que no se puede evitar que tales grupos que merodean al margen de toda catástrofe, y que existen también normalmente en épocas de paz en todos los países, cometan, favorecidos por el desorden de la guerra, y en su nombre, actos que todos lamentan, que todos lamentamos, que son en muchos casos sancionados rápidamente por las mismas fuerzas leales al Gobierno.

Pido aquí y en todas partes simpatía y justicia; es decir, comprensión moral para el Gobierno español, que representa la República democrática, ayudada por el Frente Popular, por la mayoría de los intelectuales y por muchos de los mismos elementos conservadores. Si el Gobierno español se sintiera alentado, honradamente y sin miras avaras, por esa justicia y esa simpatía universales, podría acelerar la verdadera victoria, en la que los amigos del mejor destino de España confiamos, y a la que esta España, única en su cimiento invariable, tiene pleno derecho. Y pensad bien que esta victoria no sería sólo de España sino del mundo. Esta victoria pondría a España en condiciones de desenvolver pacífica, noble, consciente, su lógica evolución social, con arreglo a su propio genio y carácter, sin dependencia política de otros países, que no la necesita; y evitaría quizá con su ejemplo la guerra del mundo, traída al mundo por los falsos, los pequeños, los miserables, y que, en estos momentos, está ya aguzando en lo bajo sus más espantosos filosos^[24].

JUAN RAMÓN
JIMÉNEZ

ANTONIO MACHADO, SEPTIEMBRE DE 1937

La Guerra Civil, tan desigual éticamente, pero al fin entre españoles, ha terminado hace muchos meses. España ha sido vendida al extranjero

por hombres que no se pueden llamar españoles: quien vende a su patria se desnaturaliza y ha de sobrentenderse que renuncia a su patria para buscar cobijo en la patria del comprador. De suerte que ya no hay más que una España invadida, como otras veces, por la codicia extranjera y, como otras veces, a solas con su pueblo y con su destino, quiero decir con su razón de ser en lo futuro, para luchar sin tregua ni desmayo por su propia existencia, contra dos potencias criminales — Alemania e Italia—, tan fuertes como viles, que han salido al paso de España *en la más peligrosa encrucijada de su historia*^[25].

ANTONIO
MACHADO

En el Madrid amenazado de 1936.

El 25 de agosto de 1936, Franco lanza sobre Madrid una proclama en la que dice: «Si se persiste en una suicida terquedad, si los madrileños no obligan al Gobierno y a los jefes marxistas a rendir la capital, sin condiciones, declinamos toda responsabilidad por los grandes daños que nos veremos obligados a hacer para dominar por la fuerza esa resistencia suicida. Sabed, madrileños, que cuanto mayor sea el obstáculo, más duro será por nuestra parte el castigo»^[26].

En sus memorias, el general Kindelán —jefe de la aviación franquista—, señala que Franco ordenó un ensayo de actuación desmoralizadora de la población civil mediante bombardeos aéreos^[27]. El enviado especial de *Paris-Soir* en España, Louis Delaprée, recogió una de las octavillas lanzadas sobre Madrid, en la que podía leerse: «Madrileños, rendiros o la ciudad será bombardeada hasta la destrucción total». El 30 de octubre, 6

bombarderos atacaron Getafe, matando a 60 niños y 60 adultos; el ataque se repitió al día siguiente, causando esta vez 200 muertos y 300 heridos. Los días 8, 9 y 10 de noviembre, Madrid fue sistemáticamente bombardeada por la artillería y la aviación. Ni un solo día sin bombardeo. Una bomba que cayó en el metro de la plaza de Atocha mató a 80 personas. El 15 de noviembre, aviones alemanes bombardearon el hospital de Cuatro Caminos, causando 53 muertos y más de 150 heridos. Este hospital, como los demás de Madrid, tenía pintada en el techo una enorme cruz roja. El 17 de noviembre hubo, a causa de los bombardeos, más de 200 muertos^[28].

Según Louis Delaprée, testigo presencial, la jornada de ese día, 17 de noviembre, transcurrió así: 6.30, duros enfrentamientos en la Casa de Campo y en la Ciudad Universitaria; 9.00, incursión aérea enemiga; 13.15, bombardeos continuos; 18.30, nuevo bombardeo aéreo; y 20–21.30, bombardeo sistemático: Gran Vía, San Bernardo, Argüelles, la Puerta del Sol, la plaza del Carmen y la zona de la Corredora en llamas. Balance de la jornada: 250 muertos y 600 heridos^[29].

Ante la inminencia de la ocupación de Madrid, el 1 de noviembre de 1936, Franco había firmado el decreto n.º 55, en virtud del cual, y para mejor servir «las características de rapidez y ejemplaridad tan indispensables en la justicia castrense», se creaban en la plaza de Madrid ocho consejos de guerra... Que la «terquedad» de los madrileños impidió que funcionasen hasta la primavera de 1939...

Primera ofensiva contra Madrid.

Entre todas las ciudades españolas que los sublevados esperaban dominar en las primeras horas, o días, de la insurrección, es obvio señalar que Madrid y Barcelona eran objetivos de primerísimo orden. Por esa razón, sigue causándonos estupor releer con qué ligereza e irresponsabilidad se pretendió conquistar ambas ciudades. Falló el factor sorpresa —primordial en cualquier operación militar— y se subestimó al enemigo. Desalojados los sublevados no ya de todos los cuarteles de Barcelona sino también de toda Cataluña, Madrid parecía, digamos, la más asequible. En primer lugar para las columnas norteñas, que mandaba el general Mola. Éstas quedarían bloqueadas en las sierras de Guadarrama y de Somosierra a mediados de agosto de 1936, tras varias semanas de enconados combates con las Milicias Populares Obreras. Luego, para las tropas que suben del sur, mandadas por el general Franco, que estrena su primer nombramiento —decreto del 24 de julio, firmado por la Junta de Defensa Nacional, instalada en el palacio Arzobispal de Salamanca—, como jefe del «Ejército de Marruecos y del Sur de España».

En el asalto a Madrid —en el proyecto primitivo, se entiende— se preveía el ataque simultáneo por parte de seis columnas: una procedente de Córdoba–Toledo, otra de Talavera de la Reina, otra de Ávila, otra de Segovia, otra de Guadalajara y otra de Valencia; utilizando como ejes de la marcha las carreteras nacionales correspondientes. Un paseo militar, en suma. La verdad es que a uno, a la vista de tan ambicioso proyecto, lo primero que se le ocurre preguntarse es qué clase de militares iban a realizarlo. ¿Los mismos que habían conducido la sublevación al fracaso?

Mientras no ha encontrado más que grupos de campesinos mal armados e inconexos, Mola ha progresado hacia Madrid. Pero

en cuanto se enfrenta con columnas de milicianos algo organizadas, ya no da un paso más. Lo mismo se puede decir de los sublevados que suben del sur. Aunque éstos tendrán que vencer resistencias más serias, como la de Badajoz, en el segundo tramo de su marcha. No se olvide lo que se recalcó antes: tropas militarizadas se enfrentan —con mandos profesionales a su cabeza—, con fuerzas populares mandadas por jefes de milicias, asesorados por militares casi siempre, y cuyos hombres son, en la mayoría de los casos, milicianos. También fueron milicianos, bajo el mando del general Riquelme y del coronel Mangada, los que, semanas antes, detuvieron a las columnas del general Mola en las sierras^[30].

Ahora, en los primeros días de noviembre de 1936, no son seis sino siete las columnas fascistas que pretenden ocupar Madrid. Dos de ellas por el frente encajado entre los puentes de Segovia, Toledo y Princesa, en plan de operación de distracción. Las tres columnas que debían entrar primero en la capital eran las que provenían del oeste; concretamente por la Casa de Campo. Las dos restantes atacarían por el puente de los Franceses y el del ferrocarril Irún–Madrid.

«Terrible noche la del 6 de noviembre de 1936 en Madrid» —ha escrito el general Vicente Rojo en uno de sus libros—. Al atardecer caían sobre la capital de la República los primeros cañonazos enemigos, que parecían anunciar el principio del fin. A los efectos deprimentes de los antiguos reveses que se sufrían y a la desconfianza en el triunfo que irradiaba de las alturas de la dirección política, venían a sumarse los efectos desalentadores de aquellos primeros disparos que presagiaban la inminencia de la batalla de Madrid. El Gobierno había decidido aquella tarde su

salida de Madrid para Valencia. Esa misma noche —la del 6 de noviembre— se constituye el Estado Mayor Central, que auxiliará al Mando Especial creado para la defensa de Madrid, bajo el mando del general José Miaja, el cual nombró a Vicente Rojo jefe de dicho Estado Mayor.

Éste es uno de los tres factores determinantes del éxito de la defensa de Madrid. Otro sería la creación, a primeros de octubre, de la Primera Junta de Defensa de Madrid, compuesta por representantes de Izquierda Republicana, de la Agrupación Socialista de Madrid, de Unión Republicana, del Partido Comunista, de las Juventudes Socialistas Unificadas, del Partido Sindicalista, de la Confederación Nacional del Trabajo y de la Unión General de Trabajadores (lo que, en los momentos más críticos, hará posible una auténtica movilización popular en apoyo de los combatientes). Completan dicha Junta: delegados del Ayuntamiento y de la Diputación de Madrid y de la Inspección de Milicias Obreras. Para sustituir la rudimentaria red de zanjas y de «quitamiedos» se dispone de un plan de fortificaciones del que es autor el teniente general Masquelet.

Cada miembro de esta Junta recibió una credencial firmada por el propio jefe del Gobierno, el socialista Largo Caballero, que le autorizaba «a meter las narices en todo». «Podíamos entrar y salir en todos los organismos oficiales, tanto militares como civiles, visitar las unidades del frente, los cinturones de fortificaciones e inspeccionar toda clase de servicios concernientes a la defensa. Y sugerir todo lo que quisiéramos, pero sin tomar ninguna medida», ha escrito Gregorio Gallego, el miembro más joven de dicha Junta —recién cumplidos sus dieciocho años—, en representación de la Confederación Nacional del Trabajo y de las

Juventudes Libertarias^[31]. Este «poder meterse en todo» —tratándose, naturalmente, de militantes antifascistas conscientes y responsables—, iba a tener una gran trascendencia en la primera batalla de Madrid. Generó un levantamiento en masa apenas la Junta lanzó su primer manifiesto, apelando a la resistencia contra el invasor^[32]. De las columnas enemigas, tan sólo una, la de Talavera de la Reina, alcanzaría a crear una cuña peligrosa en el dispositivo de defensa: en la Ciudad Universitaria, la cual, salvo pequeñas alteraciones, ya no se modificaría hasta el final de la guerra, veintiocho meses después. Los historiadores más serios del mundo, que han escrito sobre nuestra guerra, consideran la defensa de Madrid —octubre de 1936–marzo de 1939— como la batalla más decisiva y una victoria restallante de los republicanos, puesto que la no caída de la capital en manos de los facciosos obligaría a éstos a una larga campaña por la periferia, en cuya prolongación sus defensores encontrarían, a lo largo de casi tres años, razones de esperar y de acariciar la idea de salir vencedores.

Sería injusto silenciar el incomparable papel que desempeñaron las mujeres en la defensa de Madrid. María Teresa León, creadora, con su compañero Rafael Alberti, de *La Guerrilla del Teatro* (otoño de 1936), ha escrito: «Sabemos las mujeres de Madrid que de nuestra fortaleza depende la resistencia de las líneas de fuego, y que esos milicianos con cara de capitanes, de que hablaba ayer Antonio Machado, no puedan ver en nuestros ojos más que el reflejo de nuestra confianza. La mujer española se ha levantado sobre nuestros campos rotos con el prestigio de su derecho a intervenir en la Historia de España»^[33]. Y el propio general Rojo, en uno de sus libros, estampó la siguiente dedicatoria: «A la mujer española, abnegada, heroica, ejemplar

entre todos los horrores, la angustia y la desesperanza. Porque cada hora de la batalla de Madrid, no hubo virtud de que no diera ejemplo. Y hoy, cuando nadie recuerda lo que recibió de ella, sigue perpetuando, anónima, su vida sencilla: sigue erguida y en calma, sin rencor por el daño que le han hecho»^[34].

Quizá convenga aclarar que cada vez que hablamos de los niños de una ciudad republicana nos estamos refiriendo a los nacidos en ella, pero también a los recién llegados en calidad de refugiados. De ahí que se considerasen asimismo «niños de Madrid» los que llegaron a la capital de España, procedentes de tierras vecinas, en los primeros tiempos de la guerra. Una común circunstancia los hermanaba —a buen seguro, por vez primera en nuestra Historia—: la de ser los principales beneficiarios de la revolución cultural emprendida en la primavera de 1931, con el advenimiento de la Segunda República. De una cultura entendida en el más fraternal sentido de la palabra: como capacidad de asimilación, esfuerzo de comprensión, anhelo de armoniosa convivencia y, como feliz compendio de todo ello, un afán inextinguible de justicia.

Testimonio de doña Graciela Peinado.

Cuando la conocí, en 1986, iba para centenaria. Era granadina y procedía de la Institución Libre de Enseñanza. Como su hermana Helenia, también maestra, era hija de un hacendado del lugar. Pero de esos que, en lugar de criar reses bravas, se dedicó a contratar peritos agrónomos para mejor «estructurar» sus fincas, cultivadas, de forma que diesen el máximo de rendimiento con el mínimo de esfuerzo. Y para que le aconsejasen sobre la creación

de unidades de cultivo que subarrendaba, en inmejorables condiciones, a familias de aparceros.

«Mire usted, mi joven amigo —me dijo—, todas esas cosas que ocurren en nuestro país... las drogas, el alcoholismo, la prostitución, la afición a los juegos de azar y esos escándalos en que se ven envueltos políticos, policías, banqueros y gentes de ley... todo eso es falta de cultura. Por eso no existe una opinión pública como la de antes, crítica y exigente. Es decir, gentes a las que no se puede engañar con frivolidades y cuentos chinos. ¿Comprende? Ese es el resultado de la exterminación de maestros y profesores que “ellos” perpetraron en su Santa Cruzada. Su objetivo principal era el de destruir toda la labor que los liberales de buena pasta habían realizado desde principios de siglo, como nuestro padre, con don Gumersindo de Azcárate como principal valedor en el terreno político. Una labor que, apenas se proclamó la República se incrementó a un ritmo sin precedentes en Europa.

Todavía recuerdo con cariño aquel pueblo castellano —de la rica y acogedora comarca de Las Pedrazas—, al norte del lugar donde se funden los montes Carpetanos y la sierra del Guadarrama. Allí, después de las horas de clase, se llamaba a los padres de los alumnos para explicarles lo que significaba para sus hijos el aprender a leer y a escribir, y a “echar cuentas”, con el fin de que ellos —los padres—, en la casa y en los trabajos del campo, no entorpeciesen, en lo mínimo, la educación y la formación de sus retoños. Y esto no sólo lo hicimos nosotros; esto lo hizo la inmensa mayoría de los maestros. Los únicos que no lo hacían eran los más viejos: los que representaban el legado cultural de los Borbones»^[35].

Nos consta que, en las primeras semanas de la guerra, desde las provincias de Ávila y Segovia afluyeron a la capital de España familias enteras de campesinos. Gente agradecida que, por lo regular, no había titubeado en ayudar a instalarse a los maestros republicanos, en su pueblo, y enfrentándose así con las llamadas fuerzas vivas, interesadas en mantener a la clase obrera sumida en la miseria y en la ignorancia.

Los niños madrileños.

Éstos, en sus lares y fuera de ellos, destacarían todos por su sorprendente madurez. Esto tiene su explicación. La gente menuda madrileña —en particular la que pertenece a familias republicanas— ha vivido, con una intensidad tan sólo igualada por la de Barcelona, la sofocación de la sublevación militar, en julio de 1936. En la que algunos, incluso, desempeñarían papeles tenidos —al menos para ellos— por importantes. Como el de estafeta o chico de los recados, como dirían los más castizos. Acto seguido presenciarían la formación, el desfile y la marcha hacia los frentes de la sierra —Guadarrama, Somosierra— de las columnas de milicianos. Y cuyo aire tan poco marcial permitiría a los muchachetes mezclarse y desfilar con ellos, con los que se iban a enfrentar con los «fachas».

En fin, de una u otra forma se sintieron participantes en momentos históricos clave. Otro de estos trances será el del levantamiento popular —octubre-noviembre de 1936—, cuando las columnas enemigas marchaban sobre Madrid. Además de sobrecogedores testimonios, se dispone de abundantes

documentos fotográficos, que dan fe de la febril y entusiasmada participación de menores de edad —a menudo al lado de sus madres— en las tareas de fortificación. En particular, en la excavación de trincheras. Y, a no tardar, van a vivir —directa o indirectamente— las batallas en los suburbios de Madrid, sufrirán los primeros bombardeos, por tierra y desde el aire, y tendrán que ayudar a sus familias —en las colas, para obtener alimentos— a afrontar las primeras privaciones, ya que, en no pocos casos, el hombre de la casa —el padre o el hermano mayor— han abandonado las herramientas del trabajo para empuñar las armas. Éstos son, en suma, los niños y las niñas que, día a día y noche a noche, serán evacuados de la capital con destino a lugares donde el hambre y los bombardeos no han sentado, todavía, sus reales.

Primero, saldrán grupos de niños hacia pueblos cercanos: El Escorial, Colmenar Viejo, Chinchón, Campo Real, Morata de Tajuña, San Martín de la Vega... Luego, cuando la capital se transforme en zona de guerra, las expediciones serán más numerosas y la gente menuda será evacuada, por miles, hacia Cuenca, Guadalajara, Albacete, Murcia, Alicante, Valencia, Castellón y Cataluña.

La separación de las familias sería dolorosa y a menudo patética, pues se dan muchos casos de muchachos y de muchachas que se niegan a ser evacuados —algunos llegan a saltar del vehículo ya en marcha—, protestando porque se les niega el derecho a defender Madrid. Entre otros, valga este ejemplo: Al caer la tarde —del 14 de abril de 1931—, las multitudes se congregaron en la Puerta del Sol, en el corazón de Madrid. Entre la gente estaba una joven de quince años, estudiante de la escuela secundaria, que se llamaba Victoria

Román. «¡La República ha llegado sin derramamiento de sangre!, dijo uno de mis maestros —recuerda Victoria, casi medio siglo después—. “Sí, replicó otro, *sin derramamiento de sangre... y viviremos para lamentarlo*”. Me escandalicé al oírle hablar así, pero luego habría de preguntarme si acaso no tenía razón...». Cinco años más tarde, Victoria Román, estudiante universitaria, vio que unos niños de corta edad arrastraban adoquines hacia el sitio donde hombres y mujeres estaban levantando barricadas. Tenía previsto salir de la ciudad; pero de pronto se sintió incapaz de hacerlo. «Me sentí completamente identificada con el pueblo de Madrid. “Yo me quedo”, les dije a los encargados de la evacuación que querían que acompañase a Levante a los niños que había estado cuidando. No pertenecía a ningún partido político, era una típica española indisciplinada que ahora estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para impedir el triunfo del fascismo. “Nadie puede abandonar Madrid en un momento como éste”, les dije...»^[36].

La animadversión hacia el enemigo que sembraba de ruinas «su pueblo» —como muchos de ellos llamaban a la capital de España— no desmerecía, en absoluto, de la que sentían sus mayores. Recuerdo haber bajado con permiso a Madrid —desde el Guadarrama— al mes justo de haber llegado a la Zona Centro^[37]. Salía de comer de una pensión de la calle de Carretas cuando vi que dos mozarbes se estaban peleando, tirados en el suelo. Parecía una pelea a muerte, casi. Nos costó lo nuestro separarlos. Uno de ellos tendría trece o catorce años y el otro once o doce. Afeamos al grandullón su conducta. Este, sofocado, replicó en el acto: ¡Es que me ha insultado! Y, tras recuperar algo más de aliento, añadió: «¡Me ha llamado “facha”!».

A las pocas semanas de ir y venir por aquellas tierras, uno acababa dándose cuenta de que aquellos niños y niñas, con sus actitudes vitales, tenían muy poco que ver con los de Valencia o los de Barcelona. Por lo menos en aquellas fechas.

Para coordinar más eficazmente la evacuación e instalación de los niños, número que aumentaba día a día, el Ministerio de Instrucción Pública y el de Sanidad y Asistencia Social crearon, el 28 de agosto de 1937, el Consejo Nacional de la Infancia Evacuada. Encargándose a Victoria Kent la delegación del mismo en París, con María Lacrampe de principal asesora. Y María Lejárraga en Bruselas. En septiembre de 1937, Regina Lago, encargada de la sección Organización del Régimen Pedagógico de la Delegación Central de Colonias Infantiles, daba cuenta del número de centros que había entonces en España: en total, 564 colonias que acogían a 45 248 niños y niñas. De éstas, 158 eran colonias colectivas, con 12 125 niños y 406 en régimen familiar, con 33 123 niños. De acuerdo con un informe del Ministerio de Instrucción Pública, en diciembre de 1937 funcionaban 170 colonias colectivas, que albergaban a 16 953 niños y niñas en zonas de Levante: Valencia, Castellón, Alicante y Murcia. Así como en Aragón, Cuenca, Albacete y Cataluña. En esta última región, La Ayuda Infantil de Retaguardia, dependiente de la Generalitat, se encargó de todo lo referente a la evacuación. Con ella colaboraban otras instituciones como Sello Pro-Infancia o el Refugio de Nieves Salvador Seguí.

Los niños, como ya se ha señalado, eran acogidos en régimen familiar o colectivo, en colonias. En el primer caso residían en familias, pero mantenían una relación estrecha con los maestros responsables del grupo al que pertenecían. Ellos eran los encargados de «vigilar» su estancia familiar y de que fuesen

atendidas sus necesidades culturales. La mayor implantación de esta modalidad se debió a los problemas que planteaba la organización de colonias colectivas. Estas últimas estuvieron instaladas en hoteles, balnearios, palacetes, casas de campo y otros edificios cedidos o requisados. Normalmente tenían huerta y jardín y se procuró crear en su interior ese calor del hogar del que tan necesitados estaban los niños. Cada colonia tenía un director responsable, varios maestros y personal auxiliar. Las colonias fueron buenos laboratorios para poner en marcha proyectos de renovación pedagógica^[38].

Los continuos avances de las tropas franquistas a lo largo de 1938 fueron agravando el problema de las evacuaciones. El hundimiento de distintos frentes —en particular el de Aragón, en la primavera de 1938— desencadenaba el repliegue de grandes contingentes de población hacia el territorio, cada vez más menguado, en poder de los republicanos. Estas incisantes oleadas de refugiados desbordaban todas las previsiones que, como es lógico, afectó, especial y duramente, a los menores. Muchas colonias de Levante y Cataluña tuvieron que convertirse en meros refugios, donde el hacinamiento de sus moradores impedía desarrollar la labor asistencial y educativa para la que habían sido proyectadas. Por otra parte, en las ciudades y sobre todo en Barcelona, se endurecieron las condiciones de vida, lo que se tradujo en un considerable aumento de las enfermedades infantiles.

Huida hacia el Levante feliz.

Testimonio de los hermanos Alfredo y Marga Barragán

En 1936, tenían, respectivamente, trece y diez años de edad y eran hijos de un taxista y de una costurera. Ambos tenían por empresario a la misma persona: el dueño del Teatro Calderón. El padre se agregó a la Motorizada Socialista nada más empezar la guerra. Pero no sin antes avisar al propietario del taxi que ponía el vehículo al servicio de la Revolución. «Cuídalo bien, camarada Barragán —le dijo el señor Gracia—, porque cuando esto termine Madrid seguirá necesitando taxis...».

Primero le tocó escoltar la expedición del oro del Banco de España, desde la capital hasta la estación de Alcázar de San Juan. De allí a Cartagena, el famoso «oro de Moscú» viajaría en tren, antes de ser embarcado hacia la capital de la URSS, vía Odesa. Luego, al volante de un camión del Quinto Regimiento, participaría en la evacuación hacia Valencia del Tesoro Artístico Nacional^[39].

En 1981, me habló del castizo chófer de Vallecas, en Barcelona, el cartelista Josep Renau, el que, por aquellos años, era director general de Bellas Artes (1936–1939)^[40]. Lo recordaba muy bien porque Barragán animó las paradas de la comitiva artística con su inagotable repertorio de chistes, contados con una gracia insuperable. Al principio —en octubre de 1936—, los hermanitos Barragán serían enviados a Sisante, en la provincia de Cuenca, donde se creó una colonia de niños evacuados de Madrid. En aquel pueblo conquense se habilitó, por aquellas fechas, un excelente campo de aviación republicana^[41].

Poco después, con niños de Sisante, Chinchón y Morata de Tajuña, se formó una expedición de cinco autobuses con rumbo a Murcia. Con ellos iban las jóvenes madres de algunos evacuados, familiares todos de milicianos —conductores y ayudantes— de la caravana artística.

Alfredo y Marga me confesaron que, antes de abandonar Vallecas —su barrio natal—, tuvieron que afrontar las invectivas de sus amigos de infancia, que les reprochaban que huyesen de Madrid en pleno peligro. Y esto a pesar de que, desde los días cruciales de octubre de 1936, en su barrio había constancia de que ellos habían «perdido» a sus padres. A la madre porque se pasaba las jornadas enteras cosiendo ropa para las Milicias Obreras y al padre porque no paraba de ir y venir por todos los frentes, sin soltar el volante ni para dormir. El reproche caló tan hondo que Alfredo se negó a ser evacuado: «Yo me quiero quedar con los abuelos», dijo a sus padres. Y me recalcó que faltó poco para que los convenciese. «Es que era de ver —apostilló Marga— lo en serio que los niños madrileños se habían tomado aquella guerra».

Alboreaba la primavera de 1937 y los ánimos de la chiquillería evacuada estaban al rojo vivo. Primero, porque Madrid había resistido, y segundo, porque el Ejército del Pueblo había infligido dos soberanas derrotas a los «fachas»: en el Jarama (febrero de 1937) y en Guadalajara (marzo de 1937). Allí a los militares españoles y aquí a sus aliados italianos. Quien más quien menos, ya veía próxima la victoria y el regreso a Madrid.

Un día los llevaron a visitar la base aérea, en las afueras de Sisante. Vieron de cerca los impresionantes aviones de bombardeo, los *Katiuskas*, y los *Chatos* y los *Moscas*, aviones de caza, todos soviéticos. Uno de los maestros, algo entendido en la materia, les dijo: «Es gracias a estas escuadrillas que vencimos a los *macarronis* en Guadalajara». Aquella misma tarde, mientras su padre regresaba al Madrid semisitiado, la madre de Alfredo y de Marga se presentó en la colonia, como encargada del ropero. Y a los pocos días la pequeña caravana infantil se trasladaba a

Castellón, donde permanecerían hasta marzo de 1938, en que, ante el avance de las tropas enemigas, varias colonias de niños refugiados en la provincia de Castellón saldrían hacia Cataluña.

Un bonito y próspero pueblo leridano, Guisona, sería su residencia catalana durante casi un año. Para los chicos mayores de doce años allí se practicó la nueva norma pedagógica impuesta por la guerra —y la falta de brazos en la agricultura—: recoger cosechas de la huerta y el campo por la mañana y estudiar por las tardes. «La verdad es que era un buen método: el que aprendiésemos a conocer lo que vale un peine, como suele decirse», me recalcó Alfredo.

En enero de 1939, cuando recomendó la huida, con el enemigo pisándoles los talones, en dirección a Francia, las madres y hermanas de los niños que habían conseguido, contra viento y marea, permanecer con ellos hasta la misma frontera francesa, serían separadas de sus pequeños por los G. M. R. (Guardias Móviles Republicanos). Los hermanos Barragán fueron enviados a un centro de acogida del noroeste de Francia. A Falaise, a dos pasos de la región de Bretaña^[42]. Mientras que su madre iría a parar a un refugio para mujeres del sur, en Rodez, en el departamento del Aveyron. Tardó casi seis meses en localizar a sus hijos^[43].

En Rodez consiguió encontrar trabajo, como sastre, en el taller de un judío alemán, que le extendió un contrato enseguida e incluso le buscó un modesto aposento. Gracias a lo cual pudo reclamar a su lado a sus hijos. De Alfredo, el padre, no sabrían nada hasta el verano de 1940, cuando ya los alemanes habían invadido Francia. El ex taxista se encontraba en Argelia. El golpe de Estado del coronel Casado le había pillado destacado en Guadix

(Granada), adonde fue a entregar unos aparatos de transmisiones, para el Ejército republicano, recién llegados de Suecia. Pegó el salto a Almería y allí consiguió embarcar en una barca pesquera. Tras una travesía bastante agitada, entraron en el puerto de Orán, medio congelados y muertos de hambre^[44]. Los internaron en el campo de concentración de Djelfa —en medio del desierto del Sahara— donde permaneció hasta principios de 1943. Entonces los republicanos españoles recobraron la libertad después del desembarco de las fuerzas aliadas en África del Norte, el 8 de noviembre de 1942.

Alfredo, como tantos otros republicanos españoles, se alistó en los Cuerpos Francos de la Francia Libre —donde tuvo de jefe al ex almirante de la flota de guerra española, Miguel Buiza—, que se integraron en la 13 Semibrigada de la Legión Extranjera francesa. Unidad que formaba parte de la Primera División Blindada de la Francia Libre. Al volante de un tanque Sherman haría la campaña de Italia (1943–1944) y la de Francia (1944–1945)^[45].

Al poco tiempo de terminarse la guerra en Europa (8 de mayo de 1945), y gracias a un anuncio enviado a varios periódicos republicanos del exilio, consiguió reunirse con su mujer y sus hijos, tras ocho largos años de separación. Por comparación con cientos de miles de familias europeas, que sufrieron separación, torturas y exterminio, los Barragán saldrían bastante bien parados de las guerras que les tocaron soportar. Aunque sus miedos, sobresaltos y sufrimientos quedarían incrustados para siempre en sus corazones.

La Aviación Republicana y las colonias de niños.

Testimonio de Enrique Pereira Basanta

Capitán de la Aeronaval de Barcelona. Piloto de hidroaviones en tiempos de paz y de bombarderos soviéticos, *Katiuskas*, en la guerra. A los catorce años se estrenó como aprendiz de mecánico en los talleres y en menos de diez años ya era jefe del personal auxiliar de la base barcelonesa, es decir, fue probablemente el aviador español que mejor conocía sus aparatos. Y, me consta, uno de los que más los quería y cuidaba. Lo demostró en la base conquense de Sisante, al recibir su primera escuadrilla de *Katiuskas*, donde logró inculcar a sus subordinados —tras una conversación, mano a mano, con cada uno de ellos— el amor y el respeto a unos aviones que costaban muy caros al pueblo español —les iba recalmando— y que se debían cuidar para mejor servir a ese pueblo. Pereira es una de las personas más admirables que he conocido. Muchos años después de haberse terminado nuestra guerra —hacia 1985— pasé por Sisante y quedé asombrado del buen recuerdo que todavía guardaban de él algunos de sus habitantes. Recordaban a un hombre serio, impecablemente uniformado, que infundía un gran respeto a propios y extraños. Pero, al que, siempre que se acudía a él —casi siempre con el alcalde como portavoz— se le encontraba dispuesto a ayudar al prójimo.

«Cuando nosotros llegamos a Sisante, a principios de 1937, en el pueblo ya había una colonia de niños refugiados de Madrid. La mayoría, cuando les preguntabas por sus padres, respondían: "Allí han quedado, defendiendo Madrid". Enseguida nos mostraron —por lo menos los más mayores— una gran simpatía. Porque decían que nuestra presencia allí impediría que Madrid fuese

bombardeada por los aviones “fachas”. Les explicamos que esa labor de interceptación no nos estaba encomendada a nosotros sino a las escuadrillas de cazas... a los *Chatos* y a los *Moscas*. También debían sentirse atraídos por nuestros impresionantes bombarderos y por nuestros vistosos uniformes... bueno, también por el hecho de tener tan cerca a “hombres voladores”, algo inusitado entonces. Por lo menos para las clases humildes. Los hubo que querían prepararse bien para poder ir a estudiar a la Unión Soviética y ser pilotos de caza. No les decía nada pilotar bombarderos. Unánimemente respondían: “Sí que nos gustaría, pero preferimos pilotar cazas para interceptar a los ‘fachas’ y que no lancen más bombas sobre Madrid”. A medida que fui conociéndolos, y me percaté del drama que vivían, separados de los suyos y de su medio natural, ya no me sorprendió tanto aquel espíritu guerrero tan apasionado.

Los lazos con ellos se estrecharían más cuando, de acuerdo con los aviadores soviéticos —que nos habían traído los *Katiuskas* desde Cataluña— decidimos apadrinar la colonia infantil. Nos reunimos con sus maestros y tomamos buena nota de las cosas que necesitaban con mayor urgencia. En particular para sus estudios. El primer mes, los aviadores españoles decidimos dar la tercera parte de nuestra paga para el fondo Pro-Escuela. Pero los soviéticos mejoraron la marca: entregaron la mitad de su mensualidad. Y además, el comandante-jefe, Juan, en su primer viaje a Valencia, se encargó de traer de allí todo el pedido. Al sobrarle algún dinero compró juguetes. “Sobre todo —nos recalcó — juguetes instructivos”. O sea: media docena de juegos de ajedrez. Y con la ayuda de la intérprete —una “Natacha” muy guapa y muy simpática— les enseñó a jugar^[46]. Y organizaron un

torneo doméstico. Estaban encantados con los chicos y las chicas y éstos con ellos. Tanto que el día que se marcharon —porque ya nos habían enseñado a manejar los aparatos—, la tristeza se apoderó de la colonia infantil, del pueblo y de la base. Y te lo digo yo que, al principio, no me caían demasiado bien porque parecían militares prusianos. Luego descubrimos su talante humano, que era algo muy de elogiar, ya que todos eran muy jóvenes. Juan, su comandante, no tendría más allá de treinta y seis o treinta y ocho años. Y la Natacha, poco más de veinte, ya ves qué equipo^[47]. Claro que después he pensado que quizá habían oído decir que nosotros de disciplina no andábamos sobrados y quisieron impresionarnos.

El día de la despedida, y ya con un pie en el estribo del autocar —iban a embarcar en Valencia, rumbo a Odesa, con la segunda promoción de alumnos-pilotos nuestros—, Juan me abrazó y, quedamente, me dijo: “Os los confiamos... cuidadlos bien...”. Yo le respondí: “Descuide, comandante, que con el personal que ustedes han formado, los *Katiuskas...*”. Juan me cortó y, dirigiéndose a la intérprete, me hizo saber que no se refería a los aparatos, sino a los niños de la colonia. Palabra que me quedé cortado. Porque, el centenar de chicos y chicas habían venido hasta al aeródromo a despedirse de ellos, con todo el personal de la escuela. Reaccioné en el acto: “¡Váyase tranquilo, mi comandante, que en este terreno también hemos aprendido mucho de ustedes!”.

La Natacha me estampó en las mejillas un par de besos y mirándome fijamente me dio otro encargo: “No se olviden de llevarles unas flores, de cuando en cuando, a nuestros niños...”. Que eran Miguelín y Pepito, jóvenes pilotos soviéticos que habían

venido a España, en la flor de la juventud, voluntariamente, a luchar y a morir al lado del heroico pueblo español... como ellos nos llamaban».

Un día —en la década de 1990— le pregunté al amigo Pereira si pensaba que, en el bando enemigo, los aviadores alemanes de la Legión Cóndor o los italianos de la Aviación Legionaria habrían apadrinado a niños españoles. «Lo dudo, Pons, lo dudo mucho... ya le conté a usted el grave y humillante incidente que tuvimos en el campo de Barajas, al final de la guerra, cuando hicimos la entrega de nuestros aparatos. Y provocado nada menos que por un tal Alfonso de Borbón... y con los aviadores alemanes e italianos allí presentes, como invitados de honor^[48]...».

Desde Madrid a Murcia: viaje de ida.

Testimonio de Josefina de Silva

«Sin embargo —anota Josefina de Silva— yo era muy consciente, porque los niños de la guerra maduran antes». Y añade: «Muchas veces pienso que la mayoría de los que se situaron a la derecha lo hicieron por razones de religión y no por política capitalista».

«Durante aquella época —observó la niña— era frecuente ver por las calles a las tropas rojas haciendo la instrucción, preparándose someramente para lanzarse a la batalla. Eran hombres mal vestidos. El mono azul pasó a ser un lujo de pioneros. Cada uno llevaba la ropa que podía. Un gorrión cuartelero, como mucho, era su distintivo militar. No tenían fusiles. Para los ejercicios, algunos utilizaban un palo de escoba. Y así iban al frente, en alpargatas y desarmados. Nuestro lechero nos lo explicó en un permiso. No tenía arma alguna, iba de repuesto, a la espera de que cayera un compañero para tomar su fusil, sin el consuelo de poder disparar, con los pies helados y las manos inmóviles, sin saber si la bala sería para el compañero o para él. Fue para él. No volvió más».

Aunque vivían en la zona Salamanca-Guindalera, la menos castigada por los bombardeos de artillería, Josefina, con su madre, su hermana y su hermano, serían evacuados hacia Levante. Primero, en camión, hasta Tembleque y luego en tren hasta Murcia.

«En Tembleque nos llevaron al local de un colegio, donde nos esperaban unas mozas, bastas y rozagantes como berzas recién arrancadas del bancal. Aquellas saludables y activas azafatas iban repartiendo por las mesas, con gran diligencia, la comida que nos tenían preparada: unas grandes cazuelas de arroz blanco y unas hogazas de pan, también blanco, del que cortaban con rapidez

hermosos trozos, que repartían con generosidad. No se le escatimaba la ración al viajero evacuado. Era como un sueño. No había más que decir: “Dame más” y rápidamente volvían a llenar el plato con una gran cazada de arroz o a cortar un hermoso cantero de pan recién cocido. Todos repetían entusiasmados, porque cosas así no se veían en la España del treinta y siete».

En Murcia, cuando su hermana pequeña comenzó a presentar síntomas de una afección nerviosa, la trasladaron al hospital inglés, instalado en España por los británicos para socorrer a los niños de la guerra. Era un edificio alegre y nuevo, rodeado de un jardín. Tenían toda clase de medicamentos, comidas y ropas. No sólo curaban sino que, cuando salían del hospital, les regalaban una maleta llena de ropa y de juguetes.

Al colegio donde inscribieron a Josefina y a su hermano, ella le dedica un sentido recuerdo. Lo llama «el Oxford murciano» y subraya: «Gran cultura adquirí en aquel colegio».

«El día de Reyes —recuerda Josefina— pasó a llamarse Día del Niño. Entre los niños evacuados distribuyeron previamente unos vales. Los había de distintos colores: femeninos y masculinos, de pequeños y mayores, a fin de que, a la hora del reparto, cada uno se llevase el juguete más apropiado. Demasiada preparación para tan desordenados tiempos. Entre los rojos había más soñadores que pistoleros. Ésta era una prueba».

El día 31 de marzo de 1939 empezó el largo repiqueteo de las campanas de la catedral de Murcia. «Como una voz que quiere sacudir de su bronce tres años de silencio», comenta Josefina de Silva^[49].

Batalla del Jarama: rescate de libros de texto.

Testimonio de Toñete, el de la Salvaora

Manolo Garbayo, el impresor malagueño ya conocido, al que un día, en 1975, le relaté el golpe de mano «literario» del Jarama, me reveló conocerlo de primera mano. Se trataba del rescate de seis sacas de Correos repletas de libros procedentes de la Biblioteca Municipal y de la escuela pública de San Martín de la Vega, a orillas del río Jarama. Habían sido escondidos por el factor de Correos y el maestro, cuando el pueblo estaba a punto de caer en poder del enemigo.

Toñete era hijo único de la Salvaora, madre soltera, que iba de cortijo en cortijo cosiendo y bordando para las señoras. Sorprendentemente era aceptada e introducida en las fincas por los señores. Corría la voz de que alguno de entre ellos era el padre del muchacho.

Anticipándose a la ocupación de aquellas tierras por las tropas de Franco, la Salvaora y su hijo se refugiaron en Titulcia, al otro lado del Jarama. Allí los conoció Manolo Garbayo, que dirigía la imprenta itinerante de las Brigadas Internacionales. Un día, cuando estaban comiendo, Toñete —al que Garbayo había contratado como aprendiz en la imprenta— oyó decir que en las escuelas de los niños refugiados de Morata de Tajuña y de Chinchón faltaban libros. Entonces, Toñete les reveló que él sabía dónde había varias sacas llenas de libros. Al decir que estaban en San Martín de la Vega, con el río Jarama por medio —que por aquellos días era la línea de fuego—, los ánimos se enfriaron. Pero el muchacho insistió, diciéndoles que él conocía muy bien los pasos del río y que sabía dónde había escondida una barquilla. Así que se organizó un grupo de rescate, a cuya cabeza se puso el

propio Garbayo, al que atrajo tanto la idea de infiltrarse en la zona enemiga, que acabaría ingresando en una compañía especial^[50].

Cruzaron el río en plena noche, recogieron las seis sacas —que estaban escondidas en el Molino Viejo— y regresaron a sus líneas sin novedad.

Más tarde, en el verano de 1976, volví a pasar por aquella zona y logré localizar a Toñete —ahora todo un hombre, claro—, al que encantaba saber que aquella «locura» quizá saliese en un libro. Me fotografié con él, en la plaza del Ayuntamiento de Titulcia, junto con unos paisanos suyos, que recordaban lo de los libros como algo de *locos*... Uno de ellos —el primero al que hablé, al llegar al pueblo y que me ayudó a encontrar a Toñete—, que debía tener «lecturas», dejó caer esta sentencia: «Ese es el tipo de aventuras en las que se metía don Quijote... y ya sabemos cómo acabó...».

Niños de Andalucía

*Andalucía por
sí,
para España
y la
Humanidad.
(del Himno
Andaluz)*

LA EXTENSIÓN DE ESTA REGIÓN Y, COMO consecuencia de ello, la falta de conexión —y por tanto, la carencia casi total de coordinación entre la militancia de extracción socialista o comunista y la libertaria—, fueron factores que favorecerían a los sublevados y a los grupos de gente armada que les secundaron, los cuales, para perseguir y exterminar, gozaron de una patente de corso sin precedentes.

Como en Zaragoza, Oviedo y La Coruña —que nunca debieron caer en poder del enemigo—, tampoco en Sevilla se cerró el paso —aquí al general Queipo de Llano— a los facciosos. Debemos recalcar que el jefe de la conspiración en Andalucía —Queipo— gozaba de una libertad de movimiento ilimitada gracias a su cargo de inspector general del Cuerpo de Carabineros. Pues bien,

alguien debería haber respondido de semejante nombramiento. De éste y de otros, por supuesto: el del general Emilio Mola, dejándole campar a sus anchas por tierras de Navarra, y el de Franco, destinándole a Canarias. Todas estas, y otras, anomalías, se completarían con la candidez de muchos dirigentes políticos y sindicales de izquierdas. Y con la incompetencia de muchos gobernadores civiles, así como con la indecisión de no pocos jefes militares —como el general Campins—, los cuales facilitaron el triunfo de los sublevados en Sevilla, en Cádiz, en Huelva, en Granada y en Córdoba. Málaga «la roja» haría honor a su nombre de guerra, y Jaén, con una fuerte implantación socialista y libertaria en los medios rurales, serían fieles a la República.

El caso de Almería puede servir como ejemplo de lo que se hubiese tenido que hacer por doquier: tomar la iniciativa con audacia. Como hizo, con una cabeza clara y talante decidido, el diputado socialista, el arquitecto García Pradal. Eso sí, arropado por unas docenas de mineros llegados a Almería desde tierras adentro, a requerimiento del propio diputado almeriense. Eran militantes ugetistas casi todos y bastaron para provocar la rendición de la tropa acuartelada, dispuesta a salir a la calle en cuanto llegasen los refuerzos que esperaban de Granada. Y a los que les saldrían al paso improvisadas centurias libertarias almerienses y alpujarreñas. Y la presencia del destructor *Lepanto*, anclado en el puerto de Almería, dispuesto a intervenir contra los facciosos.

Uno de los testigos directos de aquellos azarosos acontecimientos, Antonio Vargas, activo militante libertario de Adra —donde preponderaba la Confederación Nacional del Trabajo—, ha narrado en su autobiografía interesantes detalles

sobre la saludable reacción de la militancia progresista almeriense^[51].

Andalucía, partida en dos.

En estas páginas nos referimos, sobre todo, a la parte occidental de la región andaluza, puesto que, al estallar la guerra, Andalucía quedaría partida en dos. La ocupada por los facciosos y la que, al principio, se llamó zona leal.

En Málaga—capital la rebelión fue sofocada a los pocos días de producirse. Los obreros, campesinos, canteros, mineros y marineros dominaron la situación gracias a la adopción de medidas rápidas y decisivas. Con ellos se formaron las primeras unidades de la Milicia Obrera a cuyo mando pusieron a personas que gozaban de cierto prestigio en los medios progresistas —en particular, en los sindicatos obreros—, pero con una muy menguada preparación militar.

Tierras adentro, como resultado de la extrema confusión y de las indecisiones del enemigo, ya sea de la tropa o de la Guardia Civil, hicieron posible un sinnúmero de *espantás*. Casos de familias enteras que huyeron al monte, hasta ver en qué paraba aquello... Y que, en muchos casos, pronto regresarían a sus casas, al oír decir que no iba a pasar nada... siendo asesinados por quienes, entretanto, se habían sumado a los insurrectos. Los cuales, para justificar sus fechorías, decían: «Al huir se han delatado, porque el que tiene la conciencia tranquila no huye...».

Muchos de aquellos niños y niñas, que presenciaron tales desafueros, emprenderían, más tarde —al azar de las acciones militares o policiacas del enemigo—, la huida hacia la zona

republicana, de la mano de tíos o abuelos, o de simples amigos de sus familias. Hay infinidad de fotografías que dan testimonio de ello. Eran niños y niñas marcados para siempre por la destrucción de la familia y por el recuerdo de toda suerte de miserias y humillaciones.

Los grupos que consiguieron huir por el interior —a veces con la intención de refugiarse en Portugal^[52]—, por lo regular sólo acopiaron cansancio y miedo. Hasta que se tropezaban con alguna patrulla de guardias o de escopeteros al servicio de los caciques^[53]. Mientras que quienes huyeron hacia Almería por la costa, fueron blanco, en plena carretera, de día y de noche, de incisantes bombardeos y ametrallamientos. Por mar y por aire. Fue una retirada —la primera en su género— apocalíptica^[54]. Pese a la insistente y veraz información que sobre aquellas matanzas se difundió por Europa, las llamadas democracias siguieron haciendo oídos sordos a la tragedia española. Sin sospechar, un solo instante, que a la vuelta de apenas un lustro, los trasvases forzados de población civil, desde Francia a Noruega y desde Inglaterra a Polonia, adquirirían proporciones insospechadas. Con razón se recordaría —¡tarde, ay!— que antes de la destrucción de Rotterdam y de Coventry (1940), por la aviación alemana, ésta ya había reducido a cenizas Durango y Gernika, en Euskadi (1937). Y que Madrid, Barcelona, Granollers y Figueras serían, también, villas-mártir de la guerra total.

«Los aviones enemigos —ha escrito la intérprete militar soviética M. M. Lavina— bombardeaban la ciudad y las posiciones de las milicias de forma impune. A causa de los ataques de los Junkers alemanes y de los Capronis italianos, murieron en Málaga muchos civiles, en especial mujeres y niños. Sólo cuando la

defensa de la ciudad se vio muy seriamente amenazada un voluntario soviético, Antón Kovalevsky, un muchacho alto, de carácter alegre, al mando de un grupo de jóvenes pilotos, se hizo cargo de la defensa del cielo malagueño. Antón, dotado de un nada común valor militar, tenía una gran experiencia adquirida en la batalla de Madrid, en el otoño de 1936. El 8 de febrero caía Málaga y empezó el éxodo, hacia Almería, por la única carretera que unía la ciudad con la zona republicana, que era la de la costa. Tropa y población marchaban juntos. Los automóviles repletos de personas iban muy despacio, al paso de los burros cargados de niños y de enseres domésticos. Pero la masa se desplazaba a pie».

A Málaga le correspondería el triste privilegio de acuñar una palabra compuesta para singularizar la brutal ocupación de una localidad —hasta entonces republicana— por parte de las banderas del Tercio o de Regulares. La palabra era: *la entrá*. «¡Muchacho —oí decir a un joven cabo de Carabineros malagueño, apellidado Hornero—, que tú no sabes, tú no puedes imaginar lo que es una *entrá* de aquella gente, con los moros y el Tercio abriendo la marcha!».

Ahora, seis décadas después, cuando casi todos los testigos de tantas tribulaciones han desaparecido, es imposible —o poco menos— medir el impacto que aquella breve palabra compuesta causó en la población civil de la zona republicana. Luego, desafortunadamente, las fechorías de los legionarios y los moros se repetirían en otros lugares: en Llerena (Badajoz), Antequera (Málaga), Fraga (Huesca), Juneda (Lérida)...

Estas «cosas» quedarían grabadas en la frágil e impresionable memoria de los niños y las niñas andaluzas. Y, por ello, la huida, las evacuaciones, con todas sus incomodidades y peligros, les

parecerían caminos abiertos hacia la seguridad y la paz, pese a que el espectro de la guerra siguiese presente. De ahí, también, que la posibilidad de alejar a su progenitura de las bombas y del hambre hizo mucho menos dramática, en muchos casos, la separación de padres e hijos. Consintiendo, incluso, que se los llevasen al extranjero.

De la Universidad de Cambridge a la batalla del Ebro, pasando por las marismas de Cádiz.

Testimonio de José Fortes Jaén

Lo conocí durante los bombardeos de terror contra Barcelona, los días 16, 17 y 18 de marzo de 1938. Estaba yo de permiso y conducía un autoambulancia, con el que me personé en el n.º 7 de la calle del Carmen. Había caído una bomba en la panadería y José estaba herido en un brazo. Al ver a varias mujeres malheridas, se negó a ser evacuado mientras quedase allí un solo herido. Al final lo recogí a él y lo llevé hasta el cuartel de Sanidad Militar de la calle del Comercio, donde lo había «hospedado» un paisano suyo —del campo de Gibraltar— que resultó ser amigo mío: don Francisco Gómez de Lara, un farmacéutico de La Línea de la Concepción y que, por aquel entonces, era comisario general de la Sanidad Militar.

Fortes Jaén acababa de llegar de Inglaterra, recién terminada su carrera en la Universidad de Cambridge. Al ser llamada su quinta —la del 37— se presentó en la Embajada de España en Londres dispuesto a luchar por la causa republicana. Era hijo y sobrino de hacendados gaditanos.

La Guerra Civil le había sorprendido veraneando en casa de

unos tíos, en Gibraltar —en Main Street—, a punto de llegarse, como cada verano, hasta las fincas andaluzas de su familia. Su tío le aconsejó que no se moviese del peñón. Y de su boca oyó contar, contra los rojos, sucesos increíbles. Dejó pasar unos días y al comprobar que su tío no estaba dispuesto a acompañarle, decidió irse solo. Lo que descubrió, a medida que recorría —a caballo, como de costumbre— las provincias de Cádiz y Sevilla, era algo inimaginable. Aunque él había oído decir a su tío que «aquellos *desgraciaos* pagarían muy caro la reforma agraria republicana y el haber *levantao* la voz a sus amos...»^[55].

Cuando José preguntaba por alguno de sus conocidos —un mayoral de labranza o de pastoreo, o un aparcero—, le respondían que había desaparecido o que estaba muerto. Gente de confianza le reveló las matanzas perpetradas por gente armada a las órdenes de los caciques. Tardó casi un mes en regresar a Gibraltar, ya que, al preguntar por los niños del mayoral, la viuda de un aparcero —asesinado como el mayoral—, confidencialmente, le hizo saber que habían huido con la madre la noche de los fusilamientos. Y que pensaba que andarían por el lado de las marismas de la Janda.

Al día siguiente, apenas amaneció, Pepe ensilló su yegua y se dirigió hacia las Marismas. Rodeó la laguna, tropezándose con la Guardia Civil y con un grupo de escopeteros, que andaban buscando huidos. Sospecharon de aquel muchacho que, aunque de buena planta, no podía disimular que era medio inglés. Y que andaba de un lado para otro haciendo preguntas. Sin embargo, en cuanto decía de qué familia era le dejaban paso libre en el acto. Era tanta la impunidad que su apellido le otorgaba que ni una sola vez se preocuparon siquiera de averiguar su situación militar. El

caso es que, cuando ya anochecía, le salió al paso un mozalbete, de unos catorce años, que lo llamó quedamente por su nombre: don José. Harapiento y con cara famélica, Pepe fue incapaz, de pronto, de reconocer en él al hijo mayor del mayoral, a Fernandito. Lo subió a la grupa y le dio un pedazo de pan y unos higos secos. Luego, siguiendo sus señas, marisma adentro, acabaron encontrando a sus dos hermanitos: Lolita, de doce años, y Currito, de diez. Que agotaron el pan y los higos. Al preguntarles por su madre, Fernandito le contestó que hacía varios días que había ido en busca de comida... Temían que la hubiesen detenido, pero ellos, obedeciendo a la madre, no se movían de allí, abandonados y comiendo toda clase de yerbas y raíces. Pepe recordó que el mayoral tenía un hermano en un pueblo cercano, en Alcalá de los Gazules. Fernandito se quedaría en la marisma por si regresaba la madre, mientras que él, montando a Lolita en la grupa y a Currito delante, se dispuso a llegar hasta la casa del tío Paco. Orilleando el pueblo de Casas Viejas, alcanzó Alcalá de los Gazules, donde dejó a los niños, regresando a la laguna cuando ya amanecía. Anduvo cabalgando gran parte del día, haciendo tiempo, para llegar a las marismas cuando anocheciese. Hasta se detuvo en Casas Viejas, el pueblo de la tragedia de 1933, tratando de saber algo de la madre de los niños en la tienda de comestibles, en la panadería... Y, ya de noche, se reunió con Fernandito. El muchacho se montó con él en la yegua y, sin prisas, preguntándole al chico detalles de aquellas tristes jornadas pasadas, lo llevó al hogar del tío Paco. Ya se había corrido la voz por el pueblo y a poco de estar en la casucha apareció la Guardia Civil. «Aquí el señor, que es el sobrino de don Salustiano el inglés, me ha traído a mis sobrinitos porque han perdido a sus padres. Y nosotros, como

buenos cristianos que somos, nos haremos cargo de ellos mientras Dios nos dé salud y trabajo. «Bien —replicó el cabo de la Benemérita— ya haremos las indagaciones pertinentes y le diremos algo, porque yo tengo entendido que a los que se quedan huérfanos hay que llevarlos a un hospicio de la ciudad». Oyendo aquellas palabras, a Pepe se le vino a la memoria la letra de una coplilla —que había oído cantar otros veranos— que hablaba de «el aire que *too era puro* y las marismas *toas verdes*».

Aquella misma noche apareció la madre y de común acuerdo decidieron huir de Alcalá, con destino a la Serranía de Ronda. Allí se habían refugiado muchos hombres, entre ellos el hermano pequeño de la madre, Manolo, un chaval de dieciocho años, que luego lucharía, en la guerrilla rondeña en el grupo del Bernabé. Así que ensillaron los dos asnos del tío Paco y traspusieron camino adelante.

A lo largo del verano y del otoño, cientos de familias emprenderían la huida hacia tierras malagueñas. A veces sin los hombres, que luchaban en las Milicias o se habían echado al monte. Andando de noche y escondiéndose de día. Siendo blanco a veces de las partidas de escopeteros que practicaban la caza de fugitivos como un deporte^[56]. El autor recogió el breve pero indignado testimonio de guardias civiles ya jubilados —en 1976–1977—, acompañantes y ojeadores de señoritos a caballo, por las marismas. En busca, sobre todo, de mujeres jóvenes —incluso menores de edad— «a las que aliviar mayormente sus carnes, pues sus hombres, los muy cobardes, han huido a la sierra, abandonando a sus familias». «Y los muy canallas —apostilló el ex sargento de la Benemérita— cuando descubríamos a alguna chica entonces nos decían, a los guardias, que ya podíamos retirarnos.

Ya se puede imaginar lo que pasaba luego... la violaban uno tras otro y al final la mataban. Vaya, vaya usted por aquellos pueblos y diga en el juzgado que le dejen ver los registros, donde constan los cadáveres que levantaron en las marismas; además, eran proezas que luego comentaban en el casino de los ricos...»^[57].

Los fugitivos eran ayudados por los grupos de hombres —muchos de ellos futuros guerrilleros— escondidos en las sierras de Aljibe y Bermeja y en la Serranía de Ronda.

La historiadora Lucía Prieto Borrego da la impresionante cifra de 3597 refugiados —de ellos 1298 niños y niñas menores de dieciséis años— en Marbella, cuya población no llegaba a los 10 000 habitantes. Tan sólo del pueblo de Manilva —con 3198 habitantes— se refugiaron en Marbella 961. O sea, el 30 por ciento de sus pobladores. Provocando el aumento de población, en Marbella, de casi el 40 por ciento. «Lo que se dio en llamar las “miserias de la guerra” —apostilla Lucía Prieto—, afectó a los seres más vulnerables de la población huida. El cansancio, el hambre y el frío perjudicaban fundamentalmente a los niños, pero también a las personas de mayor edad»^[58].

Éstas fueron las razones que empujaron al joven estudiante de Cambridge a venir a luchar a España, como oficial de Transmisiones —«yo no he venido a matar a nadie», me recalcó varias veces—, hasta que se le dio por desaparecido en la batalla del Ebro. Cuando actuaba en la 44 División, cuyo jefe, Pastor, era un maestro asturiano, que heredó sus apuntes de guerra. El itinerario de éstos se comprenderá mejor si precisamos que Francisco Gómez de Lara, el comandante Pastor y el autor eran militantes del Partido Sindicalista^[59].

Exterminio de una familia granadina.

Testimonio de Victoriano Quero Robles

Como se verá en estas páginas —y consta en las de otras obras aquí citadas— en cada provincia hubo familias profundamente marcadas por la represión. En Granada, el matrimonio Francisco Quero y Matilde Robles y sus diez hijos —Antonio, Rosario, Pepe, Manolo, Paco, Victoriano, Matilde, Bernardo, Encarnita y Rafael—. Eran del barrio del Albaicín, el único reducto obrerista de la ciudad que se enfrentó a los sublevados en julio de 1936. Caro lo pagaron: ni una sola familia se libró del luto. Ni de la persecución posterior, que duraría varios lustros. A la familia Quero Robles, el biógrafo de los hermanos Quero la titula: «campeones del sufrimiento». Cuatro de los hijos se echaron al monte, para morir como hombres antes de ser abatidos como alimañas. Aquí damos el testimonio de Victoriano, que tenía trece años en 1939, al terminarse la guerra. Pasó más de seis años en la cárcel^[60].

Victoriano había pasado una cuarentena en la cárcel, a la edad de trece años, cuando sus hermanos Pepe y Antonio se fugaron de La Campana —cárcel de Granada—, saliendo en libertad vigilada. Contaba quince años cuando lo volvieron a encerrar, en 1941, y ya no saldría hasta seis años después, tras la muerte de su hermano Antonio, en mayo de 1947.

Lo pusieron en libertad a la una de la madrugada. Unos amigos, presos políticos de la Guerra Civil, que estaban en la oficina, advirtieron a Victoriano que la hora que le habían señalado era muy extraña. Le aconsejaron que, si salía a aquella hora, debía ir a su casa por caminos distintos a los habituales y sin perder tiempo. Victoriano salió a la una y marchó corriendo a su casa por sitios diferentes. Se temía que al ponerlo en libertad a

semejante hora era con el fin de quitarlo de en medio —como habían hecho con otros, aplicándoles la llamada ley de fugas— y hacer mesa limpia de una vez con los hermanos Quero.

En casa estaban su madre y su hermano Manolo, que hacía varios años que estaba enfermo de la columna vertebral, a consecuencia de un golpe que se dio cuando hacía el servicio militar en Artillería y que no se habían preocupado de curarlo. Llevaba mucho tiempo tendido sobre una tabla, inmóvil. También había en la casa unas cuantas criaturas pequeñas, huérfanos de los muertos, cuyas madres habían pasado mucho tiempo en la cárcel. Ya que, frente a tanta adversidad, la solidaridad entre los vecinos del Albaicín no decayó nunca.

Poco tiempo después de llegar Victoriano a su casa, la plaza de las Castillas fue ocupada por la fuerza pública. Eran las dos de la madrugada. Rodearon la casa y llamaron a la puerta, gritando que saliera Victoriano. Éste quiso escaparse por la parte de atrás, pero la madre le aconsejó que no lo hiciera, pues había guardias por todas partes y lo matarían enseguida. Y que, al día siguiente, los periódicos dirían que habían matado a otro forajido que intentaba huir. Estaban muy asustados y la madre estuvo a punto de volverse loca.

Por fin se decidió a salir, ante la insistencia de las llamadas a la puerta. Le gritaron «¡Manos arriba!», y lo cachearon febrilmente, temerosos de que el chico fuese armado, recordando que se trataba de un Quero. En aquel momento abrió la madre la pequeña ventana de arriba y se asomó, gritando como enloquecida:

—¡Criminales! ¡No me matéis a mi hijo Victoriano, que ya me habéis matado bastantes!

La pobre vieja ya no hablaba cabalmente. Desvariaba. Entre otras cosas, dijo:

—¡Vamos a bajar todos y que nos maten de una vez!

De pronto apareció en la plaza un señor vestido de paisano, que parecía ser el jefe. Los guardias habían ordenado a Victoriano que subiera en el camión, pero aquel señor les dijo que se marcharan, que se lo llevaría en su coche. Una vez en comisaría, el jefe le dijo:

—He llegado a tiempo. Podían haberte matado. He ordenado que no te molesten más. Y si alguien intenta molestarte vienes aquí y me avisas.

Todavía tuvo que afrontar nuevas provocaciones, como la de ser visitado por tres falsos guerrilleros. Eran policías enviados por aquel señor que había ordenado que no le molestasen más. Y por ello fue interrogado otra vez en la comisaría. Lo dejaron en libertad, aunque tuvo que presentarse a los guardias civiles. Un día, Victoriano se negó a ir al cuartelillo. Al encarársele el guardia por su atrevimiento, Victoriano replicó:

—No quiero que me molesten más sin motivos. Cuando los haya me pueden fusilar, si quieren; pero sin motivos no voy.

Pasado un tiempo, aquel guardia civil que tanto había molestado a Victoriano, se encontró con el muchacho. Iba vestido de paisano.

—¡Hola, Victoriano!, ¿qué te cuentas?

Victoriano no le hizo caso.

—No sé si sabrás que ya no estoy en la Guardia Civil...

Victoriano, mirándolo fijamente y con voz recia, le contestó:

—Allí donde tú estés, dentro o fuera de la Guardia Civil, seguirás siendo un mal bicho. ¡Poco bueno puedes tú hacer a

nadie! ^[61].

A la sombra del balneario de Lanjarón.

Fue en 1943. Un joven anarquista casado con una muchacha del pueblo. No se presentó a las autoridades al terminarse la guerra y se escondió en casa de su suegra. Durante el día estaba escondido y por la noche trabajaba haciendo fideos, que su mujer vendía como podía, para ir tirando. Al cabo de un tiempo, la Guardia Civil se enteró de que en aquella casa se escondía un hombre. Pero el muchacho se escapó por detrás. Entonces detuvieron a la muchacha. La Guardia Civil se llevaba a la mujer del evadido al monte y la obligaba a que lo llamara gritando su nombre. Y diciéndole que si no se presentaba ella lo pasaría muy mal. Sin resultado.

Defraudados por aquel fracaso detuvieron a Manolo, el hermano de la mujer. Tenía dieciocho años. Y se lo llevaron al cuartel de la Guardia Civil. Allí lo acusaron de criminal, por no haber denunciado a su cuñado cuando estaba escondido en la casa. Y quisieron sacarle dónde se encontraba el fugitivo. El muchacho no dijo nada y entonces la emprendieron a palos con él. Lo sentaron en una silla y, a fuerza de golpes, no pararon hasta que lo mataron. Al verlo inmóvil, llamaron a un practicante, para que le pusiese una inyección y lo reanimase.

—Aquí ya no valen las inyecciones... este muchacho está muerto.

Unas horas después, los guardias dejaron a Manuel, envuelto en una manta, a la orilla de la carretera, entre Alhama y Gádor, cerca del ramal que va a la estación de Santa Fe. Una vez allí, y en

presencia de gentes que transitaban por la carretera, acribillaron el cadáver a balazos. Después lo entregaron a sus superiores, declarando que lo habían abatido al intentar escapar^[62].

Matanzas en el camino de Málaga a Almería.

Testimonio de Luis Melero

El día 7 de febrero de 1937, cuando Málaga, casi en ruinas tras el diario bombardeo de siete meses, estaba cercada por las tropas franquistas, el general Queipo de Llano (la voz «guerrera» tras el micrófono de Radio Sevilla), dirigió un mensaje a los malagueños advirtiéndoles que aquellos que tuvieran algo que temer de las tropas «nacionales», escaparan hacia la «zona roja», por el único camino todavía libre: la carretera de Almería. Muchos malagueños tenían algo que temer porque Málaga fue anarquista y roja durante toda la República. Pero más tenían que temer por lo que contaban los escapados de los pueblos que ya había tomado Franco; los moros entraban a saco, apoderándose de comida y objetos de valor (que luego vendían en tenderetes instalados en las localidades recién conquistadas), violando mujeres y cortando a tajos la cabeza de cualquiera que se les opusiera. Sólo quedaron en Málaga los que más tenían que temer de Franco, los milicianos, para defender la ciudad. Ancianos, mujeres y niños, quizá para entonces el 85 o 90 por cien de los malagueños, emprendieron esa noche una huida en burro, en bicicleta, en carro... y la mayor parte a pie. La madrugada sorprendió el camino de Almería poblado de una muchedumbre aproximada de un cuarto de millón de personas, del Rincón de la Victoria hasta Motril o Adra. La madrugada encontró algo más: los mayores barcos de la Armada

de Franco alineados a lo largo de la costa, frente a la carretera que corre casi toda ella en cornisa, ofreciendo un bonito matadero como campo de tiro para sus cañones, porque los enloquecidos fugitivos tenían a su derecha el acantilado que caía a pico sobre el mar y a su izquierda el terraplén empinado que no les ofrecía refugio alguno. Las personas de mi familia que estuvieron allí, hoy en día o han muerto o se niegan a hablar de ello; pero yo recuerdo las conversaciones oídas en mi niñez, mi madre contando cómo con su embarazo de ocho meses se vio obligada, en ocasiones, a escalar las montañas de cadáveres que se habían ido formando espontáneamente, para continuar la huida.

Cuando alcancé la edad adulta quise registrar lo certificado por mi memoria; procuré información razonablemente amplia en libros de Historia, en órganos de prensa. Nada. Es de verdad tan espantosa esta encerrona de toda una ciudad, ante la cual el espanto de Gernika —con ser monstruoso— parece apenas un esbozo, que los escritores y los periodistas quieran, como sus protagonistas, olvidarla. Sólo encontré algunas referencias, por fortuna en la obra de dos autores tan calificados como Brecht y Neruda. Éste las menciona en *Tierras ofendidas: Málaga, perseguida entre los precipicios*. Aquél en *Los fusiles de la madre Carrár*, donde aventura la cifra de 55 000 muertos aquella madrugada del 8 de febrero de 1937.

¿Caerá el pudoroso e hipócrita manto de la Historia sobre este hecho sin que los andaluces actuales lleguemos a conocer todos los detalles? (Luis Melero. Málaga. Revista *Triunfo*, n.º 771. Madrid, 5 de noviembre de 1977).

Niños de Aragón

Cuando un aragonés sale perseverante, ya le
pueden echar todos los alemanes que quieran.

SANTIAGO RAMÓN y CAJAL

EN ARAGÓN SE DARÍAN CIRCUNSTANCIAS muy singulares: la primera, con la llegada de las columnas de milicianos procedentes de Cataluña y Levante se estableció un frente de combate de unos 300 km, que quedó estabilizado a las puertas de Huesca, de Zaragoza y de Teruel. Segunda: la llegada a los pueblos —con muy escasa implantación sindical hasta entonces— de militantes libertarios, huidos de la zona franquista —y en particular de Zaragoza— aceleraría la incautación de tierras y su puesta en explotación bajo el signo colectivista. Esta experiencia de colectividades agrarias constituiría la fase más avanzada de la revolución popular en el campo. Luego, las colectivizaciones agrarias se extenderían a Levante, La Mancha y Andalucía oriental. Así como a parte de Extremadura y Castilla. Tercera: la presencia de unidades combatientes republicanas por tierras de Aragón —por lo menos en los primeros tiempos— obligó a las colectividades a transformarse en los principales abastecedores de la intendencia militar. A base de acuerdos entre los mandos de las columnas —en

su mayoría libertarias— y los comités revolucionarios locales.

Por lo que respecta a los niños, en principio hubo pocos refugiados fuera de Aragón. Los procedentes de la zona franquista —fugitivos en compañía de sus padres, por lo regular— solían quedarse en pueblos aragoneses situados a retaguardia de las líneas republicanas. A Cataluña llegaron los que tenían algún familiar —la colonia aragonesa en la Ciudad Condal fue siempre muy importante— que los podían acoger. Y posiblemente —con destino a alguna colonia infantil— llegarían algunos niños y niñas huérfanos a consecuencia de la guerra y de la represión franquista. La masa de refugiados aragoneses llegaría en marzo y abril de 1938, a causa de la ofensiva enemiga que provocó la retirada del Ejército republicano de Aragón.

Segadores albaceteños sin siega.

Testimonio de Salvador Terán

«Esto ocurrió a los pocos días de empezar la guerra. Nosotros teníamos un ventorrillo en el viejo camino de los arrieros; allí mismo donde se encuentran las fosas con cientos de cuerpos de asesinados y también el llamado pozo hondo. Allí mataron todos: la Guardia Civil, los falangistas, los requetés y los paisanos armados..., gente joven, de casa rica, que no habían trabajado en su vida.

Aquel día, como hacían cada año, una cuadrilla de segadores de Albacete se detuvo en el ventorrillo, para dejar pasar la solana y comer un bocado. Eran de un pueblo que estaba a varios días de marcha y hacían todo el camino a pie. Y todos los años comían allí. Nos compraban algo de vino y pan del que amasaba mi sobrina. Lo

demás, ya sabe usted: un poco de queso, de leche de cabra, y chacina seca de la matanza. Eran hombres hechos y derechos. Llevaban con ellos a un par de muchachos, que no tendrían más allá de doce o trece años. Y dos muchachas de quince o dieciséis años, con una mujer, que era la cocinera. Todos más o menos emparentados. Unas veinte personas en total. De pronto, va y se nos presentan un cabo y tres números de la Guardia Civil. Personal maduro y malcarado. Siempre andaban incordiando a la gente. Los campesinos charlaban en voz alta, mientras comían. Los del tricornio enseguida los rodearon, como si se tratara de salteadores de caminos, cuando se veía a la legua que eran gente honrada. Y empezaron a preguntarles cosas. Ellos respondieron que iban a segar, como todos los veranos, por el lado de Molina de Aragón. Pero la desgracia les vino cuando el cabo, que ya se disponía a llevárselos arrestados, oyó el nombre del pueblo de donde eran los segadores. El guardia exclamó: “¡Qué pequeño es el mundo, coño!”. Y enseguida llamó a varios hombres, de los que estaban comiendo en el ventorrillo y los obligó a sacar unas sogas de sus carros y a que ellos mismos, ayudados por los otros civiles, les ataran las manos a la espalda a los campesinos de Albacete. Éstos protestaron correctamente; pero no les sirvió de nada.

Así que ya ve usted —prosiguió Salvador Terán—, se los llevaron y a menos de cien pasos de la casa se echaron los mosquetones a la cara y los mataron sin más. Allí estuvieron los cuerpos, sin enterrar, hasta que trajeron unos presos de Teruel, que cavaron una fosa y los sepultaron. No respetaron ni a los niños... Sus familias puede que aún no sepan dónde están enterrados... Mi sobrino Pedro, que es el que llevaba el ventorrillo, con su mujer y sus dos chicos: un muchachete de catorce años y

una niña de diez, fue aquella misma noche y pudo traerse a uno de los chicos de la cuadrilla, que estaba muy malherido y que se nos murió a los pocos días. Pedro y su hijo, Pedrín, le dieron sepultura en la misma casa, en una covacha que hacía de sótano. Lo cubrieron de tierra y con una losa de piedra que teníamos para tapar el arca del maíz seco.

Unos días después, el cabo y sus hombres volvieron a pasar por allí. Nos explicó que los había fusilado porque él, dos años antes, había estado destinado en aquella zona, de la que eran oriundos los segadores, y se percató de lo revolucionarios que eran, de muy mala madera. Y agregó: “Eran los que querían quitar las tierras a los amos... ¿No querían tierra? ¡Pues ya la tienen!”».

El frente de guerra se estabilizaría no lejos de allí durante año y medio. «Durante todo ese tiempo —añadió el viejo Salvador— mis sobrinitos estuvieron oyendo, casi todas las noches, disparos y gritos... y luego quejas y gemidos... un verdadero martirio, creame... ya ve usted qué plan...». Quizá por ello, para remediar tanta desgracia, los dos hombres del Ventorrillo del Arriero, Pedro y Pedrín, en largas y penosas marchas de noche, acompañarían más de una vez a personas en peligro hasta la zona republicana. Andadura que merecería ser contada, con todo detalle, por tratarse de un noble episodio más, a cuenta del pueblo llano, de nuestra reciente Historia.

Con mi buen amigo Terán —medio ciego ya y casi sordo del todo—, fuimos a llevarles unas flores a nuestros desconocidos hermanos de las fosas del Ventorrillo. En una de ellas, un profundo pozo, yacen los restos de más de un millar de hombres y mujeres —así reza en el encalado brocal del hoyo—, cuyo único delito era el de haber luchado para humanizar el trabajo y

dignificar la vida. Esos eran los revolucionarios, de muy mala madera, de que habló el cabo de la Benemérita que, para desgracia de aquellos segadores, y de sus acompañantes, un día tuvo como destino un pueblo albaceteño, al pie de la sierra de Alcaraz. Y este es el testimonio de Salvador, de La Muela de Teruel, septiembre de 1976.

Las fosas comunes de la Venta de Paco.

Se encuentran en la carretera de Zaragoza, a unos 10 o 12 km. de Teruel. Antes de la guerra era lugar de encuentro de los contrabandistas de ganado. En especial de mulos. El ventero había hecho construir debajo de la venta, a escondidas, unas cuadras-celdas para disimular el «material» de contrabando. Esas cuadras son las que transformarían en fosas comunes los facciosos. Sepultando allí —a veces cuando aún respiraban—, indiscriminadamente, a hombres, mujeres y niños. Estos últimos para suprimir testigos de las matanzas^[63].

El 10 de julio de 1980 encontré allí a un vecino de Monreal del Campo. Recordaba haber oído contar que el verano de 1936 se perdió gran parte de la cosecha de cereal porque no llegó ni un solo segador de los que venían de Albacete y de La Mancha. L. D. R. llevaba flores a su padre, como todos los años, a quién asesinaron en la Venta de Paco junto con otros vecinos de su pueblo. Primero lo llevaron a la prisión de Teruel. A la que acudió él con su madre a llevarle algo de ropa, para el invierno. Se lo habían llevado aquella madrugada. «Dos de aquellos asesinos —me dijo— todavía viven: uno, un tal Herrero, y otro que es estanquero».

«Cuando se llevaron a mi padre yo tenía quince años. Y me tuve que hacer cargo de la casa, porque nos quitaron unas tierras y mi madre enfermó. Se nos murió a los pocos meses». Un tío suyo le prestó un pequeño rebaño de cabras y le fue bien, para que ni él ni sus dos hermanitos se muriesen de hambre. Hasta que le tocó ir a la mili. Pero se ve que dieron malos informes —que era hijo de un rojo— y lo mandaron a un batallón disciplinario de Marruecos. Donde le hicieron toda clase de barrabasadas. Que aguantó bien, sostenido por la idea de que un día cambiarían las cosas y podría vengar a su padre. Entonces yo le dije: «Pero el tiempo...». Luis me cortó: «Sí, esos dos asesinos de Teruel... son unos desgraciados... con el tiempo me he dado cuenta de que, para rendir justicia a tanto asesinado habría que apuntar más alto... ¿Comprende? Además, yo soy incapaz de matar una mosca».

L. D. R. me explicó que al peón caminero de la Casilla del Alto —a cien pasos de la Venta de Paco— lo habían detenido y fusilado junto con su chico de catorce o quince años, porque los pillaron llevando agua a recién fusilados que agonizaban, y cuyos gritos y quejas se oían desde la Casilla. Dejó viuda y tres hijos. La mayor tenía doce años. Teresa se llama y Luis la localizó en Teruel. «Nosotros —le dijo la mujer— lo hacíamos porque nos habían enseñado que debíamos ayudar al próximo siempre que estuviese en nuestra mano poder hacerlo». Le confesó haber bajado alguna vez a la venta, con su hermano mayor, a llevar agua a los moribundos. Al estar su padre ausente, la madre les decía: «Anda, llevales agua a esos desgraciados, ¡qué Dios os lo premiará!». «Porque mi madre creía en Dios... hasta que mataron a mi padre y a mi hermano...».

«Si revienta, al menos lo hará con las tripas limpias».

Testimonio de Julia González

Eran una familia campesina de Celia (Teruel). Su hermano, Antonio «el Colorao», tenía trece años en 1936. Ella, ocho. Al padre lo detuvieron tres veces. La primera lo devolvieron sangrando por la nariz y por la boca. Como otros vecinos que pasaron por el cuartel de la Guardia Civil. La segunda lo dejaron medio muerto en la puerta de la casa —de la segunda tanda de palizas que le dieron— y vomitando las entrañas a causa del aceite de ricino que lo habían obligado a beber. Allí expuesto, sin duda para amedrentar todavía más al vecindario. Un guardia civil dijo: «Si revienta, al menos lo hará con las tripas limpias».

«La tercera vez que vinieron a detenerlo —añade Julia—, al verlos llegar, yo eché a correr para refugiarme en casa de una vecina. Entonces el cabo le gritó al más joven de los guardias: “¡Pégale un tiro, que ésa va a avisar a su padre!”. El joven guardia quedó parado y mirando al que le había dado la orden, dijo: “¡Si es una niña, cabo!”. “¡Da lo mismo —gritó éste—, que esos mocosos luego no paran de contar historias contra nosotros!».

El padre, al oír aquel jaleo, salió a la calle y se entregó. Lo subieron al camión, que acababa de llegar, lleno de detenidos. Su hijo Antonio —presintiendo lo peor— preguntó adonde lo llevaban. El cabo le espetó: «¡Tú quítate de mi vista, *desgraciao*, que te subo en el camión y así te enteras de adónde van!».

Los asesinaron y los enterraron en una fosa común que hay entre Caudé y Concud, al lado mismo de la carretera. Nunca nadie ha sabido cuántos cuerpos hay allí sepultados.

Julia, hoy, es la única que se niega a llevar flores a la fosa donde se supone que yacen los restos de su padre. Y argumenta:

«Tendríamos que llevar flores a todas las fosas de España y entonces no habría bastantes flores en el mundo durante todos los años de nuestra vida». Al despedirme de ella, en Barcelona — donde vive hace muchos años, porque en su pueblo hubiese enfermado viendo, un día sí y otro también, a los responsables locales de las matanzas—, me aseguró que seguía acordándose de todo lo que quedó grabado en su mente a sus ocho años.

Breve historia de un pastorcillo.

En Cella me contaron las aventuras de un niño—pastor —catorce o quince años tendría en 1936—, que durante la batalla de La Alfambra (en el invierno 1937–1938), anduvo recogiendo heridos de guerra republicanos, tendidos en tierra de nadie, y los llevaba de noche hasta las posiciones de los suyos. Hasta que un día se encontró con un italiano herido en una pierna. Siguiendo sus instrucciones hasta le hizo un torniquete y todo. Luego se dispuso a acompañarlo hasta las filas franquistas, porque él había oído hablar de los alemanes y de los italianos que ayudaban a Franco. Por suerte, el herido no había perdido el sentido de la orientación y no hacía más que indicar al chaval que quería ir hacia el otro lado. Andresito ignoraba la presencia, en el lado republicano, de italianos en las Brigadas Internacionales. Al final, en medio de una impresionante nevada —y con los moros de Yagüe parapetados por allí, *paqueando* a todo lo que se movía—, el pastorcillo ayudó al interbrigadista del Batallón Garibaldi hasta alcanzar las trincheras republicanas^[64].

Frente de Aragón, verano de 1936.

Testimonio de Enric Casañas

«Una patrulla del SIEP, (Servicio de Investigación y Enlace Periférico) recuperó, en campo enemigo, unas tres mil cabezas de ganado lanar. Un pastorcillo llegado de la zona enemiga —de unos doce o trece años— nos había informado de la existencia del importante rebaño —fruto de varias requisas— en el corral de una paridera. Lo habían enviado los pastores víctimas de la expoliación. Estaban a unas tres horas de marcha^[65].

El pastorcillo se decía dispuesto a acompañarnos y a guiarnos hasta la paridera. Unos compañeros, que eran de aquella comarca, le estuvieron haciendo preguntas, por temor a que se tratase de una treta. No tardaron en reconocer que aquel zagalillo les decía la verdad. Así que organizamos la expedición para la noche siguiente. Tres horas para ir y otras tres para volver, en una noche de verano, era un tiempo muy ajustado... Iríamos una docena de hombres, con dos pastorcillos más. Entre los milicianos había un par que sabían algo de corderos. Porque lo delicado era que se tenía que prescindir de los perros. Mas las cosas se arreglaron bastante bien, ya que los cuatro pastores expoliados decidieron venirse con nosotros. Lo más delicado quedaba por solventar, que sería el cruce de la línea de fuego. Hablamos con nuestro capitán—asesor de artillería, un gallego llamado Oubiña, y creo recordar que Enrique, como yo, para que armasen algo de bulla cuando nos estuviésemos aproximando a las líneas enemigas. El gallego se echó las manos a la cabeza. Después, un día, comentando esta aventura, me dijo: “Coño, es que con vosotros, los anarquistas, yo iba de sorpresa en sorpresa. Esa manera de hacer la guerra me traía de cabeza”^[66]. Al fin, pese a la originalidad de la idea,

pudimos contar con su colaboración... bueno, la de un cañoncito del cinco y medio, que debía ser de la guerra de Cuba por lo menos. Quedamos que, en el camino de regreso, al llegar cerca de la línea de fuego, nos apostaríamos en un lugar determinado y enviaríamos un enlace para que el cañón hiciese fuego sobre las trincheras del enemigo. Y así fue.

Por el camino estuvimos a punto de tener un par de tropiezos —al cruzar varios caminos—, pero no pasó nada. Los pastores que nos acompañaban no paraban de hablar de la inteligencia de sus bestezuelas, a las que nunca habían “paseado” de noche y que en aquella ocasión lo hicieron tan silenciosamente, que parecía que se hubiesen dado cuenta del “servicio secreto” que estaban protagonizando.

Pero, en honor a la verdad, yo debo reconocer que la labor más meritoria la hicieron los pastorcillos, que corrían de un lado para otro, como fantasmas, haciendo las veces de perros guardianes, y dando fuertes soplidos —medio tapándose la boca con las manos—; parecían gamos. Y luego el que cruzó las líneas, para avisar al capitán Oubiña, fue también uno de ellos. Se ve que a los pastores se les hacía muy cuesta arriba reconocer que los pastorcillos eran los verdaderos héroes de aquella operación. Por eso preferían alabar a sus corderos...

El caso es —insistió Casañas— que si los pastores no se deciden a acompañarnos, la cosa hubiese resultado muy peliaguda. Porque, claro, aquellas bestias se hubieran dado cuenta de que les conducían gente extraña e inexperta, y además sin perros. Y seguro que hubiesen metido más bulla. Con todo, los pastores se trajeron a una buena docena de canes, a los que, con el dedo puesto en los labios, les hacían guardar silencio. Todavía

hoy me pregunto cómo pudo salir bien aquella operación... Es verdad que, cuando el cañoncito aquel disparó varias andanadas, cruzamos las líneas como Pedro por su casa. Uno, con cierta experiencia a cuestas, terció: "Bueno, muchas veces las cosas salen bien porque se le echa toda la audacia necesaria". Y Casañas apostilló: "Sí que es verdad". (El ganado fue entregado a una de las colectividades agrícolas zaragozanas que mejor organizadas estaban: la del pueblo de Lécera)».

Los hospicianos de Teruel.

Testimonio de Julio Sanz Sainz

En el invierno polar de Teruel (1937–1938), la villa fue tomada en diciembre y perdida por el Ejército republicano en febrero. Un corresponsal de guerra catalán, Julio Sanz Sainz, nos descubriría el único grupo humano que, en realidad, fue íntegramente liberado: el de medio centenar de niños hospicianos rescatados del asilo provincial de la capital del Bajo Aragón. Todos rapados al cero salvo un mechoncito de pelo en medio de la frente.

«Quien quiera conocer la verdadera cara del fascismo que se lo pregunte a las criaturas descubiertas en Teruel. Unos niños que llevan en su carne y en su rostro las huellas del dominio fascista. Aunque, para ellos, ya haya desaparecido el terror del asilo, el miedo a los malos tratos y una esclavitud que temieron sería eterna. "Vivíamos como conejos —nos contaron los ex hospicianos — y no se nos permitía el menor desahogo... sólo salíamos a un reducido patio dos tardes por semana... y siempre vigilados por los curas, que nos castigaban a la mínima".

Los asilados eran niños que no habían conocido a sus padres, niños esclavizados, hambrientos, que extendían sus brazos hacia nuestros soldados que los devolvían a la vida. Y, a partir de ese momento, eso sería el primer objetivo militar de los soldados republicanos: salvar a la infancia inocente. Pusieron el pan fraternal en sus manos. Y el regalo de Reyes de 1938 ha sido la Vida y la Libertad.

—¿Y ahora que será de nosotros? —preguntó el mayor de todos.

—Vais a ser evacuados hacia Valencia. La República os dará camas blancas, el campo, el sol, el mar y estudios»^[67].

Habla un poeta: Gil Albert.

«Y estando apoyado de brazos sobre un paredón, frente a los montes desnudos, vino un joven miliciano y charlamos. Me sorprendió su pulcritud. Recuerdo exactamente que, al separarnos, me dijo: “Estaré aquí hasta que tomemos Teruel. Quisiera sobrevivir a la lucha porque tengo mucho que aprender. Si es así, iré a buscarte para que hablemos de poesía”. Y anotó mis señas.

Pero uno no podía detenerse demasiado en ello. Aquel día, en Corbalán, a poca distancia de las avanzadillas, llegaron siete jovenzuelos evadidos del campo enemigo. Apenas hablaban y buscaron el fuego en la cocina sórdida, donde comíamos unas patatas con humo. Pero dos mujeres de Teruel, venidas un mes antes atravesando los campos, nos describieron la pesadilla aragonesa en la alta ciudad: la amiga fusilada por guardias civiles en la misma puerta de su casa, y aquella otra, parida después de

muerta. “No queda ni raza de los nuestros”, dijeron»^[68].

El hijo de la comadrona de Belchite.

«A ver si en su libro cuenta usted la verdad de lo que pasó, porque ahora parece que todos somos culpables por partes iguales de lo que ocurrió en este país. Y eso no es verdad —afirmó la vieja campesina— puede que los nuestros hicieran alguna cosa fea, no digo que no. Por eso usted tendría que explicar lo que antes, durante toda su vida, les habían hecho a ellos... y lo que les hicieron en la guerra y después. Que eso de meternos a todos en el mismo saco es una de las más grandes injusticias que se pueden cometer. Diga que aquí esos que se llamaban nacionales sacaron de la cama a nuestros padres, hermanos y maridos, para llevarlos a fusilar, sin que los hubiesen acusado de nada.

Se volvieron como locos, matando a nuestra gente..., como que asesinaron a la única comadrona que teníamos en Belchite, que los había traído al mundo a casi todos ellos, y a su hijo también lo mataron, un muchacho de quince años... Dígalo, dígalo en su libro, que las cosas feas se hicieron en España mucho antes de 1936 y no las hacían los pobres campesinos sino los otros, los de comunión diaria...».

Compruébese, por boca de uno de nuestros mejores historiadores, si la campesina aragonesa dio en la diana:

«En el caso que nos ocupa, sobre la guerra de 1936–1939, y la represión desencadenada por el bando faccioso, creo que pueden establecerse algunas conclusiones.

En primer lugar, el punto de partida estriba en quién desencadenó el conflicto. A este respecto no caben argucias dialécticas. Pretender que la Guerra Civil la originaron, como pretenden ciertos sectores, quienes precisamente se opusieron al inicio de la misma, sobrepasa toda posibilidad de análisis lógico. La supuesta conspiración comunista marxista o socialista es un *bluff* de los más utilizados por los sublevados ante la opinión moderada, conservadora y reaccionaria que, potencialmente, podía servirles de apoyo. La primera responsabilidad correspondía a los iniciadores “reales” de la Guerra Civil y del ejercicio del terror para poder imponerse a una población mayoritariamente hostil.

En segundo lugar, no cabe ignorar —desencadenado el conflicto— la distinta actitud, en modo alguno equiparable, de los máximos responsables de ambos bandos; basta un análisis comparativo de la prensa publicada en ambas zonas durante la guerra.

Y, en tercer lugar, no es admisible pretender justificar “moralmente” (a lo que contribuyó irresponsablemente la Iglesia católica) la sangría de la Guerra Civil. El general Franco, considerado por sus hagiógrafos como “la espada más limpia de Europa”, es quien más sentencias de muerte ha firmado en toda la Historia de España. La semilla del odio, de la persecución cainita durante la guerra, que se esparció a lo largo y ancho del solar hispano, no la sembró únicamente, como es obvio, la España vencedora. Indiscutiblemente, la “otra España” contribuyó a la siembra; pero, en definitiva, la cerilla que encendió la mecha la pusieron los militares rebeldes que, trasgrediendo su palabra, se sublevaron contra el Gobierno y contra el Estado que habían jurado defender, lanzando con su acción a todo el pueblo español

hacia la Guerra Civil»^[69].

En el frente de Huesca.

Testimonio de Pedro Torralba Coronas

«El 28, de buena hora, fui a Arguís para hacerme cargo de varias personas que se habían pasado a nuestras filas, en las avanzadillas que teníamos en la montaña. Para conducirlos al Cuartel General que teníamos en Albero Bajo. Este viaje me impidió presenciar la operación realizada contra Las Salinas, frente a las que nuestra gente instaló ametralladoras en los lugares más altos e impidió al enemigo salir de las casas.

En la toma de estas posiciones, destacó, por su arrojo, valentía y serenidad, Antonio Latorre de Los Corrales. Latorre tenía dieciséis años cuando presenció cómo un grupo de falangistas sacaban a su padre para fusilarlo. Aquel acto lo marcó para siempre y le causó tanta pena como odio sentía hacia los asesinos de su padre. Escapó de su pueblo y llegó hasta nosotros, quedándose voluntario en nuestras milicias. En todos los combates iba el primero a los sitios más peligrosos, en un afán de hacer justicia y vengar así la muerte de su padre.

En esta ocasión, Antonio Latorre formó parte del grupo que, desde la sierra de Gratal, se descolgó a la derecha de Las Salinas. Fue el primero en llegar a las paredes de las primeras casas, arrojando bombas al interior de las casas, por las ventanas y por las chimeneas. Destruido y ardiendo el primer edificio, pasó al segundo, en el que entró para liquidar a los falangistas que allí se encontraban, a los asesinos de su padre. Los que fueron capaces hasta de asesinar al cura del pueblo de Los Corrales porque se

oponía a la matanza de inocentes y protestaba contra las salvajadas y atrocidades que cometían los falangistas.

Otra de nuestras milicianas, singularmente valerosa y temeraria, fue Maxi Santamaría, una vasca de Pasajes. Tenía dieciocho años, pero era un paladín de las ideas libertarias que llevaba profundamente arraigadas. Había luchado en San Sebastián y en Irún y cruzado el Bidasoa para refugiarse en Francia. Sin pérdida de tiempo, se vino a Barcelona, se alistó en la Roja y Negra —una de las primeras columnas que se crearían en Barcelona, en julio de 1936—, formando parte de una sección de ametralladoras, Maxi estuvo siempre en primera línea, hasta que las mujeres fueron retiradas de las trincheras^[70].

En el sector que cubría la Roja y Negra —más tarde: 28 División— es donde se pudo presenciar cómo el enemigo utilizaba a mujeres y a niños como corazas. Josefina Blasco Tello, de Caspe, fue herida por balas nuestras cuando había sido obligada por los facciosos, con otras mujeres, a excavar trincheras. Y más tarde a marchar delante de las tropas enemigas, junto con un grupo de niños y niñas. Su propio hermanito cayó muerto a su lado. Un contraataque de los nuestros permitió rescatar a varias mujeres y niños heridos y a otros que, aprovechando la confusión del tiroteo, se habían escondido en un roquedal»^[71].

Niños de La Rioja

Desde Arnedo a Cuba, pasando por Belgrado.

A Elisa la conocí en el verano de 1959, en Yugoslavia. Formábamos parte de la misma Brigada de Jóvenes Trabajadores Voluntarios de Francia, unos quinientos, destacada en la construcción de un tramo de la autopista Trieste–Kóper–Belgrado. Pertenecía a las Juventudes Socialistas de Toulouse. Ella acudió a la cita laboral en 1960 y 1961 y se enamoró de un montenegrino que estudiaba en Zagreb. Años más tarde fueron a vivir a Cuba. Ella como maestra y él como asesor técnico de una unidad de producción agropecuaria. Era oriunda de Arnedo y en 1936 tenía seis años. Había nacido en abril, con la República. Su hermano Manolo le llevaba cuatro años.

Al estallar la guerra, su padre, como tantos hombres del pueblo, se pasó a la zona republicana. En su lugar, los requetés se llevaron detenida a la madre. Los abuelos se quedaron con los nietos. A Manolito, con sus diez años, lo tuvieron que sacar de la escuela y lo pusieron a guardar cabras de un tío suyo. «Para lo que os enseñan ahora en la escuela, más aprenderás en el monte», sentenció el abuelo. Del padre estuvieron mucho tiempo sin noticias. Él, en cambio, algo sabía de ellos por gentes del pueblo

que se pasaban a la zona republicana. Así supo que a su mujer la habían tenido presa en el Fuerte de Pamplona. También se enteró de que —como era lozana y trabajadora— estaba de sirvienta en un hotel navarro ocupado por altos mandos militares. Fue entonces cuando Manuel, el padre de Elisa, decidió atravesar las líneas para tratar de rescatar a sus hijos y luego a su compañera. Estaba al corriente del pastoreo de Manolito, el cual no se limitaba a cuidar del ganado de su tío sino que andaba siempre husmeando por el monte. El chico sabía que por allí cruzaba gente que venía huida y él se las arreglaba para mostrarles el camino más seguro para llegar a las trincheras republicanas. A todos daba el encargo de tratar de localizar a su padre.

Menudo susto se llevó una noche el chico, cuando apareció su padre por la choza. Los perros no ladraron, claro, porque lo reconocieron, al salir a su encuentro. Le dijo a lo que venía y, antes de que amaneciese, el padre se puso en camino hacia Pamplona. Pero, al rato ya volvía a estar en la choza. Se había encontrado con un grupo de seis mujeres (tres, de veinticinco a treinta años, recién enviudadas, y solteras las demás). Una de ellas, Soledad, de quince años, hija de un conocido suyo. Todas iban cubiertas con un pañuelo negro. Tapaban así sus rapados cráneos, represalia, junto con el aceite de ricino, a que fueron sometidas las mujeres de por allí, por el solo hecho de pertenecer a familias tenidas por desafectas. Represalia ligera, habida cuenta de que en otros lugares las ejecuciones sumarias fueron precedidas de violación colectiva. El padre las llevó a las seis hasta el otro lado y a los dos días ya estaba de nuevo en la choza.

A Manuel no le fue difícil procurarse una camisa azul y una boina roja y así merodeó por Pamplona hasta que encontró la

forma de «resucitar» ante su mujer. Ya entrada la noche se echaron al monte, camino del chozo. En dos noches de marcha alcanzaron las cuevas de la sierra de la Hez, no lejos de los parajes por donde andaba Manolito con su rebaño. Pero no dieron con él. Decidieron esperar antes de aventurarse a llegar hasta Arnedo. Un par de horas después llegó Manolito, temblando, sudoroso, desencajado y les contó que los «forasteros» estaban registrando todas las casas del barrio de los abuelos. Los niños llamaban forasteros a todo aquel, fuese o no del pueblo, al que consideraban como un alterador de las vidas ajenas. Para ellos, quienes habían obligado a sus padres a huir, a las madres a esconderse, o a los abuelos o a los tíos o los habían matado o encarcelado, tras hacerles mil perrerías, tenían forzosamente que ser «de fuera». No les cabía en la cabeza que aquellos torturadores y asesinos fuesen gentes con las que los suyos habían convivido hasta la víspera, o trabajado juntos o a veces, incluso, echado una partida de cartas o un trago en la taberna de la esquina.

Esto es lo que, en síntesis, me contó Elisa, en el campamento yugoslavo primero y luego en París, en 1962–1964, cuando estaba terminando sus estudios de psiquiatría infantil. Porque le preocupaba, cuando regresásemos a España, la de personas jóvenes, y niños por supuesto, que necesitarían ser tratadas para borrar de sus mentes la cruel experiencia franquista.

Manuel dijo: «Vosotros no os mováis de aquí, mientras yo voy a por Elisa... estaré de vuelta antes de que salga el sol». Abrazó fuerte a su mujer y dio un par de restallantes besos en las mejillas del niño. Y se fue, ladera abajo, hacia el pueblo. Nada más llegar a las primeras casas se dio de bruces con un vecino. «¿Pero, qué

haces tú por aquí, Manuel?». «Vengo a buscar a la niña». «Vete, Manuel, vete, que te pierdes y nos pierdes». Sin embargo, él insistió tanto que le prometieron tenerle a la niña preparada a la noche siguiente allí mismo. Todo el día pasó Manuel, medio escondido en un pajar, con la pistola amartillada en la mano.

Apenas cayó el día se acercó a la casa del vecino y nada más saltar la pared del huerto le dieron el alto por todos lados. Manuel se parapetó en el brocal del pozo y se defendió como un león. Poco después cargaban su cuerpo en el burro del vecino y lo llevaron, regando con su sangre las callejuelas del barrio, hasta la plaza del Ayuntamiento. Allí estuvo expuesto toda una jornada.

Al día siguiente, al ver llegar a su tío a la choza, presintieron lo peor y acertaron. Dijo: «En cuanto anochezca bajaremos a ver si podemos recuperar el cuerpo y lo enterraremos por ahí». «Es que hombres hombres —me puntualizó Elisa— ya no quedaban en el pueblo. El miedo los había cambiado a todos. Incluso al vecino aquel, que fue el que lo denunció, aquella noche, a la Guardia Civil. De poco le sirvió, porque a los pocos días se lo llevaron también a él, acusándolo de estar conchabado con huidos, y lo mataron junto a la pared del cementerio viejo».

A media tarde el cielo se cubrió de negros nubarrones y al poco empezó a llover. El tío y el sobrino, con el burro, se acercaron cautelosamente a la plaza. Seguía lloviendo de lo lindo. «Esto nos lo pondrá más fácil», musitó el tío. Pegados a la pared de un cercado, estuvieron los dos un buen rato. Hasta que cerraron la taberna y salieron los últimos, que resultaron ser unos «forasteros». Les oyeron decir: «Más de uno debería rezarle algo a San Pedro esta noche, porque de no llover...». Y otro cortó: «Pues yo creo que deberíamos ir a por algunos... que, al oír llover, se

creerán que ya no hay peligro». «¡Sí —apostilló otro—, vamos a por un par, por lo menos, así se darán cuenta de que ni lloviendo están a salvo!». «¡Eso es —agregó el primero— a por el zapatero cochambroso ese, que hace días que lo tengo *fichao!*...».

Le pegaron dos tiros y llevaron su cadáver a la plaza, para dejarlo junto al de Manuel. «Oye, que se han *llevao* el otro». «Es que los del tricornio son muy reglamentarios —dijo uno— y lo habrán *enterrao*...». El tío y Manolito habían recuperado el cuerpo de Manuel, acribillado de balazos, yacente en uno de los charcos de la plaza.

Aguardaron cosa de una hora —antes de ir a por el cuerpo—, a que el guardia-centinela se metiese en el cuartel. «Tienes que tener mucho cuidado, porque el guardia ese a lo mejor está vigilando desde la ventana». Dieron un rodeo y se situaron en la bocacalle más cercana al cadáver. «Y sobre todo átalo bien», le dijo el tío. Manolito pegó su cuerpo al suelo y muy lentamente, como un reptil cuando se acerca a la presa, se fue deslizando hasta el cuerpo de su padre. Ahogó varios estornudos en su pecho y estuvo al lado del cadáver un rato. El agua de la lluvia le caía sobre la cara y a veces abría la boca para bebérsela, tibia y pura, como si tratase de exorcizar el frío relente de la muerte que lo agarrotaba de pies a cabeza. Luego desenrolló el cabo de la cuerda de su cintura y empezó a hurgar con las manos por debajo del cuerpo inerte. Penosamente, lo rodeó con la soga, siempre recostado al lado del cadáver, hasta que consiguió atarlo con un doble nudo invertido. Tal y como le había indicado su tío. Luego, arrastrándose, charco tras charco, con la misma cautela, se reunió con él. Y empezó la recuperación del cuerpo sin vida. «Mientras yo tiro de él, tú sostenme la escopeta, que como a ese guardia le dé

por asomar el morro, por mi padre que no lo cuenta». «Tú no pierdas de vista la puerta del cuartel», añadió. El cuerpo seguía boca abajo y para que el niño no viese la cara de su padre, destrozada a culatazos, su tío le dijo: «Anda, tú pasa delante y mira bien donde pisas, no vayas a caerte y la jodamos, ahora que ya hemos hecho lo más difícil».

«A mi padre lo enterramos en un descampado, entre el cementerio viejo y el camino del monte. Antes de que se hiciese de día mandó a Manolito a la choza, encargándole que a la noche siguiente se pusiese en camino hacia las cuevas y se trajera a todo el personal que encontrase allí. Que nos marcharíamos todos a la otra zona. “¿Y mi hermana?”, preguntó Manolito. “Se la quitaron a tus abuelos y está en un colegio de monjas en Pamplona”. “Bueno, venga, andando... No te preocupes, que a tu hermana no le pasará nada... y cuando hayas crecido un poco más podrás venir a buscarla...”». Lo que no le contó su tío es que a los abuelos los tenían encarcelados en Jaca.

Tan pronto anocheció, Manolito se dirigió a las cuevas. Lo que vio allí al llegar era aterrador. Alguien había visto el movimiento de un grupo de mujeres y de un par de hombres y fue a contárselo a la Guardia Civil y éstos, con unos cuantos falangistas y requetés acorralaron a los fugitivos. Los hombres armados se defendieron y aquello fue una matanza horrible.

Cuando el tío vio venir hacia él a su sobrino, le preguntó enseguida qué había ocurrido. El chaval no hacía más que murmurar: «La madre muerta... La madre muerta... La gente muerta... Toda la gente muerta...».

Dejé pasar unos días y volví a preguntarle a Elisa cosas. «¿Y qué fue de tu hermano?». Entonces, Elisa se me quedó mirando

fijamente, como si buscase en mis ojos la respuesta. Y me dijo: «Supongo que, de haber vivido, él te hubiese podido contar las maravillosas aventuras que debió vivir en la Unión Soviética...». Ahora el que intentaba leer en sus ojos la apasionante vida de su hermano era yo. «Sí, embarcó en Valencia con muchos otros niños y fue uno de los jóvenes españoles que murieron en la defensa de Leningrado, en el otoño de 1941. Manolito tenía entonces diecisiete años...»^[72].

Otro día, recorriendo las paradas de libros viejos, junto al Sena, le pregunté: «¿Y cuándo me vas a contar tu vida en el colegio de las monjas y tu vida hasta que nos conocimos en la patria de Tito?».

«Muchas veces he pensado en escribir aquellos recuerdos... pero estoy segura de que si lo explico todo, sin olvidar detalle, todo lo que tuve que soportar en aquel colegio, nadie se lo creería... Hasta yo, a veces, me da la impresión de que no ocurrió, que no pudo ocurrir, que todo fue una pesadilla... ¿Comprendes?... Pero no te digo que no... tú hazme un cuestionario y así a lo mejor me animo y te lo cuento...».

No le hice ninguna pregunta más, ni de palabra ni por escrito, porque me preguntaba si yo tenía derecho a hacerle revivir aquellos años tan tristes como abominables... Y un día, cuando me preguntó: ¿Y qué hay del cuestionario, compañero?, le respondí: «Es que ahora tengo mucho trabajo... a ver si un día de estos me animo...». Y cuando la pareja —la riojana y el montenegrino— se fue a vivir a Cuba, no hubiese tenido perdón, de haber intentado empañar la realidad revolucionaria, que estaban respirando, con la negrura de un tiempo pasado.

Niños de Soria

Exterminio de una familia soriana.

Estos recuerdos de un muchacho soriano los recogí en el pueblo de Barahona el 14 de julio de 1983. Estuve allí porque —gracias a *Soria Semanal*— supe que habían ejecutado a un muchacho menor de edad en el lugar de su padre, ausente del pueblo.

Resultó ser Mariano Ranz, de quince años, nacido en Barcelona, hijo de un teniente de la Guardia Civil, Miguel Ranz, destinado en la Ciudad Condal. Este oficial había acudido el día antes a Guadalajara, donde se concentraron todos los miembros de la Benemérita de la zona, para marchar sobre Madrid, bajo el mando de jefes y oficiales sublevados. Lo que ocurrió es que milicianos de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), en varios camiones y mandados por Cipriano Mera —un albañil de primera, más tarde jefe de la XIV División republicana— recuperaron Guadalajara capital y varios pueblos de los alrededores quedaron en poder de las Milicias Obreras. A partir de entonces, muchos guardias civiles pasarían a formar parte de la nueva Guardia Nacional Republicana y lucharían bajo la bandera tricolor.

Al enterarse, sin duda, de que Miguel Ranz —que pasaba por

ser un hombre liberal, cosa rara en la Benemérita— estaba en el bando republicano, entonces detuvieron a su hijo Mariano, de quince años, y a un hermano de Miguel, a los que pasaron por las armas junto a otros dieciséis vecinos de Barahona. El muchacho cayó al lado del alcalde del pueblo, Felipe Caballero —¡un caballero de pies a cabeza!, proclamaron los viejos del lugar, con los que charlé y me fotografié—, de Venancio Iglesias, Lucio Alcolea, Paco Alcolea y el maestro, Félix Iglesias. Este último, hermano de Venancio y cuñado del alcalde. A un tío del teniente de la Guardia Civil, Gregorio Ranz, lo detuvieron con otros, en el lugar donde estaban segando, cerca de Almazán, y también los asesinaron. Otro hermano, Fidel Ranz, que poseía unas trescientas cabezas de ganado, sostuvo una discusión, a fines de julio de 1936, con un teniente de la primera columna militar del general Mola que pasó por allí. Al enterarse del «incidente», el capitán Montada, de la Guardia Civil, que fue el asesino mayor de aquellos contornos, lo detuvo —a Fidel Ranz— y encontraron su cadáver en una cuneta, cerca del pueblo de Villasayas, a 10 km al norte de Barahona.

Uno de los más ancianos de la tertulia que organizamos en la misma carretera me dijo: «Sí, el general Mola dijo que iba a tomar Madrid en una semana, pero se quedó con las ganas...» (este tener que retroceder muchas unidades —y quedar otras «clavadas» en Somosierra hasta el final de la guerra— hizo que la represión se recrudeciese en las zonas de «merodeo» y de «prácticas» de las unidades que mandaban los coroneles García Valiño y García Escámez. Como si quisieran hacer pagar al pueblo su incapacidad para avanzar hacia Madrid).

Me puntualizaron que Manolito Ranz —el muchacho de quince

años— era algo enclenque y es por ello por lo que su familia lo enviaba a menudo a que los aires sanos de Barahona le librasen de la mala salud que tenía en Barcelona. El que me explicó más cosas fue Saturnino Caballero, el hijo del alcalde, fusilado cuando él tenía dieciséis años. Ahora, en sus sesenta y cuatro o sesenta y cinco años, es una persona muy afable y con una memoria «espeluznante», que, además, me facilitó la dirección del único superviviente de los Ranz, Miguel, que vive en México.

Me señalaron que en otros pueblos mataron también a menores de edad. En Almazán, la víctima fue un niño de dieciséis años, hijo del Quico. Éste, que era republicano, se escondió en la sierra, por el lado de Marazovel, al oeste de Barahona. Mataron al hijo porque se negó a decir dónde se encontraba su padre. En Alfaro (202 vecinos asesinados) es donde fusilaron a una joven enfermera «republicana», porque las damas de la catequesis dictaminaron que una persona que no tenía pudor —al poner inyecciones en las nalgas de los hombres— era, indefectiblemente, una puta.

Un maestro informa.

Entre los horrores de la represión, hay un caso realmente desgarrador. Fue detenido el jefe de Correos de Soria, Castiella. Su esposa, encinta, con la angustia que cabe suponer, acudió repetidas veces al Gobierno Civil, para pedir clemencia, con resultado negativo. Fue fusilado y su esposa y los tres hijos, dos varones y una niña —de trece, diez y siete años respectivamente — fueron desterrados a Molinos del Duero, al este de Soria, donde la infortunada mujer tenía una hermana, en holgada posición

económica; y que se negó a recibirla y auxiliarla. La esposa de Castiella buscó entonces refugio en la cabaña de un pastor, donde sin comer y sin atención de nadie, dio a luz, muriendo por inanición la madre y el recién nacido. El hijo de trece años, como apuntase las «nefastas ideas» de su padre, sería internado en un asilo-correccional^[73].

Doña Pilar Iglesias Romera —que era hija de un fusilado el 1 de septiembre de 1936, por la Guardia Civil—, tenía entonces una beca de la Diputación para estudiar bachillerato en Soria. Le fue retirada. Su hermana Nieves recibió, durante el año 1937, lecciones más, naturalmente a título gratuito. Su madre intentó poner una pensión, pero el permiso le fue denegado. (Era el pacto del hambre, para así tener a merced de los asesinos a las mujeres de los fusilados). De ahí que el cabo, célebremente triste, de la Guardia Civil de Barahona, prohibiera a Pilar, entonces una joven de diecisiete años, que saliera de su casa, e intentó no sólo seducirla sino ultrajarla^[74].

Niños de Extremadura

*Algo importa
en la vida, mala o
corta
que llevamos,
libres o siervos
seamos.*

ANTONIO MACHADO

EN REALIDAD, TRAS LAS INEVITABLES fluctuaciones —en los inicios de las hostilidades— de lo que podríamos llamar la línea de fuego, las tierras orientales de Extremadura serían la zona de guerra y las de La Mancha la cercana retaguardia republicana. Y esto a lo largo de toda la guerra —salvo algunas modificaciones intrascendentes del frente—, lo que hermanaría muy estrechamente a las poblaciones de estas regiones. En particular a los refugiados extremeños que encontrarían provisional acomodo en los acogedores pueblos manchegos.

Las huidas en masa —mayormente hacia las montañas y en menor proporción hacia la zona leal— se produjeron al paso de las columnas facciosas. En particular después de haberse difundido la noticia de la ejecución sumaria de cerca de cuatro mil prisioneros

de guerra republicanos, casi todos ellos asesinados en la plaza de toros de Badajoz, a manos de la tropa que mandaba el coronel Yagüe^[75]. Los relatos de semejantes atrocidades, por boca de los refugiados extremeños, darían a los manchegos razones sobradas para endurecer su resistencia frente a los facciosos, contribuyendo, así, al esfuerzo de guerra republicano en aquella zona. Los primeros reclutas a los que instruí, militarmente, en el otoño de 1937, en El Escorial, eran de la quinta de ese año y procedían de la comarca de Consuegra, en Toledo. Por ellos —en nuestras charlas en la chabola del comisario de Cultura— supe de la fraternal acogida, en sus tierras, de refugiados madrileños y extremeños. Y del final del triste espectáculo de ver deambular a niños descalzos, hambrientos y sin escuela. Y también de su resuelta disposición para que los tiempos pasados no volviesen nunca más. La resistencia opuesta a las columnas facciosas que, procedentes de Sevilla, se dirigían hacia Madrid —en el verano de 1936—, donde más ardor combativo revistió fue cuando atravesaron la región sur de Extremadura. La huida a las montañas de miles de mujeres, niños y ancianos, primero, y el nacimiento de varios grupos de guerrilleros después, demuestran hasta qué punto los extremeños, siempre según los datos recogidos por aplicados historiadores nativos, sufrieron, como pocos, los avatares de nuestra guerra^[76].

Como en Andalucía, también por Extremadura —con población casi enteramente rural— se daban unas circunstancias socioeconómicas en las que una reducida capa social —los terratenientes— oprimía, humillaba y explotaba a la inmensa mayoría, constituida por los braceros y sus familias. Recientemente, por la televisión estatal pudimos comprobar la

patética situación del agro extremeño —en la posguerra— a través de una película, *Los santos inocentes*, adaptada de la excelente novela de Miguel Delibes. En la que, por cierto, merodean tres personajes infantiles también muy representativos.

Las dos provincias extremeñas —la moderada Cáceres y la rebelde Badajoz—, podrían ser presentadas como irrefutables ejemplos del cariz, esencialmente clasista, de la contienda 1936–1939. De entrada, recordemos que la diputada socialista Margarita Nelken, periodista, escritora y fina crítica de arte, vería triunfar su candidatura, por Badajoz, en las tres elecciones celebradas durante la Segunda República: en 1931, en 1933 y en 1936. Y sería ella la que, a principios de 1937, en Madrid, lanzaría este llamamiento: «¡Salvad a los niños!»^[77].

La niña torturada en un cementerio.

Testimonio de Faustino Cordón

El biólogo Faustino Cordón recuerda: «A petición mía, con toda sencillez y humildad, mi buena amiga, la extremeña Ramona García Rey, relató en mi presencia su cruel experiencia en la Guerra Civil española. Sabía ella que mi intención era confeccionar un relato sobre determinados hechos sucedidos en aquellos días en Extremadura, de donde yo mismo soy originario. Aquella pretensión la he ido aplazando con el tiempo y hoy he decidido ceder el testimonio al autor de este libro con el ruego de que no añada una sola coma a mi escrito. Cuando la toma de Badajoz por los *nacionales* tenía Ramona once años y vivía en el pueblo de Fuentes de León, muy cercano al mío, Fregenal de la Sierra, donde mi padre, Antonio Cordón, tenía su finca. El día 14 de septiembre

de 1936 llegaron los falangistas al pueblo de Ramona. Ese mismo día, su padre, asustado por los comentarios que se vienen haciendo, en la zona, por la represión de las tropas sublevadas, decide irse al monte. Cuando los invasores llegaron a casa de Ramona, pillajearon las pocas cosas que en ella había. Incluso unos bidones de aceite, que no podían ser transportados, fueron agujereados a balazos en la calle. A partir de ese momento la niña acudía cada noche al escondite de su progenitor para llevarle comida. El día 24 del mismo mes fue descubierta en una de sus excursiones y, para forzarla a confesar el escondite del padre, se le rapó la cabeza con la sola excepción de un pequeño mechón de cabellos que fue adornado con un lazo con los colores de la bandera de la Falange. Después fue violentamente azotada y finalmente enterrada hasta el cuello en una tumba abierta a propósito en el recinto del cementerio del pueblo, mientras fusilaban en su presencia a otras mujeres... Jamás habló para delatar a su padre. Sin embargo, poco después, éste sería descubierto. El día 29, cuando la niña acudía a la cárcel, para llevar el desayuno al padre, le dijeron que lo habían fusilado...»^[78].

Columnas de fugitivos diezmadas por los moros.

El 18 de septiembre de 1936, el enemigo tomaba Fregenal de la Sierra. Los comités populares de varios pueblos de la provincia de Badajoz se reunieron, urgentemente, en Valencia del Ventoso. Adoptaron el acuerdo de formar columnas con las mujeres, los niños y los viejos, a los que protegerían hombres maduros. Que se dirigirían, a marchas forzadas, hacia la zona leal, para lo cual se verían obligados a cruzar la línea de puestos fortificados de los

facciosos. Un dirigente comunista, el camarada Sosa, secundado por algunos compañeros decididos y enérgicos, mandaría la expedición.

La primera columna la formaban unas dos mil personas, con once fusiles por toda protección y dos docenas de viejas escopetas. Los fusileros marchaban delante, asegurando la descubierta. Detrás, en burros, mulos y a pie, la interminable caravana de gente inerme. Las mujeres se relevaban en las cabalgaduras. Dentro de los serones de esparto, colgando a uno y otro lado de las bestias, llevaban a los niños como se llevan los melones o los cochinillos al mercado. Al atravesar la línea del ferrocarril de Mérida, la columna se encontró, ya entrada la noche, con un destacamento de moros. Los once fusileros, que ya habían pasado, al oír los primeros estampidos de las escopetas, dieron media vuelta. El combate fue desigual, pero el ardor y la rabia de los campesinos armados dijo la última palabra. ¡Adelante, adelante, no os paréis!, les gritaban a los fugitivos. En la confusión se perderían varios compañeros, que serían fusilados y ferozmente mutilados por la morisma.

La otra columna, la de las casi seis mil personas, días más tarde, intentó cruzar, a su vez, las líneas enemigas. Iban un centenar de fusiles y otras tantas escopetas y redoblaron la prudencia. Mas, el enemigo destinó a la vigilancia destacamentos más numerosos. La ruta de la huida quedaría jalonada por docenas de cadáveres de mujeres y niños, sobre todo. El enemigo, puesto en guardia, los barruntó en la oscuridad y se metió en la columna como un hachazo. La mitad de la expedición quedó rezagada. La carnicería fue espantosa. Los moros lanzaban en la noche sus gritos de guerra y exterminio. Como siglos atrás, los

soldados de Tarik y Muza en el Guadalete^[79]. Los supervivientes, cuando los rayos de sol reverberaron sobre la inmensa mancha de sangre cuajada, serían llevados cautivos a Sevilla, donde fueron fusilados^[80].

A Frecha, un joven socialista de Mérida —por aquellos días—, lo ataron a un árbol y los moros formaron cola para violar a su novia, que lo acompañaba, delante de él. Después los mataron a los dos a machetazos^[81].

Añadamos un testimonio más del horror. En la carretera de Madrid, a la salida de Talavera de la Reina, cuando un grupo de moros estaba violando a una muchacha, un periodista extranjero se acercó a su jefe, que estaba sentado en el sidecar de una moto, viendo la escena, y le dijo: «¿Pero que no ve que la van a destrozar?». A lo que el jefe moro, que no era otro que El-Mizziam, más tarde capitán general de Galicia, replicó: «No se preocupe, cuando la suelten mis hombres durará pocas horas...»^[82].

Desde las sierras extremeñas al puerto de Pasajes.

Testimonio de Rafael Cuéllar Flores

Su tío, Manuel Flores, fue uno de los más célebres guerrilleros extremeños —junto con Aquilino Bocho y Francisco Correa—, del que me hablaron, en 1976, por la zona de Alburquerque, Barcarrota y Vilar de Rey. Como ya señalé en uno de mis libros^[83], la mayoría de los que abandonaron la sierra —para tratar de rehacer sus vidas en el llano— se «mudaron» a Euskadi. Barcelona y Madrid fueron los otros puntos de caída más utilizados por los ex guerrilleros. O por personas que habían colaborado con la guerrilla

y que, en un momento determinado, también decidieron «emigrar».

Rafael no sería una excepción. Aunque se me señaló que podía encontrarse en Francia o Portugal, una tía suya acabó encarrilándome hacia el norte. Hasta el pueblo vasco de Pasajes. Trabajaba en el puerto. Al principio no parecía muy inclinado a recordar tiempos pasados. Me dijo varias veces —esto es, a la altura de los años ochenta— que ahora todo aquello no interesaba a nadie. Y que él no podía hablar en nombre de los muertos, que eran los que habrían podido contarme la verdad de lo que pasó... que, por aquel entonces, él no era más que un muchacho sin ninguna experiencia de nada... Entonces creí llegado el momento de esgrimir unos argumentos que siempre —bueno, casi siempre— me habían dado buenos resultados. Insistí: «Si tú no me ayudas, mi cosecha será más bien flaca y las miles de hojas embadurnadas con tinta, por nuestros enemigos, ilustradas con fotos falsas o retocadas, las más de las veces —para que la imagen de los “bandoleros” estuviese a juego con la que reflejaban sus textos—, seguirán incrustadas en la memoria de mucha gente como si fuesen palabras del Evangelio». Me miró, se quedó pensativo unos instantes, pedimos unas cervezas y después del primer sorbo, se arrancó: «Bueno, está bien... ¿qué quieres saber?». Respondí: «Lo que fue de tu vida desde el instante en que los moros destrozaron la primera columna de fugitivos, en la que ibas tú...».

«Aquellos fueron terribles. Parece que aún estoy oyendo aquellos gritos. Nunca los he podido olvidar... Más que por lo que vi, pues era de noche, fue por los tiros y el criterio que yo oí tras el ataque de los moros... Éramos cinco, tres chicos y dos chicas, de trece a

quince años, los que nos habíamos separado de la columna poco antes, aconsejados por el señor Sosa; que era el responsable de la columna. Nos dijo: “Vosotros tenéis que ir a avisar a los demás, decidles que no se pongan en camino sin antes explorar bien el terreno, que estos parajes están muy vigilados, ¡Hala, venga, aligerad el paso y explicaros bien!”.

Y echamos a andar. Pero, nosotros, al vernos obligados a desviarnos, una y otra vez, cuando recelábamos una patrulla enemiga, acabamos perdiéndonos. No dimos con ellos y pasó lo mismo que con la primera columna. A las dos noches de marcha, de andar un poco a ciegas, nos llegamos hasta cerca de la frontera de Portugal, por Valencia de Alcántara. Ya ves... Entonces decidimos rehacer el camino y nos subimos a la sierra Mayorga. Con Pedrito éramos los mayores, con quince años; por eso nos quedamos allí, de enlaces. Al otro chico, y a las dos chicas, se los llevaron a otra sierra... creo que la de la Atalaya.

“Allí estaréis más seguras”, dijeron a las muchachas. Como el jefe de aquella zona era mi tío Mariano, poco después nos fuimos a la sierra de Monsaluz, más hacia el sur, entre Almendralejo y Barcarrota. Estos cambios se hacían para no quemar demasiado a la gente de los pueblos que nos ayudaba. Hasta que se produjo aquel gran ataque, en que nos bombardearon aviones que venían de Portugal^[84]. Los que nos libraron nos pusimos en manos de un destacamento de guerrilleros que no eran de allí. Bueno, quiero decir que no actuaban por aquellas tierras más que de uvas a peras. De los doce que eran sólo tres eran extremeños. Los llamaban “Los Invisibles”. De los que se infiltraban desde la otra zona y después de hacer sus sabotajes volvían a cruzar la línea de fuego. Que es lo que acabaron haciendo con nosotros una noche:

Ilevarnos hasta la zona republicana, atravesando el Tajo y todo. Al llegar, los nuestros les dijeron que había que informar al mando republicano de la existencia de los grupos de guerrilleros extremeños, que necesitaban ayuda y órdenes para actuar. Creo que varios de ellos consiguieron llegar hasta Madrid... Pero no sé lo que sacarían en claro, la verdad^[85]...

Hombre, claro que todo aquello nos marcó... mucho y para siempre. No olvide que tuvimos que aguantar la persecución y la matanza de nuestras familias, de nuestros amigos... y sobre todo, aquella columna aniquilada por los moros... Y lo de la plaza de toros de Badajoz... Y el miedo, el frío y el hambre... ¡Ah!, y una cosa muy importante, aunque no lo parezca. ¡Qué yo no pude echarme una novia hasta los veinte años bien cumplidos! Todavía no sé cómo me las arreglé para acaramelarla, ya que es vasca y con las del norte no es como con las de mi tierra. Que si son del mismo pueblo que uno, que ya las conoces, la cosa es más fácil. ¡Ya ve si nos fastidió aquella maldita guerra!».

Y, tras un breve silencio, apostilló: «Y aquí, en Euskadi, no se crea usted que hemos estado con los brazos cruzados... que ésta es una gente que siempre lo tuvo todo muy claro... Pero esto sería muy largo de contar, porque hay que vivirlo para comprenderlo».

Exterminio de una familia extremeña.

Testimonio de Laura Palomo

Esta admirable extremeña podría reivindicar la condición de «la más joven de las expulsadas de su tierra», ya que salió en los brazos de su madre cuando contaba solamente con unos meses de

edad. De un pueblo de Badajoz: La Nava de Santiago.

«Mi familia, aunque no era rica, vivía relativamente acomodada: el abuelo paterno tenía algunas tierras y trabajaba en el campo; mi abuela era maestra nacional y mi padre maestro de obras.

Mi padre era socialista y tenía un corazón de oro. Llegó el año 1936 y se marchó al frente. Pero nosotros no sabíamos dónde estaba. Cuando mi pueblo fue tomado por los nacionales, varios miembros de Falange se presentaron en mi casa. Entre ellos venía un primo de mi padre, un hombre con una familia numerosa, que siempre que se había acercado a mi casa con un problema su primo se lo solucionó. Sin embargo, el solo hecho de vestir un uniforme con una camisa azul y unas flechas lo transfiguró. Se creyó dueño y señor de vidas y hacienda. Preguntaron por mi padre. Mi madre y mis abuelos le contaron la verdad. Registraron la casa y al no encontrarlo se llevaron a mi abuelo. Ese mismo día lo fusilaron. Tenía unos setenta años.

Pocos días después mi madre fue a refugiarse, con mi hermana y conmigo, a un pueblecito cercano, a la casa de un muchacho, ya casado, un antiguo empleado de mi padre. En los dos días que estuvimos allí, cuatro falangistas volvieron a mi casa. Mi abuela estaba con mi hermano, que tenía seis años, y le dijeron:

—Tiene que acompañarnos; va usted a ser fusilada.

Con el horror que es de suponer, mi abuela suplicó que la dejaran vivir para poder criar a su nieto; que ella era de derechas, que votaba a las derechas, como podía atestiguarlo la esposa del alcalde; que iban a cometer otra injusticia como con el fusilamiento de su marido. Toda la respuesta que obtuvo fue:

—Ya lo sabemos, pero como no encontramos a su hijo ustedes

deben pagar por él.

Me contaron que, tras el breve diálogo con los falangistas, mi abuela fue subida a un camión, donde ya había otras mujeres. La fusilaron aquella misma tarde y fue enterrada en una fosa común junto a la carretera.

Cuando volvimos al pueblo, un grupo de falangistas irrumpió en mi casa y nos dieron 24 horas para abandonarla, porque en ella iban a instalar el centro de Falange. Al día siguiente mi madre obtuvo un salvoconducto y nos fuimos al pueblo donde vivían mis otros abuelos, los padres de mi madre. Mi abuelo, al ver a mi madre enlutada, le preguntó:

—¿Qué es lo que ha pasado?

—¡Padre, que han matado a mis suegros y me han echado de casa!

La noticia afectó tanto a mi abuelo que cayó al suelo y ya no volvió en sí. Había muerto de un ataque al corazón. Fuimos a buscar refugio a casa de una hermana de mi madre.

Mi madre escribió a una amiga que tenía en Zaragoza, la cual nos ofreció su casa... Mi madre decía que yo era muy decidida. Una de mis preocupaciones era coger una lechera e irme a hacer cola, con mi hermano, a recoger un poco de potaje de garbanzos al Auxilio Social.

Durante el viaje, recordaba que cuando yo era muy pequeña, ella nos llevaba a un colegio de monjas, donde sólo enseñaban a rezar. Comprendo que éramos muy pequeñas, pero lo mismo que nos machacaban con la religión, también podían habernos enseñado a leer. Pues, nada de nada. En Zaragoza se colocó en una floristería. Las horas de recreo, en casa, eran pocas porque al ser la casa tan modesta, mi madre no podía hacer sus flores y

entonces decía:

—¡Qué llamo al moro!

Cuando mi madre decía esto, yo me quedaba sin aliento. Y es que, un día, tuvimos un incidente con un moro. Debía de estar algo borracho. Íbamos en el tren y le dio por saltar por encima de nosotras varias veces. Hasta que nos hizo daño. Mi tía, al principio se calló, pero al final estalló:

—¡Asqueroso! ¿Quieres dejar de saltar de una vez?

Mi madre, llena de miedo, le dijo:

—Cállate, no digas nada. Aguanta, por favor.

Llevaba el recuerdo de todo lo que nos habían hecho y no se atrevía ni a respirar. Pero mi tía gritó:

—¡No me da la gana de callarme! ¡Este tío tiene muy mala leche y no me callo!

Entonces, el moro se paró enfrente de nosotras y, mirando a mi tía, dijo:

—Tú ser roja, yo pegar paliza.

Fue un viaje horroroso. No hubo ni un solo hombre que se atreviese a defendernos. ¿Dónde estaba el orgullo español del que tanto se ha escrito?

Nuestra vida en Zaragoza fue más llevadera; pero duraría poco. Terminada la guerra nos enteramos de que mi padre estaba preso, en la cárcel de Porlier, en Madrid. Mi madre no se lo pensó mucho.

—Hijas, nos vamos a Madrid. Tengo que estar al lado de vuestro padre para asistirle en lo que pueda.

Entretanto, Laura había enfermado de los pulmones y fue internada en un sanatorio, donde tuvo el primer choque con la Iglesia:

—Hija, por el causante de vuestra desgracia, por aquel hombre de tu pueblo que mandó fusilar a tu padre con las firmas falsas, reza por él, para que Dios le haya perdonado y le tenga en su Gloria.

Creo que salté del confesionario.

—¿Está usted loco? ¿Rezar por él? —Le grité—. ¿Cree usted que yo soy Santa Teresa de Jesús?

—¡Haz lo que te ordeno!

—¡No me da la gana! —respondí.

—Hija mía, si no lo haces no puedo absolverte.

—¡Y a mí qué me importa! ¡Si usted no me absuelve, me levanto, me voy y santas pascuas!

Después tomamos el tren que nos llevaría a Valladolid. A casa de mi prima Herminia, la hija de mis tíos, que estaba casada y tenía dos hijos: un niño de tres años y una niña de ocho meses. Siempre buscando un clima que favoreciese mi salud. Con quince años pesaba 44 kilos y media 1,58 de estatura y aunque parecía una niña sana y fuerte no era así, pues me fatigaba mucho al andar y tenía una tos persistente, que acabaría llevándome al sanatorio antituberculoso de Ávila.

También tengo que decirle que mi padre fue voluntario a la mili a los diecisiete años y cuando pidieron hombres voluntarios para asaltar el palacio de Abd-el-Krim —en la guerra de África—, él se presentó, y junto con otros tres, lo asaltaron. Creo que fue el general Varela quien le condecoró y le otorgó los galones de sargento. Aquí, en el pueblo, hay varias fotografías suyas.

Recuerdo que cuando mataron a mi padre —el 20 de diciembre de 1940— mi madre cayó al suelo y no había ni un solo sacerdote para consolarla. ¿Dónde estaban? ¿Qué pasaba con

ellos que, cuando moría una persona humilde, apenas se les veía?

A mi padre lo pusieron en capilla para matarlo, pero hubo una manifestación muy nutrida alrededor de la prisión, en la que pedían que fuese abolida la pena de muerte de mi padre. Una llamada telefónica dijo que había sido una equivocación, que Tomás Palomo no sería fusilado. Un guardia de la prisión dijo a los manifestantes: “¿Se han puesto de acuerdo para liberar a este hombre? Era un prisionero de guerra”. Tal vez lo que él pensó, o por lo que había luchado, tuviese razón; pero no ha podido demostrarlo porque no le han dado tiempo a expresar sus ideas. Mi madre nos decía que él tenía confianza, que no nos preocupáramos, que no había hecho nada malo si no era el haber luchado como un soldado.

Su última carta: “Madrid, 20 de diciembre de 1940. Querida esposa e hijos: Sólo me quedan dos horas de vida, pero la muerte no me asusta. Sólo me importa lo desgraciada que te dejo con mis hijos. No me casé contigo para darte tanto sufrimiento, porque, aunque fue muy breve el tiempo que estuvimos juntos, sé que procuré hacerte feliz. Pero el destino cambió nuestra suerte. Di a mis hijos el día de mañana que pueden ir con la frente muy alta, porque su padre no muere por ser un criminal; muere por un ideal. A mis hijos, y en particular a mi Laura, dales el beso que me pidieron y que nunca pude darles. Os abraza a los cuatro, vuestro padre y esposo. Tomás”».

A pesar de que se lo habían quitado todo, la familia de Tomás intentó volver a vivir en La Nava de Santiago. Pero el vía crucis no había terminado.

«Nos hacían la vida imposible; no teníamos ayuda de nadie, ni

siquiera las cartillas de racionamiento, por “desafectos” al régimen. En nuestro pueblo nos lo negaron todo por culpa del alcalde, don Jorge. Como teníamos que ir de un lado a otro, sin residencia en sitio fijo, nos quedamos en un pueblo llamado Baños de Montemayor, en la provincia de Cáceres. Mi madre y yo, un día, fuimos a la panadería. Al ir a pagar el pan, tuvo la mala suerte de que se le cayera la fotografía de mi padre. Se apresuró a cogerla, pero otra mano más hábil que la suya la había cogido ya. Era un sargento de la Guardia Civil. A pesar de que la foto era de tamaño carnet, pudo reconocer el uniforme y los galones de comandante del Ejército republicano de mi padre. Y, con tono de desprecio, dijo:

—¿Quién es este hombre?

Mi madre, apenas sin voz, contestó:

—Era mi marido, señor. Pero fue fusilado en Madrid...

El sargento puso la foto en las manos de mi madre y dijo:

—Márchense a cuarenta leguas a la redonda; que no las vuelva yo a ver por aquí.

—Por favor, señor, mi hija está enferma de paludismo. El médico me ha dicho que las aguas de este pueblo la beneficiarán mucho. Todas las tardes tiene mucha fiebre. Yo no hago daño a nadie. La saco adelante con mucho sacrificio, haciendo fotografías al minuto y vendiendo flores.

—¿Y a mí qué me importa? Que no se lo tenga que repetir. Quiero que se vaya de este pueblo, iy pronto!

Salimos de la panadería. Mamá me dijo:

—Cuando mataron a tu padre, debieron matarnos a todos juntos, porque esto no es vivir. Moralmente ya estamos muertas».

Ahora, ha pasado medio siglo, cuando uno cambia impresiones

con Laura Palomo, se queda admirado de su jovial capacidad de rebeldía, aún, que se armoniza, naturalmente, con un talante generoso, de amor a las gentes y a la vida. Herencia, sin lugar a dudas, del corazón de oro de su padre y de la fortaleza espiritual de su madre. Y no acabo de comprender, con todo —lo confieso—, cómo una criatura que sufrió tantas injusticias y presenció tantas muertes a su alrededor —desde su más tierna infancia—, ha podido sobrevivir. La clave nos la da ella:

«En Cataluña encontré lo que tanto había deseado: afecto y sinceridad, pues el carácter de los catalanes me gustó mucho. Son personas serias y formales. Cuando se enteraron de que tenía a mi madre enferma —estaba en el sanatorio Flor de Mayo—, me ofrecieron su ayuda. Eran muy delicados. Si alguna cosa nos salía mal en el trabajo, nunca te corregían delante de los demás. Te llamaban al despacho y procuraban decírtelo de una manera tan delicada que no te podías enfadar. Yo les admiraba de verdad.

Me decidí a tener relaciones con el chico de Segovia. Cada seis meses venía a verme y se estaba unos días en Barcelona. Podía hacerlo pues sus padres disfrutaban de una posición holgada».

Un día, unieron sus vidas, crearon un hogar, tuvieron hijos y su existencia se ha desarrollado en la misma paz y armonía que, probablemente, Tomás Palomo habría dado a los suyos^[86].

Mediada la década de los años ochenta, y gracias a la laboriosa gestión de don Ignacio Rubio Fernández, un abogado barcelonés, la familia Palomo ha podido recuperar sus bienes. O lo que quedaba de ellos. Pero lo esencial —como ella no se cansa de recalcar— no son los bienes materiales sino la honra y la memoria de los suyos. Que el Ayuntamiento actual ha querido reafirmar

con la justa rehabilitación de la familia Palomo, confiando a Laura el pregón para las fiestas de 1993, de La Nava de Santiago, durante las cuales también leería entregada la vara de Alcaldesa Honorífica de su pueblo natal^[87].

Laura Palomo me insiste varias veces en lo agradecida que está a don Ignacio Rubio Fernández, su abogado, y a don Luis Hernández, alcalde de Santa Coloma de Gramanet, por su inestimable ayuda.

Villanueva de la Vera: «Al maestro le sacaron los ojos en vivo, en medio de la plaza».

«—¡Anda! ¿Por qué no lees ahora? ¡Lee, lee!

El verdugo acababa de sacarle los ojos de las órbitas, le tenía la cabeza agarrada por la nuca y le restregaba contra la cara uno de los libros salvados de la quema del Ateneo Popular.

—Anda, ¡lee, lee!

Cuentan los viejos del lugar que el verdugo todavía vive, que es uno de ellos, que se pasea con un bastón blanco por la plaza, todos los domingos.

Teodoro era más que un Cristo. La sangre le salía a borbotones por las cuencas de los ojos y le inundaba la boca cuando, entre gemidos, intentaba hacerse oír:

—No puedo, no veo, así no puedo...

Aquel pueblo extremeño había recibido la llegada de la República como un renacimiento. Teodoro era un joven normal, que se había tomado en serio aquello de que la cultura iba a ser el alimento del progreso. Y así fue uno de los fogosos creadores del Ateneo: iban haciendo acopio de libros y se reunían allí para leer y

discutir, o sea, para sacudirse la miseria ancestral de la ignorancia y del olvido. Dejarían de decir amén y sí, señor. Pasarían de labrar las tierras del amo a trazar los surcos de su propia historia. Libros, libros, libros...

Aquel pueblo sólo resistió tres días cuando sonó un atronador 18 de julio. Al cuarto día, uno de los fascistas se sintió ya con ánimos para dar el castigo ejemplar. Teodoro fue sacado a rastras de su casa y obligado a presenciar el incendio, rodeado de demonios negros que le increpaban golpeándole:

—Anda, ¿y ahora, qué? Aprende ahora. Mira cómo arde tu Ateneo...

Hasta que aquel fascista se emborrachó de fuego y arrancó con sus propios dedos los ojos de Teodoro, a quien ni siquiera habían vestido de púrpura ni ceñido corona de espinas.

Las tinieblas se extendieron por el país hasta mucho más allá de las tres de la tarde. Tardó cuarenta años en despejar. Hoy conviven en aquel pueblo tres comunidades: los viejos, que todavía recuerdan, que podrían identificar al verdugo; los que emigraron y han vuelto, y ahora sobrellevan la historia de su Egipto en la comodidad de unas divisas ahorradas con escarnio y con sudor; y los jóvenes, que «vacilan» junto al *pub* y se esconden para «pincharse». Eso es todo.

Guardo para mí el nombre de aquel pueblo y de quien me relató la historia, porque es de los que creen que algún día vendrá un digno sucesor de Buñuel a quien poder contársela para una película, o sea, para no olvidar. O sea, para saber lo que valen nuestras libertades y el reto creador que supone, simplemente, el hecho de vivir.

Sólo que, mientras uno de los viejos me contaba la historia y

me señalaba a aquel otro viejo del bastón blanco, yo me preguntaba: ¿Y cómo pueden pincharse los jóvenes? ¿Y dónde está hoy Teodoro en aquel pueblo extremeño? ¿Es posible que ya no exista un Teodoro?

Uno no sabe si, finalmente, el viento de nuestra libertad ha despejado definitivamente las tinieblas sobre aquel pueblo extremeño y sobre tantos otros pueblos de nuestra España, indecisa y confusa, que duda todavía sobre el tesoro frágil que palpan sus dedos, como si no acertase a sentirse propietaria.

Pero uno tiene, felizmente, sus recuerdos, y entre ellos, el recuerdo de su Teodoro. Fue en la cárcel, a raíz de una manifestación, hace ya más de veinte años, cuando aislado en aquella celda —estaba en «período»— oí cómo corrían el cerrojo y apareció un preso joven con un bloc y un bolígrafo en la mano.

—Soy el bibliotecario —dijo, mirando furtivamente si el carcelero podía oírle—. ¿Quieres algún libro de la biblioteca?

Y haciendo como que apuntaba algo, torció los labios para decirme en voz baja:

—Cuidado con el carcelero... Es policía.

Estamos obligados a superar la miseria de nuestra propia duda. Hay un Teodoro, seguro, en aquel pueblo extremeño»^[88].

Niños de Galicia

A historia más grave é a que condiciona que hoxe señan tan poucos os testemuños que fican do que se quere reconstruir. As circunstancias do año 36 teñen esnaquizado, cando non queimado, moita documentación. Bibliotecas enteiras teñen alimentado fogueiras nas rúas e nas prazas de Galiza.

Edicios do CASTRO

TRAS RECORRER —Y CONVIVIR con sus gentes— el Pirineo de punta a punta, la sierra de Gúdar turolense, el Maestrazgo castellonense, los Montalbanes toledanos, las cien vertientes de la serranía de Jaén, de sierra Nevada y de sierra Morena, la Tierra de Barros —en Badajoz—, la granadina sierra de Loja, la serranía de Cuenca y los montes de Asturias, y cuando uno creía haber alcanzado ya los límites de la barbarie humana —incluido lo que sabíamos de la Alemania nazi y de la Italia fascista—, nos adentramos por tierras gallegas.

El hecho de que las cuatro provincias de Galicia fueran las últimas visitadas se debía a lo dificultoso que resultaba —viniendo de fuera— el establecer contacto con los supervivientes o los testigos directos del triste período —«como una pesada losa de

piedra sobre nosotros», clamó el poeta—, 1936–1960.

Por los libros de Alfonso Comín (*El valle negro y España a hierro y fuego*, México, 1938), algo sabíamos de la despiadada represión sufrida por el pueblo gallego y de ello se deducía que el miedo estaba todavía muy incrustado en sus entrañas. En carta fechada por aquellos días, un joven historiador cántabro —Isidro Cicero— me escribía: «Este mundo de rescatar la historia inmediata de nuestras tierras, rescatarla sobre todo del miedo a contarla, es un pañuelo, y en él nos encontramos los que no estamos dispuestos a que se olvide».

Así que, un día, decidimos acercarnos a Galicia, a pecho descubierto; algo nos decía que por aquellas tierras se abrirían puertas, nos tenderían la mano y se nos orearía como nunca el corazón. Entramos por Orense, viniendo del Bierzo leonés, siguiendo el río Sil, por valles guerrilleros: El Barco de Valdeorras, Puebla de Trives... Recorrimos bellísimos parajes que, ya pertrechados de nombres y direcciones, volveríamos a visitar, días más tarde, con el valle de Sanabria zamorano y la sierra de Aneares como sedes de nuestras andanzas. Porque, a raíz de las sucesivas oleadas represivas —innumerables e intasables— estas comarcas montañesas quedarían hermanadas por las partidas, o bandadas, de *juxidos* (huidos), que pugnaban por sobrevivir primero y luego por vender su piel lo más cara posible. Se desmintió —como se desvanecen siempre las mentiras o las leyendas por muy bien urdidas que estén— la tacañería de los «afiladores» orensanos y se evidenció la incommensurable generosidad —y valentía— de las míseras poblaciones de la montaña gallega. Nunca, como en aquellos años, los aldeanos de Galicia tuvieron la sensación de que, por la piel de toro, se

ventilaban asuntos que a todos atañían.

Y pude comprobar en los cuatro puntos cardinales de la patria del inolvidable Castelao, la sagacidad y la prudencia de los *rapaciños* y de las *rapaciñas* a los que, sus mayores, les confiaban la tarea de guiar me hasta tal o cual caserío. O hasta unas tumbas anónimas de guerrilleros, por el lado de Camposantos. Las órdenes eran secas y dulces a la vez. Y si el niño o la niña se quedaban mirando a su padre o a su madre sobraban las palabras, bastaba con que pestañearan y moviesen la cabeza un poco — como diciéndoles: venga, arreando, y ya sabéis que tenéis que andar con pies de plomo—, para que nuestro guía nos cogiese de la mano y tirase de uno. Días más tarde, mi buen amigo de La Guardia —en la desembocadura del Miño—, al que conocí entonces, me confirmaba el singular papel de los menores en los primeros días de la guerra —llevando algo de comer a sus padres escondidos en los maizales—, luego sirviendo de recaderos a la guerrilla, como la hija del célebre comandante Manuel Ponte. O, como su propio hijo, Luis, arreglando citas entre su padre y su madre, al pie de cualquier pino del monte de Santa Tecla. Xuan Noia se llamaba el gallego guardés que, junto a su hijo Luis, me trazó itinerarios de mucha enjundia.

No tardé en comprobar que lo ocurrido por allí sobrepasaba en horror lo sufrido por tierras hermanas de Iberia. Y en Galicia, ¡ay!, no se les podían echar las culpas a los moros, ni a los legionarios, ni a los italianos o a los alemanes de la Legión Cóndor. En Galicia todo lo perpetraron paisanos de las víctimas. Como los de la Escuadra Negra de Lugo —por los uniformes de Falange que lucían —, cuyas fechorías aterrorizaron, incluso, lejanas comarcas, como la asturiana Llanes, lindando ya con Santander. Eran los

«rastreadores», pero a retaguardia (como los *Einsatzgruppen* nazis), de los ejércitos llamados liberadores.

Pero, de todo lo que oí contar —y oí y anoté mucho desafuero — uno de los hechos que más me impresionó fue el que me contaron unos pescadores de Cangas de Morrazo. Tuvo como escenario las islas Cíes, que se encuentran a la salida de la ría de Vigo. En ellas se refugiaron varios cientos de republicanos pontevedreses y, desde varios puntos de la costa, los cachorros de la buena sociedad gallega, para distraer su ocio, organizaban allí, desde las embarcaciones, cacerías de «rojos». Que no cesaron mientras quedó, en cualquiera de las tres islas, una sola criatura humana con vida. No se supo nunca la cantidad de fugitivos que se suicidaron, arrojándose a la mar. Y alguno de esos pescadores, entonces niños, que recordaban aquellos tristes hechos, oían decir a sus abuelos: «Voime a dar una vuelta por la playa a ver si hay algún *ahogao* de las islas...», a los que enterraban de escondidas mientras decían a sus niños: «Tú vigílame bien el camino, rapaz, por si se acercan esos del tricornio...».

El franquismo en Galicia.

Testimonio de Xavier Costa Clavell

«Recordar ahora aquella oscura época, amigo Pons Prades, resulta muy penoso, sumamente triste, de modo muy especial para una persona como yo que era un niño cuando empezó todo, el esperpético y sangriento aqelarre franquista, que se engulló implacablemente mi juventud y me situó entre los millones de marginados del obsceno, ignominioso festín de la dictadura, que había de prolongarse nada menos que cuarenta luctuosos años.

España y los españoles fuimos arrojados extramuros de la historia, manipulados, vejados, sumidos en un mundo de fantasmales sombras que vivían como vampiros, chupándonos la sangre del espíritu. ¿Es posible olvidar lo que ocurrió, día tras día, año tras año, desde 1936 hasta 1975? Me parece imposible. ¿Y perdonar tanto desmán y tanta venal prepotencia? No lo sé. En todo caso, resulta difícil, pero hay que intentarlo. Es lo máximo que se les puede pedir a las víctimas de tanto expolio, de tanta indignidad, de tanto brutal y castrador sojuzgamiento»^[89].

Proceso a los anarcosindicalistas de Corcubión.

Transcribimos esta lista de encausados porque la tercera parte de ellos eran menores de edad: Luis Casáis, apodado «Luis de Manuela», de veinte años, vecino de Corcubión, marinero, de buena conducta, algo anormal; Augusto Cerviño, de diecinueve años, vecino de Corcubión, escribiente, de buena conducta y sin ideal determinado; Juan Lago, de dieciocho años, vecino de Corcubión, de regular conducta y de ideas comunistas; Basilio Caramés Mato, de dieciocho años, vecino de Corcubión, estudiante, de buena conducta y sin ideal determinado; Leopoldo Lamela, de diecisiete años, vecino de Corcubión, jornalero, de buena conducta y sin ideal determinado y Severiano Blanco, de dieciséis años, vecino de Corcubión, de buena conducta y de ideas comunistas.

«... El tribunal va más lejos que el fiscal. La inclinación hacia la sentencia de muerte, por parte de los componentes del tribunal, va más allá de la lógica y de la interpretación racional de los hechos que se juzgaban. Las palabras de los generales Mola y

Queipo de Llano estaban presentes en la represión que se estaba ejerciendo. Había que matar, había que dar ejemplo. Eliminar a todos, líderes republicanos y de izquierda, políticos o sindicales. La sentencia en sí expresa un estado de conciencia más allá de toda lógica humana, de la propia justicia. A los militares que componían el tribunal no les tembló el pulso al sentenciar a muerte a los sindicalistas ceenses. Antes ya habían firmado otras muchas sentencias de muerte. Tenían, pues, amplia experiencia en condenar a la última pena a “rojos indeseables” y firmadas sus sentencias condenatorias que llevaron a la muerte a gente que defendía la legalidad existente hasta la sublevación militar, con la palabra o con actitud no penal».

Es la afirmación del nuevo régimen mediante la prueba de sangre, en palabras del historiador Luis Lamela García^[90].

El Libro Negro de Cee

La indefensión de la clase obrera —sin sindicatos de clase, como los de antes de la guerra— permitió a los empresarios —beneficiarios del desenlace de la Guerra Civil— el someter a sus trabajadores a unas condiciones de trabajo inhumanas. Valga este ejemplo de una localidad de la llamada Costa de la Muerte.

«En 1969 ve la luz el llamado *Libro Negro* de Cee. Veintiséis folios a multicopista en los que se exponen los principales problemas causados por la fábrica allí establecida desde 1903, por la Sociedad Española de Carburos Metálicos. En esta parroquia —señalan los autores del *Libro Negro*— la mortalidad infantil es más alta que en el resto de la comarca. La fábrica tiene 70 años: la mayor parte de los cementerios de la zona son más nuevos y sin

embargo están casi llenos. La causa es que, desde hace mucho tiempo, los trabajadores de la fábrica de carburos se están muriendo, intoxicados, enfermos, engañados... Se muere de silicosis, en el manejo de explosivos, sin caretas ni aparatos de ventilación. En 1969, la fábrica tenía una plantilla de 573 personas. Entonces 114 se encontraban enfermos, sin que su enfermedad fuese reconocida por la Seguridad Social. La “intoxicación por manganeso” produce, entre otros males, trastorno mental, pérdida de la vista y de la memoria, falta de estabilidad, locura...»^[91].

Tercer Premio Espejo de España

Lo otorgaba Editorial Planeta. Con uno de mis libros, *Guerrillas españolas (1936–1960)*, publicado en septiembre de 1977, quedaría en tercer lugar. No tardé en saber que el premio me había sido denegado a causa de la viril oposición de Manuel Fraga, miembro entonces del jurado. Tan pronto tuve ocasión, en una de las presentaciones del libro por el país, pregunté al ex ministro de Franco el porqué de tan tajante posición. Me respondió: «Entre otras cosas, porque usted dice en su libro que más de la mitad de los curas asesinados, por la guerrilla en España, lo fueron en Galicia. Y yo le puedo asegurar que en mi tierra todos somos buenos católicos, incluidos los que se echaron al monte». La estadística, en mi libro, arrojaba las citadas bajas: Galicia, 6; León, 3, y Castilla la Nueva, 1. Entonces yo repliqué: «Allí se ejecutaron más curas que en el resto del país porque se dio la circunstancia de que los curas gallegos, en la confesión de niños y niñas —sobre todo con estas últimas—, les sonsacaban información sobre las

visitas que el padre —guerrillero— hacía a su madre, de noche. Y al cura le faltaba tiempo para correr a informar a la Guardia Civil». Es decir: cayeron guerrilleros denunciados, inconscientemente, por sus propios hijos. Pero hubo casos en que el niño o niña se callaba y luego le decía a su madre las preguntas que le hacía el cura. Tenía información parecida por tierras de Aragón, de Extremadura y de Andalucía, donde algunos curas se habían mudado de parroquia a tiempo^[92].

Las aguas del puerto teñidas de rojo

«Cuando terminó la guerra yo tenía trece años. Mi padre fue uno de los *fuxidos* —que se echaron al monte o se escondieron en los maizales— del verano de 1936. Quedamos solos seis hermanos con mi madre y mi abuela», me contó Pascual López Dorado. «De mi padre, no volvimos a saber de él hasta la primavera de 1939, cuando regresó al pueblo, a Sobrado de los Monjes, un vecino de los que había hecho la guerra con Franco. Nos dijo que mi padre estaba encerrado en un campo de concentración, cerca de Oviedo».

Mi madre me preparó enseguida un hatillo, con algo de ropa y un poco de chacina para mi padre. Y pan y queso para mí. Tardé dos semanas en llegar, a pie, claro. Y luego otra semana para encontrarlo, porque había varios campos. Bueno, lo encontró nuestra perra, la *Blanquita*, que era la que se colaba por debajo de las alambradas y corría de un lado a otro, como loca, buscando a su amo. Hasta que dio con él. Los vi acercarse a los dos a los alambres de pinchos. Y mi padre preguntándome qué hacía allí y cómo lo había encontrado... Le respondí que mi madre me dijo

que no lo perdiése de vista y que, en cuanto pudiésemos, los dos para casa... Así que le dije que me quedaría montando la guardia, con *Blanquita*, cerca del campo.

De día andaba por aquí y por allá robando cosas, en el campo, para comer. En los huertos. De noche entraba en el campo y dormía con mi padre. A la intemperie; pero como estábamos en julio ya no hacía mucho frío. Me dijo que en 1936 se había hecho el muerto para que nos dejaran tranquilos. Así estuve más de un mes, hasta que llegaron unos falangistas —los de la Escuadra Negra de Lugo— y desde una tarima reclamaron a todos los gallegos. Dijeron que iban a hacer unas listas y que los que no estuviesen fichados como desafectos podrían marcharse a sus casas... Mentira, lo que hicieron fue ir sacándolos, por grupos de diez o doce, casi todas las noches.

A los quince primeros que se presentaron, los maniataron y se los llevaron carretera adelante, a pie. Los falangistas iban a caballo, haciendo restallar sus fustas sobre las espaldas de los prisioneros. Yo los seguía a distancia, escondiéndome, pese a las repetidas advertencias de mi padre, ordenándome que regresara a casa. Me decía que tanto mi madre como mis hermanos me necesitaban, que yo debía hacer ahora de padre y no sé cuántas cosas más. Pero, yo, cabezón, seguía los consejos de mi madre: no perderlo de vista.

Desde un principio él presintió que lo iban a pasar mal. No como los demás, que los unos pensaban que los liberarían y otros que los llevaban a la cárcel. Mi padre era de los últimos del grupo. No irían directamente desde Oviedo a lo que sería su punto de destino —el puerto de Gijón— sino hacia la parte de León. Por el camino mataron a los cuatro más viejos. A los que no podían

soportar la marcha y se quejaban continuamente. Sus asesinos esperaban que se hiciese de noche para liquidarlos y dejarlos en la cuneta. Dos de ellos se iban a dormir al pueblo y los otros dos se quedaban con los prisioneros. Cuando reemprendían la marcha, poco antes de que amaneciera, yo me acercaba a la cuneta, a ver si el muerto no era mi padre... Y así durante las doce jornadas que duró la marcha».

Los llevaron, como a casi todos por aquellos días, a la escollera del puerto de Gijón. Pascualín, escondiéndose, los seguía a treinta o cuarenta pasos. Era una noche negra del mes de octubre de 1939. Y allí, al borde mismo del muelle, de espaldas al agua, los acribillaron a balazos. Unos gritos de protesta precedieron a los disparos y luego se empezaron a oír lamentos y quejas. Uno de los ejecutores dijo: «¡Si todavía están vivos!». Otro le replicó: «¡Cómo se nota que eres un novato!». En cosa de segundos, los fusilados empezaron a teñir las aguas del puerto con su sangre. Cuando pasaron cerca del escondite de Pascualín, éste oyó que el joven falangista volvía a preguntar: «¿Y por qué hemos de dispararles a las piernas?». El veterano le aclaró: «Porque así tardan más tiempo en desangrarse. ¿Lo comprendes ahora?».

Tan pronto pudo, Pascualín se precipitó hacia el lugar del fusilamiento. Vio cómo algunos se agitaban en el agua. Dos o tres se retorcían, medio sumergidos, sobre unas rocas. El chico empezó a murmurar: «Padre... padre... ¿dónde estás?... ¡soy Pascualín!...». De pronto alguien le respondió, con voz queda: «Pascualín, hijo mío, estoy aquí...».

A Pascualín lo conocí, en Cervera de Pisuerga, en el verano de 1976. El peluquero de Barruelo de Santullán, «Napoleón», me contó la historia del rescate del padre de las aguas del puerto. Y

me ayudó a localizar al hijo.

«A duras penas lo saqué del agua —me siguió contando Pascualín— y a rastras me lo llevé tierra adentro, antes de que se hiciese de día. Tenía varias heridas en las dos piernas. Por suerte, ninguna de ellas era grave. Sólo le quedó dentro una bala, que se la extrajo, en vivo, un amigo del monte. Además, se ve que mi padre tenía muy buena encarnadura y eso fue seguramente lo que le salvó. Recordó el lugar donde había un caserío —allí se habían escondido tras la Revolución de octubre de 1934—, nos dirigimos hacia él. Dejé a mi padre en la misma puerta de la finca, sentado y apoyado en la pared, mientras yo me acercaba a la casa. Tuve que subirme volando a la escalera del pajar, ya que apenas di una voz vinieron hacia mí dos mastines, ladrando y con muy malas intenciones. Seguí dando voces y entonces salió un hombre que tranquilizó a los perros y me preguntó qué hacía allí. Cuando recuperé el aliento, le dije que era el sobrino de Pascual, el de La Brañosera. El sobrino de La Valenciana^[93]. “¿Y qué haces aquí?... ¿Dónde está tu padre?” Se lo dije y fuimos a buscarlo. Con orujo y un trozo de paño limpió las seis heridas y le sacó la bala a punta de navaja. En aquel caserío estuvimos casi dos meses. Hasta que cicatrizaron bien las heridas.

Luego traspusimos monte adelante y no paramos hasta llegar a La Brañosera, donde vivía la hermana mayor de mi padre, La Valenciana. Era una mujer de mucho empuje. Tanto que, cuando mi padre se marchó a la guerrilla, se hizo enlace de los guerrilleros, hasta que la mataron en una emboscada. Como le ocurrió a mi padre poco después.

“Yo debo irme al monte, con mis compañeros, hijo. Tú regresarás al pueblo, a cuidar de tu madre, que bastante ha

sufrido ya. Yo os iré dando noticias mías por mi hermana...”.

Nos dimos un apretado abrazo con mi padre. Al día siguiente abracé muy fuerte a mi tía. Y ya no los volví a ver nunca más.

Tardamos años en enterarnos de las circunstancias de sus muertes. Primero supimos la de mi tía. Quizá porque las mujeres —aunque las hubo muy valientes y eficaces— no abundaban en la guerrilla y cuando apresaban a una, viva o muerta, la noticia tenía mayor repercusión. Y luego nos enteramos de lo del padre... Y recuerdo que le pregunté a mi madre: “¿Por qué siempre han de ser los mismos quienes salen perdiendo?”. “No lo sé, hijo mío, no lo sé... esto va según el destino de cada cual...”».

Niños de Palencia

Asesinan al viejo director de la Coral Minera.

Testimonio de los hermanos Ortega Alonso

En julio de 1936, en el palentino Barruelo de Santullán, las «cosas» sucedieron así: dos o tres días después de haberse apoderado de aquella comarca minera los sublevados, Mariano —hermano de Ambrosio—, que entonces tenía dieciocho años, se dirigía a la mina en compañía de su hermana pequeña, de dieciséis años de edad, que hacía faenas en casa de uno de los gerentes de la mina. De pronto, en plena carretera, se tropezaron con dos guardias civiles y uno de ellos —el más viejo—, al reconocerlos, desenfundó la pistola y apuntando a los hermanos Ortega se puso a gritar como un loco: «¡Venga, hala, cantad *La Internacional!*!». «¡Venga, cántala ahora, si os atrevéis!». El muchacho minero y su hermanita la sirvienta se quedaron petrificados cuando vieron que el guardia amartillaba su pistola. Y si el joven guardia no se interpone, seguro que los mata allí mismo. Éste, al tiempo que le arrebataba la pistola a su compañero, le gritó: «¿Pero es que te has vuelto loco?». Y atemperando su voz, añadió: «Venga, no hagas disparates, déjalos que se vayan... que por eso ya ha pagado el viejo». (Quería decir que días antes ya habían asesinado al director

de la Coral Minera). Y lo de *La Internacional* era que, el Primero de Mayo, la Coral, entre otras canciones revolucionarias, había entonado la más célebre de todas ellas. Si se tiene en cuenta que la inmensa mayoría de los muchachos y muchachas de la Coral eran de izquierdas, ¿qué querían los guardias que cantasen? ¿Acaso la *Marcha Real*, el *Oriamendi* o el *Cara al Sol*? ¿Era esto una razón para asesinar al viejo director de la Coral y de que estuviesen a punto de matar a los hermanos Ortega?

Los encañonados dieron media vuelta y regresaron a su casa. El padre yacía en la cama, víctima de la silicosis, desde hacía muchos meses —y no sobreviviría más que unas semanas— y cuando sus hijos le contaron lo que les había ocurrido, forzándose por hablar, les dijo: «Ya sabes lo que debéis hacer... Mariano... marchaos a la montaña y os pasáis a la zona republicana». Pocas horas después, los dos hermanos, con lo puesto y un ligero hatillo, emprendían la marcha hacia la sierra y al cabo de varios días, y de dar no pocos rodeos, llegaban a Asturias. La muchacha sería evacuada, vía Francia, hasta Cataluña y terminaría la guerra en Valencia, con una tía suya. Ambrosio —que no acertaba, con sus nueve años, a comprender lo que pasaba— permaneció al lado de su padre.

Mariano estuvo un tiempo en Asturias; pero él sabía que al otro lado de la línea de fuego, en la retaguardia enemiga, tenía un grupo de amigos —entre ellos, el hijo del director de la Coral— y compañeros con los que podría organizar la lucha contra los fascistas, en aquellas montañas que él conocía tan bien. Parece ser que Mariano regresó a la sierra de Híjar apenas despuntó la primavera de 1937. La huida de gente a la sierra los obligaría a organizar dos destacamentos: uno lo mandaría Mariano «el

Chaval», con Amadeo «el Moro» de ayudante, y otro mandado por un joven compañero de la mina, «el de La Brañosera»^[94].

Niños de Asturias

No se puede afirmar; sin preguntar.

*El martillo trabaja diciendo que sí.
La hoz pregunta.
Que nadie afirme sobre el aire.
Pero mucho cuidado:
jamás clavéis un clavo ya clavado.
Y el que pregunte, que pregunte espigas
cuando hayan madurado.
No cometáis jamás el grave error
querer clavar a martillazos las espigas,
querer segar los clavos con la hoz.*

Jesús LÓPEZ PACHECO

EN ESTA REGIÓN SE DARÁN PARECIDAS circunstancias a las de Cantabria y Euskadi: las de su total separación del resto de la España republicana. Una ojeada al mapa bastará para calibrar la gravedad de la situación. Con una agravante, muy particular a las tierras asturianas. Éstas —apenas estalla el alzamiento militar de julio de 1936— pagarán, sin tardar, las consecuencias de la cruel represión de 1934–1935. No solamente en lo que afecta a las

bajas registradas en las filas de los movimientos progresistas asturianos, sino también con relación a la onda expansiva del terror —a manos del Ejército primero y de la policía después—, que alcanzó a la inmensa mayoría de las familias obreras, de las mineras en especial, y las de los centros industriales en general.

Aquí, como en otras partes, la indecisión de las máximas autoridades republicanas —avalando la lealtad del coronel Aranda, por su filiación masónica, sin duda, hasta que se reveló como el jefe de la sublevación en aquella región—, tendría efectos altamente negativos. Y propició, sin lugar a dudas, la pérdida de la ciudad de Oviedo, desde los primeros momentos. Y la fijación, en su asedio, de cientos de combatientes que hubiesen sido más efectivos en otros sectores. Y se cometieron errores graves, como el del envío de un tren de milicianos en dirección a Madrid, que sería interceptado y aniquilado en Zamora. Es cierto que se formaron columnas de milicianos de filiación socialista, comunista y libertaria, que estabilizarían el frente de guerra en los límites sur y oeste de Asturias, durante casi un año. Mas, como nos consta que tampoco por parte del Gobierno central y del Estado Mayor republicano se hizo todo lo posible para ayudar a los combatientes asturianos, la resistencia de éstos se iría debilitando poco a poco.

El entonces comandante de Aviación y jefe de la base aérea de Sisante, en Cuenca, Enrique Pereira, me contó, muchos años después, que, en un momento determinado, una escuadrilla de *Katiuskas* —aparatos de bombardeo— estuvo a punto de alzar el vuelo rumbo hacia Asturias. Misión que sería anulada a última hora. Comentando este hecho con uno de los técnicos soviéticos de la base, Pereira se enteró de que no habría ayuda para el frente asturiano a causa del desorden revolucionario que reinaba allí.

«Han perdido mucho tiempo jugando a la revolución —le puntuó— descuidando las operaciones militares... pensaban que todavía estaban en octubre de 1934...».

Poco después, para aliviar la presión enemiga en el norte, en julio de 1937, el mando republicano montaría la operación de Brunete. Y en agosto, la de Aragón, con la toma de Belchite.

Con los relatos de los huidos de la zona franquista y lo vivido sobre el terreno, bastaba para que se organizase la evacuación por mar. Y en primer lugar la de los niños. De ahí, también, el éxodo hacia las montañas de los que no pudieron huir hacia Francia. No pocos de ellos se transformarían en guerrilleros a lo largo de los años 1937–1946.

Por ello, en los primeros meses de 1937, el Consejo de Asturias y León, con la ayuda del mando militar republicano, preparó las expediciones infantiles. De las cuatro que salieron hacia la Unión Soviética, la tercera zarparía del puerto gijonés de El Musel, en septiembre de 1937. En las expediciones primera y segunda que zarparon de Valencia —marzo de 1937—, y del puerto vasco de Santurce —el 13 de junio del mismo año— pudieron salir niños asturianos, puesto que poseemos el doble testimonio de los hermanos Antonio y Conchita Rodríguez —de diez y ocho años de edad—, que embarcaron en la expedición salida de Santurce^[95]. En las postrimerías de la guerra saldría la cuarta y última, con niños procedentes de la zona de Cataluña–Aragón, con destino a Leningrado, vía Barcelona y hasta el puerto francés de Le Havre, en tren^[96].

Se evacuaría, preferentemente, a los huérfanos —de 1934 y 1936— y a los hijos de combatientes en activo que lo solicitases. Salieron de Asturias 1100 niños y niñas, con 40 maestros, mayores

de treinta y cinco años, dirigidos por un viejo maestro republicano de Oviedo, don Pablo Miaja. Se daría la circunstancia de haber sido evacuados —entre los 385 menores de ocho años llegados a la URSS— niños asturianos de dos y tres años. Entre ellos, dos hermanas de dos y tres años respectivamente, Luchi y Merche Pascual, que navegaron bajo el cuidado de su tío Tomás, de siete años de edad.

Perdidos en el Cantábrico y hallados en la URSS. ***Testimonio de Antonio y Conchita Rodríguez***

Mediada la década de los años cincuenta, en un pueblo francés del Aude, Puichéric–Minervois, una refugiada asturiana me fue presentada por *monsieur* Jean Bonnery, el alcalde socialista del lugar. Su marido había muerto en el frente y, durante la evacuación por mar —primero hacia Francia y luego, por tren, hasta Cataluña—, creyó haber perdido, también, a sus dos hijos. Cuando llegó a Barcelona, en la primavera de 1937, los buscó sin resultado. Se hizo eco de los rumores sobre varios barcos asturianos, repletos de refugiados, cañoneados y hundidos en el Cantábrico. En 1939 se refugiaría en Francia definitivamente.

Un día, en una revista del exilio, leyó algo sobre los niños españoles llevados a la Unión Soviética y tuvo el presentimiento de que sus dos hijos podían encontrarse allí. Consultó con el alcalde francés y éste se puso al habla conmigo. Les aconsejé que encarrilasen sus gestiones a través de la embajada soviética en París. Expusieron su caso, se inició la búsqueda y al cabo de unas semanas los encontraron. Vivían en Moscú, estaban casados y tenían descendencia. El niño, Antonio, con sus veintiséis años, era

perito en motores de aceite pesado. Y Conchita, de veinticuatro años, era administradora de un importante centro de desinfección-lavandería, cuyo director era, precisamente, otro «niño de la guerra» español, oriundo de Barcelona.

A las pocas semanas se presentaba Antonio en Francia. Con un mes de permiso. Y al año siguiente fue Conchita la que hizo el viaje para reunirse con su madre. Más tarde, la madre fue a verlos a Moscú, porque no quería morirse sin conocer a sus nietos. El caso es que se quedó allí, con su descendencia, para siempre.

Es obvio señalar que aproveché la ocasión para charlar largo y tendido con ellos sobre su singular experiencia. Supe que ellos también habían tratado de localizar a su madre, sin lograrlo. Téngase en cuenta que hasta que no se terminó la Segunda Guerra Mundial, en mayo de 1945, las relaciones con la URSS no se normalizaron del todo.

De su amplio y detallado testimonio me llamaría la atención, primero, que conservaban el acento asturiano. Y segundo, la seriedad con la que habían cursado sus estudios. Me explicaron que los soviéticos se habían esforzado para que permaneciesen agrupados, en lo posible, los que eran oriundos de la misma región. Y que el sistema pedagógico soviético no sólo incitaba a aprovechar el tiempo —«los estudios os los paga el pueblo trabajador y vosotros debéis corresponderle generosamente»—, sino también a mejorar las notas, año tras año, mediante un breve ciclo de «superación» en la escuela donde se habían graduado. Y quiero añadir algo más: en momento alguno tuve la impresión de que estaba haciendo propaganda, ya que, en muchas ocasiones, me vi obligado a insistir para lograr que me contase cosas sobre la Unión Soviética. Pude hojear, asimismo, el carné profesional —un

documento color ocre, que se desplegaba como un acordeón—, donde comprobé la mejoría de sus notas —sobre una docena de asignaturas— en las páginas correspondientes a cuatro ciclos anuales de superación.

Me habló —esta vez sin necesidad de extraerle las palabras con sacacorchos—, con desbordado entusiasmo, de la Casa de los Españoles de Moscú, con sus actos culturales, sus fiestas, con sus grupos regionales más importantes: asturianos, aragoneses, valencianos, andaluces, madrileños, cántabros, vascos y catalanes.

«No recordamos el día exacto. Fue en mayo de 1937, cuando zarpamos, al caer el día. Íbamos unos cincuenta niños y niñas, en la bodega de un barco pequeño, que nos pareció muy viejo. Oímos decir a un señor que con aquella cáscara de nuez no se podía salir a alta mar y menos aún llegar a las costas francesas. Gente mayor irían a lo mejor el doble que nosotros. Unos cien. Casi todos en cubierta. Mitad hombres y mitad mujeres. Algunos hombres jóvenes eran heridos de guerra. Creo recordar —aclara Antonio, que es nuestro informador principal— que el barco se llamaba *Cervantes*»^[97].

Atento a lo que decían los hombres de cubierta, Antonio se enteró de que pensaban navegar tan cerca de la costa como pudiesen.

«Para estar fuera del alcance de los barcos de guerra enemigos, que merodeaban por aquellas aguas. Entre ellos, los acorazados *Canarias* y *España*. Este último no tardaría en ser hundido por la aviación republicana frente a las costas de Cantabria. La primera noche todo fue bien. Y cuando se hizo de día —se ve que el marinero—capitán conocía muy bien la costa— nos refugiamos en una playa pequeña, rodeada de pequeños

promontorios boscosos. Serían las costas cántabras. Allí improvisaron unas cocinas y comimos al aire libre. No parecía que estábamos en guerra. Hasta que se hizo de noche y volvimos a zarpar. No fue fácil, porque se ve que el motor estaba en mal estado. Metía mucho ruido y echaba humo por todos lados. Tanto humo que a los niños nos tocó subir a cubierta para no asfixiarnos. Nos ataron a palos y traviesas para que no nos cayésemos al mar. Cuando llevábamos un par de horas navegando encallamos en un banco de arena y ya no nos movimos de allí hasta que se hizo de día. Bajaron algunos hombres a tierra a buscar ayuda y al cabo de un buen rato aparecieron unos camiones y nos llevaron a un pueblo pesquero que se llamaba Castro Urdiales. A los niños y a las niñas nos metieron en una gran casona y se organizó aquello como una colonia, con varias mujeres que se quedaron para cuidarnos. Luego vino una doctora, una enfermera y una maestra. Nos dieron ropa limpia y nos vacunaron. Después de habernos bañado, claro. Allí estuvimos varias semanas. Primero nos dijeron que nos iban a llevar a Francia y luego a la zona de la República. Pero, la verdad es que buen día nos embarcaron de nuevo; pero esta vez en un barco de pasajeros, que se llamaba *Habana*, con rumbo a la Unión Soviética. Al lado del *Cervantes* aquel buque era un palacio flotante. El *Habana*, viejo carguero “al servicio del pueblo para la evacuación de la población civil”, salió del puerto de Santurce el 13 de junio de 1937, con una mayoría de niños vascos, hijos de padres atemorizados, por un lado, y otros que ya se hallaban recogidos en colonias. El grupo de los que iban a la URSS estaba formado por 1495 niños más 72 profesores, educadores, auxiliares y dos médicos. Había llegado a Bilbao por la mañana y allí esperó a que se hiciese de noche, para que subiese a

bordo el pasaje infantil. Los camiones repletos de niños habían ido llegando al puerto y aguardaron igualmente la noche, mientras los *chatos* —nombre popular dado a los aviones de caza republicanos — patrullaban por el cielo. Eran aparatos enviados desde Cataluña, volando sobre territorio francés, bordeando la cadena pirenaica. En uno de aquellos raros trances —y tan raros!— en que el Gobierno francés dio cierta beligerancia al bando republicano.

Al oscurecer comenzó la identificación de los peques, con las listas de inscritos, y se les fue entregando una tarjeta personal que se prendía a la ropa. El recuento terminó a las cinco de la madrugada y el barco zarpó poco después hacia un puerto francés. Embarcaron un sábado por la noche y llegaron a Burdeos el lunes por la tarde. Allí desembarcaron la partida de niños que se quedarían en Francia. Los demás fueron reembarcados al día siguiente, a las siete de la tarde, en el buque francés *Sontay*, que llevaba tripulación china —prácticamente en su totalidad—, para continuar viaje. Para llegar a Leningrado el 22 de junio de 1937»^[98].

La primera observación que hicieron los niños del viaje —en las cartas escritas a las familias— se refería las malas condiciones que ofrecían la comida y el alojamiento del *Habana*. Unido a la imposibilidad de instalar cuatro mil o cinco mil camas en un carguero, se tomó la precaución de ocultar a los niños, para evitar que corriesen peligro, ya que por aquellas aguas patrullaba el *Almirante Cervera*. Uno de ellos —José M. de la Parra— lo comentó así: «En el *Habana* tuvimos un momento de miedo porque también nos salió a recibir el *Cervera* y un portavión (*sic*) alemán». La diferencia con el buque francés *Sontay* debió de ser

notable, según el comentario general de los niños. La travesía fue buena hasta que se llegó a aguas alemanas, donde encontraron un fuerte oleaje que hacía ir el barco de un lado a otro. Una niña, Teodora Fuertes, con cierta carga ideológica, comenta: «Nos mareamos al pasar Alemania mucho y yo me puse muy mala, como ellos son tan malos, las aguas son tan malas como ellos»^[99].

Antonio me contó que nada más pisar tierra rusa fueron acogidos cariñosamente por niños pioneros con una banda de música. Y mucha gente que los abrazaba y los besaba. Acabados los agasajos, el baño y la visita médica. Y ropa limpia. Y cortes de pelo. Al rape, cuando era necesario. Fueron separados los que habían llegado enfermos. La mayoría de ellos con tuberculosis. A éstos los enviaron a sanatorios especializados para curar esa dolencia. Como el de Eparatoria, en la península de Crimea, al lado del mar. Al resto se intentó agruparlos por parentesco, edad, vecindad en España y otros criterios de afinidad. Y serían distribuidos por seis Casas de Niños^[100].

A Antonio y Conchita los llevaron a Pushkin, cerca de Moscú, donde permanecerían hasta mediado el verano de 1941, cuando, a raíz de la invasión alemana —el 22 de junio de 1941— los niños españoles fueron evacuados, una vez más, hacia el interior. Ellos, los dos hermanitos asturianos, concretamente, a Samarcanda.

Hijos de rojos: monjas y curas a la fuerza.

Testimonio de Catalina Rodríguez

Cuando los franquistas ocuparon Asturias —y Mieres, en particular —, en octubre de 1937, recomendó la sangrienta represión iniciada en el otoño de 1934, a raíz de la Revolución de

Octubre^[101].

Entonces, en 1934, la matanza se centró, sobre todo, en los medios sindicales, de la UGT y de la CNT. Así como en dirigentes —de cualquier nivel— del Partido Socialista Obrero Español y del Partido Comunista. Con lo que las formaciones de izquierda —sin olvidar las culturales—, quedaron prácticamente en cuadro. Al estallar la guerra, en julio de 1936, en primera línea encontramos a los que se habían salvado en 1934, ya sea «emigrando» a Madrid y a Barcelona; y, en algunos casos, a Francia y a la Unión Soviética. Pero el grueso de los destacamentos que se enfrentarían a los sublevados los compondrían hombres —y mujeres también—, jóvenes, como el minero Tomás Rodríguez Díaz, padre de cuatro hijos. Un varón, el mayor, nacido en 1926, y tres hembras, de ocho, seis y tres años de edad. Tomás, como todos los obreros con inquietudes sociales, militaba en el Sindicato de Mineros, de tendencia socialista^[102]. Pero, a los que, por lo regular, no les sobraba capacidad de iniciativa en el terreno de la lucha armada. Así y todo, se alistó en las Milicias Obreras y cuando desapareció, en los combates de la sierra de Grandasllamas, tenía treinta años.

Como, al caer Asturias en poder del enemigo, cientos de milicianos se echaron al monte^[103], a las familias de los desaparecidos —en la guerra o en el monte— las iban a someter a toda suerte de vejaciones y represalias^[104]. Catalina, la compañera de Tomás, no sería la excepción. Los «fachas» del lugar no se creyeron lo de la muerte en combate de su esposo. Sospechaban que estaba en el monte. Ante su silencio, la encarcelaron y a los cuatro hijos los metieron en un asilo religioso. A las niñas las prepararían para monjas y al chico para cura. El asilo era, de hecho, la antesala del seminario.

El muchacho, Tomasín, confesó su vocación sacerdotal cuando uno de sus «maestros» —cura, naturalmente—, le insinuó que si ingresaba en el seminario y se portaba bien su decisión aliviaría seguramente la estancia de su madre en la cárcel. Ésta recobraría la libertad en 1946, al cantar misa, por vez primera, su hijo. Cuando la mayor de las hijas estaba a punto de profesar sus votos. Las dos pequeñas no tardarían en imitar a su hermana.

A la segunda de las niñas, Catalina, la conocí en Carcassonne (Francia), en abril de 1961, cuando trabajaba de enfermera en la Clínica San Vicente de aquella ciudad. Y por ella me enteré del *vía crucis* soportado por su familia. Por aquellas fechas, su hermano mayor ya había colgado la sotana y trabajaba en Holanda. Y la hermana mayor acababa de deshacerse de los hábitos y ejercía como auxiliar en el bloque operatorio del Hospital Municipal de París. Y ella, Catalina, esperaba convencer a su hermana pequeña —la más temerosa de recobrar su libertad—, que también era enfermera en el hospital de Gerona, antes de abjurar ella misma de su «vocación».

Un primo hermano suyo, García Díaz, hijo también de minero fusilado, del seminario sería enviado a enseñar Literatura Española a la Universidad Laboral de Córdoba. Yo me carteé con él en el puente de los años cincuenta y sesenta. A éste, como a los hermanos Rodríguez Díaz, primero en el colegio y luego en el seminario, le habían dicho, y repetido mil veces, que él estaba expiando los pecados de sus padres. Yo le conocí, en Carcassonne, hacia 1955–1956, donde vivía un hermano de su padre —exiliado desde 1939—; vino para preguntarle si era verdad que su padre era tan malo como le habían dicho los curas... El tío lo tranquilizó enseñándole una parte importante de la historia de Asturias que

el muchacho ignoraba. Y lo que la buena, y simpática, de Catalina, por un pudor comprensible, no me había dicho —con relación a las humillaciones sufridas a manos de sus maestros—, me lo dijo el profesor de Literatura. Algo que, de no haberme sido confirmado por otras víctimas de los ensotanados, costaría mucho de creer^[105].

Del aula a los «Servicios Z» del Ejército francés.

Habla un maestro de Cangas de Onís

En la Revolución de Octubre de 1934, Julián Villapadierna García ejercía en una bella e inquieta localidad asturiana, en Cangas de Onís. Era militante del PSOE —tendencia Largo Caballero, la izquierdista— y de la Federación Española de Trabajadores de la Enseñanza (FETE). Como buen maestro que era, de armas no entendía nada. Al sacar número alto no había hecho ni el servicio militar. Luego, tras la revolución asturiana de 1934, viviría la guerra de 1936, que terminaría en Cataluña como comandante de los «servicios Z». Luego vino la campaña de Francia (1939–1940), la ocupación alemana del país galo (1940–1944) y los combates de la Liberación del territorio metropolitano francés (agosto de 1944).

Y, como remate, colaboraría (1944–1945), en la actividad guerrillera antifranquista, desde los Pirineos a su Asturias querida. Con sorna muy norteña, me decía: «Si llego a tener vocación castrense no creo que hubiese podido andar metido en más guerras...». (Como nos pasó a muchos, como a un servidor, que en nuestra infancia y primera adolescencia —1925–1936— no hicimos más que educarnos y formarnos para la paz y la

fraternidad universal...) [\[106\]](#).

«Mi primera gran excursión la hice con ocho de mis alumnos de Cangas de Onís. Casi todos eran hijos de trabajadores —cinco chicos y tres chicas, de catorce a dieciséis años— y a los que me llevé porque, al no dar con sus padres, los del Tercio les hubiesen hecho pasar un mal rato. Ya sabe usted la de menores que violaron y asesinaron cuando lo del 34... Salimos de Cangas el mismo día que el enemigo ocupó Gijón. Montaña adelante, claro. Bien calzados, bien arropados y con dos mantas por cabeza. Lo único que echamos en falta fueron los impermeables. Solo teníamos dos: el mío y el del padre de uno de los muchachos. Nadie conocía el terreno. Pero, tanto en tierras asturianas como en Cantabria, en Aragón y en Cataluña, se lo puedo asegurar, que no hubo casa de campo a la que nos acercásemos que no nos acogiera con una cordialidad, que si no lo vemos no lo creemos. De no haber sido así, la verdad, no sé lo que hubiese sido de nosotros.

Los pajares fueron nuestro dormitorio habitual. Para las chicas el acomodo solía ser mejor: unas colchonetas en el suelo, cerca de la lumbre. Los teníamos muy bien educados, de forma que no tuve ningún problema con ellos. Aunque allí se medio formalizaron un par de parejas que más tarde acabarían siendo novios... Los tres chicos más mayores y yo echábamos todas las manos que podíamos a nuestros anfitriones. Unas veces cortando leña, después de haber ido, con alguna bestia, a recoger ramas secas al bosque. Tratando siempre de evitar a la Guardia Civil caminera, como hacían los gitanos. Otras veces sacando estiércol de las cuadras; que era algo fino comparado con la limpieza de la porqueriza. ¡Hay que ver, con lo buenos que son los jamones del

cerdo, y lo sucios que son antes de que los abran en canal! La verdad es que esto no me venía de nuevo porque yo, de joven, ya había limpiado pocilgas en casa de mis abuelos... Tuvimos que haber llevado un diario porque lo cierto es que aquello fue una experiencia muy instructiva. Tardamos unas diez semanas en llegar a Barcelona.

Bueno, tratar de evitar a la Guardia Civil es una cosa y otra es conseguirlo. Nosotros tuvimos que afrontar un control, en un cruce de carreteras de Burgos, y otro en la estación de Zaragoza. Al presentar yo mi documentación extendida en León, o sea: mi cédula personal y mi carné de maestro, no despertaba sospechas. Porque todavía no les habían ordenado, como ocurriría en el verano de 1936, aquello de: “¡Qué no quede un maestro vivo!”^[107]. El atuendo de mis alumnos, de excursionistas, con mochilas y todo, nos permitía presentarnos como un grupo de estudiosos de monumentos antiguos. Entonces, como ahora, a la gente así se la consideraba —por lo menos en los medios policiacos— como una especie de personal algo chiflado.

De los que se marcharon a Francia en 1937, por más que traté de saber de ellos, no lo logré. Claro que por aquellos tiempos ya sabe usted que en Francia los funcionarios franceses nos tenían entre ceja y ceja y las cosas no estaban como para andar indagando. Algo más tarde, al principio de los años cincuenta, me enteré de que una de las parejas —formada entre mis alumnos, en la gran excursión de 1934— se encontraba en Chile. Lo supe por familiares suyos de la cuenca minera de Decazeville, adonde iban a trabajar casi todos los mineros asturianos que llegaban a Francia.

Fue una vida muy azarosa la nuestra, es verdad. Pero lo

contamos y esto es lo más importante. Bueno, quiero decir que lo importante, también, es no olvidar nunca a los compañeros que hemos ido dejando por el camino...»^[108].

Niños de Cantabria

AL ESTAR EMPAREDADA ENTRE DOS REGIONES, Asturias y Euskadi, con una historia tan singular e intensa, las tierras cántabras han quedado, históricamente hablando, algo difuminadas. Por lo menos en lo que respecta a las vivencias, individuales y colectivas, de la primera mitad del siglo XX. Por eso hemos escogido este espacio para estampar circunstancias que afectaron por igual a los pobladores de Cantabria y a los del resto de España. En particular, a los primeros pasos de muchos de nuestros niños.

Por los testimonios aquí reproducidos —y también por las fotografías que los ilustran—, más de un lector, suponemos, se preguntará si realmente se justificaba el miedo —el terror que inspiraban los generales facciosos, desde Mola a Franco, pasando por Queipo y otros, antes ya de que sonase el primer disparo de la Guerra Civil—, para que la gente huyese de sus casas, abandonase sus pueblos, despavorida, con el alma en un hilo^[109]. Pues bien, toda la negrura que se desgrana aquí no es más que un muy pálido reflejo de la realidad que fue el pan nuestro de cada día —insistimos: sobre todo en los hogares humildes— durante un buen cuarto de siglo. O sea: desde 1936 a 1961. Los sucesos acaecidos en el Orfanato Provincial Sor Isabel de Pamplona (1995–1996),

demuestran colmadamente hasta qué punto las lacerantes y humillantes secuelas de nuestra guerra han sobrevivido otro largo cuarto de siglo más^[110].

Recordemos que la masa de fugitivos, en unos casos, o de evacuados, en otros, se movía no sólo a causa de sus experiencias personales —fruto, a menudo, de la opresión social anterior a 1936, o de represiones políticas nacidas a la sombra de la Revolución de Octubre de 1934— sino también por lo que oían contar a gentes oriundas de otras tierras ibéricas. Rumores ciertos y bulos verosímiles. Yo recuerdo, en Barcelona, haber oído relatar la represión franquista en Mallorca a unos sindicalistas —del ramo de la Madera, el de mi padre—, huidos de la isla en una barca de remos, que mostraban su extrañeza, en agosto-septiembre de 1936, de que, en nuestra zona —y concretamente en Barcelona— la clase obrera, sus sindicatos en suma, no hubiesen llevado la lucha de clases hasta sus últimas consecuencias. Como hicieron en la zona facciosa desde el primer instante bélico. Actualmente se dispone de suficiente información para explicar el abismo existente entre las ejecuciones sumarias perpetradas en ambas zonas. En la facciosa fue metódica, a manos de los detentores de unas «*credenciales gubernativas*» que eran genuinas patentes de corso. Todas ellas extendidas por el Ejército, aunque el trabajo sucio lo hicieron, también, los falangistas, los requetés, los de Acción Popular, la Guardia Civil e incluso, como sucedió en Extremadura, antiguos cuatreros venidos de Portugal. En muchos casos con listas de sospechosos establecidas ya antes de la guerra. Mientras que en la zona republicana, salvo contados casos, los desmanes de todo orden serían protagonizados por incontrolados, muchos de los cuales —valga la precisión— eran de origen rural.

Es decir: habían tenido que emigrar —«para no llevarme a alguno por delante y causar la ruina de mi familia», nos confesarían—, después de haber estado sometidos a toda clase de coacciones, amenazas y humillaciones por parte de las llamadas «fuerzas vivas» de sus respectivos pueblos.

En uno de mis libros transcribo las palabras de un joven cordobés, de dieciocho años —que vivía desde los nueve en Barcelona con su familia—, que intentaba justificar el asesinato de un empresario maderero, para colmo bien considerado en los medios obreros por su bondad. No hacía más que repetir, una y otra vez —ante el interrogatorio del presidente del Sindicato de la Madera, Manuel Hernández, un carpintero sevillano—, que «aquel hombre no podía ser bueno porque tenía la *mismita mirá* que el señorito de mi padre». Muchas veces me he preguntado qué habría presenciado aquel niño de nueve años, en un cortijo cordobés de la zona de Espejo, para no haberse olvidado nunca —pese a su media vida barcelonesa— de la mirada de un desalmado señorito andaluz, cuyos desmanes pagaría, tan injustamente —al aire de la Santa Cruzada de Liberación—, un bondadoso patrono catalán^[111]. Aquel muchacho —se apellidaba Cazorla y era natural de Espejo— fue obligado a enrolarse en una columna libertaria que luchaba en el frente de Aragón. «Y no se te ocurra venir nunca con permiso a Barcelona, porque si te cruzas conmigo te pegaré dos tiros, ¿te enteras?», le advirtió Hernández. A las pocas semanas nos enteramos que Cazorla había muerto, como un hombre, en una operación suicida en la zona enemiga.

Así pues, en la zona facciosa había razones sobradadas —repetimos: casi siempre de raíz clasista—, para salir huyendo, de sus lares primero y de otras tierras después, rumbo al mismísimo

infierno. Y si vemos tan a menudo, en las fotos, a mujeres, niños y ancianos solos por las carreteras, en general, es porque los hombres jóvenes —y en muchos casos no tan jóvenes— estaban en las trincheras o se habían echado al monte. Como sucedió por tierras cántabras. Para que los oprobiosos tiempos pasados no volviesen jamás. Un joven y tenaz historiador santanderino, Isidro Cicero, ha plasmado, en dos sobrios y emocionantes libros, unas muy singulares aventuras^[112].

El relato, a renglón seguido, de las razones que incitaron a José Lavín Cobo «el cariñoso» a huir al monte, se transcribe como caso muestra de los miles que se produjeron en la piel de toro.

Las «aventuras» de Pin «el Cariñoso»

Pin «el Cariñoso» estaba arriba, en la plaza de San Roque de Río Miéa, trabajando en la panadería de su tío Pepe Vian. Era el invierno de 1937 y acababa de ser «liberada» Santander. De los 2420 trasmeranos que ocupan hoy, en 1980, los 37 kilómetros cuadrados del municipio de Liérganes, sólo los niños de pecho ignoran el fondo y la moraleja de esta historia.

—¿Es usted José Lavín Cobo?

—Sí señor.

—Tiene usted que acompañarnos a Liérganes, a Falange.

—¿Para qué, si puede saberse?

Pin estaba cortando leña para el horno, la amasanda urgía sacarla pronto. Pero, bueno, si hay que bajar a Liérganes, se baja. Es cuestión de un rato, 17 kilómetros, unas horas.

—Tío, enseguida vuelvo, que tengo que ir con la Guardia Civil a Liérganes, para una declaración.

Nada tenía que temer, de nada se le podía acusar. Iba tranquilo, pues si bien había llegado a ser sargento en el heroico Batallón Libertad de la CNT, todo el mundo sabía que él, Pin, y su hermano Sario, no se ocupaban más que de trabajar y no se metían con nadie. Sin embargo, ¿qué es lo que le dijo su padre anoche?

Ramiro, el padre de Pin, tenía una camioneta y el día anterior fue obligado a llevar a Liérganes a un muchacho asturiano que andaba por el monte perdido. Lo esposaron, lo amarraron, le tomaron declaración, lo encerraron en Falange y desapareció para siempre. Nadie sabe qué hicieron con él. «Sólo por ser asturiano», habían dicho aquel día en San Roque, «que tal como están las cosas, ya es bastante».

«Y ahora me llevan a mí detenido —pensaba Pin, carretera abajo—; bueno, yo me afilié a la CNT; pero aquí, la mayoría estábamos afiliados a algo; los de Mirones eran casi todos comunistas; nosotros, cetenistas... En fin... no creo que nos jodan a todos. Y yo, desde luego, con nadie me he metido...».

—¡Adentro! —le gritaron, al llegar al edificio de Falange. Antes, no muy antes, la «Casa del Pueblo» era «El Retiro» de Valeriano y de Petronila, cuyos nombres aparecen aún en la piedra, a ambos lados de la entrada. El comité, cuando la República, había hecho talar los árboles del inmenso jardín y hacer una huerta experimental modelo que sirviera de pauta de cultivos modernos en la zona. Al acabar la guerra era cuartel general de Falange, el grupo calificador de responsabilidades políticas, y de las otras, que hubiera habido en el valle, durante la República y la larga guerra.

Hoy, la casa de Petronila y Valeriano, que fue palacio con

bóveda mediterránea, Casa del Pueblo, Casa-Falange, Cárcel-Falange, está vacía y sólo de vez en cuando una encumbrada gente de Madrid, los Pedrosa Latas, vienen a veranear a ella, pues la heredaron de los viejos propietarios, unos tíos solteros que tenían.

Pasaban las horas y llegó la noche. Pasó la noche y otro día entero y nadie llamaba al Cariñoso para declarar. Desde la ventana, bien asegurada con barrotes, Pin vio al guardia municipal de Liérganes, «El Rey de los Campos», como le llamaba todo el pueblo.

—Oye, ¿no podrías hacerme un favor?

—¿Qué se te ofrece?

—Mira, me han bajado aquí desde San Roque, porque tenía que declarar, y ya llevo cantidad de horas y nadie me pregunta nada. El caso es que tengo que irme a trabajar; así que a ver si me haces el favor de decirle al jefe de esto, a José Saenz, que me pregunte lo que me tenga que preguntar, porque tengo prisa.

A lo lejos oyó Pin la conversación y lo que escuchó le hizo ver que estaba condenado a muerte.

—El nieto de Cariñoso, que dice que a ver si le tomáis ya la declaración, que tiene que irse.

—Que no tenga tanta prisa, que la declaración ya está tomada. Total, para lo que le va a servir...

Matilde, tía de Pin, tenía un comercio allí cerca y le había traído algo de comer. Allí estaban todavía los cacharros y Pin, rápido de reflejos, se dio cuenta de que si quería salvar la vida, tenía que escapar. «Si me quedo, me pasa lo que al asturiano».

Con una cuchara, Pin se empeñó en hacer una llave. Con la llave consiguió abrir la puerta de la habitación y sorprendió al municipal.

—¡Alto!

—Déjame escapar, que me matan...

—¡Alto!

—Lo he oído y sé que van a eliminarme. Déjame escapar, Rey de los Campos...

—Tú de aquí no...

Iba a decir: «tú de aquí no te mueves», pero no le dio tiempo porque Pin, fuerte como un toro, acostumbrado a prever en la caza y en la pesca los menores movimientos del adversario, saltó sobre él, le golpeó con su puño de hierro y le dejó tendido sobre la hierba verde. Después le desarmó y saltó los setos y las paredes de piedra, atravesó los afluentes del río, cruzó el Miera de una zancada larga y poderosa, superó los bardales y ganó las rocas ásperas por donde las cuevas tienen kilómetros de largas, y donde nadie en su sano juicio se atrevería a entrar buscando a un hombre dispuesto a todo, como estaba Pin en ese momento.

(«¡Se escapó Pin, el de los Cariñosos, se escapó el Cariñoso!», se alegraban unos y maldecían otros).

—Me las pagarás, cabrón —dijo el Rey de los Campos, cuando despertó.

—¡Os acordaréis de mí, hijos de puta! —gritó, levantando el puño, Pin «el Cariñoso», mirando el valle verde y neblinoso, desde San Roque, cuando logró avisar a la familia, y ponerse a salvo entre los picachos, que vistos desde arriba parecen menos impresionantes y más amigos.

Pin «el Cariñoso» era uno de los 600 cíetistas cántabros —no pocos muchachos imberbes— alistados en el Batallón Libertad, en la Centuria Malatesta, destinado al frente Oeste asturiano, para tratar de contener el avance de una columna facciosa gallega.

Cuando se perdió Asturias, los hombres regresaban a su aldea santanderina destrozados. También llegaron los del frente Sur, de Burgos. Los más viejos recogieron las armas y se marcharon al monte, que era un refugio más seguro que el valle. Y los más jóvenes se entregaron, fiándose de la promesa del enemigo: «El que no tenga las manos manchadas de sangre no tiene nada que temer».

No se pueden describir las palizas que vi dar a chiquillos, muchachos imberbes, que habían cogido prisioneros no sé donde. Medio muertos los dejaron.

—¿Tú perteneciste al Batallón Libertad? —les preguntaban.

—Sí, pertenecí.

Pim, pam, pim pam. En el suelo quedaron los pobres chiquillos casi agonizando. En mi vida vi paliza igual. Los destacamentos Libertad y Malatesta habían sido creados por la CNT de Vizcaya.

Pin «el Cariñoso» moriría, luchando, tras ser asediado en su refugio, a causa de una delación, el 27 de noviembre de 1941. Pasó casi cuatro años y medio en el monte. Era el año en que, no lejos de allí, en el Penal del Dueso, había unos 5000 presos, de los que algo más de la mitad eran tuberculosos. Y en el que, a diario, entraban seis o siete ataúdes.

El Cariñoso había perdido a sus mejores amigos-compañeros: Orestes, Tampa, Ramiro, el Ferroviario, y a sus hermanos, Lola y Sario. Y tenía 16 familiares cercanos encarcelados. Entre ellos, varios niños y niñas encerrados en reformatorios religiosos.

«Vinieron a buscarme una mañana. Me llevaron a mí, a mi hermano Ramiro, ese chavalillo que hoy está tan malo, el pobre, y a los primos de Ondárroa. No creas que respetaron que yo estuviera operada de un pie.

Les dio igual. Yo tampoco dije nada. Claro, una niña cobarde, acobardada mejor dicho, que jamás había salido para nada del pueblo, y de repente me vi enclaustrada en un convento de monjas... en las Adoratrices. Ya me dirás. Una visión aterradora, todo tan enorme, aquella organización férrea, filas larguísima, silenciosas, todo el mundo mirando al suelo. Yo no me atrevía a decir nada del pie. Tenía catorce años. Una criaturita. A mi hermano Ramiro lo llevaron a un asilo. A la Caridad. Tenía trece años, además se había criado ruinuco y parecía lo que era: un niño. A mí me cambiaron el nombre, como a todas las demás. En lugar de Angelines me llamaban Tránsito. El silencio era estricto en todo momento. Nos ponían una cruz con dos esparadrapos de labio a labio y de carrillo a carrillo, para taparnos la boca. Te lo pegaban santiguándote al mismo tiempo: "Líbranos—señor—de—nuestros—enemigos". De todas maneras lo mío no fue tan grave como lo que le hicieron a mi hermano Ramiro, que ya ves como está ahora, el pobre. Al escaparse del Asilo de la Caridad, después que se murieron los abuelos, que lo habían recogido, enseguida le echaron mano, cerca del pueblo.

Le amarraron, le tiraron patadas en todas partes, en los testículos. El pobre chiquillo las esquivaba como podía. Le dieron golpes en la cabeza, en la espalda, en las piernas. No sé con qué le darían; desde luego con la mano no, porque con la mano lo único que pueden hacerte son magullamientos, moratones. A mi hermano pequeño le dieron con algo duro, porque le brotaba la sangre por todas partes y se confundían trozos de carne con trozos de camiseta. Era un niño y lo dejaron que parecía un corderucho degollado»^[113].

El poeta asturiano José M. Álvarez Posada, «Celso Amieva», en

carta fechada en Moscú el 8 de noviembre de 1976, me escribía: «En la provincia de Santander, y mucho en la ciudad misma, operó otro guerrillero célebre, apodado el Cariñoso, que gozó de gran popularidad y simpatías.

Sobre todo en el pueblo llano. No era un hombre bronco y rudo como Juanín —un jefe de la guerrilla asturiana—, sino todo lo contrario: fino, educado, elegante, hábil para el disfraz, una especie del otrora famoso Luis Candelas, el ladrón de guante blanco. Murió en pleno Santander, cercado en una casa por un hormiguero de guardias y policías, a quienes causó no pocas bajas. Supongo que si has ido a Santander te habrán hablado de él»^[114].

En efecto, en otoño de 1977 estuve en Cantabria y visité 17 pueblos guerrilleros. Y en la zona de actuación del grupo del Cariñoso —de la costera hasta el Valle del Pas—, por todas partes me hablaron muy bien de él y de su familia. Que eran gente trabajadora, servicial, de los de «palabra dada, palabra cumplida», sin necesidad de echar firma alguna en los papeles.

El guía más joven de los Pirineos

Una precisión: nos estamos refiriendo a los Pirineos orientales y centrales. Porque en lo referente a los occidentales —Navarra y Euskadi— planea un halo misterioso que le es muy difícil esclarecer a un forastero. Mi impresión personal es que no ven con muy buenos ojos el que «gente de fuera» se empeñe en relatar sus cosas. En todo caso —y ésta sigue siendo mi experiencia personal— no son muy inclinados a contárselas a alguien del que, de entrada, no tengan la certeza de que ha captado bien el trasfondo de sus historias. De ahí que pensemos

que es muy posible que en la parte occidental del Pirineo hayan «oficiado» guías más jóvenes que nuestro muchacho cántabro conocido por su nombre de guerra: «Comprendes»^[115].

Sobre él sólo hemos podido averiguar que pertenecía a una familia —la de Marcelino Peña— de viejos militantes socialistas, de Torrelavega. Ni siquiera sus compañeros conocían su nombre de pila. Y el apodo le venía de que apostillaba siempre, o casi siempre, sus breves parlamentos con un ¿comprendes?

Fue enviado a Francia, por mar, en 1937 y luego a Cataluña, de donde salió —con una colonia de niños de Rivas de Fresser— en 1939, recién cumplidos sus catorce años. Iría a parar a un centro-refugio cercano a Carcassonne —el de Montolieu—, de donde lo sacarían familiares de su padre con residencia en el pueblo de Chalabre, en el Aude. Casi todos los hombres de su familia eran gente de mar y él también soñaba con imitarlos. Pero en el «gran mar», puntualizaba... no en el «charco», como él le llamaba al Mediterráneo. Para luego comentar: «¡Pues ya lo has visto, compañero, ni “gran mar” ni “charco” ni nada... montañas y más montañas... y piernas para qué os quiero!».

Sus primeros pasos montañeros lo llevarían a Andorra, siguiendo las huellas de un pastor de alta montaña que «alegraba» sus ingresos —como él decía, el muy socarrón—, con los extras del contrabando.

Cuando se inició en las excursiones andorranas tendría dieciséis o diecisiete años^[116]. Luego —¡cosas de la vida!, decía— se integraría en el equipo de guías de la zona guerrillera española Ariége-Aude-Pirineos orientales —de la que el autor sería coordinador regional, en 1944—, al lado de Molina, Chispita, Rosell, Puigdemont... Los dos primeros, como Comprendes,

también «niños de la guerra».

Quienes tuvimos la suerte de conocerle —y utilizar sus impagables servicios—, lo recordamos: primero, por su arte en despanzurrar perros lobos alemanes cuando le salían al paso. Eran bestias resabiadas en el Centro de Adiestramiento instalado en la Escuela de Agricultura Carlomagno de Carcassonne. Entonces es cuando peligraba su gente, es decir: los fugitivos que solía conducir hasta Andorra o hacia la provincia de Gerona. Iba armado tan sólo con una enorme faca. Las armas de fuego las desechaba porque metían mucha bulla y te denunciaban. Cuando iba a enfrentarse a uno de aquellos perrazos se liaba una larga y espesa bufanda —que llevaba para su multiuso—, al brazo izquierdo, que ofrecía al can. Éste mordía el brazo abufandado y apenas sus colmillos habían taladrado el paño, Comprendes le asestaba un navajazo en el vientre. No tuvo nunca el menor percance y quizás al título de guía más joven convendría añadir el de mayor matador de perros lobos «anti-fugitivos».

Su segunda proeza —y el «fugitivo» me lo contó, en Barcelona, muchos años después— fue la de acompañar, desde Carcassonne hasta Andorra, al célebre reportero gráfico Agustí Centelles Ossó. Centelles vio cómo «traspapelaba» a dos perros lobos, en plena noche, orilleando ya la línea fronteriza. Dijo: «Se ve que han adivinado que llevaba conmigo a un elemento de cuidado». Y es que, a finales de abril de 1944, Centelles tuvo que desmontar, deprisa y corriendo, su laboratorio clandestino —al servicio de la Resistencia— y salir de estampía de Carcassonne. Gracias a este salvamento —el «fugitivo» siguió viaje, por su cuenta y riesgo, hasta Valencia—, Centelles pudo recuperar, 32 años después, su valioso e inestimable archivo personal —cerca de cinco mil clichés

— que representa, gráficamente, insuperablemente, las vivencias político–sociales en Cataluña, en el apasionante período 1931–1936. Y las de la Guerra Civil, 1936–1939, en tierras catalanas y en el frente de guerra de Aragón (desde el valle de Bielsa hasta la batalla de Teruel)^[117].

Tras la liberación de Francia (agosto de 1944), Comprendes desapareció de su campo de operaciones habitual. Y a los ojos de sus amigos y compañeros, se perdió de vista. Normal, puesto que ya no había más fugitivos que acompañar hacia la libertad. Pero, lo que son las cosas: mediada la década de los años sesenta, en Perpiñán, tuve la alegría de conocer a un marino de guerra profesional. Se llamaba David Gasea y era el comandante–jefe del destructor *Almirante Miranda* —el *Mirandilla*, en argot marinero—. Gasea me contó que había conocido a Comprendes formando parte de una de las tripulaciones que tuvo, en Marsella, el ex almirante Miguel Buiza —ex jefe de la Flota de Guerra republicana durante la Guerra Civil—, para tripular uno de aquellos viejos mercantes que fletaban los judíos para trasladarse, clandestinamente, a tierras de Palestina.

Me alegró saber que, al fin, el montañero Comprendes había conseguido hacerse a la mar, aunque fuese por la «charca», tan denostada por él en su primera juventud. Pero debió saberle a «gran mar» teniendo en cuenta el fin humanitario de sus navegaciones^[118]. Un día le pregunté al amigo Gasea qué había sido del cántabro. Y me dijo que se lo preguntaría al almirante. Don Miguel Buiza estaba entonces en una residencia llamada de Beauséjour, en el pueblo costero de Sanary–sur–Mer, más allá de Marsella. Nuestro hombre era todo un personaje, con un apodo fácil de retener. El almirante dijo que hizo con él un par de

travesías, hasta que se prendó de una joven israelí.

Se quedó en tierra santa y es muy posible que su enamorada lo transformase en un laborioso miembro de un *kibutz*^[119].

Nace en Santander la Solidaridad Internacional Infantil

Alboreaba el verano de 1937, cuando el corresponsal de guerra inglés John Langdon Davies deambulaba por las calles del Santander en guerra. De pronto apercibió un niño de cinco o seis años sentado en un portal, con un hatillo de ropa en la mano. Pero lo que le llamó más la atención fue la nota que, enganchada con un imperdible, llevaba colgando de su jersey. Leyó: «Cuando Santander caiga en poder del enemigo yo seré fusilado. Suplico al que encuentre a mi hijo que lo cuide por mí». El periodista inglés lo adoptó en el acto.

Cuando regresó a Inglaterra pensó enseguida en crear una organización que apadrinase a niños refugiados, de cualquier parte del mundo. Y, para empezar, puso en pie un comité de ayuda a los niños republicanos españoles. Poco a poco, desde 1937, la atención de dicha organización se ha ido centrando en la ayuda a la infancia del Tercer Mundo: protección a las madres y a los hijos, instalación de centros sanitarios, con especial dedicación a la nutrición, a la higiene y a la escolarización.

En el sesenta aniversario de su fundación, Plan Internacional —es el nombre de la Organización No Gubernamental creada por John Langdon Davies en plena guerra de España— tenía delegaciones en 35 países. Y, en 1995, la asistencia, periódica, alcanzaba ya a 800 000 familias necesitadas.

Del 19 de octubre al 31 de diciembre de 1995, al pie de la

Butte Montmartre, en el Mercado San Pedro, Plan Internacional organizó su primera exposición de arte infantil, donde pudieron admirarse, especialmente, la imaginación y la habilidad de los niños de África para fabricarse juguetes. Paradójicamente, en Europa, los únicos niños ausentes de la exposición fueron los españoles, por la sencilla razón de que Plan Internacional no tenía entonces delegación alguna precisamente en el país que inspiró su existencia^[120].

Un recién nacido, el más joven de los evacuados

Léa Gillis, una militante del Partido Comunista belga, hizo varias veces el viaje, de ida y vuelta, de Bélgica a España, como acompañante de las expediciones de niños/as españoles. Y nos explica: «Un día, en una estación del recorrido, en España, el tren se detuvo. Un hombre recorría el andén buscando al responsable del convoy infantil. Al asomarme yo, me dio un paquete en el mismo momento en que el tren se ponía en marcha. Como algo parecía moverse, deshice el paquete y apareció un recién nacido. Enganchada a su ropita había una nota: “Me llamo Pedro y he sido encontrado al lado del cadáver de mi madre”»^[121].

Niños de Euskadi

«Axuri hadilla, osoak janen
hai»

«Hazte cordero y te
comerá el lobo»

Antiguo refrán vasco

EN ESTA REGIÓN SE DARÍAN LAS MÁS profundas contradicciones que estallaron en la zona republicana. A punto de estrenar su autonomía, cuando empezó la guerra, el Partido Nacionalista Vasco (PNV), de honda raigambre católica y políticamente moderado, protagonizaría las más crispadas ambigüedades que se dieron en Euskadi, propias, además, de su extracción sociológica. Y, por tanto, nada inclinado a aceptar las transformaciones revolucionarias que se impusieron en el resto de las regiones que fueron leales a la República. Desde Andalucía hasta Asturias, pasando por La Mancha, Levante, Aragón, Cataluña y en parte de Castilla y Extremadura. Así, el proletariado urbano y rural se daba razones suficientes para librarse una guerra impuesta por sus enemigos de clase.

Las primeras unidades de milicianos que se formaron en Euskadi representaban a fuerzas de signo marxista y libertario, así como a algunos militantes de Acción Nacionalista Vasca^[122]. Los

famosos *gudaris* —se supone que ateniéndose a las pautas del PNV— tardaron varias semanas en entrar en fuego. Su ardor combativo, al formarse el Ejército vasco, se incrementó a medida que calibraron —sobre todo en los altos estratos políticos— el comportamiento radicalmente antivasco del enemigo. El cual, por añadidura, se erigía en supremo e indiscutible heraldo del catolicismo español. Ocupada Navarra por los requetés —su feudo principal—, el desgarro espiritual adquirió aún mayor acritud. Los criminales bombardeos de Durango y Gernika —en marzo y abril de 1937—^[123]; y más tarde el hundimiento de la línea fortificada llamada el Cinturón de Hierro, generarían una doble reacción: primera, la de endurecer la resistencia y, segunda, la de una progresiva e inevitable desmoralización. Que conduciría al Gobierno vasco hasta el Pacto de Santoña. Es decir: a un cese el fuego concertado con el alto mando del Cuerpo Expedicionario Italiano. Pacto que las autoridades militares franquistas, tan pronto ocuparon Euskadi, dieron por nulo. Decretando, poco después, el estigma de «provincias malditas» para Álava, Guipúzcoa y Vizcaya. Condena que tendría vigencia durante más de cuarenta años.

Como en el caso de Asturias, tampoco en este frente de guerra el Gobierno central actuó con todo el empuje que era de esperar. Un último envío de refuerzos aéreos tuvo que ser suspendido, al amenazar Francia con incautarse de cualquier avión republicano que violase su espacio aéreo. En otra ocasión —antes de que el estrecho corredor, que unía a Euskadi con el país galo, fuese ocupado por el enemigo—, las autoridades francesas retuvieron en Hendaya dos convoyes ferroviarios con material de guerra destinado a las unidades leales a la República que se batían en el

norte de España.

En tan graves circunstancias, el Gobierno vasco decidió la evacuación de unos miles de niños, con la idea de recuperarlos al final de la guerra, con la victoria republicana^[124]. Porque, pese a la inminente pérdida de la zona republicana del norte, nuestros dirigentes políticos —vascos y no vascos— seguían creyendo que las llamadas democracias acabarían dándose cuenta del peligro que para ellas podría representar la victoria del fascismo en España y se decidirían a ayudar a la República española. Quizá por esto no se realizó el menor sabotaje en las fábricas de armamento vascas, que caerían intactas en poder de los franquistas. Al revés de lo que ocurrió en la santanderina Reinosa, donde el Comité de Control Obrero, UGT–CNT, de la Naval, cuyos obreros, cuando ya estaban los requetés navarros y los italianos a las puertas de la capital campurriana, dinamitaron la fábrica para que no produjese armas para los facciosos^[125].

Cerca de cuarenta mil niños vascos evacuados.

Testimonio de Gregorio Arrien

Autor de varios libros sobre el exilio vasco, Gregorio Arrien, sacerdote vizcaíno, es quién más conoce las evacuaciones de más de treinta mil niños vascos durante la Guerra Civil. «El exilio de nuestros niños fue un hecho dramático», afirma en uno de sus libros^[126].

La evacuación se organizó, institucionalmente, en los primeros meses de 1937, con muchas dificultades, ya que debía constituirse de la nada un aparato eficaz que garantizase las operaciones. Había tantos niños a evacuar que las salidas se produjeron de un

modo disperso, desordenado y en cierto modo incontrolado. Hubo salidas masivas, como las del buque *Habana*, en las que llegaron a salir juntos hasta cuatro mil niños. Y otras de hasta una docena de niños en pequeños barcos. Ésta es la razón por la que todavía no sabemos con exactitud cuántos niños fueron evacuados^[127].

La razón de que unos salieran y otros no es que faltó tiempo para evacuar a todos los niños de Euskadi. De haber existido unas mínimas condiciones de evacuación organizada, habrían salido muchos más. Pero el hecho es que, lamentablemente, no se dieran las condiciones adecuadas.

La caída de Bilbao y su ocupación por las tropas facciosas marca el retorno de los primeros niños vascos evacuados, ya que se desencadenó una intensa campaña por parte de las autoridades franquistas para que este retorno se produjese. Llegó incluso a forzarse a muchas familias para que reclamasen el regreso de los niños, esperando así conseguir una buena imagen del régimen en el exterior^[128].

La verdad es que sí llegaron a ser utilizados por la propaganda de los dos bandos, especialmente por el bando franquista. Hay que tener en cuenta que el hecho de que miles de niños estuviesen exiliados de sus pueblos constituía una denuncia expresa de la política del bando franquista.

Hubo un momento en que los dos éxodos se juntaron en Francia, tras la caída de Cataluña, debido a que muchos niños evacuados a Francia se quedaron allí, mientras que otros serían enviados a Cataluña. Y éstos se vieron obligados, luego, a salir de nuevo hacia Francia. Al iniciarse la Segunda Guerra Mundial, en 1939, algunos de aquellos niños regresaron definitivamente a Euskadi. Y los que tuvieron más suerte, se marcharon a

Iberoamérica.

Los niños evacuados a Gran Bretaña fueron separados en dos grupos diferentes, según la ideología de sus familiares; fue una desgracia y una tremenda equivocación. Pero lo cierto es que el Partido Nacionalista Vasco (PNV), los padres de los niños católicos y nacionalistas y algún sacerdote llegaron a imponer esa división. Porque no querían que sus hijos se mezclaran con los hijos de los «rojos». No obstante, no se llegó a hacer una división absoluta, debido a que las autoridades inglesas no estaban muy de acuerdo con esa separación en guetos.

Por los datos que tenemos se puede afirmar, sin miedo a equivocarse, que quedaron fuera entre un 5 y un 10 por ciento. La mayor parte de ellos eran niños huérfanos o que tenían a sus padres en prisión o desaparecidos.

Claro que puede hablarse de un síndrome del evacuado. El niño que se ve obligado a abandonar su casa y su familia siempre sufre ese síndrome, en alguna medida. Ahora bien, hay que señalar que las evacuaciones fueron provocadas, no tanto por razones puramente políticas como por miedo real a las bombas, al hambre y al propio miedo. Esto marca, de alguna manera, luego, esa integración en la España del franquismo, que en algunos casos fue difícil y traumática. No hay que olvidar que la mayoría de los niños evacuados procedían de familias nacionalistas y de izquierdas. Y en la España que se encontraron al volver, ni el nacionalismo vasco ni las ideas de izquierda eran muy tolerados. La mayoría se sentían derrotados como sus padres, y esto tuvo sus consecuencias en la mentalidad de unos niños que eran ya casi adolescentes en los primeros años de la posguerra. Unos años que fueron los más duros del franquismo y, también, naturalmente, los

más duros para ellos^[129].

Desde Bermeo a Buenos Aires, vía África y México.

Testimonio de Néstor Basterretxea

El silencioso e impresionante artista vasco nació en Bermeo (Vizcaya) en 1924, y el 10 de octubre de 1987 exponía sus obras —140 pinturas, esculturas, dibujos y collages— en el Museo Español de Arte Contemporáneo, en Madrid.

Néstor abandonó su hogar en Bermeo a los doce años para adentrarse en las peripecias de la guerra y en los infortunios del exilio. Su padre era diputado del Partido Nacionalista Vasco y el único hijo de Euskadi en el Tribunal de Garantías Constitucionales de la República española. Aquella casa de dos plantas que abandonaba, rumbo al destierro, fue ocupada y transformada en cuartel de la Guardia Civil, durante treinta y ocho años.

La familia Basterretxea se trasladó a Francia, donde residió hasta 1941. A Néstor le fue concedida la oportunidad de quedarse estupefacto y emocionado en aquel pabellón mítico de la República de la Feria Internacional, ante el *Gernika* de Picasso, la *Montserrat*, de Julio González, el bello e impactante cartel de Miró —*¡Ayudad a España!*— y la *Fuente de Mercurio*, de Calder.

Cuando Alemania derrotó a Francia —y a sus aliados—, en 1940, y la invadió, la noticia de que la Gestapo había detenido al presidente de la Generalitat de Cataluña, Lluís Companys —que sería fusilado en Barcelona en el otoño de 1940—, corrió como la pólvora entre los exiliados españoles. Los Basterretxea huyeron a la Francia llamada libre —la parte sur del país— y se refugiaron en Marsella. La noticia de la detención de Joan Peiró en la Francia

libre —donde la Gestapo actuaba como en la Francia ocupada—, debió de persuadir a muchos republicanos españoles de que ya no estaban seguros en parte alguna del territorio francés y que debían esforzarse por huir de Europa como fuese. Peiró, el destacado militante de la CNT y ex ministro de Industria (1936–1937), fue enviado a España y fusilado en Valencia en 1942.

En Marsella, los Basterretxea consiguieron embarcarse en el buque *Alsina* —600 vascos y 300 judíos— rumbo a México. Iban también embarcados Niceto Alcalá Zamora —primer presidente de la República española, en 1931— y Telesforo Monzón, ministro de Gobernación en el primer Gobierno vasco de guerra, en 1936. Esperaban alcanzar el Nuevo Mundo al cabo de una travesía normal de quince o veinte días. Tardaron 15 meses. Un buen día el horizonte se convirtió en una panorámica de buques de guerra, entre cuyos cascos se perfilaba la costa de Dakar —en África central— ante la cual la flota de Vichy —adepta al mariscal Pétain, confabulado con Hitler— acababa de mantener un duelo artillero con la Navy británica. Unas lanchas rodearon el *Alsina* y Néstor pudo ver, con los ojos como platos, cómo la red de protección antisubmarina se abría ante la proa del barco y se cerraba tras su paso. A continuación se alzaba la impresionante mole del acorazado *Richelieu*, erizado de cañones, y luego *El Terrible*, el navío más rápido de la flota francesa. Ambos buques, junto con la casi totalidad de la flota de guerra francesa, se abordarían en el puerto de Toulon, en noviembre de 1942, para no caer en poder del Ejército alemán de ocupación de Francia.

El *Alsina* fondeó en aquella costa encajonada de África y allí permaneció seis meses, con el pasaje encerrado en su casco de hierro, bajo un sol tropical, pendientes del dinero que el fondo de

organizaciones de ayuda a los republicanos enviaban desde México. Un dinero que siempre llegaba tarde y casi siempre mal, mientras que a bordo la gente nacía y moría y, a veces, se amotinaba.

Néstor, mientras tanto, vivía la aventura que viven los muchachos cuando crecen con la vida a su alrededor. Cuando podía se escapaba de aquel cascarón recalentado y se perdía por los mercados del África negra, colonial y bélica, llenando sus carpetas de color y de exotismo. No parece arriesgado rastrear los inicios de su fecunda y variopinta andadura artística, que arrancaría, probablemente, en el pabellón de la República en la Exposición Internacional de París, y se impregnaría del singular y milenario arte africano. Hasta que el *Alsina* levó anclas de nuevo, rumbo a Brasil, adonde tampoco llegaría, pues su siguiente fondeadero sería Casablanca, una ciudad controlada desde el mar por los británicos, hormigueante de espías y desesperados —recuérdese la famosa película del mismo nombre, *Casablanca*, magistralmente interpretada por Humphrey Bogart al lado de Ingrid Bergman—, y festoneada por las idas y venidas de los camiones del Ejército francés de Vichy^[130].

Los desembarcados del *Alsina* fueron divididos en grupos y distribuidos por el cercano borde del desierto del Sahara. La familia Basterretxea dio con sus huesos en un establo de camellos, que las mujeres se encargaron de acondicionar. Allí pasaron tres meses, abandonados, con la inquietud de que los agentes franceses que les visitaban hubiesen recibido la orden de capturarles. Y sin saber cómo, cuándo ni dónde iba a terminar aquel viaje de locos. Alimentados de pollo y uvas, que eran los alimentos más baratos, llegaron a Nochebuena y lo celebraron con

los villancicos interpretados al violín por un taquígrafo del Congreso de los Diputados apellidado Casares.

Finalmente, los ingleses concedieron el *navicert* —permiso— para que todos aquellos desgraciados se embarcaran en el *Quanza*, bajo el pabellón neutral de Portugal, y que abandonasen Casablanca. La noche misma de la partida, los viajeros vieron a unos seis o siete hombres que, aprovechando las sombras de la noche, trepaban por las sogas de amarre hasta el barco. Aquellos polizontes se identificaron como *gudaris* vascos que habían sido condenados a trabajos forzados en Argelia. Se habían construido unas mandíbulas de hierro para infilgirse con ellas unas heridas que pareciesen mordeduras de perro. Ante aquellas terribles mutilaciones, sus carceleros los habían enviado a reponerse bajo el sol del desierto^[131]. Eso es lo que justamente pretendían ellos y una vez internados en el Hospital de Casablanca, acecharon la primera oportunidad para escaparse. La ocasión propicia fue el *Quanza*. En él fueron ocultados por sus compatriotas hasta que el navío llegó a alta mar.

Cuando el capitán portugués fue avisado de la presencia de aquellos viajeros clandestinos «al principio se puso hecho un basilisco, pero se calmó enseguida, porque yo creo que estaba contento de sacar cuanta más gente mejor, de aquella trampa que era Casablanca».

El *Quanza* era un barco de pasajeros al viejo estilo, una especie de transatlántico *belle époque* con una primera clase llena de caoba, sofás y espejos, y un hermosísimo comedor donde el capitán reunía a las señoras para comer «como es debido, mientras nosotros nos quedábamos en la proa aguantando unas olas de aúpa. Claro que los fondos de ayuda a la República eran

pocos y no había dinero para todos».

«Nosotros nos quedábamos viéndolas comer como si fuéramos unos parias, aguardando a que nos trajeran algo de su comida». Hasta que el diputado Basterretxea y el propio Alcalá Zamora negociaron al respecto con el capitán del barco y todos pudieron mejorar las condiciones del viaje.

El siguiente puerto fue La Habana, donde aquella gente fue hacinada en el pabellón Tiscomia, una cárcel amable para despiojarlos, donde a la hora de comer veía cómo en una mesa aparte alimentaban a una docena de desharrapados, flaquísimos y de ojos como carbunclos. «Eran fugados del penal francés de la Guayana, concretamente de la Isla del Diablo».

Y al cabo, casi año y medio después de abandonar Marsella, y tras recalcar en México, la familia Basterretxea se instalaba en Buenos Aires. (*Cambio 16*, n.º 825, 21 de septiembre de 1987).

De estudiante en Donostia a leñador en Francia.

Testimonio de Jokin Gálvez Prieto

«Evacuamos Gavá, un bonito y acogedor pueblo a dos pasos de Barcelona, donde pasamos casi tres años de guerra. Eran las postrimerías de enero de 1939. Era la segunda vez que abandonábamos nuestro hogar. La primera, en 1936, al ser evacuado Irún, donde mi padre estaba destinado como carabinero^[132]. Luego sería enviado a Madrid, a proteger el Banco de España, de donde saldría después el famoso oro de Moscú. Más tarde, a principios de 1937, lo destinarían a las playas del sur de Barcelona —por la zona de Gavá y Castelldefels—. Por otra parte, mi hermano Paco también había llegado a Cataluña,

enrolándose en la columna vasco-catalana Ramón Casanellas, que se disolvería —por mor de la militarización—, formándose la 40.^a Brigada con las Milicias Vascas. Dicha unidad participó en la defensa de Madrid, en el más enconado de los sectores: el de la Ciudad Universitaria. Al final de la guerra, Paco era capitán y sería fusilado allí mismo, el 1 de abril de 1939, en las ruinas del bello recinto universitario, obra de la República española.

La retirada hacia Francia, en 1939, la hicimos a pie y en camión, bajo la lluvia, con un frío tremendo, hambrientos y con la amargura —ya con mis quince años— de sentirte impotente ante tanta desgracia. Lo esencial de nuestras comidas eran las algarrobas, crudas o cocidas. En Viure, un pueblecito más allá de Figueras, nos encontramos, casualmente, con mi padre. Estaba con su unidad... esperando órdenes... Dos días más tarde llegábamos a la frontera de La Junquera, desde donde nos condujeron a Le Boulou, a una especie de campo de deportes, a la intemperie. Dormimos al raso, con todos aquellos picachos cubiertos de nieve. Así fue posible que, por las mañanas, apareciese algún niño muerto de frío durante la noche. Al cabo de unos días nos metieron en un tren y tras varios días de viaje —con muertos en el camino—, llegamos, diezmados, a un pueblecito de Normandía: a Ecouché^[133]. Allí nos alojaron en unos desvanes, bajo techados de pizarra, sin nada para calentarnos. Así pasamos todo el mes de marzo de 1939.

Comíamos al aire libre, al abrigo de unas naves que parecían en buen estado y que podían haber habilitado para nosotros. Pero no lo hicieron. Como tú bien dices en uno de tus libros, nos trataban así para que, aburridos de la vida, nos marchásemos a España, a entregarnos a Franco^[134]. Además, les servíamos de

distracción, ya que todos los sábados por la tarde las gentes del pueblo desfilaban ante nosotros. A través de las verjas debíamos parecerles los animales de un parque zoológico. Los únicos que se acercaban con cierta cordialidad eran los ferroviarios, que nos traían chocolate, quesillos y otras golosinas. Y nos informaban del curso de los acontecimientos en España. Por ellos supimos la entrega de Madrid por el traidor Casado y sus cómplices.

Cuando los franceses se dieron cuenta de que éramos personas normales, como ellos, nos trasladaron a otro pueblo, a Seés, a un preventorio-colonia de vacaciones. Era un edificio moderno, grande, con cientos de camas. Nos dijimos: se terminó la promiscuidad. Aunque debo decirte que nosotros habíamos limitado siempre tal peligro yendo a dormir —los chicos— a los sitios más incómodos y dejando los mejores rincones para las mujeres y las chicas. Pronto nos pusieron a cuidar aquellos amplios jardines y cuando los arreglamos del todo —por lo visto estaban al llegar los pensionarios habituales de aquel centro— nos enviaron a otro pueblo: a Mortagne-sur-Perche. Fuimos, otra vez, a peor, porque allí nos alojaron en la cárcel. Un auténtico presidio medieval, con altos muros, celdas húmedas y frías, grilletes —que no nos colocaron, menos mal— y unos enormes goznes. Luego nos enteramos de que aquello era una prisión de los tiempos de la Revolución francesa. A mí me tocó dormir en la celda de los condenados a muerte. Tenía como compañero a un hombre muy culto y tranquilizador, al señor Burgos, un alto funcionario de nuestro Ministerio de Agricultura. Nos daba consejos para ayudarnos a salir airosos de la triste vida que nos había tocado en suerte. Y un muchacho de Gijón, Luis Velázquez, de diecisiete años, valiente e indomable, como un Don Pelayo, al que había que

frenar a menudo, pues a la mínima se disparaba contra quienes trataban de humillarnos. Alguna vez tuvieron que intervenir hasta los gendarmes. Nuestra celda, a través de un ventanuco de palmo y medio de altura, daba a la capilla, donde estaban diez o doce mujeres, de las nuestras, entre ellas mi madre. Y a las que, mediante unos golpecillos, dábamos las buenas noches. Todo muy “familiar” como podrás ver.

Por las tardes nos sacaban a paseo, de dos en dos, por una especie de hipódromo, donde también éramos objeto de la observación de los habitantes del lugar. Los cuales, al vernos encerrados en la cárcel, debían pensar que éramos unos delincuentes. El Ayuntamiento nos promovió peones–camineros y limpiamos caminos, sendas y el hipódromo. E incluso el cementerio, donde a juzgar por los crecidos hierbajos que tuvimos que segar con guadañas bien afiladas, no iba nadie más que de año en año. Por la fiesta de los muertos, vamos. Y eso que allí las que “gobernaban” eran las beatas.

Al llegar el verano, a los más jóvenes nos sacaron al campo, a trabajar con las trilladoras. Una tarea dura, de verdad, pero con comida abundante como hacía años que no la probábamos. Al acabar de trillar nos llevaron a un centro–refugio del pueblo de Mortagne–sur–Perche. La cosa ya estaba mejor organizada que la primera vez. Dirigía el centro un catalán barcelonés, don Manuel Nogareda, el cual, con la ayuda de los cuáqueros, organizó incluso una guardería para nuestros niños. A nosotros nos daba lecciones de francés y de cultura francesa. Algo muy de agradecer, porque al fin alguien nos trataba como personas. Es allí donde nos sorprendió, en septiembre de 1939, el comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

Por aquel entonces habíamos conseguido localizar a mi padre, que se encontraba en el campo de concentración de Saint-Cyprien, al sur de Perpiñán. Hasta que consiguió ser trasladado al campo de Gurs, el de los vascos. Situado en la punta occidental de los Pirineos, muy cerca del País Vasco francés. Allí se enroló en una Compañía de Trabajo Militarizada porque les prometían que sus familiares se reunirían con ellos. Era la 142.^a, destinada a Châlons-sur-Saône, al norte de Lyon, a construir unos depósitos militares. No nos pudimos reunir con él y no conozco ningún caso en que los franceses cumpliesen lo prometido. Por aquella zona cayeron prisioneros de los alemanes muchos españoles de dichas compañías. Mi padre entre ellos, cuando iba a cumplir cincuenta años. Fue en junio de 1940, los alemanes lo enviaron al campo de exterminio de Mauthausen, tras una estancia en el Stalag XII-D, un campo de prisioneros de guerra, que es donde le correspondía estar, con los prisioneros franceses. Gusen, ya lo sabes, era un campo de exterminio filial del fatídico de Mauthausen. Allí sería gaseado y pasado al horno crematorio en la primavera de 1941. Junto con otros miles de prisioneros españoles.

Apenas declarada la guerra —septiembre de 1939— nuestras mujeres se ofrecieron enseguida para trabajar en lo que fuese: hacer vendas, coser ropa... Y unas 20, que habían trabajado en el hospital tarragonense de «la Sabinosa» como enfermeras, también pidieron ser afectadas a un hospital militar. A los pocos meses —mayo-junio de 1940— hubo tarea para todos, ya que empezaron a llegar cientos, miles de refugiados belgas, holandeses y franceses del norte, adelantándose a las divisiones alemanas que invadían Holanda, Bélgica y Francia. ¡Cuántas veces, debieron de acordarse de las fotos, con nuestras retiradas, de la

guerra de España!

A un grupo de jóvenes —todos menores de dieciocho años—, la invasión nos pilló en Alençon, echando los cimientos —tirando de pico y pala— de una fábrica de motores de aviación. Nos llamaban “peones especializados”. Ya ves... Los franceses la declararon “villa abierta”; pero los alemanes nos bombardearon y ametrallaron a discreción. Eran escuadrillas de Heinkel-111 y Dornier-17, escoltados por Messersmichts-109, cuyas siluetas nos eran familiares desde la retirada de Cataluña. Nosotros nos apropiamos de unas bicicletas —la ciudad estaba prácticamente abandonada después de los bombardeos— el día 14 de junio. Lo recuerdo porque ese día entraron los alemanes en París. El doctor Paulis, un refugiado barcelonés, nos contó que, al oírle hablar catalán con su esposa, los tomaron por enemigos. Por quintacolumnistas; o sea: enemigos infiltrados en las filas propias. Menos mal que acertaron a pasar por allí unos soldados y uno de ellos era de la región de Perpiñán y aclaró el malentendido^[135].

Por las carreteras generales, por las secundarias, en fin: por todas partes, son inimaginables las cantidades de armamento abandonado que vimos. Desde tanques pesados hasta artillería de diversos calibres, y material ligero, carrerillas con mapas, macutos con máscaras antigás... Pensaba que con aquellas armas nosotros no hubiésemos perdido nunca la guerra.

Realizamos etapas de 40 a 50 km diarios, en dirección a Le Mans, la villa del célebre circuito automovilístico. Un día, de madrugada, estábamos echados detrás de un promontorio cercano a la carretera, oímos llegar las motos alemanas, que eran la vanguardia de su Ejército. Dejamos pasar aquella columna motorizada y nos echamos de nuevo a la carretera. Al poco rato,

otra columna; pero esta vez de blindados ligeros. Impresionaban tanto por su porte —esta vez los vimos muy de cerca— como por su organización. Ya se guiaban por los carteles—indicadores colocados por los motoristas de antes. No parecían hombres de esta tierra. Nada más pasar el último blindado dimos media vuelta y nos metimos por una carretera de tercer orden. Lo que no impidió que a la mañana siguiente nos encontrásemos, de pronto, con una patrulla alemana que nos pidió la documentación. Al descubrir nuestra nacionalidad, el soldado llamó a un oficial y éste, como si fuese una ametralladora, nos gritó “¡Ach sö... Spanien... Barcelona... Tarragona... Legión Cóndor... Pum... Pum... Pum...!”. Todo esto, coreado por las risotadas de sus compañeros. Nos dio a entender que él había estado en la guerra de España, con Franco, claro. Esta vez, renunciando a seguir adelante, porque teníamos la impresión de que los alemanes ya debían de haber llegado a los Pirineos, sí que dimos media vuelta en redondo y a las dos semanas de caminata volvíamos a estar en Seés. Donde mi madre, que también había salido escapada de Mortagne-sur-Perche, se reuniría de nuevo conmigo unos días después... Era la tercera dispersión familiar que sufríamos.

Allí, encuadrado en la 30.^a Compañía de Trabajadores Extranjeros, encontré trabajo como leñador en el bosque de Ecouves, muy cerca del pueblo de Seés, del que tan buen recuerdo guardábamos. Talábamos árboles para hacer carbón de leña. Éramos una cuadrilla de leñadores de circunstancia: campesinos gaditanos, tipógrafos catalanes, electricistas vascos, carpinteros andaluces, albañiles aragoneses, y un marinero gallego escapado de La Coruña. Los más inexpertos éramos los dos estudiantes. Ninguno había empuñado un hacha en su vida. Pero la verdad es

que nos íbamos defendiendo. Más tarde, nos dividieron en dos grupos y el mío fue a parar al bosque de Andaine, cerca de Bagnoles-de-l'Orne. Donde hay un balneario muy afamado, que entonces servía de casa de reposo para los heridos graves de Rusia. Como la empresa, con los gendarmes como brazo armado, nos imponían unos cupos de tala insopportables, decidimos largarnos por las buenas. Fuimos requisados por la Alcaldía —por el Servicio de Trabajo Obligatorio— y destinados a orillas del Atlántico, muy cerca del pueblo de Concoret, en el campo de la aviación militar alemana de Gaél. Trabajábamos por cuenta de la empresa Tomine, socia de la alemana Organización Todt, constructora del famoso Muro del Atlántico, desde el Canal de la Mancha hasta la punta oeste de la península de Bretaña. Comíamos muy mal y, de postre, trabajábamos como bestias. Se pasaba mucho frío, las veinticuatro horas del día, era tremendo... Allí, no lejos de nuestros barracones, al otro lado de las alambradas, los aviadores habían montado su prostíbulo particular, con un montón de muchachas de vida ligera y algunas señoritas de la buena sociedad de Rennes —“colaboracionistas”—, animadoras, todas, del consabido “descanso del guerrero”.

En las Navidades de 1942 nos trasladaron a Dinard y allí nos presentamos como carpinteros en un lugar llamado Plertuit, otro campo de aviación, más importante que el de Gaél. Cada día veíamos despegar las escuadrillas de Heinkel-111 —llamados “bacalaos” en la guerra de España— y los Stuka-JU-87, que iban a bombardear Inglaterra. ¡Cuántas veces se acordarían los londinenses de Gernika! Como la mayor parte de la población civil de aquella región había sido evacuada, convivíamos más de cerca

con los aviadores e incluso con los marineros de guerra —los de la *Kriegsmarine*—, con base en la bretona Saint-Malo; los cuales, por el solo hecho de vernos merodear por allí a diario, no parecían considerarnos como enemigos. Lo que nos permitía —salvo en las horas del toque de queda— desplazarnos con bastante facilidad. Por una parte, eso forma del exceso de confianza de los combatientes de “cuota” —quiero decir: de los que no luchan en las trincheras— y, por el otro lado, nosotros disponíamos de un *Ausweiss* (salvoconducto) en regla.

Al caer enferma mi madre, decidí volver a trabajar como leñador a Seés, donde pasé varios meses, de nuevo hacha en ristre. De todas formas yo pensaba largarme de Plertuit, porque me decía que, un día, los ingleses les devolverían las visitas a los alemanes y la verdad es que yo ya no tenía ganas de volver a ser bombardeado.

Hasta que, un día, recibí una orden de deportación. Enseguida me personé en la *Kommandantur* —jefatura militar alemana—, alegando mi condición de español. Y revelando a los alemanes que los franceses —las autoridades administrativas, quiero decir—, para evitar la deportación a Alemania, como “trabajadores libres”, de sus paisanos, cuando recibían órdenes de establecer cupos de mano de obra, nos colocaban delante a los españoles. La cosa quedó aclarada. Pero yo quedaba entonces a merced de cualquier represalia por parte de las autoridades francesas. Esto me incitó a escribir a la Embajada de España en París, solicitando hacer el servicio militar en nuestro país.

Unas semanas más tarde, cogíamos el tren que debía llevarnos hasta la frontera española. Llegamos a San Sebastián el 7 de abril de 1944. Atrás quedaban unos años que nunca olvidaría... Ni

tampoco los años que seguirían, porque la España que encontramos, al regresar, nos era tan extraña como las tierras pobladas de franceses y alemanes que acabábamos de abandonar... Pero esto es harina, como se dice, de otro costal...».

Recuerdos de hiel y miel.

Testimonios de Paco Larzabal y de Iñaki Urdangarin

Cuando tenía ocho años, Iñaki tuvo que abandonar San Sebastián rumbo a Francia. Mientras en España seguía resonando el eco de las bombas, allá por el año 1937. Rouen se convirtió en un pequeño paraíso para los 600 niños exiliados que llegaron a esta ciudad gala, entre ellos Iñaki Urdangarin. «Nos instalaron en unos barracones. Yo sólo estuve tres meses, porque tuve la suerte de que me acogiera una familia que se portó muy bien».

Iñaki regresó a San Sebastián tres años después. «Cuando a mi padre lo sacaron del campo de concentración de Soria, nos reclamaron». Para este donostiarra, nacido en el barrio de Herrera, el peor recuerdo de su exilio corresponde a su regreso. «Al cabo de tres años, al pasar la frontera de Irún nos llevaron a unas escuelas de Hondarribia. Y allí, sin que nos dieran nada de comer, un señor de bigotes nos dio un papel y nos hizo cantar el *Cara al Sol*. Es el recuerdo más amargo de mi vida»^[136].

Otro donostiarra, Paco Larzabal —vicepresidente de la Asociación de Niños Vascos del 37— guarda muy buenos recuerdos de la época en la que estuvo exiliado. «Yo me marché cuando tenía trece años. Estuve en Inglaterra, en una colonia de Leicester». Paco señala como curiosidad que la secretaria del Comité de Ayuda a los Niños Vascos era la madre del actor y

realizador británico Richard Attenborough, director de *Gandhi* o *Tierras de penumbra*, entre otras películas, y conocido por su papel como actor en *Parque Jurásico*.

Tras veinte meses de estancia en Inglaterra, Paco Larzabal volvió a España. Otros niños guipuzcoanos tuvieron que esperar muchos años para regresar a casa.

La caída de Cataluña (diciembre de 1938–febrero de 1939)

LA RETIRADA TUVO LUGAR desde el 23 de diciembre de 1938 hasta el 10 de febrero de 1939. Entre los que empezaron su huida desde las riberas del Segre (Lérida) y los del Ebro (Tarragona), abandonaron sus hogares medio millón de personas, de las que la mitad se «perdería» por el camino. Si a ellas añadimos el cuarto de millón largo de soldados del deshecho Ejército republicano, que se replegaba hacia Francia, esto nos da, aproximadamente, el medio millón de personas que se refugiaron en el país vecino. Unos sesenta y ocho mil eran niños.

Mucho se ha hablado del abandono de Barcelona a manos del enemigo sin la mínima resistencia. Y casi con la misma frecuencia se nos recordaba la heroica resistencia de Madrid, en el otoño de 1936. Sin subestimar la gesta del pueblo madrileño —y de quienes, como las Brigadas Internacionales, corrieron en su ayuda—, recordaremos brevemente algunos datos que dejan a los catalanes, en general, y a los barceloneses, en particular, en el buen lugar que les corresponde.

Primero: Fue en Barcelona donde más rápidamente se

liquidaron los focos subversivos los días 19 y 20 de julio de 1936. En treinta y tantas horas. Y a los pocos días salían miles de catalanes de Barcelona —de raíz y de adopción—, hacia Aragón, donde no sólo reconquistaron la mitad del territorio aragonés —el lado occidental—, sino que, estableciendo un frente de guerra de algo más de 300 km, fijarían allí a miles de combatientes del otro bando —militares, falangistas, requetés y guardias civiles—, que el enemigo no pudo lanzar, ni en el otoño de 1936 ni en otras operaciones posteriores en 1937, contra Madrid.

Segundo: Cuando el autor llegó a la Zona Centro —en agosto de 1937— en las trincheras republicanas de Madrid, de Extremadura, La Mancha y Andalucía, el número de combatientes catalanes sobrepasaba los cien mil.

Tercero: Barcelona —al igual que Madrid al principio de la guerra—, durante dos años, soportó unos cuatrocientos bombardeos aéreos y docena y media desde el mar. Con un balance de tres mil muertos y cerca de doce mil heridos. Sin olvidar decenas de desaparecidos. Con unos dieciocho mil edificios siniestrados. Más de mil muertos y tres mil heridos se registraron tan sólo en los bombardeos de terror de los días 16, 17 y 18 de marzo de 1938: 28 incursiones en 48 horas^[137].

Cuarto: Cataluña, y en particular Barcelona, se transformó en el albergue de miles de refugiados (mujeres, niños y ancianos, en especial) de otras regiones españolas, que fueron acogidos y tratados fraternalmente, hasta en las más apartadas aldeas catalanas.

Quinto: Cataluña —y la Ciudad Condal en primer lugar— organizó, a los pocos días de estallar la guerra, centros de producción de armamento. Así como instalaciones para el

montaje de aviones de caza soviéticos *Chatos* y *Moscas*. Los primeros, no se olvide, destinados exclusivamente a la defensa de Madrid.

Sexto: A lo largo y ancho de Cataluña, se puede cifrar en cerca de un cuarto de millón las familias que tenían a uno de los suyos en el Ejército Popular republicano. Esto, añadido al castigo de los bombardeos —que provocaría muchos cambios de domicilio, para escapar de los barrios barceloneses más expuestos—, y a las privaciones de todas clases, tenía que erosionar, forzosamente, la capacidad de resistencia de los catalanes —repito: de raíz y de adopción—, y, por extensión, la voluntad —también muy alicaída— de sus dirigentes políticos y sindicales. Quienes, por cierto, tan brillante y positivo papel habían desempeñado en la resistencia de Madrid.

Séptimo (y, seguramente, el revés más grave): las lamentables condiciones en que quedó el Ejército Popular tras la batalla del Ebro (24 de julio–14 de noviembre de 1938). Obligando al enemigo a renunciar a su ataque contra Valencia —con cuya pérdida Madrid tenía los días contados—, Cataluña, medio desangrada ya, todavía contribuiría a la defensa de la invicta capital de la República, como en 1936 y 1937. A esto, añádase el cierre de la frontera francesa —en plena batalla del Ebro—, bloqueando, en la estación de Cerbère, un importante envío de armamento soviético. Y la imposibilidad de reponer bajas, al quedar restringido el reclutamiento de soldados al territorio catalán.

Breve comentario sobre la batalla del Ebro

«Normalmente se ha presentado la batalla del Ebro como una gran victoria de Franco y para el Ejército republicano ha quedado el reconocimiento del heroísmo o los factores anecdóticos. Sin embargo, Pons Prades no es de la misma opinión, ya que él afirma que la victoria, en el planteamiento táctico, corresponde al Ejército Popular. La batalla del Ebro —afirma— es una doble victoria, política y militar, de los republicanos. Apenas tres meses después de la retirada de Aragón, el Grupo de Ejércitos de la Región Oriental es reorganizado y llevará a cabo lo que todos los observadores militares extranjeros calificarán como “la operación mejor montada y más brillante de la guerra de España”. Políticamente —prosigue Pons Prades— es también un éxito, ya que se desarrolla en plena crisis de los Sudetes, cuando Francia se verá obligada, incluso, a decretar la movilización general. Esto lo reconoce Brian Crozier, quien, en su libro *Franco, historia y biografía*, confirma que los franquistas, hasta el 19 de septiembre de 1938, habían sufrido tal cantidad de bajas —en el Ebro— que los recelos alemanes aumentaban. El mismo Stohrer, el embajador alemán, consideraba que la situación era muy insatisfactoria.

Ante estos hechos, en el Cuartel General de Franco se producían frecuentes choques entre jefes militares, al quedar atascada la propia ofensiva, a mediados de septiembre. El Generalísimo, además, se veía asaltado por serios temores, al disminuir la entrega de armas alemanas, a causa de la tensión de los Sudetes, y de la posibilidad, en caso de conflicto, de que Francia invadiese Cataluña y el Marruecos español, viéndose abandonados los franquistas a sus propias fuerzas. Por ello se produjo, entre mediados de septiembre y mediados de octubre, el envío de nuevos telegramas a Hitler en demanda de ayuda.

En cuanto a la vertiente militar, el acierto republicano —para Pons Prades—, tiene tres aspectos importantes: “La ofensiva del Ebro demuestra que el Ejército Popular republicano es capaz de tomar la iniciativa y poner al enemigo en posición difícil; bloquea la ofensiva enemiga sobre Valencia, y defiende Madrid, ya que la capital dependía de la ciudad del Turia para todo tipo de suministros”^[138]».

Sobre las condiciones en las que los republicanos se batieron en el Ebro, valga esta precisión de Jaume Miravitles, comisario de Propaganda de la Generalitat de Cataluña (1936–1939): «Durante largos períodos algunas unidades de artillería republicana —y en particular las del calibre 10,5— sólo podían disparar diariamente los proyectiles que se fabricaban en la jornada —en Barcelona—, los cuales eran esperados por los camiones en las puertas del taller para llevarlos desde la máquina a la pieza que debía dispararlos»^[139].

Para que quede claro que las previsiones del Jefe del Gobierno republicano, Juan Negrín, eran atinadas, en cuanto a empalmar nuestra guerra con la mundial, he aquí una toma de temperatura del Gobierno francés, en vísperas de la crisis de los Sudetes, a principios de agosto de 1938:

«La otra entrevista, que nos atañía mucho más directamente, se celebró el 8 de agosto de 1938. El interlocutor de Georges Bonnet, ministro de Asuntos Exteriores de Francia, era José Antonio Aguirre, presidente del Gobierno Autónomo de Euskadi. La ofensiva del Ebro estaba en su apogeo. Los republicanos habían cruzado el río el 25 de julio. Aprovechando la feliz circunstancia, los dirigentes republicanos españoles trataron de descongelar

ciertas posturas y obtener mayor ayuda de los países llamados democráticos. El estadista vasco ha transcrito, en sus memorias, la parte más sabrosa y edificante del diálogo:

—Está bien —me interrumpió, sonriendo, *monsieur Bonnet*, a quien el tema planteado no parecía agradar—; pero deseo una contestación concreta. ¿Cree usted que la República española resistirá hasta el próximo primero de octubre?

—¿Hasta el primero de octubre? —repetí—. Sin duda alguna, señor ministro.

—¿Está usted seguro?

—Completamente seguro.

—Le agradezco su respuesta, créame que la agradezco mucho —respondió el ministro francés.

Terminada la entrevista, me acompañó hasta la puerta del coche y una vez más volvió a preguntar:

—¿Está usted seguro de que en esa fecha que le he dicho la República española seguirá en pie?

—En absoluto, señor ministro —le contesté»^[140].

En lugar de las ocho semanas, que tanto obsesionaban a los gobernantes franceses, la República española resistió veinte. Pero, mientras tanto, el 28 de septiembre de 1938, el inglés Chamberlain y el francés Daladier, jefes de sus respectivos gobiernos, cedían al chantaje impuesto por Hitler y Mussolini y firmaban el vergonzoso Pacto de Múnich, sellando así la suerte de Checoslovaquia y de la España republicana.

De fortificadores y socorristas a extras de una gran película.
Testimonio de los hermanos Guzmán

El chico, Miguel, en 1936, tenía dieciséis años y su hermana, Esmeralda, dieciocho. Vivían en la calle de la Luna, en el distrito del Padró barcelonés. La muchacha había empezado a estudiar la carrera de Medicina. Fueron amigos de infancia del autor, cuya calle natal, Wifredo el Velloso, era adyacente a la suya.

Con Miguel —y otros de nuestro barrio—, nos alistamos en los destacamentos del Trabajo Voluntario (gratuito), organizados por la Consejería de Trabajo de la Generalitat de Cataluña, a principios de enero de 1937. Desde primeras horas de la mañana, consagrábamos los domingos a la dura tarea de fortificar las playas barcelonesas. Pico y pala y llenar y transportar sacos terreros. Para algunos fue el aprendizaje de lo que luego nos tocaría hacer en las trincheras... (Todavía conservo mi carné de alistado, que lleva el número 4148. Lo que significa que, sumando los destacamentos del Sector Norte y Sector Sur, más de ocho mil muchachos participábamos, como combatientes de la retaguardia, en las tareas de fortificación. Imitando así a los cientos de niños madrileños que contribuyeron a la defensa de su ciudad natal en el otoño de 1936).

Cuando empezaron los bombardeos —por mar y por aire— en febrero de 1937, abandonando los puestos de trabajo o las escuelas, muchos de nosotros formábamos parte de los grupos de socorristas que ayudaban a los bomberos y a los arriesgados miembros de la Cruz Roja a retirar escombros... y tratar de rescatar cuerpos con vida. Esmeralda perdería la vida en uno de los bombardeos de terror —una incursión cada tres horas, los días 16, 17 y 18 de marzo de 1938—, en los que también cayó herido el autor. A la par que estudiaba, la muchacha formaba parte de los equipos sanitarios que prestaban los primeros cuidados a los

heridos sobre el terreno recién bombardeado.

Unos meses más tarde —en el otoño de 1938—, el escritor francés André Malraux, asesorado por el español Max Aub —metidos a cineastas—, andaban rodando la película *Sierra de Teruel* —mundialmente conocida después con el título de *L'Espoir*—, en las montañas de Montserrat. Al estar inscrito Miguel en una especie de escuela de jóvenes actores —organizada por el Sindicato de Espectáculos Públicos de la Confederación Nacional del Trabajo—^[141], fue contratado como figurante en la citada película. Muchos años después, él y un amigo suyo —un chico extremeño de la comarca de la Serena, refugiado durante la guerra en el pueblo de Collbató—, que también fue enrolado como extra, me contaron el impresionante espectáculo de los rodajes, de día y de noche. Junto con docenas de niños y niñas, casi todos de origen rural, que hicieron cine sin quizá haber visto nunca una película... Varias décadas después todavía les duraba el encantamiento.

El escritor francés André Gide —premio Nobel—, tuvo ocasión de ver la película antes y después del montaje definitivo y no le regateó elogios: «Este hermoso *film* tiene, al presente, una amplitud, una suerte de trágica gravedad, que le identifica con el poderoso libro del que toma título y tema^[142]. Ninguna concesión al gusto del público; cierto altivo desdén por lo que pueda divertir o gustar. Y, sin cesar, en las pocas palabras de los actores del drama, en sus actitudes, en las expresiones de sus rostros, en la austera belleza, en fin, de las imágenes, el sentimiento latente de dignidad humana, tanto más conmovedor al tratarse de pobres gentes, poco distantes de la tierra que cultivan, humildes campesinos que el acontecimiento transforma en héroes... Esa

nobleza natural, esa secreta grandeza, esa conciencia de la dignidad humana, yo las encuentro en toda la obra de Malraux...».

«¡Ser catalanes os hace rojos y por tanto ejecutables!».

Habla un jefe militar franquista

He aquí la afirmación de un oficial franquista, en Santa Liña, en los primeros días de abril de 1938: «El solo hecho de ser catalanes os hace rojos y por tanto ejecutables». Unos ejemplos por muestra: cuando se produjo la ocupación de un pueblo de Terra Alta, en su propia casa, fue decapitado Tomás Altés Paladella. Era inválido. Miquela Altaba, de veinticinco años, fue violada y asesinada. En una masía del Esquirol se encontró, en el suelo, muerta, una niña de siete u ocho años. Había intentado huir y se encontraba cerca de la puerta. En mitad de la escalera, lleno de sangre y desfigurado, estaba el cortijero, que posiblemente quiso impedir que subiesen al piso alto, en una de cuyas habitaciones encontraron, muertas y abrazadas en la cama, a la madre y a la hija mayor.

Quizás esto respondiese a lo propuesto por el *Diario de Burgos*: «Nuestra obra en Cataluña debe ser la propia del terreno conquistado, sin dejarnos engañar por apariencias superficiales». Y más claro todavía: un jefe del Ejército franquista, al que un periodista preguntó: «¿Y el problema catalán?», tajante, respondió: «¿El problema de Cataluña? Resolución facilísima: ¡Se mata a todos los catalanes! ¡Es una cuestión de tiempo!». La respuesta tenía detrás una larga tradición: la de la educación del odio^[143]. Un historiador catalán, Solé Sabaté, nos ofrece un amplio y «suculento» repertorio de citas «históricas». Dos de ellas, como botón de muestra: «¡Perros catalanes! ¡No sois dignos del sol que os alumbra!»... «¡Cataluña debería ser sembrada de sal!»^[144].

Un teniente franquista abatido por sus propios soldados

Cuando escribió esta carta su autor tenía sesenta y dos años y los hechos que relata los presenció recién cumplidos los dieciocho, durante la campaña de Cataluña, en 1938-1939.

«Ante todo, perdón por omitir nombres de personas y de regimientos en los cuales actué en nuestra cruel guerra entre hermanos: solamente hago mención de dos que murieron, uno accidentalmente, otro premeditadamente y con alevosía. El uno se llamaba Edelmiro Pereira Acevedo, hijo de padre gallego y madre portuguesa. Él decía que era un *galleguiño* por los cuatro lados; el otro era un catalán que ni Dios sabía quiénes eran sus padres.

El catalán se había pasado del Ejército republicano a nuestras líneas y decía que se llamaba Ricardo Graus Doménech; estos dos apellidos y el nombre no se me olvidarán mientras viva. Tenía la graduación de teniente y la conservó a nuestro lado. Nosotros éramos los supervivientes de los batallones que el Ejército rojo destrozaba y nos agregaban a las columnas de las Brigadas Navarras que operaban en la toma de Cataluña.

Hago esta declaración bajo juramento por la vida de mis dos hijos, mis tres nietos y la de mi esposa que es sevillana de nacimiento y por esto me encuentro en Sevilla, en una promesa de ella... y juro también por la mía que la parta un rayo que todo es verdad...

No tengo más remedio que descargar mi conciencia que hace cerca de cuarenta años estaba deseando hacerlo... He tenido el pensamiento de presentarme al gobernador o hasta incluso a la policía a denunciarme yo mismo de aquel, llámemosle asesinato, que cometimos hace cerca de cuarenta años. Tengo sesenta y dos años y soy, en una parte de la región levantina, farmacéutico. Otra vez perdón por no decir los datos de mi domicilio.

Pues bien, el teniente Doménech era ante todos sus defectos un hombre valiente en todas las atacadas. Siempre con una guerrera de cuero y cuatro o cinco bombas de mano hebilladas al correaje: no llevaba nunca arma de fuego alguna; pero tenía tan mala sangre que se ofrecía a interrogar prisioneros y si eran catalanes mejor, porque conocía casi toda Cataluña.

Cogía a un prisionero y le preguntaba:

—¿De qué sitio es usted?

Si el hombre le contestaba, por ejemplo, que era de Tarragona, le decía:

—Pues me alegro por usted, porque allí ha estado nuestra aviación y no ha dejado vivo ni a un padre ni a una madre...

Si el prisionero le confesaba que era soltero, le decía:

—Me alegro por usted, porque allí no han dejado vivos ni a una mujer ni a un niño...

Me voy a referir al episodio que más me ha pesado en estos últimos treinta y tantos años...

Ocupamos un pueblo de la región catalana, y él, como siempre, a que le trajeron los prisioneros. Al no tener ninguno de relativa importancia, mandó traer a la esposa de los que habían sido jefes de aquel pueblo, pues él casi los conocía al dedillo. Y le trajeron una mujer (muy joven por cierto) con un hijito en los brazos que no tendría más de un año. Era el mes de febrero y hacía un frío casi de muerte. Al teniente Doménech no se le ocurrió otra cosa que quitarle el niño a la madre, despojarlo de todas sus ropitas, irse al balcón del que decían era el Ayuntamiento, y desde allí decirle a la madre que hasta que no le dijera dónde estaba el marido, el niño se quedaría en el balcón con él, soportando la cruel temperatura.

El teniente estaba muy bien arropado con su chaquetón de cuero, sus bombas y su botella de coñac.

A mí y a mi compañero, el sargento Acevedo, nos cogió la “escena” en la misma plaza, donde estábamos al calor de una hoguera que habían encendido unos soldados. Las tripas se nos revolvieron y nos tuvimos que marchar de allí. Nunca más supimos la suerte que le cupo a aquel pobre niño ni a su padre ni a su madre.

Pasado este maldito trance, seguimos avanzando por Cataluña y en uno de los ataques de nuestras tropas (nosotros íbamos siempre en primera línea) vimos cómo nuestro teniente Doménech se adelantaba por una vaguada abajo él solito, con su pelliza de cuero, sus bombas y todo su valor, pues a pesar de su maldad era un valiente en el combate.

El teniente se refugió en el cráter de una bomba de artillería, a unos metros de los republicanos y a pocos metros de donde estábamos nosotros dos, que éramos los más adelantados de nuestros hombres. El teniente nos alentaba a que avanzáramos a mi amigo el *galleguiño* y a mí.

Yo llevaba un fusil ametrallador y mi amigo no llevaba más que una simple pistola. Me miró y en su mirada yo le adiviné el pensamiento: quería que yo le diera el fusil ametrallador para borrar aquella negra estampa del balcón del Ayuntamiento. Peleamos por el arma y yo me pude quedar con ella. Le disparé a la espalda a sangre fría en recuerdo de aquel niño. No sé si le atiné, pero el teniente se dio cuenta de que le tirábamos nosotros.

Fuera por la duda de no haberle dado o por el nerviosismo del momento, mi amigo Acevedo me quitó el fusil ametrallador y, volviéndolo a montar, se levantó, se lo echó a la cara y empezó a

ametrallar a aquel hombre que cometió la canallada más grande: cebarse en un niño.

No sé si los rojos se dieron cuenta de la faena, pero ni una sola bala salió de la zona de ellos.

Los efectos fueron que, si bien por la buena puntería de mi amigo el gallego, o porque el teniente no quiso defenderse de sus hombres que le tiraban por la espalda; lo cierto fue que le estallaron las bombas que siempre llevaba colgadas del correaje, y el pedazo más grande que quedó de él, para qué le voy a contar...

Mi amigo Pereira Acevedo murió recién terminada la guerra al caerse de un tren que estaba parado en Irún. Se partió la crisma contra el suelo, después de haber sorteado la muerte en doscientos combates a pecho descubierto. El teniente Doménech murió alevosamente “asesinado” por dos soldados que no dudaron en dar muerte al que casi supimos asesino de un niño.

Que esto me valga para mi salvación en el más allá. Faustino Osborne. Vallisoletano. Mi esposa de esto no ha sabido nunca nada, no he tenido valor para decírselo»^[145].

Trenes–hospital republicanos bombardeados y ametrallados.

Testimonio de Elena Prades Igual

A fines de julio de 1936, con diecinueve años recién cumplidos, marcha a Aragón con la columna libertaria Roja y Negra. En octubre se inscribe en un cursillo acelerado de enfermera, organizado por el Sindicato de Sanidad de la CNT, en el hospital de San Pablo de Barcelona, en colaboración con el Comité de Milicias Antifascistas. Después es destinada a Caspe, a los servicios del doctor Joaquim Nubiola, el principal organizador de la Sanidad Militar en el frente de Aragón. Primero casi en la misma línea de fuego y luego, a mediados de 1937, al hospital de Alcañiz, en vísperas de la batalla de Teruel.

Por aquellas fechas (diciembre de 1937–febrero de 1938), fue destinada al tren–hospital n.º 7, el que sería bombardeado y ametrallado salvajemente por la aviación franquista. Elena resultaría herida en el hombro y el brazo derechos. Increíble acción que el enemigo intentó justificar alegando que los republicanos utilizaban trenes marcados con la cruz roja en el techo de los vagones para transportar tropas. De aquel incalificable ataque hablaría, años más tarde, un médico del tren–hospital n.º 7, José M. Hinojosa:

«Pese a que yo nunca escuché que ningún tren–hospital, ni ningún otro lugar donde ondease una bandera de la Cruz Roja, hubiese sido bombardeado... en el lugar donde nos hallábamos no había otro objetivo que el tren n.º 7. Y, efectivamente, no sólo no se limitaron a bombardearlo sino que se ensañaron ametrallándolo, así como a todos aquellos que, no pudiendo huir, trataban de guarecerse bajo cualquier naranjo o tirándose al suelo. Total: 14 muertos y un número incalculable de “reheridos”, muchos de los cuales morirían algún tiempo después»^[146].

Es verdad —agrega Elena—, allí murieron y fueron heridos varios niños y niñas, que teníamos hospitalizados en el tren, al haber sido heridos antes en el autobús que los evacuaba desde Teruel a Valencia. Desafortunadamente, de todo esto te puedo hablar con conocimiento de causa, porque en todos los hospitales en que estuve, en cuanto ingresaban niños yo me dedicaba exclusivamente a ellos»^[147].

Cuando empieza la ofensiva enemiga en Aragón, en marzo de 1938, aprovechando su convalecencia, Elena se encuentra en Barcelona y sigue un cursillo de auxiliar de quirófano. Las primeras prácticas las haría en el Hospital Militar de Barcelona —de la calle de Tallers—, durante los bombardeos de terror contra la Ciudad Condal. Después sería destinada al tren-hospital n.º 1, que operó en los túneles de Guiamets (Tarragona), en el curso de la ofensiva republicana en el Ebro (julio de 1938). Allí se consagró, en especial, al cuidado de los niños y niñas, heridos de bombardeo, que serían hospitalizados, más tarde, en el Gran Hospital Militar de Tarragona. En el pabellón infantil del doctor Malet, en el que Elena sería la principal responsable del personal auxiliar. Con ellos sería evacuada, en enero de 1939, primero hacia el balneario de Argentona (Barcelona) y luego al de Caldas de Malavella (Gerona).

«La última vez que entré en Francia fue a fines de enero de 1939. Con una caravana de heridos de guerra. Unos doscientos. Ninguno grave, por suerte. Los graves eran evacuados por tren o en ambulancias. Los nuestros iban en unos “dormitorios-andantes” improvisados. Me explico: se trataba de seis plataformas portatanques a las que se habían acoplado unas cajas y en cada una de ellas había treinta y tantas camillas. La comodidad era más bien escasa. Los heridos los recogimos en el

gran hospital de La Garriga (Barcelona).

Los pasos de frontera fueron siempre muy problemáticos, porque los funcionarios franceses no nos tenían la menor simpatía. Parecía que se habían dado la voz, ya que nunca encontré uno que no fuese un “plasta”. En cambio, cuando llegábamos a cualquier ciudad del Mediodía de Francia — Perpiñán, Narbonne, Toulouse, Béziers— los medios sindicalistas no sabían qué hacer para que nuestra estancia resultase agradable, ya fuese en sus sedes o en sus hogares^[148]. Las formalidades de tipo médico estaban muy bien organizadas. En el Consulado de España de Perpiñán habían montado un dispensario modélico para los niños».

Elena recuerda que varias expediciones de niños y niñas fueron ametralladas en la carretera:

«Como ya teníamos cierta experiencia al verlos bombardear por el lado de Figueras, nosotros habíamos detenido los cuatro autobuses y los críos ya estaban en los campos vecinos, debajo de los árboles. De forma que sólo resultaron perjudicados los vehículos y los bultos y maletas que llevaban. Por eso tus hermanos llegaron a Francia, como casi todos sus compañeros, con lo puesto. En la Bolsa del Trabajo, la sindical CGT les facilitó algo de ropa. Sí, yo iba en aquella expedición. Era el 20 de agosto de 1938 y yo pedí permiso para poder acompañar a tus hermanos Eliseo (trece años) y José (ocho años).

Los niños y niñas que pasaron la frontera heridos los llevamos hasta un buque–hospital anclado en el puerto de Port–Vendres, al sur de Perpiñán. Con ellos y otros, que eran huérfanos, de los campos de Argeles y Saint–Cyprien, los franceses organizaron una

expedición hacia refugios infantiles del centro de Francia. Esto fue a primeros de septiembre de 1939, tan pronto estalló la guerra mundial. Un centenar de niños y niñas y el equipo acompañante lo formamos seis personas mayores. Tan sólo yo era enfermera y otra era maestra. Las otras cuatro constaban como cocineras y asistentas. Lo cierto es que aquel equipo funcionó bien porque nuestra gente tenía mucha voluntad y ganas de demostrar a los “franchutes” que sabíamos organizamos con poca cosa. Echándole mucha inventiva sobre todo.

No, con nuestros heridos no se portaron nada bien, sino todo lo contrario. Negaron a nuestros médicos y a las enfermeras que cuidásemos de ellos. Dijeron que ellos se bastaban para asegurar el servicio^[149]. En el campo de mujeres de Argelés-sur-Mer, yo conseguí “enchufarme” en el dispensario, para cuidar sobre todo de los niños de corta edad que eran, como ya te dije, casi todos huérfanos. Habían perdido a sus padres en alguna de las retiradas... Con el trato que dieron a los heridos, a los niños y a los demás, ahora no tengo la menor duda de que lo que buscaban era aburrirnos de la vida, para que nos marchásemos a España».

Desde Barcelona a Leningrado.

Testimonio de Ismael Viadiu Ródenas

Ahora cabe preguntarse el impacto que causó, en el extranjero —y en particular entre nuestros niños— la caída de Cataluña. Tenemos testimonios de varios de ellos. Y también de sus maestros y cuidadoras. En el testimonio de una maestra vasca —Margarita Lavín— vemos la desesperación de sus niños cuando se enteraron de la caída de Bilbao. Pues bien, en cualquier latitud, la

pérdida de Barcelona y luego la de Cataluña repercutió como si tales acontecimientos hubiesen presagiado el fin del mundo. No sólo porque ello significaba, a corto plazo —de no mediar algún milagro a cargo de las potencias llamadas democráticas—, la derrota de los republicanos, sino también el peligro de que sus padres cayesen en poder de los facciosos.

Así, cuando se perdió Barcelona, Ismael y sus dos hermanos, Armando y Héctor, llevaban en Leningrado casi dos años. Eran los descendientes barceloneses de familias de honda raigambre libertaria: los Viadiu y los Rodenas. Sus padres, Vicente y Libertad, desde sus años jóvenes, eran activísimos militantes de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT). El padre, autodidacto —como casi todos los luchadores obreristas—, había llegado a ser el director de *Solidaridad Obrera*, portavoz de la CNT en Cataluña. La madre —hija de un anarquista—, además de ser una incansable organizadora de las trabajadoras del ramo Textil, era una oradora de palabra sobria pero contundente. Más de uno se preguntaría qué hacían los hijos de unos libertarios por tierras de los soviets. Y esto tiene su explicación. Viadiu era amigo de Rafael Vidiella —en 1936, militante del Partido Socialista Unificado de Cataluña, de extracción comunista—, desde hacía muchos años. Exactamente desde que militaron juntos, en los años veinte, en las filas del sindicalismo libertario, del que Vidiella se alejó en el puente de los años veinte y treinta. Pero su amistad siguió intacta, puesto que ambos admitían que se podía luchar por la causa obrera desde distintas trincheras. Así que, cuando los Viadiu se plantearon —como tantas otras familias barcelonesas— la salida de sus tres hijos de Cataluña, hablaron de ello con Vidiella, que entonces ocupaba el cargo de Consejero de Trabajo de la Generalitat. Éste

les dijo que lo mejor que podían hacer era enviarlos a un país socialista, antes que a uno capitalista. Y, en el fondo, el consejo era cabal. Porque —como se comprueba en estas páginas—, incluso con la guerra 1941–1945 por medio, donde nuestros niños, fuera de España, recibieron mayor número de atenciones, de todo tipo, fue en la Unión Soviética. Debido, claro está, a que la acogida y el cuidado de los niños constituyó, allí, un asunto de Estado. Con los ilimitados recursos de que éste disponía. Mientras que en otros países —Francia, Inglaterra, Bélgica, en particular—, los organismos que los acogían —sindicatos, cuáqueros, ayuntamientos...— tenían sus recursos limitados. Sin olvidar —como se irá viendo— que la población soviética, incluida la de más allá de los Urales, en sus atenciones hacia nuestros niños, se expresó con una generosidad incomparable. En Francia, país de los Derechos del Hombre, las cosas no rodaron tan llanamente. Y nos consta que el caso aquí reseñado no fue un suceso aislado^[150].

«Sí, al conocer la ocupación de Cataluña por el enemigo fue como si nos hubiesen anunciado el fin del mundo. Todos los niños de nuestra colonia nos preguntábamos qué habría sido de nuestras familias, de las que nos separaban miles de kilómetros. Sabíamos que se habían intensificado los bombardeos y que la retirada había sido terrible. Piensa que casi todos —catalanes y no catalanes— éramos de familias comprometidas en la lucha contra el fascismo y que, por lo tanto, si nuestra gente caía en manos de los “fachas” cabía esperar lo peor. Por los chicos y chicas de otras regiones, refugiados en Cataluña durante la guerra, nosotros estábamos al corriente de los peligros que entrañaban tales huidas. Sin olvidar la especial inquina que los fascistas nos tenían a los catalanes.

Nosotros fuimos de los primeros en recibir la noticia de que nuestros padres se encontraban a salvo, en Francia; pero encerrados en campos de concentración diferentes. Esto creó cierto malestar entre los niños, porque algunos —sobre todo los madrileños— relacionaban la rapidez con que tuvimos noticias de ellos con lo deprisa que habíamos abandonado Barcelona, sin combatir. Era natural, ya que algunos tardaron muchos días en saber de los suyos y otros no consiguieron relacionarse con sus familias hasta que se terminó la guerra mundial, en 1945. Sin olvidar aquellos que nunca más supieron de ellos. Que desaparecieron durante la retirada o fueron fusilados por los franquistas.

En el fondo, también nosotros —como nuestros compañeros madrileños— esperábamos, deseábamos que Madrid resistiese».

La evacuación de miles de heridos de guerra

El autor, con sus dieciocho años recién cumplidos, era uno de los tres oficiales de enlace de la Inspección General para la Evacuación de Heridos de Guerra. Los otros dos oficiales eran Tomás Bargés Piñol, que «desaparecería» en el campo de exterminio ucraniano de Rawa-Ruska, en 1943, y José Calvet Febrer, que moriría en otro de aquellos campos, en el de Gusen—I, en territorio austriaco, a principios de 1941. El jefe de la Inspección era el subcomisario general del Ejército de Tierra, José Robusté Parés. Contábamos con tres vehículos de turismo, que conducían el leridano París, el gerundense José Mercader y el murciano Vicente Fernández. Y un motorista: el gallego Lino (Evelino). Vicente y Lino «desaparecieron» durante la campaña de

Francia (mayo–junio de 1940), en la que Tomás y José fueron hechos prisioneros.

La Inspección había sido creada a principios de diciembre de 1938, ante la inminencia de la ofensiva enemiga contra Cataluña. Los heridos de guerra hospitalizados rondaban los dieciocho mil — la mayoría de ellos de la batalla del Ebro— y su evacuación se imponía para evitar matanzas, en pleno hospital, como la ocurrida en Toledo, en octubre de 1936, a manos de moros. O en otros lugares, donde tomaban por asalto nuestros hospitales de campaña como si de trincheras se tratase. La evacuación la dirigía el Comisariado de la Sanidad Militar, con Francisco Gómez de Lara a su cabeza, auxiliado por Transportes Militares. Nuestra Inspección tenía por misión recorrer los Hospitales de Sangre — había medio centenar en Cataluña, con Tarragona, La Garriga y Barcelona como los más importantes— y comprobar si las medidas de evacuación se aplicaban —horarios y condiciones de transporte—, y en caso de surgir dificultades tratar de solventarlas. Entre el Comisariado y la Inspección se cruzaban dos partes diarios de situación.

Entre los heridos —leves casi siempre— que fueron enviados a sus casas, con permiso ilimitado, y los que se negaron a seguir siendo evacuados, más los intransportables —en muchos casos, como en La Garriga, donde se quedó el director adjunto, nunca faltó personal que accediese a permanecer al lado de sus heridos —, la evacuación afectó a unos doce mil heridos. Es fácil representarse a tres coches y un motorista recorriendo Cataluña de punta a punta —sobre todo de balneario en balneario, que eran los lugares idóneos para instalar a nuestros heridos—, e imaginar, con la misma facilidad, la variedad de imágenes que

registró nuestra memoria sobre las características —unas más dramáticas que otras y orilleando la tragedia en algunos casos— de aquella retirada que duró cerca de cincuenta días. El miedo, el hambre, el frío y el dolor de los que huían y el terror y la desesperación de los que se quedaban. Cuántas veces oímos decir: «Pero ¿a nosotros qué puede pasarnos si no nos hemos metido en nada?». Para preguntarnos, acto seguido, nuestro parecer... ya que, uniformados, galoneados y viajados, a muchos les daba la impresión de que debíamos estar en el secreto de los dioses. O poco menos.

De ahí que hayamos creído oportuno —para que el lector calibre bien si el terror caló hondo en nuestras gentes— transcribir los testimonios de quienes los sufrieron.

El penúltimo contacto con campesinos catalanes.

Testimonio de Avelli Artís-Gener

«Era una tarde crispante y la emprendimos aturdidos, nerviosos, presos de un temblor irracional e incontrolable. Descolgamos de los árboles los cinco cadáveres: el padre, la madre, las dos jóvenes y el niño. Un campesino del mismo pueblo los conocía muy bien y se alejó de nosotros durante la macabra operación. Luego, cuando los cinco suicidas yacían en las angarillas cubiertas con frazadas, Ezequiel Serra nos relató la agobiante historia. Los cinco, más otros muchos campesinos —el propio Ezequiel entre ellos—, habían abandonado su pueblo leridano poco antes de que comenzara la ofensiva. Joan Cardús y su mujer habían decidido llevarse consigo el ganado, el único patrimonio que les quedaba, arrasados por la guerra sus pequeños campos de labranza. El

ganado, que no era nada, sin embargo lo representaba todo para ellos: un par de bueyes, un asno, cuatro corderos y seis cabras.

El largo camino del éxodo despedazó paulatinamente el minúsculo patrimonio. Allí tuvieron que ceder el asno, en agiotista trueque por comida; más adelante hubo que sacrificar un buey; acullá perdieron el otro; luego se quedaron desolados al comprobar el robo de un par de corderos, para hundirse un poco más tarde en las tinieblas de la desesperación al enfrentarse a la desaparición de la última de las cabras. No habían perdido nada, pero lo habían perdido todo, porque cuando se carece de todo, un poco de nada es muchísimo. Joan Cardús y su mujer se abrazaban, aniquilados, y no había palabra de consuelo o de esperanza que resultara válida ante su cósmico desamparo. ¿Cómo decidieron suicidarse? ¿Quién planteó la horrible solución? ¿Cómo pudo ser admitida por los otros a pesar de su negativo sentido de salida? Serra y otros vecinos del pueblo trataron de fingir también la renuncia a tal determinación que hasta llegaron a convencer a sus paisanos; pero las primeras luces del amanecer invernal tiñeron de azul el horrendo cuadro: Joan, Teresa, Teresina, Mercé y Joaquineta se habían ahorcado. Silenciosamente, sigilosamente. Un mismo cajón de botes de leche condensada había sido usado, sucesivamente, por cada uno de los suicidas. Ahora yacía, bajo los pies de Joaquineta, el último usuario del letal escabel. ¿Se habrían ayudado entre sí? ¿Tan fuerte era el poder del acuerdo, que pudo infundirles espíritu de cooperación en el trágico trance?^[151]. (“Muchos de estos suicidios ocurrieron en las primeras semanas de terminarse la guerra, por la desesperación de la derrota, la imposibilidad de salir al extranjero o la ya citada crueldad represiva. Cuando los soldados o el personal civil regresaban sin esperanza a sus pueblos

en los primeros momentos, muchos pensaban en el suicidio —así consta en numerosos testimonios— y otros lo consumaron, al paso de los ríos, en la vía de los trenes o con la última bala de sus armas. De todos son conocidas las escenas de suicidios en el puerto de Alicante, una vez esfumada toda esperanza de salvación. Fue la última protesta de los vencidos contra el fascismo”^[152]».

La opinión de Juan Marichal

En una entrevista realizada en Televisión Española por el periodista Joaquín Soler Serrano —mediada la década de los años sesenta— al profesor y escritor Juan Marichal, éste, hablando de la Guerra Civil, dijo que había tenido una nobleza innegable. Ante la sorpresa del entrevistador, Marichal añadió: «Por lo menos en el bando republicano». Sin omitir, en absoluto el grado de cobardía —que atañe por partes iguales a quienes los ordenan y a los que los ejecutan— que se demuestra bombardeando indefensas poblaciones civiles, el que hayamos incluido estos dos capítulos en torno a los heridos de guerra de ambos bandos obedece a las mismas razones: la de diferenciar el comportamiento de unos y otros en las vertientes menos deshumanizadas de un conflicto bélico. Así, los republicanos se vieron obligados a evacuar siempre a sus heridos de guerra a partir de la matanza en el hospital de Toledo —a manos de moros y Tercio—, cuando el enemigo tomó la ciudad, en el otoño de 1936. Luego, ya finalizada la guerra, y a manos de las mismas tropas —por ser éstas, sin duda, las que iban en vanguardia—, parecido caso se dio en el albaceteño Villarobledo. Y entre una y

otra salvajada, se dieron tantas como ocasiones tuvieron para perpetrarlas. Hay testimonios sobrados. Mientras que a las fuerzas republicanas se les puede otorgar, sin paliativos de ninguna especie, la nobleza que les atribuye el pensador Juan Marichal. Desde el poema que un joven poeta —y combatiente republicano — dedicó a un muchacho requeté, cuyo cuerpo yacía a sus pies en el campo de batalla, hasta el ametrallar, en el aire, a un piloto republicano derribado en combate. Actos innobles de los que fueron víctimas no uno sino varios pilotos republicanos. Con esta información suplementaria, quizá se comprenda mejor la preocupación de nuestras gentes por evitar que nuestros niños cayesen en poder de quienes no desperdiciaban ninguna ocasión para darnos colmadas pruebas de su despiadada inhumanidad.

El soldado solo es un instrumento de guerra.

Testimonio de Carmen Eva Nelken, «Magda Donato», periodista

«El otro hallazgo se refiere al material quirúrgico —a disposición de los tres médicos, dos practicantes, dos enfermeras y tres curas de la dotación sanitaria del lugar— hallado en el “hospital” de Belchite. Ese “hospital” era simplemente un zaguán de la casa del cura. Allí, sobre un periódico (un número del *Heraldo de Aragón*), extendido en el suelo, había unas pinzas, unas tijeras, una botella de agua oxigenada, un frasco de yodo, un tubo de cloramina, un carrete de esparadrapo y unos paquetes de algodón y de gasa sin esterilizar. Alrededor, en sendos colchones manchados de sangre, yacían veinte soldados muertos, todos heridos en el vientre. No se halló en Belchite ningún herido grave. Todos habían muerto después de cinco días —lo que duraron los combates hasta ocupar

los republicanos el pueblo— sin haber sido cuidados o por haberlo sido en aquel centro “sanitario”, digno de los tiempos de Isabel la Católica, época que los tradicionalistas tanto ansían hacer resurgir, en el siglo xx, en todos los terrenos, desde el de la cultura hasta el del traje y la higiene.

Asimismo se encontraron 120 heridos, ninguno de los cuales había sido operado. Algunos presentaban curas de urgencia, por lo cual la mayoría tenía las heridas infectadas, y fue preciso practicar amputaciones a veinte afectados por la gangrena gaseosa. Once murieron. A fuerza de cuidados pudieron salvarse ochenta, que fueron evacuados con idéntica solicitud que nuestros heridos. Es de notar que si el empeoramiento o infección de los heridos, leves en un principio, se debía al deplorable estado del equipo sanitario, en cambio, la muerte de los heridos graves puede achacarse sin ningún género de dudas a la aplicación de ciertas teorías teutonas que, por lo visto, han adoptado los facciosos. Ya durante la Gran Guerra (1914–1918) los alemanes utilizaron el sistema de dejar morir al herido grave, según el siguiente cálculo: “tres mil heridos nuestros y tres mil heridos de ellos son seis mil enemigos”.

Según el concepto típicamente fascista, el soldado es pura y simplemente un instrumento de guerra. Como tal, debe cuidarse mientras ofrece un interés utilitario, o sea cuando puede “volver a servir”; en caso contrario, no interesa, no vale la pena desperdiciar el tiempo, dinero y cuidados para un objeto inservible.

Sin embargo, no está de más hacer notar que todos los muertos por falta de intervención quirúrgica que se hallaron en Belchite eran soldados rasos. Los jefes rebeldes que fueron llegando a nuestras ambulancias habían sido operados todos: sistema típicamente alemán y fascista también»^[153].

Los soldados rasos no valen nada.

Testimonio de Agustín Centelles, reportero gráfico

«Como ya sabes —fotografías cantan— viví la batalla de Belchite desde el comienzo hasta el final. Casi una semana de combates tremendos; hubo que sacar al enemigo casa por casa, muchas veces a bayoneta calada. Cuando se tomó el pueblo, en la casa del cura y corrales vecinos encontramos a muchos heridos de ellos; y un montón de muertos. Esto de abandonar a sus propios heridos, sobre todo a los soldados rasos, es algo que pudimos comprobar, unos meses más tarde, en la batalla de Teruel. Allí conocí y fotografié a Magda Donato, una periodista muy valiente. Parece que aún la estoy viendo tecleando en su máquina de escribir portátil. Yo ya conocía a su hermana, la política —se refiere a Margarita Nelken—, a la que también había fotografiado, en Madrid, al principio de la guerra. Cuando estuve allí realizando un reportaje sobre el Hogar del Soldado Catalán. Aquello de los ciento y pico heridos y muertos abandonados en Belchite fue seguramente una de las cosas que más me impresionaron en nuestra guerra. Y ya sabes las situaciones graves que llegamos a vivir durante la retirada de Cataluña. En unos libros dedicados a los catalanes que lucharon en el Ejército francés, durante la Gran Guerra, yo recordaba haber leído algo parecido a lo que señala la periodista Magda Donato en su reportaje. Es vergonzoso, pero es así. Recuerda el escaso valor dado al soldado raso en la guerra de África, donde se formaron y conquistaron sus galones, a costa de más de veinte mil soldados sacrificados, los jefes militares que luego, en 1936, se sublevarían contra la República»^[154].

El Tesoro Artístico Nacional: última etapa.

Testimonio de Manuel Huet Piera

Desde su puesto de mando de Vilobí (Tarragona), el capitán–jefe de la 7.^a Compañía de Transportes Militares, después de haber participado en la batalla del Ebro, puso sus vehículos —medio centenar de camiones— a la disposición de la Inspección General para la evacuación de heridos de guerra y para el traslado de niños/as de varias colonias hacia Francia.

«Aparte de un sinnúmero de peripecias, propias de una retirada en la que se mezclan miles de soldados con miles de fugitivos civiles, en un desorden increíble, he de reconocer que incluso en tales circunstancias, dabas con gente que tenía una sangre fría admirable. Puesto que lo que te interesa es lo de los niños te diré que, en Gerona, embarcamos un centenar de peques, la mayoría de los cuales eran de “los Madriles”, como decían ellos. Ya consideraban perdida Cataluña, como antes ya se había perdido el Norte y Aragón, y decían que mientras su “pueblo”, o sea, Madrid, no se rindiese no todo estaba perdido. Oye, te quedabas pasmado porque eran mocosos que el que más tendría doce o trece años. Y daba lo mismo que fueran chicos o chicas. Por cierto que una de ellas, en una parada que hicimos cerca de la frontera —para cargar gasolina en un depósito que era de Aviación—, me preguntó: “¿Y a usted qué le parece? ¿Cree que vamos a perder la guerra?”. Le respondí que todo dependía de si recibíamos o no armamento... pero que ahora, ellos, en Francia, lo que tenían que hacer era tratar de aprovechar el tiempo, estudiar... Me cortó un chico, que no levantaba tres palmos del suelo: “Oíd lo que dice el *gachó* este, se cree que nos vamos a pasar la vida en Francia...” A este grupo lo dejamos en el campo de

Haras, de Perpiñán. Un antiguo centro de Remonta, con unas cuadras inmensas. Regresamos a Figueras a por otro grupo en el que abundaban los aragoneses. Más silenciosos y resignados que los otros. A éstos los tuvimos que dejar en La Junquera, porque nos requisaron los camiones para transportar cajas del Tesoro Artístico Nacional. Las recogimos en el Castillo de Peralada y las descargamos en la estación de Perpiñán. Como durante casi toda la retirada no hizo más que llover, a la salida de Figueras, un importante grupo de fugitivos hizo ademán de asaltar nuestros camiones. Gritaban que arrojásemos aquellas cajas al suelo y que dejásemos subir a la gente que iba a pie por la carretera. Menos mal que yo iba en la cabina del primer vehículo. Pudimos habernos abierto paso a tiro limpio, pero preferí subirme en lo alto de las cajas y echarles una arenga, diciéndoles lo que contenían aquellas cajas. ¡Qué era el tesoro del pueblo! Y aunque oí algunas murmuraciones y protestas, lo cierto es que se apartaron y nos dejaron paso libre. Aquello me impresionó de verdad.

En resumen: que entre los menores, de un lado, y los mayores del otro, yo me estuve repitiendo, una y otra vez, que aquel pueblo no merecía perder la guerra.

Luego ya viste lo que pasó en Francia, en Polonia, en Bélgica... que no aguantaron ni cien días, todos juntos, cuando nosotros habíamos resistido casi mil días.

Quiero que menciones a una “niña de la guerra”, a Segunda Montero. Era vasca, de San Sebastián. Ya sabes que organizamos la evasión de miles de fugitivos de Europa, que escapaban de los hitlerianos. Pues bien, cuando monté la antena marítima de Séte —para los traslados clandestinos por mar—, a fines de 1942, mi enlace principal era ella; todavía no había cumplido los dieciocho

años»^[155].

El primer franquista que pidió perdón.

Testimonio de Joan Llarch

Nuestro colaborador, Joan Llarch, ha conseguido el testimonio, firmado y rubricado, de un soldado gallego, Manuel Prado, enrolado en las filas franquistas y que entró en Cataluña en 1939.

«En Olesa de Montserrat —cuenta el joven gallego—, a los primeros días de nuestra llegada, el barbero tuvo que cortar el pelo, al rape, a mujeres comprendidas entre los dieciséis y los veintiséis años. Todas aquellas mujeres sufrían aquella humillación a causa de las acusaciones de ser “rojas”.

Al cabo de tres días, una noche, cuando estábamos durmiendo plácidamente, nos despertaron a quince de nosotros. El sargento nos dijo que íbamos a llevar a doce presos a la cárcel Modelo de Barcelona. Luego nos condujeron cerca del casino de Olesa, que era la cárcel del pueblo. Era ya de madrugada.

A mí me extrañó mucho no ver ningún coche para el traslado de los presos a Barcelona. Nos pusimos en marcha y pasamos frente al Grupo Escolar, hacia el puente que había sido volado. Llegamos a la carretera cerca de Esparraguera. Al ver un camino vecinal, a la izquierda, y unos cipreses, nos percatamos de la realidad. Costó trabajo conducirles hasta la pared del cementerio. Protestaban y oíamos “el ruido de sus tripas”, al darse cuenta de lo que les iba a ocurrir. Por mi cuerpo y creo que lo mismo en la mayoría de mis compañeros —los cuales, como yo, éramos todos menores de edad—, que llevaban más de quince meses de guerra —y habían sobrevivido a una batalla tan atroz como la del Ebro—, noté una sensación extraña. Por fin llegamos... De los doce presos hicieron dos grupos: uno de seis hombres y otro de cuatro hombres y dos mujeres. La de más edad no creo que sobrepasara

los treinta años. Después de la ejecución emprendimos el regreso a nuestro acuartelamiento.

Tres horas más tarde mandaron a formar de nuevo: resultaba que faltaban tres de los fusilados en la tapia del cementerio. Dos, desangrados por completo, los encontramos cerca del cementerio. Al tercero lo capturaron más tarde en una masía, en compañía de otros dos que le habían dado cobijo y protección. A los tres los fusilamos donde los otros. Me tocó enterrarlos, ayudado por mis compañeros.

Fue aquél un caso que afectó profundamente a mi vida. Les juro que cuando escucho unas tripas que se revuelven, vuelvo a ver a todos aquellos desventurados. Uno de los tres últimos, antes de que lo mataran, me entregó un reloj para que se lo diese a su familia. Me negué. Le aconsejé que se lo entregase al cura.

Éste es un recuerdo muy amargo de mi permanencia en el 21 Batallón de Zaragoza que, aquellos días, lo mandaba el capitán don Mariano Pérez, en ausencia del comandante, que se encontraba de permiso.

No he olvidado, por lo mismo, al pueblo de Olesa de Montserrat y pido perdones a los familiares de todos aquellos infelices fusilados por su ideal»^[156].

La rendición de Madrid (marzo de 1939)

*Si cae —digo, es un decir—, si cae
España, de la tierra para abajo, niños,
¡cómo vais a cesar de crecer!, ¡cómo
va a castigar el año al mes!, ¡cómo
van a quedarse en diez los dientes, en
palote el diptongo, la medalla en
llanto!*

*¡Cómo va el corderillo a continuar
atado por la pata al gran tintero!*

*¡Cómo vais a bajar las gradas del
alfabeto hasta la letra en que nació la
pena!*

(...)

si tardo

*si no veis a nadie, si os asustan los
lápices sin punta, si la madre España
cae —digo, es un decir— salid, niños
del mundo; id a buscarla!...*

César VÁLLEJO

España, aparta de mí ese cáliz París, 1938

«Súbitamente, descubrieron el sufrimiento del pueblo...».

Una vez la traición consumada...

Se ha dicho ya, pero hay que repetirlo: nuestro pueblo no merecía perder la guerra. Mas, desde los comienzos, en las tierras de España se hicieron varias guerras. Porque —como bien subraya el general Rojo^[157]— fallaron los cálculos iniciales —explícitos e implícitos— de las élites. De todas ellas, sin excepción. Las que, por acción o por omisión, nos habían llevado a la Guerra Civil. Y las que, en nuestro bando, después de no haber sabido evitarla, nos la harían perder. Pese a que, a lo largo de toda la contienda, unos y otros —políticos españoles, vascos y catalanes—, intentaron urdir una componenda con los facciosos. Tampoco merecía esa derrota el Ejército Popular y menos el ser entregado atado de pies y manos, como ocurrió a raíz del golpe de Estado —una traición sin atenuantes— del coronel Casado y sus adictos. Y, para terminar, afirmemos que tampoco se merecía ese final el pueblo de Madrid. Castizo donde los hubiere y que se personificaría en aquel madrileño que, desde el «gallinero», le soltó a Celia Gámez —la cupletista argentina que interpretaba, ya «liberado» Madrid, el chotis *¡Hemos pasao!*— un: «*¡Habéis pasao, porque os habemos dejao!*».

Así que lo que transcribimos a renglón seguido es para que cada cual aguante la vela que le corresponde.

«Para algunos —ahora que se están reblanqueando figurones, en la persona de algún “republicano histórico”, como Azaña, o “socialistas”, como Besteiro, Prieto..., en estos días (se refiere a diciembre de 1985) se representa, incluso, *Proceso a Besteiro*, por la Compañía Española de Teatro Clásico—, la guerra de España, nuestra guerra, quizá quede menos desfigurada al leer lo que sigue: Al llegar el final de la guerra, Besteiro aceptó, como figura política del máximo prestigio, la presidencia del Consejo General

designado por el coronel Casado después de su pronunciamiento en Madrid, el 5 de marzo de 1939. Datos del proceso, publicados luego por su defensor, Ignacio Arenillas de Chaves, marqués de Gracia Real, y testimonios de personas que le trajeron en aquellos días agónicos, demuestran que Besteiro pensaba que, “una vez pasada la primera ola de venganza”, la España nacional respetaría sus méritos sociales y académicos y le reintegraría a su cátedra; más aún, Franco le permitiría formar y dirigir un Partido Laborista que pudiera colaborar como izquierda del nuevo régimen»^[158].

Recuérdese que los socialistas —del PSOE y de la UGT—, con Largo Caballero a la cabeza de los “colaboracionistas”, ya habían participado en el Consejo de Estado del dictador Primo de Rivera, en 1926, cuando en Barcelona pistoleros a sueldo de la patronal catalana asesinaban a dirigentes de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT). Pero, es que hay más: en la segunda quincena de abril de 1938 —la España republicana acababa de ser partida en dos por la ofensiva franquista de Aragón—, en el avión de línea Valencia–Barcelona rendía viaje a la Ciudad Condal Julián Besteiro —“totalmente apartado de la política”, según las versiones oficiales—, y a su lado viajaba, de regreso de un servicio en la Zona Central^[159], un destacado militante del Partido Sindicalista, José Robusté Parés, entonces subcomisario general del Ejército de Tierra. Al charlar con él y enterarse el líder socialista de que Robusté era miembro del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Sindicalista, se abrió a él, para que pusiese en antecedentes a sus compañeros de partido de las razones de su viaje —el de Besteiro — a Barcelona. Le dijo que pensaba visitar todos los Comités Nacionales de Partidos y Organizaciones, menos al de PCE. Se entrevistó, pues, con el CEN del PS, ya sobre aviso éste por el

informe de Robusté, y les explicó que Inglaterra vería con buenos ojos un golpe de Estado contra los comunistas y negrinistas, como primer paso para entablar negociaciones con Franco^[160].

En fin: que debía precederse a la destitución de la mayor parte de los mandos republicanos, detenerlos y meterlos en la cárcel — en espera de fusilarlos o de entregarlos a Franco, como harían en marzo-abril de 1939, para que los fusilase él—, junto con todos los que ostentaban cargos políticos..., ya fuesen militantes del PCE o simpatizantes de Negrín y, por tanto, con carné del PSOE. La mayor parte de estos últimos —como el comandante Julián Villapadierna García, maestro leonés, que ejercía en Cangas de Onís, y comandante de los servicios Z del Ejército Republicano de Cataluña— tenían carné del PSOE y de la UGT. Esto ocurría un año antes de terminar nuestra guerra, cuando miles de soldados republicanos estábamos luchando en una guerra que los prohombres de la Segunda República, entre ellos el citado Besteiro, habían sido incapaces de evitar^[161].

¡Triste desenlace, del que las principales víctimas serían nuestros niños y niñas!

Las repatriaciones. El trasteo interior (1939–1940)

Desde Murcia a Madrid. *Testimonio de Josefina de Silva*

«Nos volvíamos a Madrid. Yo estaba aturdida. Había mucho ruido de trenes y mucho ir y venir de gentes por los andenes. Vimos un convoy que pensamos sería el nuestro. Pero, cuando estábamos a punto de subir en él, nos dijeron que no, que era otro que había en otra vía. Era un mercancías, un tren de ganado. Parecía imposible; pero nos convencimos cuando, al aproximarnos, vimos a la gente que se amontonaba en su interior, formando una masa humana sin orden alguno.

Yo estuve a punto de rebelarme, de decir que no entraba en aquellos vagones; pero comprendí que no había más remedio. Los rojos nos habían llevado, unos meses antes, en vagones normales, apretujados, pero en un medio para personas, con asientos, ventanillas y techo a una altura que permitiese respirar. ¡Y estábamos en guerra!

Mi madre argumentó que aquellos tiempos eran peores todavía que la guerra, que la nación estaba más agotada y existían menos medios, que los pocos trenes que había los necesitaban

para reincorporar a los soldados... En resumen, que sarna con Franco no pica. A pesar de las crudas experiencias que acababa de pasar, hallé terriblemente humillante penetrar en aquel tren compuesto por una sucesión interminable de vagones viejos, creados a la medida física y espiritual de cabras, ovejas y cerdos, y que olería a cabras, ovejas y cerdos, a no ser que el hedor de las personas que viajaban en él fuese aún más denso, mixto y corrompido. He visto vagones destinados a semovientes que estaban dotados de barrotes, ventanas, rejas o algún otro sistema de ventilación. Aquéllos no. Aquéllos tenían sólo una puerta en el centro, sin ninguna clase de batiente que ofreciera la menor protección a quienes, a dos palmos del borde, habían encontrado dificultosamente sitio para poner los pies, o quizá solamente un pie.

Cada furgón tenía, frente al hueco de la puerta, un estrecho pasillo en sentido transversal; a los lados, se dividía en dos pisos por medio de unos entrepaños de tablas, a modo de estantes. Los de la parte baja no podían ponerse de pie. Supongo que tampoco los de la alta, y se veían obligados a permanecer encogidos y sentados sobre sus bultos de telas raídas y sobadas. Yo, que acababa de pasar una guerra, de descubrir la suciedad, la miseria y los parásitos, no había visto jamás gentes como aquéllas, caras tan tiznadas y cuerpos tan pestilentes, que llevaban encima más mugre que carne, lo cual me dio la noción de que la guerra que yo había vivido era una guerra de color de rosa, un caprichoso juego de salón, al lado de lo que debía haber sido para quienes, desde distintos lugares de la región, venían a incorporarse al tren que iba recogiendo los despojos humanos que aún tenían vida. Pero ¿eran estas personas fruto de la guerra? No se adquiere ese aspecto en

tres años por muchas privaciones y sufrimientos que se vivan. Eran pieles sucias de nacimiento, rostros que carecían de luz humana, cuerpos que sólo servían de soporte a la concentración del hedor.

El choque bélico había removido el mapa, sacado a la superficie los turbios posos de la realidad social. No eran gentes de guerra, eran gentes que yo nunca habría llegado a ver, si una serie de circunstancias no hubiera venido a mostrármelas de cerca. Este cargamento humano iba encerrado en unos compartimentos horizontales, sin más luz ni ventilación que la que, atravesando el tapón de cuerpos, entraba por el hueco central. Aquel vagón llevaba muchas más personas que ovejas había admitido en ninguna ocasión, porque las ovejas son mercancía valiosa.

Mi gran terror era que me empujasen hacia el rincón, donde se acumulaban la oscuridad y los vapores, y resistía con mis escasas fuerzas, prefiriendo que los demás me cayeran encima a retroceder un palmo. Varias veces quedé medio sepultada, salvada por los avisos de socorro de mi madre: “¡Cuidado, que debajo hay una niña!”. Se volvían, miraban y, en un esfuerzo de generosidad, trataban de abrirme un angosto camino de aire. Para poder aprovecharlo, me veía obligada a poner la cara hacia arriba, mirando a las tablas, a través de las cuales se veían piernas, culos y suelas de alpargatas.

Los del piso alto no estaban mucho más cómodos que nosotros, aparte de la dificultad que había representado trepar sin ayuda de escalerilla alguna, empujándose unos a otros o apoyando los pies en las rodillas y hombros de quienes estábamos acurrucados abajo, haciéndonos servir de peldaños.

A la hora de partir, el vagón estaba completo. Parecía

imposible apretarse más. En el interior de aquellas cajas se apiñaban hombres, mujeres, bultos y piojos. De todos los horrores sufridos, el más denso, el más humillante, porque iba mucho más allá de lo material, fue el de aquel tren de retorno. Sólo que el episodio no correspondía a la guerra. Estábamos en el Año de la Victoria.

Más de setenta vagones de mercancía humana eran transportados por una renqueante máquina, que había hecho ya todos los méritos para que le concedieran los honores de la invalidez. Aunque parecía imposible comprimirse más, durante el trayecto fueron subiendo nuevos pasajeros, algunos de ellos cargados hasta con peroles y sartenes. Los que estaban dentro protestaban de que hicieran entrar los bártulos donde no cabían personas. Pero ellos alegaban que, quienes hablaban así, tendrían casa esperándoles a la llegada, mientras ellos debían transportar cuanto poseían.

El viaje de Murcia a Madrid duró cinco días. Durante el camino murieron cinco personas, y otras se volvieron locas, y hubieron de ser llevadas, para su reclusión, a los pueblos más cercanos. Cuando sobrevenía una defunción, el tren se paraba —cosa nada sorprendente, porque lo hacía cada pocos minutos—. Desde los vagones de cabeza hasta los de cola, se iba propalando la noticia: “¡Ha muerto otro! ¡Ha muerto otro!”. Y añadían luego los detalles de si era hombre, mujer, joven o anciano. Los ocupantes de la unidad mortuaria se veían obligados a desalojarla y repartirse entre los demás vagones. Cada vez que se producía un fallecimiento, nuevos compañeros venían a hacer que os apretáramos hasta la asfixia.

Yo, a veces lloriqueaba, al ver que me apartaban de la

proximidad confortante de mi familia, hasta que mi madres me consolaba y animaba diciendo que pronto estaríamos en Madrid, en nuestra casa. Iban en el vagón muchos niños pequeños. Cuando los que estaban en el piso de arriba se hacían pis, como las tablas estaban un tanto separadas, nos caía a los de abajo. El problema de las evacuaciones no había sido previsto, dando por supuesto que los pasajeros no habían de tener más refinadas delicadezas que los borregos y cochinillos para quienes había sido diseñado el modelo. Los niños no tenían, en efecto, más comedimiento que las ovejas. Pero las personas mayores tuvieron que recurrir a un procedimiento olímpico. Es cierto que el tren hacía continuas paradas; pero no era posible adivinar cuándo se pondría en marcha de nuevo. Los hombres se arriesgaban a tomarlo en movimiento; pero las mujeres no. No les apetecía quedarse abandonadas en medio del campo o en una estación desconocida. La marcha era suficientemente lenta como para permitir el sistema colgante. La persona en apuros se colocaba en el borde de la puerta, dando la espalda al paisaje, y se acuclillaba mientras uno o dos ayudantes la sostenían fuertemente de las manos. Así salía del trance.

En una ocasión, una pasajera practicaba el sistema del retrete aéreo. El tren estaba parado, pero ella no se atrevía a bajar. Era de noche y un guardavías, se conoce que intrigado al ver un movimiento extraño, se acercó solícito con su farol y lo aproximó a las posaderas de la mujer, quedando directamente iluminada en tan escultórica postura, agarrada a las manos de su marido, con las nalgas fuera del vagón y sin poder interrumpir el proceso de su necesidad.

Como se calculaba un día de viaje y la comida no sobraba,

llevábamos las provisiones justas para ese tiempo. Las cuatro jornadas restantes fueron las de más angustiosa necesidad que vivimos en toda la guerra y la posguerra. No teníamos nada absolutamente que comer. Como único recurso, tomábamos una pasta hecha con aceite y azúcar, pues la despensa se llevaba en el equipaje.

El tren tenía más de setenta vagones y, como la decrepita locomotora carecía de fuerzas para arrastrarlos todos, optaron por hacer dos partes. Trasladaba una de ellas a varios kilómetros, la dejaba allí y regresaba a recoger la otra mitad, con lo cual tenía que hacer varias veces el recorrido.

Cuando se sabía a ciencia cierta que no había peligro de quedarse en tierra —y nada más tranquilizador que carecer de máquina—, nos bajábamos, estirábamos las piernas y cocinábamos lentejas en aquellas sartenes que habían suscitado tantas protestas y cuyo préstamo solicitábamos pasando de unos a otros como un tesoro. Si no podíamos vernos favorecidos con la sartén, guisábamos las legumbres en un bote y las removíamos con un palo. Al menos, estábamos al aire libre, fuera de aquel cubil donde no era posible rebullirse y donde era preciso tragarse la respiración para no sentir el olor a orines y borregos. Este era el tren que puso a disposición de los evacuados de guerra el Gobierno de los nacionales, los nuestros, por supuesto, ya que nosotros éramos una pulcra familia de derechas.

En una de las estaciones descubrimos un vagón de naranjas, y todos los viajeros de la expedición caímos sobre él, dejándolo prácticamente vacío. Yo, que era de derechas, pero muy objetiva, volvía a observar que los rojos se habían preocupado de darnos arroz y pan durante el trayecto de ida y no nos habían dejado

nunca abandonados. Claro que, después de todo, nosotros éramos cosa de los rojos, que nos habían llevado a Murcia.

¿Qué tenían que ver con ello los nacionales? Al fin y al cabo, no habíamos hecho más que burlar sus bombardeos. Si nos hubiéramos estado quietecitos, en Madrid, recibiendo las bombas alemanas, no habríamos creado ahora este problema. ¡Bastante hacían con llevarnos a casa!

Hay muchos aventureros que presumen de haber dado la vuelta al mundo, de haber viajado por tierras vírgenes... Pues dudo que sus proezas y sacrificios sean comparables a los de hacer Murcia–Madrid en cinco días, en un tren de cerdos, con la espalda encorvada, sin aire y sin comida.

Donde más tiempo estuvimos parados fue en El Romeral. La máquina se había roto definitivamente y había que esperar que trajeran otra. Como la cosa iba para largo y se corrió el rumor de que en el pueblo vendían pan, muchas personas fueron a ver si podían encontrar algo de comida, entre ellas mi tía. Había un largo camino desde la estación al pueblo, y una gran cola ante la tahona, pues todo era entonces largo. Por fortuna, también la paciencia. Tras una espera de esas que sólo son posibles por tres años de entrenamiento, mi tía estaba a punto de entrar en la panadería... cuando, en ese momento, aparece un pregonero que, con espectacular redoble de tambor, lanza el siguiente comunicado:

—¡Los viajeros... del tren de evacuados... que va para Madrid... que vuelvan a la estación... porque ya ha llegado la máquina!

Y todos los que estaban en la cola comenzaron a correr desesperadamente, en una verdadera maratón, empleando en ello las pocas fuerzas que les quedaban y sin haber conseguido ni

un trocito de pan. Fue una carrera angustiosa, llena de inquietud, animándose unos a otros: ¡Vamos, no se queden atrás! ¡Qué ya falta poco!

Cuando llegaron, agotados y jadeantes, y vieron que el larguísimo tren estaba allí todavía, respiraron con alivio. ¡No se había marchado!

No, no se había marchado, ni se marcharía en todo el día, ni en toda la noche, pues la recién llegada locomotora se había roto también, apenas llegar, como si hubiera sufrido un paro cardíaco ante la perspectiva de lo que le tocaba arrastrar. De modo que ni pan ni tren.

La gente seguía muriéndose. Ya casi no era noticia. Lo noticiable era seguir vivo en aquellas condiciones. Un psiquiatra diría que los evacuados se morían para llamar la atención sobre ellos. Y bien podría ser así, pues sólo cuando había un fallecimiento parecía trascender la existencia de aquel tren de la miseria, que intentaba cruzar una parte de España en el más absoluto abandono, sin que a nadie se le ocurriera pensar en sus necesidades. ¡Qué bien si hubiésemos viajado como ganado! Viajábamos como fardos, y sólo los muertos tenían identidad humana, sólo ellos merecían la atención del juzgado y se les daba sepultura en el pueblo en cuyo término les hubiese tocado expirar.

Así, repartiendo muertos, y retorciéndonos de hambre y de asco, fuimos cubriendo las etapas de aquel lento viaje.

Un momento feliz fue cuando, en La Mancha, se acercó a nuestro vagón un hombre con un gran queso, dispuesto a venderlo a rebanadas. No daba abasto a repartir. Cada uno pedía según sus medios: ¡Deme una peseta! ¡Deme dos reales!... Los

pudientes, decían: ¡Deme un duro!... Nosotros también compramos. No sé cuánto sería, pero, a juzgar por la rebanada, no debió de ser mucho. Yo veía con envidia cortar los trozos grandes, a los que no podíamos aspirar.

¿Cuántas máquinas intervinieron en el arrastre de los setenta y tantos vagones, destinados a porcinos y lanares, que tan generosamente habían sido puestos a nuestro servicio? No hay posibilidad de calcularlo. Pero fueron muchas. En una ocasión, se conoce que desesperados ya por la lentitud, pusieron dos locomotoras, una delante y otra detrás, que hacía de Cirineo. Pero la mugre y el hambre pesan mucho y acabaron rompiéndose también. Cada vez que llegaba una locomotora de repuesto, la gente aplaudía. Pero eran todas modelos más de museo que de ejercicio. Hasta que, por fin, trajeron una más moderna, con bríos suficientes. Se llevó una gran ovación.

Al sentir que el tren se movía con una velocidad desconocida, durante todo el trayecto, los viajeros sentían un entusiasmo de niños subidos a un cochecito de feria que sorprende y excita por la rapidez que va adquiriendo. Ahora ya parecía verdad que nos llevaban a alguna parte. Se recobró la esperanza en llegar...

Cuando al fin se divisó Madrid a lo lejos, la gente se volvió loca de alegría, olvidó su hambre, su estrechez y su asfixia. Y comenzó a cantar, a dar saltos. ¡Madrid! ¡Madrid!».

«En un tiempo de evocación, Murcia aparece hoy como una ciudad moderna, con altos y acerados edificios, amplias avenidas y rico comercio. Estoy en la ciudad, en la misma ciudad donde descubrí el olor a guerra, que aquí tenía la peculiaridad de unir al

de la miseria universal un acre vaho de cortezas de naranja pisoteadas. He vivido aquí tantas impresionantes aventuras, hasta la de ser ofrecida de puerta en puerta, que me parece raro que haya niños que han nacido, crecido y madurado siempre en la misma casa, haciendo la misma vida junto a sus padres, sin incidencias apreciables, siguiendo un curso tras otro sin cambiar de escuela y notando que pasa el tiempo sólo en que las ropas se les quedan pequeñas. Son éstos los niños que apenas se acuerdan de lo que les ocurrió en los primeros años de su vida y tienen sólo una idea vaga y lineal de todo el conjunto de su infancia. Nosotros, los que fuimos niños en la guerra y en la posguerra, tenemos algo más que decir...»^[162].

En un vagón de carga: «¡Aquí llevamos niños muertos y mierda!».

Campo de los Almendros (Alicante), marzo de 1939

«Laura, inquieta, iba de grupo en grupo buscando almendras de sabor áspero y ácido —aún no habían madurado— pelando tallos de planta, todo le parecía bueno a sus diecisiete años. Para ella y para su hermana, Leonor, que no se movía porque no quería gastar energías. No tenía casi leche en sus pechos y le quedaban unos últimos granos de azúcar para el niño que, hambriento y débil, había dejado de andar y se acurrucaba en sus brazos.

Unos días después, a parte de las 4000 mujeres de los Almendros las trasladaron a la prisión de Alicante, durmiendo en los patios y escaleras, donde las materias fecales y las hemorragias corrían por los suelos de vieja madera, infestando con su hedor el local herméticamente cerrado. Los llantos de los niños se habían

apagado, mareados por el olor nauseabundo y por el hambre que debilitaba sus pequeños organismos. Luego las pasaron a un destortalado caserón llamado Casa de Ejercicios Espirituales, convertido en campo de concentración. El niño de Leonor ya no andaba, una disentería, cada vez más aguda, iba dejándole con la piel y los huesos; todo el día cogido a las tetas de su madre, a la que había abierto grandes grietas, por las que mamaba más sangre que leche...

Las sacaron custodiadas del campo. Eran más de cien mujeres con sus niños. Los andenes de la estación, repletos de falangistas y guardia civil. Las subieron en vagones de mercancías hasta reventar. A ellas y a cientos más de mujeres y niños. Una vez llenos eran precintados por fuera. Al sacarlas del campo, no les dijeron a dónde las llevaban; se encontraron metidas en aquellos vagones de techo bajo, con un tragaluz en el mismo como única ventilación. Y con el suelo sucio y pastoso, por los excrementos del ganado y con un olor fétido que las mareaba.

Los vagones estaban en una vía muerta dándoles el sol de plano. Cada mujer llevaba una cantimplora de agua y dos sardinas de lata; en cada vagón iban unas treinta mujeres con otros tantos niños. El calor era asfixiante, todas las mujeres querían apiñarse bajo el tragaluz. Los niños, desasosegados por el calor y la poca luz, comenzaron a llorar.

Al tercer día —desde Alicante a Valencia— entraron en una estación espaciosa, donde el convoy paró en una vía muerta. Cerca de tres horas pasaron sin que nadie se acercase a los vagones. De pronto oyeron como si estuviesen quitando los travesaños que atrancaban los vagones. Prestaron atención y cuando más tensas estaban, llegaron al suyo y lo abrieron. Una

bocanada de aire tibio y perfumado invadió aquel cajón. Dos guardias civiles asomaron la cabeza e instintivamente se taparon la nariz; el olor pesado y pestilente de cadáveres en descomposición les echó para atrás. Con la nariz tapada preguntaron:

—¿Qué lleváis ahí? ¡Apestá!

—¡Niños muertos y mierda! —contestó una mujer.

—¿Niños... muertos?

—¡Sí, niños muertos! —contestaron las mujeres—, ¿por qué se extrañan?... ¡No tenemos ni aire, ni comida, ni agua... aquí sólo hay mierda y muerte!

Los guardias se miraron y uno de ellos exclamó: “¡Qué carroña!”. Y dirigiéndose al vagón, añadió:

—¡Saquen eso! Y todas las mujeres que sean de Valencia que bajen también. Sin “camuflarse ninguna”. Que en la próxima estación os identificaremos. ¡Vamos, abajo!

De entre las treinta solamente cinco eran valencianas; pero los niños fallecidos no eran de ninguna de ellas. Bajaron las de Valencia y al darles el aire en la cara las tuvieron que sostener porque se mareaban. Las juntaron en una fila, con las que salían de otros vagones; las madres que habían perdido a sus hijos se resistían a entregarlos. El guardia, metiendo la boca del fusil en el vagón, gritó:

—¡Venga, los muertos fuera!

Las mujeres los entregaron por la abertura; los guardias los echaron en unas arpillerías, que colocaron en el suelo, y con el mismo pie los llevaron, rodando, hacia una especie de cuneta. Aquél no fue el único vagón que descargó la macabra carga...

Mugrientas y haraposas, enflaquecidas y enfermas, encerradas

en cajones como ataúdes carcomidos por gusanos, entraron en Madrid —ocho días después de haber salido de Alicante— para ser carne de ejecución y cárcel.

Leonor participó en la discusión: ¿cómo ayudar a los niños que se morían de inanición en la galería de madres? Esta galería de niños era una pesadilla para toda la reclusión. Más de mil mujeres estaban allí concentradas con sus hijos; algunas tenían dos o tres con ellas. Allí había más de tres mil personas. La falta de agua era total, como en toda la prisión; los niños, en su mayoría, sufrían disentería, aparte de los piojos y la sarna. El olor de aquella galería era insopportable: a las ropas estaban adheridas las materias fecales y los vómitos de los niños, ya que se secaban una y otra vez sin poderlas lavar. En aquellos momentos se había declarado una epidemia de tiña; ninguna madre, a pesar de la falta de medios para cuidarles, quería desprenderse de sus niños para llevarlos a una sala llamada “enfermería de niños”. Esta sala era tan trágica, que los pequeños que pasaban a ella morían sin remedio, se les tiraba en jergones de crin en el suelo y se les dejaba morir sin la menor asistencia.

Al descongestionarse la cárcel de presas políticas, habilitaron dos sótanos para las llamadas “estraperlistas” y las prostitutas. Estos sótanos desbordaban y tenían que dormir en los patios. Cada día ingresaban de 80 a 100 mujeres, a las que las cogían en plena calle vendiendo pan, aceite, tabaco. Y también a niñas de quince y dieciséis años: las “aguardenteras”, que vendían aguardiente en Recoletos, de madrugada, y con el licor sus cuerpecitos desnutridos...»^[163].

La caza del niño rojo por el extranjero. (1940–1944)

La Capellanía Católica de Toulouse

Como ya se habrá podido comprobar, la obsesión de nuestros enemigos por extirpar, definitivamente —y sin pararse en barras— el peligro rojo los llevaría a perseguir y tratar de capturar, fuera de España, el mayor número posible de «niños rojos». De entrada —como puede verse en algún texto aquí reproducido—, a la recuperación de niños españoles en Francia se le daría un carácter de rescate de almas descarriadas. A la España “nacional” correspondía la loable labor de repatriar a todos los menores de edad que los rojos habían enviado al extranjero.

Para ello, a fines de 1937, el Gobierno franquista creará la Delegación Extraordinaria de Repatriación de Menores, que dependía de la Delegación Nacional del Servicio Exterior de Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalistas (FET y de las JONS)^[164]. La Cruz Roja Internacional —que había ignorado completamente los campos de concentración franceses, en 1939, así como los refugios y centros para mujeres y niños refugiados—, prestaría su indesmammable colaboración a los franquistas^[165]. Aun a sabiendas de que, en la

mayoría de los casos, las repatriaciones, nada más cruzar la frontera, sufrían una parada indefinida en los campos de selección. Como los de Figueras y Reus, en Cataluña. Y, en no pocos casos, tratándose de niños/as, irían a parar a reformatorios religiosos o a los «hogares» de Auxilio Social. Otras veces —de no tener un «avalador» de peso, las familias, o suficientes recursos— su destino serían los seminarios o los conventos. Para la localización y recuperación de niños españoles —me limito al Mediodía de Francia, por ser la zona en que contribuí a sabotear sus tentativas de rescates— se contaba con la colaboración de la Capellanía Católica de Toulouse. La cual, a su vez, tenía asegurada la ayuda de los servicios prefectorales (Gobierno Civil) y de la Gendarmería Nacional.

La caza del niño rojo se emprendió a fines del verano de 1940^[166] —recién derrotada Francia e instaurado el régimen colaboracionista del mariscal Pétain—; o sea: por las mismas fechas en que a la policía franquista y a los miembros de la Falange Exterior —y más tarde a la Segunda Bis—, las autoridades francesas y los servicios policiacos alemanes —la Gestapo— les daban carta blanca para actuar en territorio francés, en la búsqueda y captura de dirigentes republicanos exiliados^[167].

A principios de 1941, el Gobierno de Vichy organizó los Grupos de Trabajadores Extranjeros (GTE), diseminados por todo el territorio francés. La misión de estas unidades disciplinarias era: 1) Tener vigilados a los extranjeros considerados como peligrosos. Las tres cuartas partes las componían republicanos españoles. 2) Reclutar mano de obra —especializada, sobre todo— destinada a los centros de producción franceses que trabajaban por cuenta de los alemanes; y 3) Servir de «almacén» de mano de obra donde la

Oficina de Empleo Alemán (OPA) podía requisar trabajadores destinados a las fábricas de armamento alemanas de Europa entera. Hay constancia de la existencia de más de quinientos GTE. Por ejemplo, en el departamento del Aude —capital: Carcassonne —, tenían su sede tres: el 422 —donde el autor estuvo «controlado», desde 1942 a 1944, junto con su hermano, Eliseo, de diecisiete años de edad—, el 318 y el 105.

Pues bien, tras algo más de dos años de «caza» directa a través de la citada Capellanía (1940–1942), luego la localización se intentó a través de los llamados Servicios Sociales de los Grupos de Trabajadores Extranjeros. En particular a partir de noviembre de 1942, cuando el Ejército alemán invadió el sur de Francia, la llamada Zona No–Ocupada. Mediante vales para ropa, juguetes y ciertos alimentos, el acceso a los hogares de exiliados españoles, en los que se sabía que había niños y niñas, les resultaba bastante fácil. Hemos dicho se «intentó» ya que, las mismas facilidades que el enemigo tenía para introducirse en nuestros medios —con «fines sociales», siempre— los teníamos nosotros, el personal de las planas mayores de los GTE —copadas casi siempre por «españoles rojos»—, para alertar a las familias y, llegado el caso, para ayudarlas a esconder a sus peques. Esto gracias a un organismo clandestino, Solidaridad Española, creado y desarrollado a la sombra de los citados grupos disciplinarios.

A principios de 1943 —y hasta el verano de 1944— recayó sobre mí el «paquete» de recibir al visitante de la Capellanía Católica de Toulouse, para facilitarle el acceso a los GTE periféricos —con Carcassonne como base— y acompañarlo, asesorándolo y vigilándolo al mismo tiempo. Se trataba de un catalán llamado Delmir Ibáñez. Sobre el cual, como ya se había producido el

desembarco aliado en el norte de África —noviembre de 1942— y se estaba fraguando la decisiva derrota alemana en Stalingrado, he de reconocer que su ardor como rescatador se había atemperado bastante. Un día, el muy ladino llegó a insinuar que él siempre, había estado, de corazón, a nuestro lado. De ahí que no me extrañase mucho verle figurar, en 1978, en una de las candidaturas convergente–unionistas de Cataluña.

La «caza» del niño rojo en la Francia derrotada (1940)

Se trata del caso de la familia Belda —oriunda del pueblo alicantino de La Romana—; eran de los llamados «emigrantes económicos», residentes en un pueblo del Aude, Marseillette, desde principios de los años treinta. Habían recogido, en 1937, a dos niños españoles de Madrid. Hermanos: él de catorce años y ella de doce. En todos los pueblos de aquella comarca habían dado un hogar provisional a nuestros «niños de la guerra». De entrada, conviene destacar el papel solidario que desempeñaría, siempre, la masonería francesa en aquella región. Por eso, allí, el primer toque de alerta —indicando que la «caza» del niño rojo iba a empezar— lo daría el Servicio de Extranjeros de la *préfecture* del Aude. Y nos lo dio el propio jefe de dicho departamento: *monsieur* Seyte. El primer alertado fue el alcalde de Blomac —donde el autor tenía a su familia—, Josep Sardá. Masones ambos. Este último era de filiación radical–socialista, como la mayoría de los alcaldes de aquella comarca. El señor Sardá avisó a todos sus colegas y éstos a las familias que tenían recogidos a niños españoles. Se supo que sus datos habían sido solicitados por el Viceconsulado de España —sito primero en Narbonne y luego en

Carcassonne—, a los servicios prefectorales. Y que les habían dado información sobre, entre otros, los niños que había en Marseillette y en Blomac. En este último pueblo los dos únicos «niños de la guerra» eran mis hermanos, Eliseo y José. Nos tocó a nosotros alertar a los Belda. Uno de los hijos, Joaquín, tenía precisamente su prometida en Blomac. Formaba parte de una familia italiana que vivía en las afueras del pueblo, en una casa inmensa. Al estar adosada a una gran bodega, era fácil pasar de la vivienda a ella, en caso de tener que salir huyendo. Aquella misma noche, los hermanitos madrileños eran trasladados a casa de su prometida, en la camioneta de un huertano hijo de Tales, en la provincia de Castellón, llamado José Chaume. Doy estos detalles para demostrar que la palabra solidaridad tuvo, en aquél y en otros trances parecidos, un hondo contenido humano, sin tener en cuenta ni la nacionalidad, ni la ideología ni el nivel social de los perseguidos y de quienes los protegían.

Al día siguiente, a media mañana, se presentaron en casa de los Belda, en Marseillette, dos hombres de nacionalidad española que dijeron ser miembros de la delegación encargada de repatriar a los niños españoles. El jefe de la familia les respondió que precisamente acababa de recibir una carta del padre de los hermanitos —y se la mostró— en la que pedía que guardase a sus hijos en su casa hasta que las cosas se aclarasen un poco más en Madrid. A la pregunta de: ¿Dónde tienen a esos niños?, el padre de los Belda respondió que habían ido a pasar unos días a otro pueblo, con unos familiares suyos. Le exigieron el nombre del pueblo en cuestión; pero el viejo Belda no se dejó impresionar y replicó que aquellos niños no saldrían de su casa más que para entregárselos a sus padres... y que si era necesario, él estaba

dispuesto a acompañarlos hasta Madrid. (Es aleccionador el empuje que, de pronto, caracterizó a nuestros emigrados económicos, con relación a su temperamento apocado de antes. Fue el haber participado, de algún modo, en nuestra guerra, al lado de los republicanos, lo que devolvió a nuestros paisanos la dignidad adormecida. Esto fue una reflexión del alcalde de Blomac. Me dijo: —Con la guerra de España sus paisanos cambiaron de comportamiento radicalmente...). Entonces, uno de los delegados españoles abrió una carpeta y sacó unos documentos en los que, por lo visto, constaban los “antecedentes políticos” de los Belda. Y que se resumían en que tanto el padre (de unos cincuenta y cinco años de edad) como los dos hijos (Joaquín, de veintiocho, y Juan, de veinticuatro), habían militado en un Comité de Ayuda a la España Republicana. Militancia que, dicho sea de paso, habían asumido la inmensa mayoría de los emigrados económicos, labor que luego prolongaron desviviéndose por auxiliar a sus compatriotas encerrados en los campos de concentración. Dicho sea en su honor.

El delegado les advirtió de que con aquellos antecedentes la policía francesa podía enviarlos a un campo e incluso expulsarlos del país. El viejo Belda, con una sorna muy alicantina, dijo: «Bueno, lo que sea sonará... nosotros nos ganamos el pan con el sudor de nuestra frente en todas partes, sabe usted...».

Los policías —porque después supimos que eran agentes franquistas desplazados adrede a Francia para tan innoble misión— dijeron que volverían cuando los niños estuviesen en Marseillette. Y, acto seguido —en un turismo con matrícula francesa de los Bajos Pirineos—, se trasladaron a Blomac, en busca de los hermanos Pons Prades, que creyeron encontrar en casa del

huertano Chaume —el que los había recogido en agosto de 1938, o sea: algo más de dos años antes—. Chaume les hizo saber que ya no estaban en su casa, sino con su madre. Así que se personaron en nuestra casa de Blomac. Y los recibió mi madre que, acostumbrada a bregar con policías, en Barcelona, al lado de su marido, en las luchas obreristas, los lidió por directo. Les dijo que nosotros estábamos gestionando ya nuestra repatriación, cosa que ellos podían comprobar en el Viceconsulado de España. Ni piaron. Y no aparecieron más por allí... por Blomac, vamos.

Dos semanas más tarde se presentaban de nuevo en casa de los Belda. Los hermanitos madrileños seguían en Blomac, medio escondidos en casa de la familia Campacci. Pero, entretanto, el alcalde de nuestro pueblo había avisado a los gendarmes de que, por allí, correteaban unos policías españoles intentando raptar niños españoles. Hay que aclarar que la Brigada de Gendarmes de Capendu —cabeza de comarca— la mandaba el teniente Vidal, un catalán de Perpiñán, que luego destacaría como miembro de la Resistencia. Es decir, una *rara avis*: un oficial sin ninguna simpatía hacia los franquistas. Vidal y dos de sus hombres se presentaron en casa de los Belda y el altercado con los «delegados» rescatadores fue de tono subido. El teniente de la Gendarmería les conminó a que no volvieran a aparecer por su demarcación. Que él se bastaba para solucionar cualquier problema administrativo que surgiese con el asunto de los niños españoles. Entonces, los visitantes exhibieron una credencial extendida por el Ministerio del Interior del mariscal Pétain autorizándoles a circular por todo el territorio francés «para solucionar la repatriación de los niños refugiados de la guerra de España». El teniente Vidal les recalcó que, por lo menos en su comarca, todos los niños españoles

habían sido entregados a familias españolas o francesas —que gozaban de cierto desahogo económico y de buena reputación— por el Gobierno legal de la República española. Y que, en los documentos en poder de las familias, constaba que les eran confiados hasta el fin del conflicto o hasta que sus familias los reclamasen.

Como se verá en otros testimonios, en la mayoría de los casos, el «rescate» se llevaría a cabo en dosis masivas: agrupando mujeres y niños, metiéndolos en un tren que los llevaría a España. Salvo cuando hubo plantes resueltos, en pleno trayecto, y los gendarmes no tuvieron otro camino que el de claudicar. Y en muchos casos internar a los rebeldes, una vez más, en un campo de concentración^[168].

En todo caso, con la organización, *manu militari*, de trenes destinados a España, se pondría en evidencia que unos y otros —fascistas franceses y españoles— habían optado por orillar cualquier tipo de formalidades jurídicas. Con todo, debemos señalar que, en el sabotaje de dichos convoyes —ya se irá viendo —, los ferroviarios franceses estarían también a nuestro lado^[169].

Hay otros casos terribles de «cacería» de los que habían escapado de la España franquista. Como el grupo de refugiados españoles (adultos y menores), de Angulema, que fueron «embarcados» en un tren y dirigidos directamente a los campos de exterminio alemanes de Mauthausen y de Ravensbrück.

Y el del escritor español, en lengua francesa, Michel del Castillo, cuya andadura, dramática en todo punto, se relata en estas páginas^[170].

O el del municipio de Douzens (Aude), en octubre de 1940, donde a media docena de familias exiliadas españolas se les

dieron cuatro horas para preparar sus bártulos, tras lo que fueron enviadas, por tren, al campo de concentración de Bram^[171].

«Tras la invasión alemana nos entregan a Franco»

Testimonio de Elena Prades Igual

«A primeros de mayo de 1940, me trasladaron a una colonia-refugio de niños españoles que había en Clermont-Ferrand, cerca de la fábrica de neumáticos Michelin, cuyos obreros y obreras, con una cuota especial, más el subsidio del Gobierno francés, mantenían a los 65 peques refugiados. Casi todos eran madrileños. Procedían de un centro instalado en el Balneario de Caldas de Malavella —que habían evacuado para poder instalar allí heridos de guerra—, en la provincia de Gerona.

Estando allí recibimos varias veces la visita de las autoridades francesas. Los del Ayuntamiento por un lado y los gendarmes por otro, pero todos empeñados en que teníamos que regresar a España. Que, por ser mujeres y niños —decían—, no nos pasaría nada. Insistían haciendo hincapié en que la mayoría de aquellos niños eran huérfanos y que tenían la promesa de organismos católicos de procurarles un nuevo hogar. Sospechamos que algo tendría que ver con todo aquello el Consulado franquista de Lyon, ya que, en una de las visitas, los gendarmes nos llevaron a dicho consulado y allí un funcionario español nos aseguró que si volvíamos agrupados a España ellos se encargarían de que no nos separasen de los niños, incluso si éstos eran enviados a un centro de reeducación. Tiempo íbamos a tener para comprobar el valor de tales promesas.

Cuando los alemanes empezaron a invadir Francia (14 de mayo

de 1940) nos llevaron al refugio de Bellac, en el departamento de la Haute-Vienne. Éramos unas doscientas personas: 80 mujeres, 58 ancianos y 34 chicos y 30 chicas. La mayoría, también oriundos de Madrid. Algunos de ellos acabarían encontrando a sus padres y esto sería su desgracia, pues irían a refugiarse a un pueblo cercano que, años más tarde, sería completamente arrasado por las tropas alemanas^[172]. Allí, en el refugio de Bellac, aunque reinaba cierta promiscuidad, la verdad es que los jóvenes se portaron muy bien. Y eran muy disciplinados. Se notaba que habían pasado por alguna colonia catalana. Y luego —todo hay que decirlo— como se les había dicho tantas veces que debíamos lavar la fea imagen que de nosotros había dado la prensa derechista de Francia...

Ya una vez firmado el armisticio entre Francia y Alemania (18 de junio de 1940), se presentó el secretario del Ayuntamiento, con unos señores —un hombre y una mujer— de mediana edad. Nos dijeron que al día siguiente tomaríamos un tren que nos llevaría a Burdeos, desde donde, junto con otras expediciones, nos enviarían a España. Como hubo alguna protesta, nos advirtieron de que, de no salir de Francia de inmediato, tendrían que entregarnos a los alemanes. Éstos, al parecer, habían exigido, en el armisticio, que les fuesen entregados todos los refugiados políticos extranjeros presentes en Francia. De buenas a primeras nosotros pensamos que era una mentira para forzar nuestra repatriación; pero luego, con las detenciones que hubo y la “caza” al niño rojo español que se desencadenó, nos enteramos de que el peligro de que nos deportasen a Alemania no era infundado.

En tono más autoritario, curiosamente, fue la mujer la que me dijo: “Les aconsejo que no pongan ninguna clase de impedimentos, porque a estos niños ustedes los han sacado de

España a la fuerza. Y ahora nosotros lo único que queremos es devolverlos a su país y si es posible a sus familiares...”.

El viaje hasta Burdeos fue todo lo “normal” que podía ser en aquellos días. Luego, en una caravana de cinco viejos autobuses franceses, nos llevaron hasta Fuenterrabía. Ver falangistas y requetés, en la frontera, no nos chocó tanto como el volver a ver los tricornios de la Guardia Civil. Nosotras —las acompañantes, por lo menos las más decididas— hubiésemos podido escaparnos antes de llegar a Burdeos, pero de común acuerdo, decidimos seguir con los niños con la esperanza de que, una vez en España, nos dejarían seguir cuidando de ellos. De “nuestros” niños. Aquéllos fueron, a buen seguro, los primeros peques republicanos “cazados” en Francia.

Allí, en la estación de Fuenterrabía los uniformados alternaban con unas monjas ya maduritas y unas chicas con blusa azul y falda negra —falangistas, creo— y otras con el atuendo de Auxilio Social. ¿Imaginas el cuadro? Pensamos que nos iban a meter en un tren y que nos llevarían a Madrid o a Barcelona. Pero no, esperábamos la llegada de otros autobuses de Francia. Estuvimos allí plantados todo el día, sin comer ni beber. Cuando preguntábamos algo nos respondían: “Tengan paciencia... pronto les dirán su destino y allí les atenderán debidamente...”.

Ya entrada la noche formaron unos grupos —nunca supe con qué criterio— y al nuestro lo condujeron, los del tricornio, al Albergue de Nuestra Señora del Pilar, donde ficharon a los niños como si fuesen delincuentes. ¡Si no lo veo no lo creo! ¿Cómo podían ensañarse así con aquellas inocentes criaturas? Pero aquello no era más que el comienzo del montón de cosas raras que nos ocurrirían en “nuestra Patria”...».

«La buena leche es para los niños franceses».

Testimonio de Rosa Laviña

Rosa Laviña Carreras acababa de cumplir veinte años cuando, en 1939, entró en Francia con su familia y dos niñas de Gelsa de Ebro que ésta había acogido a principios de 1937: Carmen Márquez, de cinco años de edad, y Pilar Espinosa, de tres.

El padre de Rosa, librero en la gerundense Palafrugell, era muy querido de todos los que se relacionaban con él. Fiaba libros a unos y a otros. Eran tiempos en que abundaban los libreros y los editores que amaban los libros y que se esforzaban porque ese amor a la letra impresa se extendiese a los lectores. Sobre todo en los medios obreros. De ahí que la librería Laviña tuviera su propia tertulia.

«Emprendimos la marcha con tres carros y tardamos cuatro días en llegar a la frontera. Allí nos separaron. A mi padre no lo veríamos más porque murió al poco tiempo en un campo de concentración francés. Nosotros nos encontrábamos en un pueblecito llamado Brulon, cerca de Le Mans, en el departamento de La Sarthe. Allí nos metieron —a 47 mujeres y niños— en una sala del Ayuntamiento rodeada de alambradas. La gente venía a vernos como si se tratase de un parque de fieras. Recuerdo que la primera vez que fui al pueblo, las ventanas se cerraban a mi paso. Era el resultado, creo, de la propaganda que habían hecho contra nosotros durante la guerra. Y más en aquella región —en el centro de Francia— donde las beatas eran las amas.

En septiembre de 1939, nada más estallar la guerra mundial, sin previo aviso, nos metieron en un tren, rumbo a Burdeos. Como nos habíamos enterado, días antes, de que estaban enviando

gente nuestra a España nos pusimos en guardia. En Burdeos nos dijeron que nos iban a enviar a Perpiñán; pero una de nuestras compañeras tenía un mapa y nos dimos cuenta de que nos estaban engañando. Ya que para ir a Perpiñán teníamos que haber pasado por Toulouse, no por Burdeos. Así que, a poco de salir de Burdeos, y viendo que íbamos hacia el sur, es decir: hacia la frontera española, decidimos parar el tren, tirando de la señal de alarma. Nada más detenerse bajamos todos a tierra; pero como resultó que se había detenido dentro de un túnel, la situación era delicada. Fíjate: un tren de diez o doce vagones allí parado y un millar de mujeres y niños en medio de las vías, con el peligro de que llegase otro tren... Parlamentamos. Nos aseguraron que en la próxima estación darían la vuelta y nos llevarían de nuevo a Burdeos. Nos negamos a subir al tren y andando salimos del túnel en plena noche. Un drama, de verdad. Los gendarmes amenazándonos con sus armas. Y nosotros diciéndoles: "Preferimos que nos maten a todos aquí mismo a que nos lleven a la España de Franco". Muchas mujeres se pusieron histéricas porque sus niños lloraban a causa de la oscuridad, de los gritos de unos y otros, y también porque el humo de la máquina nos tenía medio asfixiados. ¡Ya ves qué plan...!

Les dijimos que nos sentaríamos al borde del terraplén hasta que nos recogiese un tren que fuese en dirección a Burdeos. Nos tuvieron toda la noche a la intemperie, ya que el tren que debía recogernos no llegó hasta media mañana. Y era de vagones de carga, por si acaso. Pues bien, pasamos por Burdeos y Toulouse, hasta llegar a Perpiñán al cabo de casi 24 horas de viaje, sin que nos diesen nada para comer ni beber... Y de la capital del Rosellón al campo de concentración de Argelés-sur-Mer, donde en pocos

días se nos murieron muchos niños, de diarrea verde, a causa de la mala leche con que preparaban los biberones. Al protestar —textual— replicaron: “La buena leche está reservada para los niños franceses”.

La explicación había que buscarla en las amenazas proferidas contra nosotros, de que nos arrepentiríamos de haber saboteado nuestra repatriación a España... Y, como era de temer, los primeros en caer, víctimas de las represalias, serían los más frágiles: los niños».

Los niños del campo de Rivesaltes

«Otros grupos, en cambio, fueron a parar al campo de concentración de Rivesaltes —a pocos kilómetros al norte de Perpiñán—, donde, a no tardar, serían internados cientos de niños judíos. Allí, nuestros niños robaban zanahorias para comérselas crudas, empujados por el hambre que atenazaba sus tristes vidas infantiles. Su poca edad y lo justificado de sus hurtos no impedía que, si se les descubría, se les aplicaran inhumanamente los castigos que se consideraban adecuados. ¿Por qué no se ha descrito y clamado con indignación contra el sufrimiento de los niños españoles en los campos de concentración de Francia y de Alemania, donde hubo también su Ana Frank, aunque no escribiese su *Diario*; pero que, de haberlo hecho, hubiese podido describir en él que África empezaba para aquellos españoles más arriba de los Pirineos? Todos aquellos niños quedaron marcados, para siempre, por las vicisitudes sufridas y por el estigma del hambre. Cuando aquellos niños caían enfermos, eran arrebatados a sus padres para trasladarlos al Hospital Municipal de Perpiñán.

Muchos fallecían, sin que aquellos que los amaban pudiesen estar en la cabecera de sus camas para cerrarles los ojos»^[173].

«Del amor franquista por los niños de Morelia».

Testimonio de Emeterio Payá Valera

Al término de las hostilidades en España, el franquismo local comenzó una activa campaña para que fuésemos devueltos a la madre patria. En un telegrama dirigido a la Presidencia de la República, con fecha 2 de noviembre de 1939, un grupo de niños, sin duda manipulados por adultos, pedían al presidente Cárdenas:

«[...] Rogamos a usted dé órdenes definitivas para que promesas hechas en su visita a ésta sean realidades. Lo que solicitamos: nuestra repatriación [...]. Y firman, como «la comisión», seis niños: tres chicos y tres chicas.

Los organismos de antiguos residentes españoles, de clara filiación fascista, piden una audiencia al señor presidente Lázaro Cárdenas, en la cual: «Los suscritos le expresarán a usted, verbalmente, al tener el honor de ser recibidos, los deseos de los padres y familiares de esos niños, en el sentido de que regresen a sus hogares, permitiéndonos comunicar a usted que las instituciones que representamos harán los gastos que demande su repatriación, al ser ésta acordada por usted».

Y firman como portadores de los deseos de nuestros padres y familiares, los presidentes de todo esto: Beneficencia Española, Casino Español, Club España, Centro Vasco Español, Centro Asturiano, Casa de Galicia y Orfeó Catalá. (Carta fechada en agosto de 1939, poco después del triunfo nazi en España).

Entre tanto, nuestros padres, enterados de la maniobra

franquista, unos exiliados en Francia y otros desde España, escribían:

«Excelentísimo Sr. Lázaro Cárdenas, presidente de la República mexicana: Honorabilísimo señor: me tomo la libertad de dirigirme a V. E. para rogarle encarecidamente que los niños españoles que tenéis bajo vuestra protección, los cuales se llaman... aunque Franco los reclame, no los mandéis»... (Sra. Carmen Muñoz, 20 de abril de 1939).

Muchos de los padres de los niños estaban exiliados en Francia y los que en España vivían se negaban a recibir a sus hijos en un país cuya posguerra —que duró más de un cuarto de siglo— era un infierno de hambre y represión.

«Mi propia madre —señala Emeterio—, burlando la censura de la época, que era feroz, hizo llegar una carta a la dirección de la escuela en que imploraba que no fuésemos enviados al caos fascista en que Franco había convertido a España».

Refiere Reyes Pérez, director de la Escuela España–México: «En cuántas ocasiones, ante un rumor cualquiera, han venido los niños hasta nosotros... Y manifestando, entre lloros, su deseo de permanecer en México».

«En Morelia se produjo una gran conmoción cuando, a principios de 1941, y ya instalado en el gobierno el sucesor de Lázaro Cárdenas, el general Manuel Ávila Camacho, se hablaba insistenteamente de que seríamos enviados a España, con o sin reclamación de nuestros padres, algunos ya fallecidos —o asesinados— y otros exiliados en Francia. Ante esa amenaza se produjo una fuga casi masiva de niños.

En un momento dado, se suspendió radicalmente el presupuesto de la escuela. Nuestro envío a España parecía una

inminente realidad y ante tal amenaza y el consecuente cierre del internado, acudieron a dar su apoyo y hacer patente su airada protesta, representaciones sindicales, grupos oficiales y privados mexicanos. Gente del pueblo y padres de familia organizaron guardias de 24 horas para impedir que fuésemos sacados de la escuela. Mujeres, cuyos hijos eran nuestros compañeros mexicanos, se apostaron en las azoteas con provisión de piedras y ladrillos, armas populares con las que iban a rechazar a quienes pretendiesen arrebatarles a sus niños para enviárselos a Franco, añade Emeterio Payá.

Nuestro director informó de la grave situación económica de la escuela al general Cárdenas —entonces jefe de operaciones militares en Baja California— quien, por vía telegráfica, giró una cantidad para solventar los gastos más apremiantes. El mensaje que acompañaba el dinero les fue leído a los niños.

Pocos días después, Reyes Pérez renunció a la dirección y las aguas volvieron a su cauce. Quedamos finalmente en esta patria mexicana, a la que vinimos por unos meses y en la que nos hemos quedado, casi todos, de por vida.

Lo que es innegable es que en México, como en Francia y tantos otros países, los exiliados republicanos españoles —y en este caso concreto: nuestros niños— supieron ganarse el corazón de los nativos. Pese a todas las insidias y calumnias que se difundieron sobre los rojos españoles... Y es fácil imaginar lo que hubiera ocurrido si alguien hubiese pretendido repatriar *manu militari* a los niños de Morelia».

La interminable posguerra

Vicente Andrés Estellés: la voz poética de un pueblo

«Creo en el pueblo, tengo una gran fe en el pueblo, tengo una visión más izquierdista de lo que mucha gente piensa. Pero no creo en absoluto en ninguno de los dirigentes actuales». (De su carta del 19 de marzo de 1980, fechada en Valencia). «La guerra fue para mí un tiempo bello y muy intenso, que viví con ojos de adolescente. Al principio fue esplendoroso... alegre, los camiones, las milicianas, los milicianos, un pueblo que se iba a comer al fascismo..., un pueblo en armas. El tiempo de la posguerra, por el contrario, fue muy jodido, no sólo por la muerte sino por el miedo. Nunca se me olvidará el horror de tener que quemar los libros en el corral de mi casa. Me acuerdo de *La bestia humana*, de Zola. ¡Tú me dirás qué mal hacía eso! Nunca le perdonaré a Franco que nos hiciera una vida tan fea, prohibiendo, prohibiendo, prohibiendo...».

Vicente Andrés Estellés, poeta que asumió, que asume su deseo, su compromiso, expresado con una voz en verso. Compromiso de asumir la voz de un pueblo, ser la voz de su pueblo, ser, para siempre, pueblo. «No te parieron para dormir: te parieron para velar en la larga noche de tu pueblo».

Entrevista de Manuel Peris, para la revista *La Calle*, n.º 29.
10 de octubre de 1978.

«Lo que hubo aquí no fue una Guerra Civil, sino una traición».
Recuerdos de Antonio Gades, nacido durante la defensa de Madrid

Nuestro admirado bailaor, fallecido en 2004, nació por tierras de Levante; pero su padre era uno de tantos obreros que se ergieron en defensores de Madrid, en aquel memorable y heroico otoño de 1936. Tiene pleno derecho, por ello, a ser llamado «niño de la guerra». Y tanto más cuando, a sus dos años recién cumplidos, en 1939, fue —como otros miles de hijos de padres vencidos— una víctima de lo que alguien llamó «la guerra de la posguerra».

Antonio Gades, además, merece estar aquí porque, fiel a su vocación artística, el niño-mozalbete consiguió superar las injustas limitaciones de signo clasista y conquistar un lugar al sol al tiempo que se forjaba una conciencia política y un talante social genuinamente progresistas. Por eso se declaraba leninista y no socialdemócrata: «Porque la socialdemocracia contribuye a elevar el nivel de vida de los esclavos, pero no tiene como objetivo abolir la esclavitud».

La capilla de Antonio Gades, que guardaba en una manoseada cartera en el bolsillo posterior del pantalón, la iluminaban tres instantáneas de su vida real. Primero una fotografía, en sus once años —en 1947—, vestido de botones, del fotógrafo Juan Goyen, con dedicatoria a sus padres: «De parte de un obrero».

Casi sesenta años de la Guerra Civil. Sesenta y ocho años de Antonio Gades. Parece un chiste de Gila; pero pone la piel de

gallina. «¡Fíjate si soy del 36 que yo nací en noviembre y mi padre era del batallón *Octubre*! Dejó a mi madre en Elda con una barriga impresionante y se vino a Madrid, al frente».

«Se han encargado de que se pierda la memoria, pero yo tengo la guerra presente diariamente. Esa injusticia, esa traición al pueblo... Lo que hubo aquí no fue una Guerra Civil, sino una traición».

Gades nunca hablaba de arte, sino de los suyos. Una gran familia. Gades prefería hablar del hambre, del niño que empezó a hablar por hambre. «No había más que ser futbolista, ciclista, bailarín, torero, boxeador, lo que querían ellos, los que pagaban para divertirse; pero las universidades y los colegios, eso no era para nosotros. Un albañil debía parir albañiles».

Cuando Gades llegó al baile cambió las lentejuelas por los harapos y los banquetes por las bodas de sangre. Con él llegó la autenticidad y la liturgia del pueblo a la danza española: «No es lo mismo moverse con la pana que con las lentejuelas. Eso le da autenticidad al mismo intérprete que lo lleva. Quería que mi compañía bajase del autobús en un pueblo y que pareciera que eran del pueblo. Los pueblos que cantan y bailan son más difíciles de doblegar por el imperialismo. Cuando descubrí a Lorca pensé por qué estaba prohibido. Luego me di cuenta de que la cultura siempre es revolucionaria, para ellos, claro».

«De *Fuenteovejuna*, lo que más me importa es la solidaridad del que pierde, del humilde... es la unión de todo un pueblo cuando decide tomarse la justicia por su mano... en esta obra sólo se pronuncia el “yo” en el momento en que se pregunta al pueblo quién mató al gobernador... mientras que hoy en día no se dice más que “yo”... estamos en la cultura del “yo”...».

«Carmen es un personaje mucho más serio —que la *Carmen* de Bizet—, es una mujer con conciencia de clase. Es honesta, cuando se enamora lo da todo y cuando acaba el amor lo dice claramente, porque ella no es propiedad privada de nadie. Carmen es, ante todo, un canto a la mujer libre. Más mujer no se puede ser...».

«Somos independientes —decía Gades, en relación a su compañía, creada en 1963 con cinco bailarines—. Nunca hemos tenido subvenciones, ni las queremos. No tenerlas nos da el poder de la libertad. Esto nos permite bailar donde queremos y cuando queremos. Sí, es cierto, la amistad y nuestro compañerismo ha influido mucho para que este barco vaya para adelante».

Uno de los ejemplos de las excelentes relaciones entre todos los miembros de la compañía fueron sus actuaciones en Cuba, donde trabajaban sin cobrar. «Vamos gratis porque allí no pueden pagarnos», puntualizaba Gades. Según él, cualquiera que desee prosperar en algo estrechamente relacionado con la cultura de un pueblo «debe vivir con ese pueblo, saber cómo se bebe, cómo se está en los bautizos y en las bodas, cómo se respetan los novios... El que lo entienda como un mero ejercicio está perdido»^[174].

«¿Franco?: ¡Un maricón como la copa de un pino!».
(*En Bilbao, con la Legión Extranjera*)

«Cuando terminó la guerra —nos relata A. C., prestigioso abogado barcelonés—, el 31 de marzo de 1939, enseguida nos pusimos a indagar lo que había sido de mi hermano, dado por desaparecido en la batalla del Ebro. Era de la quinta del biberón. No tardamos en tener noticias suyas. Estaba en un campo de concentración,

cerca de Bilbao. Cuando fue hecho prisionero no tenía todavía dieciocho años. Así que tan pronto se medio restablecieron las comunicaciones ferroviarias, nos embarcamos hacia tierras vascas con mi madre, a tratar de rescatar a mi hermano.

Ni que decir tiene que, como la inmensa mayoría de las familias de la llamada “zona roja”, nosotros también andábamos bastante escasos de dinero válido. Ya que los billetes republicanos no valían para nada. Después de varios trasbordos, a causa de los puentes volados, en Cataluña y Aragón, por la guerra, tras una breve parada en Pamplona, y tras dos días de viaje, llegamos a Bilbao. Allí nos tuvimos que hospedar en una pensión de mala muerte. Pero lo peor no era la “humildad” del lugar sino que la dueña —viuda roja de guerra—, para poder salir adelante, había transformado la mitad de las habitaciones de la pensión en prostíbulo. A nosotros nos tocó un exiguo dormitorio —mi madre dormía en la cama y yo en una colchoneta tirada en el suelo—, con una de esas ventanas altas, para airear, que están casi a ras de techo. Y que daba, precisamente, a una de las habitaciones de las de alterne. Nos pasábamos las noches en vela, oyendo la “banda sonora” de la docena o docena y media de pases, con suspiros, gemidos y palabrotas, hasta el amanecer. Luego, allí, se acostaban dos prostitutas, que se tiraban un buen rato contándose las menudencias de la velada... Mi madre, ella, se pasaba la noche diciéndome: “Antonio, tápate bien las orejas...”.

Durante el día andábamos de visita, con militares, falangistas o requetés, a ver si conseguíamos los avales y el salvoconducto para trasladarnos hasta el campo, y ver en qué situación estaba mi hermano. La gestión que nos permitía albergar más esperanzas era la realizada cerca de los requetés–carlistas–tradicionalistas.

Curiosamente, aunque las tres denominaciones significaban lo mismo, era conveniente usar de una u otra según la región donde uno tratase con ellos. Era fácil deducir que los de una zona eran más de fiar que otros. Por ejemplo: donde estuviese un requeté navarro... El caso es que mi madre se había acordado de un primo suyo de familia carlista, de los que tenían por divisa aquello de: Dios, Patria y Rey. Y a él recurriría; el cual, haciendo gala de una memoria similar a la de mi madre, recordaría a su vez el nombre de una familia de Tarragona —también carlista—, cuyo padre había hecho la guerra de Cuba con un tío suyo. Y que, pese a que éste era más bien liberal, al volver de la guerra habían quedado tan amigos.

Mi madre, que era una mujer muy decidida, se presentó en Tarragona y no paró hasta que dio con los descendientes del carlista en cuestión. El cual, al conocer el motivo de la gestión, comentó: “¡Claro que trataremos de salvarlo! ¡Si se trata de un crío!...”. “¡Estos rojos... —¡qué barbaridad!— si no acabamos la guerra hubiesen enviado a las trincheras a los niños de teta!” Unas líneas bien pergeñadas —con escudo heráldico y todo— nos conducirían hasta la sede principal de los requetés en Pamplona. Allí nos dieron un pase para llegar hasta Bilbao y una dirección donde encontrar al alto mando tradicionalista. (Sí, claro, hago estas distinciones porque me consta que, como en el campo falangista, también había requetés de aluvión... que vistieron camisa azul o se encastraron la boina roja para salvar su piel).

Entre unas cosas y otras, permanecimos en Bilbao un par de semanas. Hasta que recuperamos a mi hermano, claro. Y, como para festejar el acontecimiento —es un decir—, aquella noche, en la pensión—prostíbulo se organizó un follón de antología. Resulta

que habían irrumpido —poco después de encerrarnos los tres en nuestro cuchitril—, en el local de alterne, una veintena de legionarios. Algo bebidos y exigiendo que cerrasen la puerta de la calle, que les preparasen una buena cena y que les reservasen todas las pupilas —una media docena de chicas— para ellos.

Paso por alto el criterio, las canciones, los brindis, los vivas, los eructos y los vómitos... y la desvergonzada fornicación por todos lados... Hasta que uno de ellos, cuyo atronador vozarrón marcaría el compás de aquella desaforada juerga, preguntó:

—¿A que no sabéis quién fue el gran militar español que en la guerra de África decía: “¡Ni mujeres, ni juegos, ni curas!”?

Silencio general...

—¡Analfabetos, coño! ¡Qué no conocéis ni un pelo de nuestra historia!

Y, tras breve pausa, proclamaba: “¡Franco, coño, Franco! ¡Era él, nuestro invicto caudillo!”.

Entonces estallaron, como cohete, los vivas a Franco, vivas al caudillo y los Arriba España. Cuando se atenuaban los gritos, el de la voz de trueno retomaba la palabra:

—Dijo que de mujeres *na*. ¿Os dais cuenta? ¡Yo pienso que el caudillo es de los del paso *cambiao*!

—¿Y eso qué es?

—¡Ignorantes, coño! ¿Qué va a ser? ¡Un maricón como la copa de un pino!

Sorpresa general. Y el acusador agregaba:

—¿O es que no sabéis que se lo tiran los moros de su escolta?

Otro se despertó:

—Claro que sí... ¿por qué tiene que llevar guardia mora... como si los españoles no tuviésemos cojones para protegerlo?

—Y eso es, precisamente, lo que él no tiene —apostillaba el de la voz cantante—... porque si fuese un caudillo como Dios manda, con un buen par de huevos, no nos dejaría a los legionarios aquí, pierna sobre pierna...

Expectación general.

—Sino que pondría al alcance de las pollas legionarias a las mujeres rojas de buen ver... ¡y les enseñaríamos cómo las gastamos los hombres de verdad! ¡Las preñaríamos a todas, crearíamos una nueva raza de españoles, que es para eso que hemos luchado en la Santa Cruzada de Liberación! ¡No para tener que estar cascádonosla al sol!

A la vista de tan atractivo programa, los legionarios corearon al del vozarrón:

—¡Queremos mujeres! ¡Queremos mujeres rojas! ¡Queremos mujeres rojas!...

Apenas amaneció, con legionarios durmiendo y roncando por todas partes, mi madre creyó llegada la hora de abandonar la pensión y esperar en la estación todas las horas que hiciese falta para coger el tren de Barcelona. Nos despedimos, sigilosamente, de la dueña de la pensión, la cual confesó que, en un momento dado, temió que las violasen también a ellas dos, a ella y a mi madre...»^[175].

Los siniestros «hogares» de Auxilio Social.

Testimonio de Carlos Giménez

«El mayor sarcasmo es que llamasen “hogares” a aquellos siniestros lugares. Y bajo el amparo del llamado Auxilio Social, que nunca auxilió, socialmente hablando, a nadie.

El daño que hicieron a cientos, a miles de niños y niñas fue irreparable. Porque éstos, aunque les estuviesen repitiendo constantemente que sus padres eran la hez de la humanidad y que ellos estaban redimiéndolos con sus sufrimientos, la verdad es que la inmensa mayoría no comprendieron nunca lo que les estaba pasando.

Algunos, unos pocos, de alguna manera fuimos almacenando experiencias. No sabría decirte si era porque teníamos una mayor sensibilidad y por tanto una mayor capacidad de asimilación positiva, o quizás un carácter más impermeable. Lo cierto es que, más tarde, y me refiero a mi caso, llegado el momento de expresar vivencias pasadas, me encontré con un material para la reflexión incalculable.

Entonces, a medida que iba perfilando mis relatos—recuerdos y mis personajes, me di cuenta de que nuestros inquisidores eran todos gente anormal. Eran desequilibrados, ésa es la palabra que los define mejor. Habían inventado una guerra purificadora y la habían ganado, tras haber acuñado la muerte como principal recurso de la purificación.

No, en absoluto, de haberse tratado de la muerte a secas la cosa no daría para muchos comentarios. No, es el refinamiento, el sadismo, la brutalidad, el ensañamiento; o sea: este inaprensible rosario de comportamientos tan inhumanos, lo que caracterizará la represión de los franquistas. Y, como es lógico, el clima que imperó en los asilos, hospicios, reformatorios, hogares, donde los menores de edad “rojillos” constituían el blanco de sus obsesiones.

Sí, naturalmente, yo, que no soy Freud, ni nada que se le parezca, dispondré de una serie de clichés inestimables para

reconstruir mi pasado, en Paracuellos, y el de mis compañeros de infortunio.

Y aunque tú me digas que esos comportamientos tan desequilibrados se dieron por todo el país, yo no creo que ello obedeciese a una consigna general. No, yo más bien pienso que la coincidencia se debe a que, en cualquier lugar —y en todos ellos a la vez— la realidad reflejó idénticas frustraciones e indigencia. Físicas, las primeras, por lo regular, y morales las otras. Y, claro, como ellos y ellas habían podido observar con qué naturalidad vivían y se desenvolvían sus enemigos antes de la guerra, pues en cuanto se presentó la ocasión fueron a por ellos. Pensaban que con su victoria militar habían conquistado su derecho a la naturalidad... a la libertad, en una palabra. Y no fue así, ya que tan pronto se normalizó su vida volvió la hipocresía y la mezquindad de siempre. Por eso se ensañaron con nosotros, porque nos veían como futuros herederos de las normas libres de nuestros padres. Y se dijeron: “A esta gente menuda le vamos a quitar las ganas de vivir”. Y ya está.

Era la eterna lucha entre la libertad y la opresión. El doctor Tordjman lo subraya así: “Desde que nacemos nuestra personalidad se construye sobre dos líneas maestras: la del placer, que se engendra en cada uno de nosotros y que pugna por preponderar, y la de la frustración, que nos es impuesta, cada día con mayor violencia, desde fuera”^[176]. Sí, claro, basta con que el general Mola, en sus primeras instrucciones, diga que debe imperar un tal terror que nadie podrá sentirse al abrigo... pero no hace falta que diga cómo debe extenderse ese terror... al tener carta blanca en los mil rincones de la piel de toro en todas partes saldrán a la calle grupos de sujetos anormales que darán rienda

suelta a toda la mala leche acumulada... quizá desde hace generaciones. ¿Comprendes? Como sale a relucir, en el otro bando, el republicano, la sed de justicia social de la que sufren los trabajadores, también desde generaciones.

Con todo, te confieso que cuando estaba dibujando *Paracuellos* se me caían los lagrimones sobre el papel. Sorprendentemente, esa historia, la de una infancia en un colegio del denostado Auxilio Social de la posguerra, gustó a todos los públicos, superó las fronteras locales, se convirtió en un clásico de la historieta a lo Dickens. Es que *Paracuellos* le puede interesar a un niño aunque no sepa ni qué era la Falange ni quién era Franco, porque siempre queda la parte del crío que sufre, que eso llega a todos».

Carlos Giménez me confiesa que hizo *Paracuellos* a la desesperada, porque necesitaba contarla.

El prologuista de *Paracuellos* —el andaluz Manuel G. Quintana — fijó los tramos principales de la vida del dibujante y también la impronta del «Hogar» de Auxilio Social sobre el niño madrileño:

«Carlos ingresó, en 1947, en uno de esos colegios a la edad de seis años y estuvo internado hasta los catorce. No siempre en el mismo centro; pasó por varios y en cada uno de ellos la tónica era la misma. No se puede hablar, por lo tanto, de un centro en particular sino de una institución en general. Poco importa que cada uno de los capítulos de *Paracuellos* sea absolutamente real, que aparezcan en la memoria de Carlos Giménez un poco distorsionados por el tiempo; poco importa si uno de ellos se basa en recuerdos borrosos, en impresiones sueltas o si son algo ficticios... Lo cierto es que aquellos “colegios” existieron —y esto

no tiene vuelta de hoja—, que los regían personas como las que se nos muestran: sacerdotes, monjas, damas de la catequesis, falangistas, celadoras de la Sección Femenina, empleadas de Auxilio Social, “maestros” deshumanizados, delatores..., que en ellos se daba ese tipo de “educación”, y que sus efectos fueron terriblemente castrantes para su población infantil. Lo cierto es que Carlos Giménez pasó por ellos.

En el interior del colegio, en los que lo dirigen, en su funcionamiento interno —sigue explicándonos Quintana— nos encontramos con todas las características de una dictadura y, por más señas, aferrada a un espíritu religioso de un fanatismo insuperable. Capítulo a capítulo vamos reconociendo los cuarenta años de oscurantismo político, cultural, económico y espiritual. La “educación” religiosa y sus nocivos efectos es otro de los puntos que Giménez no pasará por alto. Es sabido que, al finalizar la Guerra Civil, Iglesia y el Estado forman un aberrante monstruo de dos cabezas y un solo estómago. Una Iglesia al servicio del Estado y un Estado del que se favorece y al cual favorece. La simbiosis era perfecta»^[177].

Sin duda para demostrar que no tenía la memoria corta en *Paracuellos-2*, Carlos Giménez, incluyó un capítulo, “Algo más sobre Auxilio Social”, donde escribía:

«Podía haber contado cómo nos castigaban sin beber agua y nos cerraban las llaves de paso. Y cómo Pichi se subió a una cisterna de un retrete, para intentar sorber el agua que hubiese allí dentro, y cómo se desprendió la cisterna y casi le machaca la cabeza y cómo tuvieron que llevarlo urgentemente al “hogar-enfermería”. Y cómo nos comíamos todo tipo de basuras, cáscaras

y desperdicios, cómo convertíamos en chicles, a fuerza de mascar y mascar, la cera de las velas, la suela de los zapatos de crepé, la goma de las pelotas y el alquitrán. Cómo nos comíamos el Pelikanol, la pasta de dientes, las gomas de borrar y todo tipo de hierbas, a las que teníamos perfectamente clasificadas: cuernos, acordeones, tetas de vaca, vinagretas, pámpanos, panecillos, zapatitos del niño Jesús, pan y quesillo, etc.

O cómo ninguno de los niños del “Hogar” entendía el reloj, porque no había un solo reloj en todo el colegio.

O cómo el director del “Hogar García Morato”, el padre Rodríguez, nos daba las bofetadas dobles. Es decir, con las dos manos a la vez, una por cada lado de la cara, lo que, según él, tenía la ventaja de que así no nos caímos al suelo.

O cómo a Máximo, por comerse la comida de *Cadenas*, el perro de la directora, le salió un quiste en un pulmón y cómo se lo llevaron al “hogar–enfermería” y cómo no lo volvimos a ver. O cómo, cuando teníamos una pupa o una herida infectada, se la llevábamos a *Cadenas* para que nos la lamiera y nos la curara; lo que el pobre *Cadenas* hacía perfectamente, dejándonos las pupas totalmente limpias de porquería.

O cómo *Cadenas*, cuando los niños se peleaban, se ponía furioso y empezaba a ladrar y a rugir hasta que los niños, atemorizados, dejaban de pelearse.

O cómo, un día, Dionisio Polo mordió a *Cadenas*, mientras que éste, que era un perro lobo de aquí te espero, jamás mordió a ningún niño.

O cómo hacíamos la gimnasia, en pleno invierno castellano, sobre un suelo blanco de escarcha y de hielo, con las manos y los pies que se nos reventaban de sabañones.

O cómo Cándido, después de las vacaciones, al regresar al “hogar”, acompañado de su madre, procuraba no llorar para no entristecerla más, iba rezando en el tranvía para que el tranvía descarrilase; rezando en el tren para que descarrilase el tren; y haciendo esfuerzos desesperados para no ser como la mayoría de los niños, que regresaban al “hogar” a rastras, llorando y pataleando, y haciendo llorar a los familiares que los traían. Y cómo Cándido, al llegar la noche, cuando se acostaba, se tapaba la cabeza con la mano para que nadie le viese, y lloraba, lloraba, hasta quedarse dormido. Y el llanto le duraba una semana.

En fin, hay muchas, muchísimas cosas sobre los “hogares” de Auxilio Social que se quedan sin contar. La mayoría de ellas, malas; pero también algunas buenas.

Como buenas y cariñosas eran la señorita Justi, la señorita Solé, la señorita Paula y la señorita Amalia, de las que guardo grato recuerdo.

Todas ellas eran chicas el pueblo de Paracuellos del Jarama; chicas jóvenes que no venían ni de Falange ni de la Sección Femenina, ni de ninguna otra institución. Chicas que hacían su trabajo con alegría y con cariño, chicas que veían en nosotros más a sus hermanos pequeños que a los “hombres del mañana”. Nosotros esperábamos con ganas que llegaran los días en que a ellas les tocaba guardia, porque esos días eran días mucho más felices. La señorita Sole era muy guapa y nosotros arreglábamos especialmente para ella una vieja canción: Sole, Sole, Sole, Sole, *cuánto me gusta tu nombre, Soledad. Sole, Sole, Sole, Sole, Sole*, jeres la más guapa del “hogar”!» (En Premiá de Mar, 1981)^[178].

«Bebíamos el agua de las cisternas de los retretes».

Testimonio de Adolfo Usero

La entrevista se simultaneó con una historia filmada de los niños recogidos en el “hogar” de Auxilio Social de Paracuellos del Jarama, en los años cincuenta y sesenta.

Años 1950–1952. Carlos y Adolfo tenían, respectivamente, nueve y diez años. A este último lo llevó su padre para no contagiarle la tisis galopante que se apoderado de él. Acababa de perder a su mujer y al hijo mayor, quedándose solo con cinco hijos.

«Ahora, a los niños de aquella escuela (140 internos y 10 externos), que son de Paracuellos, les cuesta creer —no se lo creen, vamos— que todo lo que les contamos haya podido ocurrir, años atrás, allí.

El edificio pertenecía a los duques de Medinaceli, que lo habían cedido, caritativamente, a los falangistas. Allí, ahora, tienen un taller de cerámica, un grupo teatral, la tele... Y hacen una vida de los más normal. Mientras que nosotros nunca comimos huevos, ni fruta, ni leche... Y por las noches no te podías mover de la cama y las noches de verano, cuando tenías sed, salías del dormitorio, a escondidas —exponiéndote a ser castigado...— a buscar agua a las cisternas de los retretes...

En el verano nos obligaban a hacer la siesta, a pleno sol, en el patio, echados boca arriba, sin permitirnos hacer el menor movimiento ni decir esta boca es mía...».

En la película se ve a un profesor de catecismo hacer un auto de fe con la colección de tebeos (de *El cachorro*), adquiridos por Carlitos, que ahorraba unas perras vendiendo parte de su ración

de pan. Carlitos siempre dijo que sería dibujante de tebeos y que un día vendría al «hogar» a traer montones de tebeos a sus amigos. Y también un camión de bocadillos. «¡A ver —les diría—, los que quieran bocadillos que se pongan en fila! ¡Y no os apelotonéis, que habrá para todos!».

El abuelo, Evelio Saldaba —el jardinero del «hogar»— adoptó prácticamente a Carlitos y lo llevaba con su familia —la del abuelo — a Paracuellos. Tenía su casa detrás de la iglesia.

En los días de visita —el 1.^º y 3.^º domingo de cada mes—, sin saber muy bien por qué, abundaban las visitas de los abuelos y las abuelas de los niños.

Carlitos se sentaba en la cama de sus compañeros, a contarles las historietas que se inventaba. Una noche se quedó dormido, junto a uno de ellos y, al día siguiente, los dos niños, bajo la sospecha de haber hecho «cosas sucias», se vieron sometidos a un interrogatorio vergonzoso, que ninguno de los dos niños entendió en absoluto.

En el coloquio, que siguió a la proyección y la entrevista, el historiador Rafael Abella dijo que alguno de aquellos niños, al salir de los «hogares», sin la más mínima preparación —que no fuesen los rezos, incluso en latín, sin que los niños entendiesen nada de aquella lengua muerta—, se hicieron atracadores y acabaron en el garrote vil... hasta en casos en que no había sangre por medio. Bastaba que comprobasen que su estancia en un «hogar» no los había regenerado... Sólo se apropiaban de bienes ajenos, de los que ellos siempre habían carecido y de los que los privilegiados vencedores de la Guerra Civil hacían una provocadora ostentación.

En el turno de llamadas, un vasco, que había estado 20 años en dos «hogares», y que ahora vive en Béjar (Salamanca), y otro de

Málaga —también ex pensionario de un «hogar» de Auxilio Social—, coincidieron en reprochar a Carlos Giménez lo suaves que eran sus relatos comparados con la realidad que los dos habían vivido. Expusieron dos recuerdos: «Cuando llamaban a formar tenías que hacerlo rápido, dando un taconazo en el suelo, extendiendo el brazo en alto y gritando: ¡Arriba España! A los tres últimos en formar los castigaban con media hora pegando taconazos y vociferando los gritos de ritual».

«A un compañero, Cándido, lo metieron en el “hogar”, en 1944, a los cinco años, por ser hijo de un rojo huido a Francia. Padre e hijo no se volvieron a ver hasta 1961, cuando Cándido tenía veintidós años...».

Carlos Giménez y Adolfo Usero, además de excelentes amigos —amistad que empezó a forjarse en el «hogar» de Paracuellos—, son dos de nuestros mejores creadores de historietas —texto y dibujos— y sus obras han sido traducidas en varios países de Europa y de América.

(Programa *Vivir cada día*. TVE-1. 19 de marzo de 1984).

«Con once años tuve que lavar los paños higiénicos de las monjas».

Testimonio de Francisca Aguirre

En los recuerdos de Paca Aguirre se reproducen dos aspectos fundamentales de la represión franquista. El primero fue el de las innumerables familias de vencidos que se quedaron sin hombres, los unos muertos o desaparecidos en los frentes de guerra; los otros, en la cárcel, exiliados o asesinados. Lidia Falcón, en uno de sus libros, nos ofrece una dilatada panorámica de la soledad femenina, en el campo republicano, tras el fin de nuestra guerra^[179]. El segundo aspecto es el de mantener la esperanza de los familiares de un condenado a muerte, a veces durante años. Obligando a sus familias a múltiples y humillantes gestiones para obtener la conmutación de la última pena; para, al final, ser ejecutado. Como ocurrió con el padre de Paca Aguirre^[180].

«Mi abuela era de Baeza. Había conocido el hambre y la miseria desde siempre. Y tal vez por eso era una mujer sumamente desconfiada y bastante escéptica. Toda su vida había trabajado durisimamente para sacar adelante a un marido enfermo, que de vez en cuando se recuperaba milagrosamente y le echaba una mano para que comieran sus seis hijos. Mi abuela Genara fue uno de esos esclavos de la noria que jamás levantó cabeza; para colmo de males, le tocó en suerte un marido anarquista y romántico, defensor de causas pobres, pobre él también, una especie de Don Quijote que, a falta de Rocinante, tocaba la guitarra y escribía versos. Mi abuelo era castellano viejo y hombre de bien. También era hombre de temperamento. Además, era calvo desde los veintisiete años. Su calva y su sentido de la dignidad estuvieron a punto de costarle la vida y fueron los causantes de la miseria de su familia. Mi abuelo se llamaba

Faustino y era fotógrafo de los campamentos militares en Ceuta. En 1915 la familia se defendía bien, ya que mi abuela era una excelente auxiliar de fotografía. Pero un mal día, mi abuelo estaba agachado colocando el trípode, cuando a un teniente se le ocurrió la jubilosa idea de escupirle en la calva que, al parecer, brillaba ostensiblemente bajo el sol marroquí, y también porque mi abuelo era un hombre pulcrísimo. El teniente recibió como pago de su gracia una paliza algo excesiva. A mi abuelo estuvieron a punto de formarle consejo de guerra como agregado al cuerpo militar y al final se conformaron con expulsarlo de Ceuta, y naturalmente, dejarlo sin trabajo.

A partir de ese momento, la familia fue de desastre en desastre y mi pobre abuela recorrió la mitad de la geografía española con la máquina de fotografiar al hombro, acompañada por su hijo varón mayor, que contaba la respetable edad de doce años, mientras mi madre, que tenía trece, cuidaba de sus hermanos y de su padre enfermo.

Afortunadamente para él, mi abuelo murió en abril de 1936. Yo tenía seis años. Mi abuela le sobreviviría hasta 1969. Recuerdo muy bien el rostro de Quijote de mi abuelo, con sus dulces ojos negros y su increíble alegría, que contrastaba con la estoica tristeza de mi abuela. Cuando el desastre del 36 se nos echó encima, mi abuela, que vivía ya con nosotros, aceptaría aquel horror con la naturalidad del que ya tiene un largo aprendizaje en desgracias.

En aquellos días de caos y éxodo continuado —mi familia siguió al Gobierno de la República de Madrid a Valencia y de Valencia a Barcelona—, la única que se mantenía como siempre era la abuela. Sólo le preocupaba que no nos cayera una bomba y

que ella pudiera ahorrar un poco de dinero para cuando todo aquello acabara. Cuando, finalmente, todo acabó, la abuela, como siempre, se encontró con las manos vacías.

En 1940, la familia estaba destrozada. Dos hermanos de mi madre, de veinte y diecisiete años, estaban en un campo de concentración, y mi padre en la cárcel. La abuela removió cielo y tierra para sacar a los chicos del campo y lo consiguió. Y dos esqueletos sonrientes empezaron a repartirnos abrazos y besos. Llegaron ellos casi clandestinamente y por pura casualidad o milagro, y nos encontramos todos sin atrevernos a estar contentos y sin saber qué hacer con el hambre espantosa que todos teníamos. Mi madre no se separaba de la puerta de la cárcel, esperando alguna noticia. La abuela, con sus sesenta años, se lanzó a la calle a buscar cualquier tipo de trabajo. No había manera. Madrid era una especie de ruina por la que transitaban otras ruinas.

A mí el hambre me volvía loca. No podía pensar en otra cosa que no fuera comer. Había comida de todo: cáscaras de patatas, de naranjas, de plátanos. Recuerdo que un día me enteré de que existía un sitio que se llamaba Auxilio Social, en donde daban comida. Se lo dije a mamá y a la abuela. Me contestaron que no, que era muy peligroso para los tíos, que me tenía que estar en casa, calladita y sin hablar con nadie. Y que, además, eso era una vergüenza, que papá estaba en la cárcel y que yo no podía ir a mendigar comida precisamente a esos “señores” que eran los que lo habían encerrado. Mi hambre estaba condenada a la clandestinidad.

Hay gente, como León Felipe, que, al parecer, no tuvo “un mi abuelo”. En cambio, yo tuve un abuelo maravilloso. Mi abuelo fue

un ser inolvidable. Se llamaba Faustino y era un gran jugador de ajedrez y bastante buen jugador de billar. Lo veo jugando al ajedrez con mi padre y hablando de política. Mi abuelo era un anarquista romántico y un liberal a ultranza. Era el eterno defensor de las causas pobres. Él también era pobre; pero de otra manera, de una manera más despreocupada. En casa de mi abuelo, en cuanto había dos pesetas, todos se sentían ricos. Ese talante familiar era sin duda obra de mi abuelo. Y por eso mi padre lo quería y por eso mi abuelo resultaba inolvidable. Era salmantino, anticlerical y antimilitarista. Leía el *Quijote* y todas las noches rezaba el padrenuestro. En casa de mi abuelo se escuchaba a Carlos Gardel con más respeto que a Caruso, y esto por una sencilla razón: mi abuelo, historias que no estuviesen en cristiano, no aceptaba ni una. El abuelo enfermó a los veintisiete años y todos dijeron que se moría. Lo dijeron todos menos él. Él decidió vivir porque tenía seis hijos y una mujer que lo adoraba. El abuelo, con veintiséis años, pescó una pleuresía supurada y todos creyeron que se moría. Lo creyeron todos menos él. Él, cada tres o cuatro meses se moría; pero justo cuando empezaban todos a llorar, el abuelo decía que no. Pedía café, recortaba un poco su barba, cogía su sombrero y su bastón y se iba a jugar al billar.

Mi abuelo hacía de todo: componía música, tocaba el violín y la guitarra, pintaba, arreglaba zapatos, escribía, cosía a máquina y sobre todo hacía fotografías. Lo suyo eran los retratos. El abuelo pasó su vida jugando al escondite con la muerte y, mientras esa señora lo buscaba, mi abuelo trabajaba. Muchas veces he pensado que la muerte no encontró antes al abuelo porque jamás se le ocurrió pensar que estaba trabajando.

Cuando empezaron los disturbios, a principios de 1936, el

abuelo dijo a los suyos que el horror se acercaba aceleradamente. “No quiero verlo”, dijo. Así que se fue a ver aquello que más quería: el Guadarrama. Se dio una vuelta en coche con su hijo mayor y le mandó un recado a su enemiga. Y a mediados del mes de abril de 1936, mi abuelo dejó de jugar al escondite con la muerte. Rafael Alberti ha dicho en un poema: «Yo nací — ¡respetadme! — con el cine». Mi padre nació antes que el cine. Mi padre, que fue siempre un entusiasta, se enamoró locamente del cine. Fue un flechazo, según cuenta mi madre. Papá salía de un cine para entrar en otro. Una de las primeras cosas que recuerdo es una imagen cinematográfica: la cara de Charlot metida dentro de un farol. No sé qué recuerdo mejor: si el susto de Charlot o mi propio terror mirando aquella cara.

Mi padre era hombre de café y tenía la tertulia en el café Zahara. Allí se reunían pintores y escultores y allí íbamos a buscarlo mamá y nosotras tres: Susy, Margara y yo. Susy y yo agarraditas de la mano, Margara en brazos porque era muy pequeña. Papá salía silbando, mamá se cogía de su brazo y a merendar y al cine. Y muchas veces, cuando acababa la película, papá decía: “Vámonos a cenar por ahí y luego nos vamos a otro cine”. Mis seis años aprendieron desde entonces a creer en las milagros. Tal vez por eso, el cine, para mí, siempre es maravilloso. Conmigo no han podido ni *El derecho de nacer*, ni *Raza*, ni *A mi la Legión*. Nada. En cuanto las figuritas empezaban a moverse, yo, en mi butaca, volvía a ser la niña feliz de seis años. Siempre estaré en deuda con el cine. Señor, qué invento, qué prodigioso invento.

Allá por 1945, el hambre seguía poniéndonos cerco. Un día, la abuela hizo recuento: seis pesetas de capital. Una barra de pan costaba un duro. Éramos cinco a cenar: nosotras tres, mamá y la

abuela. “La barra —dijo la abuela— y nos sobra una peseta.” Estaba claro: no había para cenar. La abuela estuvo cavilando un rato. “Va a ser peor que nos comamos la barra, va a ser mucho peor, hija, el hambre no nos va a dejar dormir. Como le echemos algo al estómago esto va a ser un drama. ¿Y si nos vamos al cine? Por un duro nos vemos dos películas y nos sigue sobrando la jodía peseta; si os parece, se la damos al acomodador”. No se me olvida: las cinco muertas de hambre y en la pantalla *Los tambores de Fu-Manchú*.

Definitivamente, el hambre nos mataba. Mamá se debatía entre el terror de lo que pudiera sucederle a mi padre y el horror de lo que nos estaba sucediendo a nosotras. No se movía de la puerta de la cárcel y mientras esperaba, como un angustiado centinela, no dejaba de pensar que sus niñas no comían. Sus niñas éramos nosotras. Las que no comíamos éramos Susy, Margara y yo.

Alguien le dijo a mi abuela que había un convento donde acogían a los hijos de los presos políticos, a quienes sus familias no podían mantener. Mamá y la abuela se resistían, no querían separarse de nosotras. Pero finalmente no hubo más remedio. O el convento o el hambre. Nosotras teníamos ya el estómago tan pasado que nos daba más miedo la separación que el no comer. El hambre era lo conocido. Lo otro era el vacío. Separarnos de mamá era el espanto. No queríamos ir. Finalmente fuimos. Mamá y la abuela nos llevaron una tarde al convento de Santa Gema Galgani. Estaba en una bocacalle de la Castellana. No recuerdo en cuál y nunca he querido preguntarlo. Hacía buen tiempo. Mamá nos había puesto los tres únicos vestiditos que nos quedaban. Eran los tres de crespón. Los de Susy y Margara verde manzana y el mío

color salmón. Tenían un canesú de nido de abejas. Salieron a recibirnos unas monjas vestidas de seglar. Llevaban todas moño y eran muy serias. Cuando mamá y la abuela se fueron supe por primera vez en mi vida lo que era el abandono.

Las tres, cogidas de la mano, miramos en torno nuestro. Era un salón vacío, no muy grande, y en él, apelotonados unos contra otros, había unos veinte o veinticinco niños y niñas. La mayoría eran niñas, pero también había niños muy pequeños, entre dos y tres años. Se trataba de casos en que tanto el padre como la madre o estaban en la cárcel o habían muerto. Nos unimos al asustado grupo. Un rato después aparecieron las monjas. Nos pusieron en fila y nos llevaron a una especie de dormitorio. Nos dieron a cada uno un pedazo de pan y un vaso de agua y nos explicaron que estábamos allí por pura piedad, porque éramos hijos de asesinos, y que teníamos que hacer méritos para que nos perdonasen. Por ejemplo: teníamos que obedecer en todo, y nada de que los pequeños se measen en las camas. A los que se mearan, los subirían al desván completamente solos. Hubo un silencio espeso. Después, una de las monjas dio una palmada: a rezar y a dormir. El terror nos paralizó de tal forma que yo creo que, menos los más pequeños, que no entendían lo que se decía, aquella noche no durmió nadie. A la mañana siguiente nos levantaron muy temprano, nos dieron otro pedazo de pan y nos peinaron a todas con el pelo hacia atrás. Había muchas niñas con el pelo rizado o con el pelo largo. Se enfadaron muchísimo y decidieron que lo mejor era pelarnos. Y nos pelaron. Teníamos un hambre horrorosa. Teníamos un miedo horroroso. Pero el hambre era tanta que terminó movilizándonos. Descubrimos que en una parte del patio del convento había cubos de basura y que entre la

basura había cáscaras de plátano y cáscaras de naranja. Hay que ver lo rica que está la cáscara de naranja, con esa parte blanca tan suavita.

Nosotras descubrimos la basura y las monjas nos descubrieron a nosotras. Éramos la confirmación de lo que habían sospechado: unas indeseables como nuestros progenitores. Se nos impuso un castigo: las mayores nos turnaríamos para servir la comida de las niñas del pensionado de pago.

A veces, cuando recuerdo los días de Santa Gema, tengo la sensación de que aquello no me ha sucedido, que se trata de una de esas historias para no dormir, que tanta fama dieron a Chicho Ibáñez Serrador. Lo pienso, lo pienso algunas veces y por unos segundos tengo la tentación de borrar esos días y regalárselos a Ibáñez Serrador para que los incluya en algún programa. Luego comprendo que es absurdo, inútil y además inocuo. Aquellos días, hijos del espanto, también me regalaron hechos y seres milagrosos, borrarlos sería injusto. Volvamos a la realidad, como dijera José Hierro. Aquella niña soy que en Santa Gema tuvo que servir la comida a niñas más afortunadas. La realidad supera siempre a la imaginación. Es algo que se ha dicho hasta la saciedad. Es una frase tópica, como tantas, nos solemos reír al leerlas. Y, sin embargo, todo tópico está apoyado en una verdad, y cuando nos tocó vivir la verdad en que se apoya el tópico, las cosas y los seres adquieren otra dimensión.

A mí me tocó vivir una realidad un poco más siniestra que algunos relatos de terror. Veo la escena: Regina y yo, ella tal vez con doce años, yo con diez solamente. Flacas las dos, famélicas las dos, y entre ambas, un perol con sopa. Un perol que a duras penas lográbamos transportar. Había un par de escalones para bajar al

comedor de las niñas de pago. Un perol lleno de sopa y nosotras a pan y agua. Aguantamos dos días. Después, lo decidimos las mayores en el dormitorio: al bajar los dos escalones volcaríamos el perol. Nadie rechistó. Por lo menos no veríamos la comida. Por lo menos no veríamos cómo se la comían. Y eso hicimos. Sistemáticamente, volcábamos el perol. Hubo golpes, pellizcos, tirones de pelo, castigos de rodillas. Pero seguimos volcando peroles hasta que nos encerraron a todas en el dormitorio. Sucias, peladas, hambrientas y asustadas, no entendíamos nada cuando las monjas, impasibles, entraban por las noches para que rezásemos y nos metiésemos en la cama.

Un par de días después, de forma inesperada, la Sección Femenina de Falange hizo una inspección. Se quedaron atónitas. Aquello debía de parecerles un cuadro del Bosco. Cerraron el convento y les pusieron una multa. A las niñas nos preguntaron si nos podían mantener en casa. Había tres falangistas sentadas en una mesa y nosotras en fila contestando a sus preguntas. Cuando las niñas decían que no, lo anotaban en un cuaderno. Yo le pregunté a Regina: “¿Dónde las mandan?”. “A Canillas”. Al fin del mundo, pensé yo, y le dije a mi hermana Susy: “Nosotras, cuando nos pregunten, contestamos que sí, que en casa nos pueden mantener. Nosotras nos vamos a casa”, y a casa nos llevaron. Cuando entramos en el portal la portera nos miró aterrada. Debíamos de parecer tres esqueletos menuditos. La falangista nos tapó con su capa».

Paca Aguirre nos sigue hablando del «otro paraíso»: el Convento de las Agustinas:

«Y digo que no era bueno porque no lo era. Cuando nosotras

ingresamos, el ambiente era siniestro. Algunas monjas habían perdido durante la contienda hermanos, tíos, padres. Algunos víctimas de los bombardeos; a otros los habían matado los republicanos. Los malditos rojos, como decían ellas. Y para estas pobres mujeres, nosotras también éramos malditas rojas. Así que, a la mínima cosa, iban a la orden del día los pellizcos, los porrazos, castigos interminables de rodillas y gritos histéricos a todas horas. Nosotras no sabíamos cómo defendernos. Respirábamos a nuestro alrededor un aire de rencor, y ese rencor nos asustaba porque no podíamos hacer nada para anularlo. Sabíamos que éramos culpables; pero no sabíamos en qué estribaba nuestra culpa. Cuando acababan las clases (que consistían exclusivamente en la lectura de vidas de santos) nos ponían de pie y teníamos que cantar el *Cara al Sol* con el brazo extendido. Había dos o tres chicas de catorce o quince años que se negaban a cantarlo. Eran huérfanas de padre y madre. Sistemáticamente, las dejaban sin cenar o las castigaban de rodillas un tiempo que a mí me parecía interminable. Yo sabía muy bien por qué no querían cantar; pero también sabía que si Susy y yo no cantábamos se llevarían a Margara al desván con las meonas (al parecer, el asunto de llevarse sólitas al desván a las meonas era una especie de consigna que nos perseguía en los conventos), y si se la llevaban y se veía allá arriba, a oscuras y sola, capaz que se nos moría. Así que Susy y yo cantábamos, y además de cantar nos turnábamos por la noche para levantar a Margara al lavabo y evitar que se orinase en la cama. Era muy pequeña, había sufrido una operación muy dura, echaba de menos a mi madre y tenía mucho miedo. A pesar de nuestros cuidados, algunas veces se orinaba en la cama. Nos dieron un ultimátum: razones para llevarla al desván ya había,

pero si nos comprometíamos a vigilarla estrechamente, a evitar que volviera a repetirse esa porquería y además éramos obedientes en todo y cantábamos el *Cara al Sol*, dando buen ejemplo, dejarían que Margara siguiera en el dormitorio, al lado nuestro. Pero ni una meada más. Obedecimos en todo. A mí, por ejemplo, como era de las mayorcitas, me tocó subir a la azotea a lavar ropa. No había lavado en mi vida. Mis once años se encontraron allí con una ingente cantidad de ropa interior de las monjas y de las niñas de pago. Eran unas enormes pilas de cemento. En una de esas pilas había montones de paños higiénicos usados que habían puesto a remojo. Estuve horas lavando. Cuando terminé casi no podía andar del dolor de riñones que tenía. Además, tenía los nudillos totalmente despellejados y chorreando sangre. Caí en la cama como un animal apaleado; pero no pude dormir en toda la noche; el cansancio era tanto que no me dejaba dormir, me dolía todo.

Dos días después, y debido seguramente a la sangre corrompida de los paños higiénicos, mis nudillos estaban infectados. Se me hincharon las manos de forma monstruosa. Estuve dos meses con las manos vendadas, a punto casi de que se me gangrenasen. Y durante muchos años lucí un par de hermosas cicatrices en cada mano, como recuerdo de aquellos días “de vino y rosas”. Con el tiempo se fueron disimulando, pero nunca desaparecieron del todo. Ahí siguen, por si me falla la memoria».

El 6 de octubre de 1942, el padre de Paca, Margara y Susy era ejecutado en la prisión madrileña de Porlier. Más tarde, Paca dedicaría a su padre este poema: «*Miro la fotografía que me consuela, despacio: mamá, juvenil, hermosa, nosotras tres empezando. Papá mirando a lo lejos no sé qué cuadro soñado.*

Vasco–navarro, mi padre *fue también mediterráneo*. Mi padre, que hablaba euskera y francés y valenciano, mi padre con su paleta, *mi padre siempre cantando*: jotas, zorcicos, sardanas. *Mi padre, siempre silbando*: mi padre que amaba España *entera, de arriba abajo*. Mi Padre con su paleta, *un pintor vasco–navarro* que vivía en Alicante, *que amaba el Mediterráneo*, que soñaba ir a Granada *con mi madre de la mano* a ver cómo corre el agua. *Mi padre, que era tan vasco*, para dormirnos cantaba *sardanas*. (*Estoy llorando*) Mi padre con su paleta, *lo escucho cantando bajo*, sardanas en catalán, *Dios mío, él que era vasco* y que nunca fue a Granada / con mi madre de la mano»^[181].

«Sí, tenemos su carné de maestra separatista de la Generalitat».

Testimonio de Elena Prades Igual

«A mí me separan, también, de las otras chicas. Supuse que nos mandarían a nuestra región de origen. Uno de aquellos sujetos, señalando a la amiga de Gerona, dijo: “Esta parece que era maestra...”. A lo que una mujer, impecablemente uniformada de falangista, añadió: “Sí, tenemos su carné de maestra separatista de la Generalitat... ahora vamos a ver si también sabe manejar la escoba y la bayeta...”.

La primera noche la pasé en un calabozo de una comisaría de Irún. Allí encontré a una muchacha vasca, más o menos de mi edad, detenida al intentar huir a Francia, donde tenía a su familia. Me dijo que llevaba tres días encerrada y que no le habían dado nada de comer ni de beber. «Hasta que no lleguen los informes de tu pueblo no probarás bocado ni una gota de agua», le dijeron. Ella —cuando le conté nuestra odisea—, se confió a mí y me aseguró que no pararía hasta escaparse a Francia. O tendrían que matarla en la montaña. Allí empecé a descubrir lo recios que eran los vascos. Y no tardaría en comprobarlo por tierras de Navarra...

La vasca salió —rumbo a otra cárcel, sin duda— a la mañana siguiente y a mí me sacaron por la tarde. Me esposaron y entre dos del tricornio nos subimos a un camión que llevaba varias cajas y cestas de comida. Pensé que la mercancía y yo debíamos tener el mismo destino: la cárcel. Pero me equivoqué. Fuimos a parar al mismo sitio: a un convento. Bueno, algo parecido, puesto que aquello resultó también ser un asilo. Cosa bastante corriente por aquellos años: o asilo o prisión habilitada. Primero me dijeron que trabajaría de mujer de faenas en el convento. Y que si me portaba bien me dejarían salir de paseo unas horas por semana. Y yo me lo creí. Creía que saldría a la calle, pero no era así. Los paseos los

daría por un patio interior. Cuando salí a la calle lo hice en compañía de varias hermanas —monjas— cuando éstas iban a Pamplona a hacer algún mandado. Y nos acompañaba una especie de guarda jurado armado. Yo llevaba los paquetes. Porque no tardé en enterarme de que había aterrizado en el Orfanato de Sor Isabel de la capital navarra. ¡Estaba en la patria de los requetés!^[182]!

Allí permanecí, faenando, varios meses. Hasta la primavera de 1941. Me portaba bien, quería ganarme su confianza y un día — como la muchacha vasca— escaparme a Francia. Ellas, y sobre todo la superiora—Madre de la Encarnación del Señor —era del valle de Roncesvalles—, sabían que yo era enfermera titulada, ya que, por su mediación, había intentado obtener un aval de la Cruz Roja de Barcelona —les escribí por lo menos media docena de veces—, sin obtener la menor respuesta. Entonces, un día, recuerdo que las vi a todas, de pronto, muy contentas. Y a los empleados del convento también. Era el 22 de junio y se acababan de enterar, por la radio, de que Alemania había invadido la Unión Soviética. Una, a su manera, también se alegró de la invasión, pensando que allí el fascismo encontraría la tumba que le habíamos empezado a cavar en Madrid, en 1936. Lo que no podía imaginar es que el “entierro” tardaría cuatro años en celebrarse. Es fácil que aquella euforia, indescriptible, las predispusiera a ascenderme de mujer de faenas a cuidadora de niños huérfanos. Todos varones y más desvalidos los unos que los otros. Años más tarde, al cambiar impresiones con mujeres que pasaron por un trance parecido al mío, supe que, por lo regular, a los huérfanos de “rojos” los pasaban —después de haberlos ahormado bien— de los asilos a escuelas religiosas. Y algunos, los más despabilados,

podían acabar sus estudios en un seminario y terminar enfundándose la sotana. O en conventos, donde tomarían sus hábitos niñas catalogadas de entrada como “rojillas”^[183]. Pero en aquel orfanato —nunca supe por qué— los internos seguían enclaustrados allí, sin que uno solo saliese, como no fuera camino del cementerio. Por lo menos mientras yo estuve con ellos. Y tal fue la compasión que sentí por aquellos niños que, casi sin darme cuenta, pasé allí cuatro años. Y me olvidé completamente de mis avales...

Pese a que los chicos aquellos pasaban una cantidad increíble de horas en rezos y oraciones en silencio, con el catecismo del famoso padre Ripalda como libro de cabecera, yo me las arreglaba para enseñar a alguno a leer y a escribir y las cuatro reglas. Y luego mi alumno transmitía a otros las lecciones. Lo hacían a escondidas, a la luz de unas velas que yo les facilitaba. Eran de admirar, la verdad. Yo, en su lugar, antes de seguir viviendo en aquel infierno hubiese deseado morirme... Aquel panorama me recordaba que el fundamental objetivo de la revolución nacional-sindicalista era la de forjar en cada español una doble personalidad: mitad soldado y mitad monje. Aunque la disciplina inquisitorial, a la que se les sometía, dudo mucho que la conociesen en ningún cuartel ni en ningún monasterio. La mínima distracción comportaba un castigo físico. Que iba desde una serie de palmetazos en la yema de los dedos hasta las bofetadas —hasta hacerles sangrar la nariz, que era, a la vez, tan aparatoso como ejemplarizador— y los tirones de oreja. O dejarlos, sobre las frías losas, varias horas de rodillas, con los brazos en cruz y en las manos varios ladrillos. Negándoles —cuando estaban bajo castigo— el permiso para ir al retrete. Lo cual provocaba la inevitable incontinencia, obligando al meón a seguir

con la ropa mojada hasta que se le secase encima. Incluso para dormir. El miedo acumulado por los torturados se extendía a la mayor parte de sus compañeros —temerosos de pifiarla—, lo que, una vez apagada la mortecina luz de sus dormitorios, originaba pesadillas violentas, hasta caerse del camastro. Puedo dar fe de ello porque me sacaron de la cama infinidad de veces y otras tantas las pasé a su lado, tratando de tranquilizarlos. Una vez me descubrieron y compartí con uno de ellos el castigo que se reservaba a los escandalosos noctámbulos: nos metieron en el sótano.

Era un lugar infecto, húmedo, frío, con ratas por todos lados. Al niño lo sentaban en la parte baja de una silla rogatoria rota y delante le ponían una caja de madera, a modo de pupitre, con una vela encendida, con papel y lápiz para escribir 500 o 1000 veces: «No volveré a caerme de la cama». Puedo asegurarte que a consecuencia de su paso por aquel maldito sótano varios niños enfermaron y fallecieron. Las salidas al patio eran tan poco frecuentes como tristes. Ya que, para salir al “recreo”, era condición ineludible la de no haber sufrido castigo alguno en una semana. Decir que aquello era la representación terrenal del Infierno sería una aproximación muy tímida de la realidad.

Una de aquellas monjitas —sor Inés de la Santa Cruz—, leonesa, pertenecía a la categoría de las niñas de padres rojos que habían sido regeneradas. Nos hicimos muy amigas, porque no sólo cumplía la imaginaria —guardia de noche en el dormitorio de los niños— cuando le tocaba, sino que muy a menudo sustituía, a cambio de unas galletas María, que luego daba a los peques, a compañeras suyas. A lo que ella, a la vista de la madre superiora, daba el carácter de una pura mortificación... para regenerarse más

deprisa. Hasta que un día me confió que lo hacía —era, con mucho, la más joven y la más bonita del lote— para librarse del acoso sexual del mandamás del lugar, un tal fray Leocadio. La monjita desesperaba poder seguir escapando al maduro fraile, por lo que llegó a decirme que si un día decidía escaparme ella se vendría conmigo. Confieso que estuve a punto de organizar nuestra huida cuando me enseñó una navaja, que llevaba escondida, para defenderse, en último extremo, cuando se viese perdida en las garras del fraile. Pero deseché la idea. En primer lugar porque estimé injusto abandonar a mis niños para salvar la honrilla de una monjita. Y, en segundo lugar, porque no me desagrada la idea de ver desangrarse al fraile; que con ello se armase allí la marimorena y saliesen a relucir, bien a las claras, las ínfulas de conquistador-violador de fray Leocadio. O que, en el mejor de los casos, preñase a la monjita y ya veríamos cómo se arreglaba el asunto.

El caso es que, una noche, de las que le tocaba “imaginaria”, sor Inés de la Santa Cruz se largó con uno de los albañiles que habían estado haciendo unos remiendos en el convento. Era un joven paisano suyo, de León. Cada tarde la monjita les llevaba algo de merienda, de parte de la superiora, ya que al estar trabajando en una obra cercana, aquellas chapuzas se las hacían gratis. Julia me había confiado una bata y unos zapatos y así la vi desaparecer una noche. Estaba más guapa y radiante que nunca. ¡Menuda prenda se llevó aquel joven obrero del ramo de la Construcción!

Un día —un par de meses después de la desaparición de sor Inés de la Santa Cruz—, me llegaron los avales de Barcelona. A los seis años de haberse terminado la guerra. Por el camino, en Zaragoza, me enteré de que al fin se había enterrado el fascismo

en Europa. Y, en el acto, pensé que el franquismo tenía los días contados».

«La posguerra fue una desilusión grandísima *pa los pobres*»
Recuerdos de Antonia Fernández de Dos Torres (Córdoba)

«Yo me acuerdo bastante de antes de la guerra, del año 30 más o menos —afirma feliz—; yo era una niña que iba al colegio y, lo que pasaba, no tenía mucho interés porque en aquel tiempo la vida se entendía de otra manera... Luego tuvimos muy mala suerte porque, claro, vino la guerra —dice, muy seria— y nos partió por medio; porque se “desbarató”, no hubo colegio ni hubo *na*, aquí no quedó más que un pueblo de tristeza, de soledad y de eso, de odio y de rencor».

Antonia habla de un modo que commueve: apoyándose en su inconsciente sabiduría, y define la guerra, sin darse cuenta, de un modo rotundo, lapidariamente, produciéndonos escalofrío. Y, de pronto, como una maga prodigiosa que de una chistera oscura saca un jilguero, sale de los rincones de la guerra, salta de nuevo a la infancia y abraza a su madre con una lucidez que da consuelo: «Yo tenía una madre que *toas* las noches leía una novela — exclama, orgullosa—. Nos sentábamos ella y yo, junto a un hermano mío, que estaba *imposibilitao*, y ella empezaba a leernos unos libros *mu* interesantes...». Cuenta, emocionada, un suceso desagradable que a su madre le ocurrió después de la guerra. Algo que, desde la distancia, nos parece un hecho absolutamente inadmisible. Y que hace referencia al día en que llamaron a su madre al orden, encerrándola incluso en la cárcel, por leer libros. «Los libros los venden *pa* leerlos —respondió la madre de Antonia

—. De manera que yo por eso los leo».

Por la mente de Antonia Fernández cruza una edad de familias errantes y violentos bombardeos; aparecen nombres de personas y lugares llenos de historia: La Chimorra, Pérez Salas, Hospital de Sangre, Alamillo —pueblo manchego al que huyeron muchas familias de Dos Torres en los años de la guerra—; y el vapor dolorido de la guerra vuelve a la estancia donde Antonia nombra lugares, sitios, personas, disecados en los pasadizos de su memoria, por la que, de vez en cuando, cruzan las penas.

Antonia Fernández habla luego de la posguerra, del regreso al pueblo y de las pruebas que se avecinaban. «La posguerra fue una desilusión grandísima *pa* los pobres —dice, mientras se oscurece su mirada—. Ten en cuenta que ni siquiera sirvieron los dineros que teníamos de antes; les sirvieron a los otros...». Eran tiempos difíciles para los pobres, años en los que se espesaba la amargura y crecía en el alma de los humildes la resignación porque había que avanzar, de todos modos, sin tirar la toalla, con la mirada en el horizonte. Y hubo que comer lo que uno podía: cáscaras de naranja, pieles de patata, bellotas, hierbajos... Antonia Fernández vio trascurrir su vida entre la recogida de la aceituna y el servicio en una casa. Y encalando casas de todas clases de Dos Torres, ya que, al enfermar su marido del pulmón, tuvo que sacar adelante a sus siete hijos.

Habla Antonia también de las bodas antiguas y de sus poemas; de unos años acá, ella se ha puesto a escribir poesías que recita en muchos actos culturales. Poemas cargados de hondura y sencillez, llenos de melancolía indescifrable. Nos recita un poema, emocionada, llena de luz, enclaustrada en la paz del crepúsculo. En sus ojos brilla la paz de los sencillos, el vaho dulce de las

cocinas, el brillo del alba tendiéndose en los olivares del invierno^[184].

«En Andalucía, los niños han crecido como en un “criadero colonial” de reserva humana para los mercados de trabajo».

Testimonio de José García Sánchez y de Antonio Ramos Espejo

No faltan quienes han considerado a los «emigrados económicos» como de segunda clase, por debajo de los «emigrados políticos», sin parar mientes que, casi siempre, unos y otros tuvieron que emigrar —o exiliarse— por motivos sociales. Como consecuencia directa de una represión política de inconfundible raíz social. O sea: de la lucha de clases en versión ibérica. Y el escritor-periodista granadino Antonio Ramos Espejo, en su obra *Pasaporte andaluz*, nos ha dado una panorámica fidedigna de las inhumanas causas y de los despiadados efectos de una represión sin precedentes por tierras ibéricas. Aquí hemos extractado dos pasajes de su libro con una niña y un niño como principales protagonistas.

EN CATALUÑA, AÑO 1979

Las mujeres del barrio barcelonés de Prosperidad han secuestrado el autobús. Están hartas de soportar los peores autobuses de las afueras de Barcelona. Si llueve hasta pueden quedar incomunicados los vecinos de San Andrés, Verdún, Prosperidad, Torre Baró, Roquetas, Trinidad Vieja, Trinidad Nueva... Son barrios de emigrantes, de los que se mudaron de aquellos numerosos

núcleos de chabolas. Maruja, de Guadix, de aquellas niñas que trabajaban en la alpargatería, tóxica, de esparto, lucha con catalanes y emigrantes, trabajadores todos, para mejorar las condiciones de vida de las barriadas suburbanas. En su casa nos reúne con otras dos andaluzas, Adela y Lina, sevillanas. Y cada una cuenta su historia de mujer de la emigración^[185].

«Yo llegué a Cataluña en 1949 y me vine como todo el mundo, por el problema del trabajo y del hambre. Porque no se trataba de morirse de hambre allí». En el Guadix de aquellas hambres de la posguerra, Maruja Ruiz, el paro es todavía, en este otoño de 1979, un azote, y seis paisanos tuyos todavía viven en cuevas.

«Llegamos, como te digo, una hermana y yo. El cambio era como de la noche al día. Yo tenía trece años. Mi madre traía la dirección de unos amigos que habían trabajado con nosotros en el pueblo. Llegamos aquí y pensamos que íbamos a encontrar gente como en Guadix. Y al llegar a la estación no era como nosotros nos imaginábamos. Al apearnos nos encontramos, desgraciadamente, con unos chorizos; vamos, que vieron que mi madre estaba allí, en la estación, con nosotras dos, quietas, y sin saber qué hacer. Porque habíamos llegado atolondradas, después de tres días de viaje, en que te sacaban de un vagón y te metían en otro. Estábamos destrozadas. Con esa pinta, nos salió un tío: "No se preocupen, las vamos a ayudar a encontrar la casa que buscan". Y nos llevaron a una casa del Barrio Chino. Una casa de éas muy feas, muy malas. La cuestión es que mi madre traía algunas pesetas y le dijeron que iban a comprar una vivienda. Y mi madre, la muy inocente, las dio. Confió en aquellas personas. Porque la mujer tampoco había salido nunca de Guadix y en una capital monstruosa como ésta... Se largaron con el dinero y nos dejaron

tiradas en la casa, que se ve que era una pensión. A la dueña le dio tanta pena que nos ayudó a encontrar a nuestros amigos, que vivían en una barriada de barracas. Allí estuvimos viviendo un tiempo, con ellos. De noche se sacaban los colchones para dormir en el suelo. Después, mi madre se colocó de mujer de faenas y yo me coloqué en Sarriá, en una fábrica de tiendas de campaña, sin asegurar y casi por pena, como aprendiza. Porque casi no tenía la edad...».

EL NIÑO PASTOR QUE QUERÍA EMIGRAR A BARCELONA

«Está comiendo pan con tomate, que corta con una navaja chotera, al tiempo que siente que se acerca la noche en Santiago de la Espada, en la sierra de Segura, donde corre limpio el río del mismo nombre, que tiene su nacimiento algo más arriba, en Pontones. Se llama Juan Ruiz Jiménez, y recuerda que sus apellidos suenan en la tele a personaje famoso, tiene catorce años y cuida de un rebaño de 250 ovejas. Desde los diez años, Juan se comporta como un trabajador adulto. Esta noche, el niño pastor dormirá, como todos los días, a la luz de los luceros, con una manta, junto al perro guardián y una oveja mansa. Le acompañarán también unos matojos de tomillo y romero. Lleva un bastón y un zurrón, atado a la espalda, como si fuera una cartera. Sólo que, en lugar de libros, guarda algo más de pan, tomate, chorizo y una cantimplora para la soledad de la noche.

Hace cuatro años que el niño pastor arrumbó por obligación la cartera de la escuela y la cambió por el zurrón del trabajo.

—¿Y trabajas solo? —le pregunto a Juan, que no deja de comer pan con tomate.

—De vez en cuando, otro pastor y yo nos damos compañía; pero casi siempre estoy solo.

—¿Cuánto tiempo estás con las ovejas?

—Me vengo al monte a las siete y media de la tarde, y ando con las ovejas hasta las doce de la noche. Después me acuesto aquí mismo o donde me pille. Me levanto a las cinco o las seis de la mañana para dar otro revezo con el ganado hasta las diez; ya, a esa hora, voy a mi casa, a la aldea de los Atascaderos.

—Un trabajo durillo ¿no?

—Sí, sobre todo cuando hace frío. También voy a Sierra Morena y allí me tiro cuatro meses.

—¿Y no te da miedo pasar la noche en la sierra?

—La costumbre...

—¿Te vas a dedicar toda la vida a este trabajo?

—Yo quiero irme a Barcelona.

—¿Y dónde vas a trabajar allí?

—Donde sea...

—¿Por qué te quieres ir?

—Con esto se pena mucho los inviernos.

Otros niños duermen esta noche en la sierra de Segura. Hasta que se harten de mirar a la luna cascabelera y descubran esa otra vía trágica de la emigración. Hoy niños—pastores. Mañana, carne de trabajos más duros en los puestos de la emigración. Barcelona es todavía la obsesión del campesino andaluz».

José García Sánchez nació en 1922, en el pueblo almeriense de Taberno. Emigró a Cataluña en 1936 —recién estallada la guerra— y residió en Cerdanyola, a dos pasos de Barcelona.

«Yo vine aquí en 1936 —a los catorce años— y trabajé en una colectividad agrícola. Tras la guerra volví al pueblo, pues era más

fácil conseguir comida. Posteriormente intenté volver y no tuve problemas, pues tenía familia en Cataluña». Para evitar los controles de la Guardia Civil, en la estación de Francia —y que devolvían a los emigrantes a su lugar de origen— José se bajó del tren en Sitges, mucho antes de llegar a Barcelona.

«Cuando nos fuimos del pueblo huímos de una situación asfixiante».

García nos explica una pequeña historia: «En el cementerio del pueblo donde vivo ahora han hecho obras y se han cargado una fosa común en la que había más de trescientos cadáveres de personas que murieron de hambre tras la guerra. Deberían haber puesto una placa. De todo aquello no hace tanto. Saber que tu pueblo ha pasado hambre cambiaría muchas cosas. Parece que se ha olvidado»^[186].

«Y los vacíos más mortificantes no se me irán hasta la muerte».

Testimonio de E. Álvarez, de Santiago de Compostela

«Héroes... ¡Presentes! Conocí y sufrí a Pilar Primo de Rivera, máximo general de la legión femenina de la militarizada y falsificada patria en que nos habían sumido y que nos habían hecho creer.

Me ingresaron, a mis seis años de edad, en Pravia (Asturias), *concello a'que tou agraciu*, en un asilo de huérfanos, cuando quedé desamparado al iniciarse la sublevación contra el sistema democrático. Al crearse Auxilio Social, los orfelinatos de Pravia, de todo Asturias, pasaron en 1938 a incorporarse a la institución y comenzaron los malos tratos que nos infligía la soldadesca de la camarada Pilar, sobre todo las voluntarias, equipo de solteronas

que manifestaban sus carencias, aumentadas por la asexualidad católico-social de la dictadura, traumatizando a los niños que decían proteger. Estas mujeres, a las que el “aparato” titulaba guardadoras, nos empujaban a confiar en que hacían las veces de nuestras madres, mientras que nos propinaban bofetadas y castigos y nunca caricia alguna. Machaconas, nos disciplinaban, y con canciones épicas de los vencedores, los himnos de la represión sádica, brutal, ejercida también en nosotros, hijos de “rojos”, y con los ritos, bienaventuranzas y demás, de la doctrina católico-nacional, nos ensalzaban a los nazis. ¡Qué indescriptible orgullo sentían cuando las tropas de Hitler tomaron Francia en veintinueve días...!

Medítese el contenido de esta canción (estrofas anteriores, afortunadamente, las olvidé ya): «Auxilio Social, Auxilio Social, / honra, prez y orgullo *de la España Imperial...* Alas de armiño *son sus mujeres*, que como madres *cariño a los niños dan...* Benditas mujeres *de la España Imperial*, mujeres de España... / ¡Auxilio Social!».

Las falangistas del ejército de doña Pilar y los «¡presentes!», también ejecutores de la maquinaria, no tenían estrecheces, no pasaban hambre, no soportaron las humillaciones de los otros españoles después de la guerra, ni tuvieron que ponerse en las colas de racionamiento, ya que disfrutaban de economatos y del estraperlo; les dieron empleos en la Administración o estudiaron para militares. Sin embargo, yo, mártir de aquel terror, habiéndome escapado a los diecisiete años cumplidos del último hogar de Auxilio Social, semianalfabeto, sin oficio y con hambre de cinco siglos, padecí hambres de todo tipo hasta los veintiún años, en que fui percatándome de la ignorancia en que me habían

dejado, y los vacíos sentimentales, psicológicos, más mortificantes, que no se me irán hasta la muerte^[187].

Los niños de la guerrilla (1936–1964)

CUANDO EL ÍNDICE DE HAMBRE, DE MISERIA y de indigencia en el mundo era tan indigno como inaceptable, en el sistema capitalista —para sostener los cursos en el mercado mundial— se aceptaba como normal que, en Estados Unidos y en Canadá, se quemara el trigo y en Brasil se arrojara café al mar. Y cabe suponer que en lugares menos «vistosos» tales desafueros se diesen en proporciones increíbles. Al oírselo contar a mis padres —sindicalistas libertarios, en activo desde que tuvieron uso de razón hasta que expiraron—, indignados, y al comentarlo, después, con mis amigos de infancia, de mi barrio, o mis compañeros de estudios —tendría yo entonces diez o doce años—, uno se estaba armando caballero andante... o, como aprendiz de tal, transformando en «niño de la rebeldía». Y como estímulo, para estudiar y prepararme para ser actor en el cambio de sistema, me bastaba con observar la vida a mi alrededor, en mi barrio, poblado de gente humilde. Inmigrante casi toda^[188].

La denominación de «niño de la guerrilla» tiene, en nuestro caso, una amplitud y una variedad inmensa. En particular, porque el fenómeno guerrillero tuvo una vigencia de casi tres décadas (1936–1964)^[189]. Como ejemplo válido, en muchos aspectos —

porque refleja la profunda humanidad de los guerrilleros—, en uno de nuestros libros resaltamos la noble actitud de los explotados de siempre frente a uno de sus explotadores. La hijita de un terrateniente, enferma, necesitaba con urgencia de un medicamento que escaseaba: la penicilina. Por aquél entonces, en el campo de Gibraltar los guías o «prácticos» de la guerrilla alternaban el contrabando gibraltareño. Y así se importaban armas cortas y artículos sanitarios. Un grupo de guerrilleros, gracias a ello, disponía de penicilina. Y éstos decidieron hacerle llegar a la familia de la niña enferma la penicilina que necesitaban. Pues bien, merece ser un «niño de la guerrilla» el chiquillo que, de parte de los de la sierra, llevó el medicamento al cortijo. Y ser tenida por «niña de la guerrilla», la hijita del terrateniente que se salvó de una muerte segura gracias a los que, los suyos, llamaban bandoleros... Esto ocurría en Ubrique (Cádiz). Y el jefe de la partida de guerrilleros se llamaba Bernabé. Fue en 1945^[190]...

Y, en torno a los «niños de la guerra», por el mismo carril, debería quedar claro que podríamos tener por tales a todos aquellos menores de edad que, en una u otra medida, han visto sus vidas alteradas por esa plaga —también hija del sistema capitalista— que, en sus múltiples versiones, llamamos guerra^[191]. Sin necesidad, valga la puntualización, de que los «niños de la rebeldía», los «niños de la guerrilla» o los «niños de la guerra», imprescindiblemente, hubiesen tenido que parecer personas mayores.

De los quince a los treinta y ocho años de edad, en las cárceles franquistas.

Testimonio de Ambrosio Ortega Alonso, «Brosio»

Estas notas son lo esencial de una larga conversación sostenida con *Brosio*, en su pueblo natal, Barruelo de Santullán (Palencia), el 27 de enero de 1977.

«La primera guerrilla propiamente dicha aparece aquí, en la sierra de Híjar, en cuanto las tropas franquistas ocupan la zona Norte, mediado el otoño de 1937.

Sí, es verdad, una vez constituida la guerrilla hubo contactos con la de Santander, aunque te señalo que la guerrilla del norte de Palencia tenía una zona de actuación muy amplia. Llegaba hasta los límites de la provincia con Santander, León y Burgos.

Aquí, la guerrilla no estaba organizada militarmente. Quiero decir que no había jerarquías de ninguna clase. Los acuerdos se discutían y se adoptaban colectivamente. Por eso no sonaban nombres de nadie como jefes. Había guerrilleros de distintas ideologías: socialistas, anarquistas, comunistas y algunos sin ideas definidas, como mi hermano, el Chaval, que luchaba por la libertad, sin más».

(Las bases principales estaban en los montes que circundan el pueblo y que recorrimos, los dos, la primera vez que estuve en Barruelo, en el verano de 1976).

«En lo que me atañe, yo empecé a servir a la guerrilla en cuanto empezó a actuar. Tenía poco más de doce años. Mi trabajo consistía en llevarles la prensa, tabaco, ropa limpia y toda la información que podía. Teníamos gente amiga en una docena de pueblos del llano. Pero había que actuar con prudencia. Por ejemplo: para procurarnos vendas, alcohol... porque si levantabas sospechas en las farmacias te denunciaban a la Guardia Civil. Por

eso íbamos a comprar cosas a la capital: a Cervera de Pisuerga. También recogía leña para cocinar. Y les quitaba la corteza, así, al arder los maderos, no echaban humo.

No, tropiezos en el monte no tuve nunca, porque nosotros conocíamos el terreno mucho mejor que los guardias civiles. Aunque ellos estuviesen apostados; porque los veían los leñadores o los pastores y entonces nos avisaban. Alguna vez me dispararon, pero de lejos. Además, yo corría como un gamo y casi nunca al descubierto.

La guerrilla se retiraba de la sierra todos los inviernos. Desde noviembre a marzo o abril. Dependía del tiempo. Los que se quedaban “invernaban” en los pueblos cercanos y sabían que estaban condenados a pasarse el invierno sin moverse de la casa que los acogía, a causa de la nieve y para no ser vistos. Los que se iban a la ciudad —unos a Oviedo y otros a Santander— tenían más libertad de movimientos.

No, aquí no llegó ningún emisario del Estado Mayor guerrillero. Sólo hubo contactos con partidos y organizaciones antifranquistas. Quizá porque nuestra guerrilla no tuvo una posición de ofensiva. Por ello no se planteó ni la guerrilla urbana ni siquiera la extensión de la lucha guerrillera. Se limitó a hacer acto de presencia y a explicar las razones de su existencia. A pesar de esto, nuestra región estuvo declarada “zona de guerra” hasta el año 1956. ¡Fíjate, casi diez años en la montaña!

En principio se tenía que mantener la lucha mientras la guerra española durase. Después, cuando terminó la Guerra Civil y se inició la guerra mundial, en 1939, nuestra esperanza era resistir confiando en el triunfo de las fuerzas democráticas contra el fascismo español o en el desplome del mismo por el bloqueo

internacional. Al final, al ver que no se producía el hundimiento del franquismo, sobrevino lo inevitable: el cansancio y la desmoralización.

Mi opinión personal, actualmente, con mi formación de ahora —y lo mucho hablado con guerrilleros en las cárceles y nuestras reflexiones entre cuatro muros—, es que no hubo ni la capacidad política ni militar que las circunstancias requerían.

A mi hermano y a mí nos detuvieron en un piso franco de Bilbao. Era la tercera vez que pasábamos el invierno en Euskadi. Pero en 1947, además de invernar, fuimos a Bilbao por otras razones que atañían a la guerrilla de la sierra de Híjar. Era la de tratar de entrar en contacto con los guerrilleros vascos, de los que nos habían contado cosas extraordinarias. Quiero decir que tanto mi hermano como yo —y también una enlace que vivía con nosotros— nos vimos obligados a salir a la calle más a menudo de lo acostumbrado».

A Mariano Ortega Alonso, «El Chaval», lo fusilaron en abril de 1947, en Palencia. Y su hermano Brosio, por ser menor de edad se salvó; pero permanecería entre rejas más de veinte años.

Cuando salió del penal de Burgos, ya entrada la década de los setenta, otro excarcelado como él, un barcelonés, le preguntó: «¿Y no te da miedo salir al mundo, desentrenado por tan largo encierro?». Brosio le respondió: «No me da miedo, pero hubiese preferido que me fusilaran con mi hermano». Y a mí me confió: «Algún día explicaremos lo que hacían con nosotros en las cárceles de Franco y entonces comprenderéis por qué preferíamos que nos hubiesen fusilado».

Entonces, en el puente de los años setenta y ochenta, escribí: «Brosio, mientras tanto, dibuja, pinta, medita, reflexiona, escucha,

se confía, ayuda al prójimo, escribe, viaja, expone sus obras, en las que preponderan dos temas: los hombres en la mina y los hombres en la cárcel... unos y otros sedientos de sol, de aire y de libertad».

La apasionante andadura de un tipógrafo malagueño.

Testimonio de Manolo Garbayo

«Relatarte todos los golpes de mano que dimos, los hombres y mujeres —y niños!— del XIV Cuerpo de Ejército de Guerrilleros, te daría material para un libro. Sólo te diré que partíamos de nuestras bases de Toledo y Ciudad Real. Gran parte del recorrido lo hacíamos a lomos de unas yeguas de fábula. A veces las dejábamos en territorio nuestro y otras en zona enemiga. Recuerdo un cortijo al pie del monte Carrasco, al sur de Talavera de la Reina, con unos sótanos inmensos que nos servían de cuadras. Y recuerdo este “paso” nuestro, en especial, porque allí se dio la circunstancia que a ti te interesa tanto: la colaboración de menores de edad. El chavalillo que nos hacía pasar el Tajo con su barquita —a la altura de Puente del Arzobispo o de Alcolea del Tajo—, y la “ojeadora”, una primita suya a la que dimos el nombre de guerra de Vera. Ninguno de los dos tendría más allá de trece o catorce años. La niña era hija de un mayoral de pastoreo llamado “El Viruelas”, que era de Puente del Arzobispo. El chaval era de una puntualidad increíble. Y eso que se guiaba por el sol. Cuando no había sol... ¡yo qué sé cómo se las apañaba para no fallar la hora! Tuvimos ocasión de comprobarlo un montón de veces. Pero una de ellas en particular.

Fue un día, en la primavera de 1938, cuando al ir a cruzar una

carretera le echamos el ojo a un cartel de toros pegado a la pared de una casilla de peones camineros medio en ruinas. Daban una corrida, en Talavera, con los tres mejores matadores de toros de aquellos tiempos. Por ello —pese a las protestas de los extranjeros del grupo— decidimos retrasar nuestro regreso y mandamos a la niña a avisar a su primo del retraso y de la nueva hora fijada para nuestro encuentro para cruzar el Tajo. Retrasándose, también, en unas horas la ejecución de nuestra misión... Aquella vez venían con nosotros un soviético y un finlandés, que se subían por las paredes al anunciarles nosotros —los tres españoles del lote— que pensábamos ir a los toros. Todo salió bien, como siempre. Sí, naturalmente, nosotros llevábamos uniformes del ejército enemigo.

Nuestros objetivos eran las vías férreas, la quema de cosechas y la voladura de fábricas y talleres de distinta especie. Algun tiroteo sostuvimos, pero casi siempre durante el trayecto a pie. Nos hirieron a varios compañeros, que llevamos hasta nuestras líneas. Bajas y prisioneros no tuvimos nunca. Es verdad que rehuíamos el enfrentamiento directo.

Experiencias con gente menuda, como ya te conté, durante la retirada de Málaga a Almería, tuve otras; pero por aquella maldita carretera andaluza, por mar y por aire, la guerra exaltaba los ánimos. Mientras que con Vera y su primito, aquello era otro cantar. ¿Comprendes? Se actuaba en la sombra y con el enemigo alrededor nuestro, viéndolo, a nuestro alcance. Y no me refiero únicamente a los uniformados. Cualquier vecino, e incluso alguien tenido hasta entonces por amigo, podía denunciarte, ya que el terror difundido por los “fachas” no tenía límites. Los menores de edad ya habían sido víctimas de la represión. Y en ciertos casos,

objeto de violación... Y todo eso se sabía... Lo sabían Vera y su primo, seguro. A pesar de ello, además de la valentía que da la inconsciencia, hacían gala de una sangre fría y un aplomo... en una palabra: actuaban con la misma naturalidad que si hubiesen estado divirtiéndose con cualquier juego infantil.

Ya creo habértelo dicho, pero te lo diré otra vez: Estoy seguro de que si hubiésemos hecho la guerra con gente menuda, como la que yo conocí, seguro que la ganamos...».

Con la soga al cuello, al pie de Sierra Nevada.

Testimonio de un pastorcillo de Quéntar

En 1945 tenía doce años y había nacido en el Tocón de Quéntar. Cuando le conocí, en Granada, a fines de 1976, conducía un taxi, con estacionamiento en la plaza de la Trinidad.

«Cuando mi tío —el jefe guerrillero el Yatero— andaba por aquellas montañas, yo pastoreaba con el rebaño de mi padre. A los de la sierra —a los guerrilleros— los veía a menudo y siempre me daban recados para sus familias. Hasta que un día me tropecé con una contrapartida de la Guardia Civil, guiada por el cabo Joya^[192]. Minutos antes yo había estado hablando con mi tío en una cueva. El cabo me detuvo diciéndome que me habían descubierto. Yo lo negué y entonces me echaron una soga al cuello y me dijeron que si no lo contaba todo me colgarían de un árbol. Yo tuve miedo de que me colgasen, la verdad, pero seguí negando haber visto a nadie».

Al cabo Joya, del pueblo de Huétor-Santillán, todos le tenían un miedo espantoso por allí, pues mataba a la gente a la mínima, como quien mata chinches. «Vaya usted por Quéntar y le

contarán» —me dijo el sobrino del Yatero—. Y fui por Quéntar, el pueblo, y por Tocón, la aldea, y me contaron muchas cosas. Entre otras; que el cabo Joya había ejecutado, *manu militari*, sin preámbulos de ninguna especie, a varias personas, acusándolas de haber ayudado a los de la sierra. Cuando lo cierto es que lo hizo porque aquellas personas se habían negado a venderle algunas cabezas de ganado, al precio impuesto por él, que luego revendía, a precio de mercado negro, a carníceros de la ciudad.

«El cabo Joya echó más gente a la montaña que toda la Guardia Civil de Granada junta», sentenció un viejo campesino, mientras jugaba su partida de cartas en la plaza de Quéntar.

«Me tuvieron con la soga al cuello cerca de ocho horas, hasta que anocheció, diciéndome cada dos por tres que ya se estaban cansando de esperar mi confesión y que me iban a colgar. Al mediodía, mientras preparaban su comida, me hicieron poner de pie sobre una piedra redonda —sobre la que apenas podía colocar mis dos pies— y me ajustaron bien el nudo de la soga al cuello. De tal forma que si llego a tener la mala suerte de resbalar me hubiese ahorcado en el acto. Así me tuvieron toda la tarde, hasta que me soltaron. Yo me daba cuenta de que eran capaces de colgarme; pero yo estaba muy orgulloso de tener un tío como el Yatero y quería que él estuviese también orgulloso de mí.

Se sentaron cerca de mí para comer un bocado y uno de ellos apuntó a mi perra, *Perla*, que estaba sentada a mis pies, sin moverse, y la mató de un tiro. Y dijo que podía hacer otro tanto conmigo si no hablaba. Pero yo no solté prenda.

Al final, el cabo Joya, para intimidarme, me recordó la paliza que le había dado a un chaval de mi pueblo, al Paquillo. Le pegó una tunda de miedo, y desde entonces andaba tan encorvado que

le llamaban el Jorobao. Entonces, uno de los guardias civiles jóvenes de la contrapartida, que hasta aquel momento había estado muy callado, dijo: "Venga, vamos a soltarlo... que si supiera algo ya habría cantado...". La última palabra la tuvo el cabo Joya. Me dijo: "Bueno, te vamos a dejar, pero no te quitaremos el ojo de encima... y acabarás por llevarnos adonde tu tío... que yo estoy seguro que sabes dónde está...".

Me quitaron la soga, bajé del pedrusco, tomé en brazos a mi perra muerta y me fui para el pueblo.

Mi tío era un hombre alto —medía un metro ochenta y pico—, guapo, con muy buena planta, pacífico, reflexionado, y a buenos sentimientos no lo ganaba nadie. Muy trabajador y la escasa cultura que tenía la aprendió él solo, sin haber ido nunca a la escuela. Y supongo que lo instruyeron en el Ejército republicano, del que llegó a ser capitán».

Al monte, a por leche condensada.

Testimonio de un niño de Sagunto

Lo conocí en El Pobo (Teruel), en el único bar del pueblo —con dos habitaciones con camastros, en el desván—, en el verano de 1976. Tendría entonces unos cincuenta años, le llamaban el Valencia, y había nacido en El Grao de Sagunto. Era el encargado de una máquina segadora-trilladora que cada año venía de Valencia a trabajar por aquella región. Como llovió todo el día, se quedaron en la pensión —la de los camastros— él y media docena de hombres más. Y es así como pude charlar con él.

Su padre había muerto, en el invierno 1937–1938, en la batalla de Teruel, y no sabía dónde estaba enterrado. Su madre se quedó

viuda con él, de trece años, su hermanita de ocho y otro hermanito, de cinco. Vivían en El Grao de Sagunto, en una casa-cueva de las afuera. Sin agua corriente ni electricidad. De ahí que la principal obsesión suya, cuando era muchacho, fue la de poder ofrecer a su familia, un día, una vivienda digna. Durante años su madre no pudo cocinarles más que arroz. Hervido con mil hierbas, con nabos y los desperdicios que él mismo iba a recoger al mercado de Sagunto. Como su madre hacía faenas en casa de unos maestros —los dueños de la academia Montferrer— éstos accedieron a dar clases a Miguelín —el muchacho con el que hablo — temprano por la mañana, porque el chico hacía los recados en un almacén por las tardes. El horario escolar era de 9 a 12.

«El hambre que yo pasé aquellos años no lo sabe nadie... es algo que no se puede explicar. Así que, para ver si caía algo que echarme a la boca, todas las mañanas acompañaba a la escuela al hijo único de los dueños del colmado, donde yo trabajaba por las tardes. Te voy a contar la comedia que se repetía cada mañana, para que te des cuenta de lo que yo tuve que soportar... (¡Un verdadero suplicio de Tántalo!). Llegaba a la casa del niño a eso de las ocho y media y me hacían esperar, de pie, en el pasillo, mientras el Manolín —el hijo único—, que era más o menos de mi edad, unos trece o catorce años, se desayunaba en el comedor, al fondo del pasillo. Pues bien, cada mañana, para que se bebiese su tazón de leche condensada, con las tostaditas que le preparaba su madre, aquello era como una película de Charlot. De pronto, el niño se levantaba y corría por el pasillo y su madre detrás de él, con el tazón de leche en una mano y una tostadita en la otra. Y gritándole que probase algo... que íbamos a llegar tarde al colegio. Y el niño volvía a pasar de nuevo por delante de mí, con la madre

persiguiéndole. Entonces, la señora se paraba delante de mí y me dejaba sorber un poco de leche con la cucharita, diciéndole: “¿Ves qué bueno está? Mira cómo se la bebe Miguelín. ¿Verdad que está rica, Miguelín?”. Cuando se terminaba aquella comedia, la mujer me decía que podía recoger los pedacitos de tostada que había por el pasillo. Esto sin contar que alguna vez se tropezaron la madre y el hijo en el pasillo y la leche se derramaba por el suelo y las tostaditas se hacían trizas bajo sus pies. Mi desayuno, todos los días, era una tacita de caldo de arroz... y alguna vez que otra una rebanadita de pan negro que debía de pesar diez o quince gramos...

En el verano de 1945 me fui con una cuadrilla de segadores. Era el año que debía quintar, pero siendo hijo mayor de viuda me libraba del servicio militar. Pero yo no me fiaba un pelo, porque conocía un caso en Sagunto que, hijo de viuda y sostén de familia y todo, por ser hijo de un “rojo” —muerto también en campaña, como mi padre— no sólo tuvo que hacer la mili, sino que lo enviaron castigado a África. Ésa fue una de las razones que me echaron al monte, aunque no la principal. Y es que cuando yo oí decir que los de la sierra bebían leche condensada a voluntad, una noche tomé el camino y no paré hasta encontrarme con los guerrilleros. El cuartel general lo tenían en la sierra de Javalambre y la guerrilla la mandaba uno que había luchado en el maquis francés que le llamaban Delicado. Sí, yo me las arreglaba para que mi madre tuviera noticias mías y le mandaba algún dinerillo. Ella creía que estaba trabajando en Teruel.

Tiempo después nos mudamos al Maestrazgo y al principio lo tuve difícil para relacionarme con mi familia. Pero poco después, con un chaval enlace que era de Morella, se restableció la cosa. El

dinero lo sacábamos de secuestros que se hacían, de golpes económicos —así llamaban a los atracos— a ganaderos que iban o regresaban de las ferias o de un asalto muy bien organizado que se hizo a un tren pagador de la Renfe, en la estación de Caudé. En total, estuve con ellos un buen par de años. Delicado creo que se volvió a marchar a Francia. Antes repartió el dinero en partes iguales... bueno, él se quedó con una pequeña cantidad para los gastos de viaje. Y enseñándonos la metralleta, decía: “¡Vosotros no os preocupéis por mí, porque yo con ésta hago el milagro de los panes y de los peces!”. Yo me fui a Valencia con dos de ellos: uno que era de Denia y otro de Utiel. Allí montaron una empresa de material agrícola. Captaron un socio–capitalista —hijo de un banquero apellidado Nebot—, que tenía el brazo largo en lo de obtener licencias de importación, y fueron de los primeros en traer del extranjero máquinas segadoras–trilladoras. Y pronto sería el encargado de un taller con dos docenas de obreros. No supe que tuviesen nunca el menor “susto”, en razón de su pasado guerrillero. Ten en cuenta que entonces cualquier lío —por grave que fuese— lo arreglabas sobornando a quien fuese: a los policías, a los funcionarios, a los jueces militares... a todo quisque que tuviese algo de poder, vamos. Hasta hoy, en que me gano muy bien la vida y estoy feliz porque he podido dar a los míos, y en especial a mi madre, una casa y una vida digna. Mis hermanos han podido estudiar y son personas de provecho».

Con las botas de Siete Leguas.

Testimonio de un niño de Chimeneas: Frasquito

En el granadino pueblo de Chimeneas nadie se fue a la sierra.

Pero, en los años cuarenta, pese a la miseria reinante, nunca faltó a los guerrilleros la ayuda de sus habitantes. A veces esa táctica daba buen resultado: el que uno o varios pueblos —de una zona reputada guerrillera— no tuviese a ninguno de sus hijos en el monte. Las represalias contra su población eran menos frecuentes. Les llevaban ropa y comida. Y por las fiestas hasta les acercaban algunas cestillas con golosinas propias del festejo. Todo lo dejaban en las cuevas que sólo ellos conocían. Algunas eran conocidas por la Guardia Civil, pero ésta, prudentemente, no se metía en ellas, ya que ignoraban a dónde conducían. Y en las que era más fácil, para los inexpertos, perderse que dar con la salida.

En Chimeneas me contaron el caso de Frasquito —llamado también el Largo—, que iba, como la mayoría de los chicos de su edad —él había nacido en 1935—, descalzo. Y cuando su madre le compraba unas alpargatas —lo que quería decir que se acercaban las fiestas del pueblo—, el chaval echaba a correr por el pueblo para enseñárselas a la gente. «¡Mi madre me ha comprado alpargatas!», gritaba, a la par que iba levantando sus pies, en una especie de danza alocada. Su madre corría detrás de él para descalzarlo, ya que, al final de la carrera, las alpargatas corrían el riesgo de haber pasado a mejor vida.

Un día, Frasquito oyó a unos viejos que hablaban de lo bien armados y bien equipados que estaban los de la sierra. Y uno de ellos, que pastoreaba de vez en cuando, porque ya estaba entrado en años, dijo que los había visto días atrás y que se fijó en lo bien calzados que iban. «Todos llevaban esas botas de media caña que se pusieron de moda durante la guerra...». Así que, en cuanto Frasquito se enteró de que en el maquis daban botas, menudo trabajo dio a su madre —a la que comentó su descubrimiento—

para sujetarlo... Hasta que, una noche, traspuso y se echó al monte.

Mediometro, el cocinero de la partida de guerrilleros del Felipe, se acordaba de la llegada del muchacho a la montaña. Lo primero que hizo fue pedir que le dieran un par de botas. Y se las dieron, pero de las normales y corrientes, que lo de la media caña se lo había inventado el viejo campesino para darle prestigio a la guerrilla. Pero, como la partida andaba huyendo, le dijeron: «Aquí tienes las botas, compañero..., que te las vas a ganar..., como si fueran las botas de siete leguas...». Horas más tarde, en un descanso, se le acercó uno que era de Motril y le contó al muchacho la leyenda de *Las Botas de Siete Leguas* y también la de *El Gato con Botas*. Su padre —del motrileño—, desde pequeño, lo había suscrito a los cuentos de Calleja, un editor de Zaragoza especializado en los Cuentos Universales. O sea, que el de Motril, que se las sabía todas, acabó convenciendo al muchacho de Chimeneas de que, tan bien calzado, estaba llamado a emprender grandes empresas. Por de pronto, lo que emprendería serían grandes caminatas. Mediometro todavía recordaba la de recados —para otear el horizonte casi siempre— que le habían confiado, para que la partida marchase sobre seguro. Y cómo al mozarbete se le vivía el brillo de los ojos, al lado de aquellos hombres de pelo en pecho —cuando el de Motril le contaba lo invencibles, e incluso inmortales, que se volvían sus héroes literarios—; a tal punto, que Frasquito dejó de ser el chaval apocado y triste de antaño.

Y, como para bordar su propia leyenda, un día descubrió a un guardia civil, en paños menores, tras unas jaras, jodiendo con dos hermanas. Se llamaba Franco Ríos, era de Sevilla y estaba

destinado en el puesto del pueblo de Talará. A una de las hermanas se le encargó que fuese al pueblo a buscar comida para los guerrilleros y cinco mil pesetas para el rescate del semental, encargo que cumplió al pie de la letra y prontamente.

Más tarde, Felipe, al mando de un grupo de exploración (uno de los prácticos era Eugenio, de Alhama de Granada) se correría hacia las zonas de Guadix y de Baza —más allá de sierra Nevada—; o sea, a unos ciento cuarenta kilómetros de sus bases de la sierra de Loja.

El destacamento estaba compuesto por veinte hombres y no varió durante todo el recorrido. A los diez días de su salida de la sierra de Játar volvían a actuar de nuevo por la zona de Alhama de Granada y las fuerzas represivas tardaron bastante tiempo en volver a identificar a la partida. Es decir, en reconocer en ella a los hombres que se habían replegado hacia sierra Nevada, dado que por las zonas de repliegue, en la marcha de vuelta, nadie señaló la presencia de guerrilleros procedentes de sierra Nevada que bajasen hacia la zona costera. Parece ser que cuando unos campesinos de Alhama apuntaron que aquellos hombres eran los de Felipe, los guardias exclamaban: «Eso no puede ser porque la partida del Felipe ha sido aniquilada en sierra Nevada»^[193]. Y sin embargo eran los mismos que habían conseguido realizar una de las más importantes marchas que se conozcan de las guerrillas españolas de la posguerra. Y sin tener una sola baja, pese a haber sido localizados varias veces: una, muy cerca de Motril, y dos más en las inmediaciones de Torviscón y en el Cerro de Trevélez, en la ladera sur de sierra Nevada.

Se salvaron siempre gracias a la noche, ya que tras la caída del día nadie se atrevía a perseguir a los guerrilleros por el monte.

Frasquito no hacía más que decirle a Mediometro: «A ver cuándo podré ir a enseñarle mis botas de siete leguas a mi madre... Y contaré a mis amigos todas esas historias que me habéis enseñado».

Otro de los niños violados por los moros.

Testimonio de Ildefonso Plaza

Era del cacereño pueblo de Pozuelo de Zarzón. Y en los años cuarenta fue coordinador de la guerrilla de la sierra de Gata. De su carta fechada en Caracas —Venezuela— el 25 de noviembre de 1976:

«En una de mis visitas al monte me traje a un joven guerrillero. Un niño todavía, muy enfermo de los pulmones. Pero lo peor era su desmoralización y su hundimiento espiritual. Era nieto de un funcionario de la Diputación de Badajoz, donde se encontraba de veraneo cuando entraron los franquistas en la ciudad. Una noche, él y un amiguito suyo fueron raptados por los moros —tenían ocho años los dos— y violados salvajemente.

En el verano de 1944, al oír decir que iban a traer de nuevo a los moros para combatir a la guerrilla —y es cierto: los hubo en el Pirineo y en Asturias—, decidió huir al monte. Como debía ponerse en tratamiento, la situación no podía ser más delicada, sobre todo cuando teníamos que comprar leche. Como reinaba un terror tremendo no te podías fiar de nadie. Comprar cualquier cosa fuera de lo habitual o en cantidad inusual bastaba para levantar sospechas y a los pocos minutos ya tenías a la Guardia Civil en tu casa. Por las noches subía a charlar con él al desván

donde lo teníamos escondido y entonces fue cuando me contó lo de la violación. Era un muchacho muy sensible, que se había echado al monte dispuesto a todo; pero la verdad es que era incapaz de matar una mosca.

El chico se distraía los domingos viendo bailar a la juventud del pueblo a través de un pequeño agujero que yo le hice en uno de los ventanucos. A veces mis dos hijos subían al escondite a jugar al dominó con él. Luego, de Plasencia, les traje un juego de ajedrez y les enseñé a jugar a los tres.

Una noche tuvimos un aviso: que debíamos sacarlo de casa inmediatamente, pues los guardias iban a efectuar registros. Muchas mujeres de guardias no podían llegar a final de mes con la paga de sus maridos. Y compraban de fiado en la tienda y en la panadería. Como sabían que el tendero tenía un sobrino en el monte, en cuanto se tomaba alguna disposición especial en el cuartel de la Guardia Civil, alguna de las mujeres lo comentaba en la tienda. Así se avisó, varias veces, de que los guardias del pueblo, reforzados por otros de fuera, se disponían a rastrear la sierra. La mujer pedía algo de embutido para prepararle unos bocadillos a su marido, “porque se marchan unos días por ahí”... Al poco rato, ya salía hacia el monte un chaval, a galope tendido, como quien dice. Esa noche, el aviso nos llegó por la panadería.

Así que acompañé al muchacho hasta las afueras del pueblo y lo puse en manos de un compañero bajado del monte a buscarlo. No se le pudo cuidar bien y murió al poco tiempo. Nunca vi llorar a mis hijos tan desconsoladamente como el día que se enteraron de la muerte de su compañero de juegos.

Subimos a enterrarlo a un lugar determinado para poder bajarlo algún día al cementerio. Todavía —en la fecha que le

escribo— sigue descansando en el monte...».

Niños en el arroyo, como perros abandonados.

Testimonio de Benigno El Vaquero, de Valsequillo

Ésta es una de las zonas que con mayor frecuencia me he pateado. Es uno de esos innumerables rincones de la piel de toro ante los cuales —tanto es su hechizo— uno no se cansa de preguntarse cómo es posible que hayan podido ser escenario de tanta maldad humana. Y diré más: la primera vez que visité aquellas tierras y conocí a sus moradores —me refiero a la clase campesina, claro— me pregunté, por enésima vez, cómo nadie —y menos quienes lo poseían todo— pudo desplegar tanta crueldad y tanto refinamiento contra quienes constituían su mano de obra y a los que, además de explotar inhumanamente, humillaban despiadadamente.

El encuentro fue en la entrada de Valsequillo. Venía de Peñarroya y, de pronto, a mi izquierda, en un bosquecillo, vi a un hombre de unos cuarenta o cuarenta y cinco años rodeado de media docena de vacas. Amanecía un límpido y soleado día de mayo de 1976. Detuve el coche y me acerqué a él. Tras saludarle, le dije que quería hacerle unas preguntas sobre el pueblo... Estaba sentado, al pie de un árbol, hojeando una revista. Las vacas andaban rumiando por allí cerca. Menos una, que estaba tendida cerca de él, medio tapada con una vieja manta de éas de la mili. Levantó la vista, se me quedó mirando fijamente y me preguntó: «¿Usted no es de por aquí, verdad?». «Soy de Barcelona», respondí. «¿Y a usted qué se le ha perdido por aquí?». Se lo expliqué en pocas palabras: que andaba buscando información

sobre los hombres de los Batallones de Trabajo de Regiones Devastadas... de los que desertaron y se echaron al monte... y sobre sus familias^[194]... Se levantó, se acercó a la vaca acostada y con la manta, suavemente, le fue secando el sudor. «Es que está a punto de parir, sabe usted».

Sentados, el uno frente al otro, charlamos largo y tendido. Me habló sobre los pueblos de por allí: La Granjuela, Blázquez, La Esparragosa y sobre todo de Valsequillo. Y de sus gentes: las de antes y las de ahora. Pronto vi que no podía haber encontrado mejor interlocutor. Con su chacina y mi queso compartimos nuestro pan y nuestro vino. Y a la hora de la siesta, tras un forcejeo que duró casi una hora, parió la vaca. A medida que se desarrollaba —o se estancaba— el parto, él me iba dando explicaciones sobre sus vacas y sus ternerillos. Incluso le hablaba a la vaca y estoy seguro de que el animal lo comprendía todo. ¡Algo maravilloso, de verdad!

Me aconsejó que al pueblo no fuese. Que él me llevaría a su cortijo y allí hablaríamos, con más tranquilidad y que me indicaría los cortijos y el personal que podían darme información seria. «Porque yo pienso que usted, en su libro, debe poner todo lo que es verdadero».

El pueblo de Valsequillo de los Pedroches y el de Blázquez fueron teatro de violentísimos combates, durante la Guerra Civil, y quedaron prácticamente destruidos. Al llegar la paz franquista enviaron allí a varios destacamentos disciplinarios compuestos de prisioneros de guerra republicanos. De dichas unidades —cuyos capataces llevaban pistola al cinto y vergajo en la mano— acabaron huyendo al monte los más jóvenes y decididos. Por aquellos parajes se harían famosos el Chato y el Tuerto. El primero

tuvo como lugarteniente —en su partida de guerrilleros— a un tal Artemio. Casi ninguno de ellos era de la región. Este último era manchego. Y, como el Chato, al huir, dejó a su familia en Valsequillo. Pero, mientras el primero la alejó del pueblo, Artemio no llegó a tiempo, de forma que a su compañera se la llevaron presa y a su niña, Armonía, la internaron en un colegio religioso, cuando apenas tenía nueve años.

«Mientras estuve en Hinojosa del Duque —cuenta Armonía— las religiosas nunca me enseñaron nada. Nos decían que bastante trabajo tenían para salvar nuestras almas. Eramos una docena de “rojillas”, como ellas nos llamaban. Y no hacían más que mostrarnos fotografías de revistas y diarios, con iglesias y conventos incendiados. Nos decían que todo aquello lo habían hecho nuestros padres, que eran unos hijos de Satanás y que por eso nos tenían, horas y horas, en la capilla, arrodilladas, rezando y pidiendo perdón por nuestros pecados y los de nuestros padres. Y en las celdillas estábamos siempre a oscuras. Así me tuvieron durante casi seis meses. Y luego, un buen día, me entregaron a mi madre. De pronto no la reconocí. Estaba envejecida de años y tenía ya muchos cabellos blancos. Hasta mucho después —cuando yo era ya una muchacha— no supe el trato que le habían dado. Mi madre me dijo: “Nos han soltado porque quieren coger a tu padre, cuando haga por venir a vernos”. Nos llevaron a las dos a Valsequillo después de amenazarnos con devolvernos a Hinojosa si mi padre no se entregaba. Recuerdo muy bien la primera noche en que bajó de la sierra. En realidad se las arregló para introducirse en la casa en pleno día, en que nadie nos vigilaba, porque los guardias esperaban que bajase del monte por la noche.

De manera que, mi madre y yo, al volver con unos haces de

ramas secas, nos lo encontramos en la casa, con la metralla dispuesta. Al ver a mi madre en aquel estado dijo que se iba a entregar; pero ella se opuso tajantemente. “Que te entregues no servirá para nada. A ti te matarán, como hacen con todos los que bajan de la sierra, y a nosotras nos volverán a encerrar.” Entonces, mi padre dijo que prepararía nuestra huida del pueblo. Pero, mientras tanto, la Guardia Civil no nos dejaba vivir. La teníamos en casa casi todas las noches. Una vez, la pareja estaba abajo, calentándose frente a la chimenea, y mi padre estaba arriba, en el granero. De cuando en cuando me llevaban a mí al cuartel, donde me repetían lo que las monjas me habían enseñado: “presta mucha atención a lo que veas y escuches en tu casa, para luego contárselo al cura en confesión”. (Al cual le faltaba tiempo para ir a “confesarse” a la Guardia Civil). Y debía obrar así —me recomendaban las monjas— para salvar las almas de mis padres, que estaban en pecado mortal. Por eso me soltaron, sin duda, porque creían que ya me habían adoctrinado. Y luego, los guardias me mostraban unas tijeras de trasquilar ovejas, que colgaban de la puerta, y me amenazaban: “Si no haces lo que te decimos, y no vienes a contarnos enseguida todo lo que veas, eso querrá decir que las orejas y la lengua ya no te sirven para nada, y entonces te las cortaremos con esas tijeras. ¿Te enteras?”. Aquel suplicio duró varias semanas. Hasta que mi padre, con el Chato, y unos cuantos más, quedaron acorralados en un chozo —lo que por allí llaman un villar— y tuvieron que luchar hasta la última bala. Al Chato lo malhirieron y se pegó un tiro antes de que lo apresasen. Trajeron los cuerpos y los expusieron todo el día en la plaza del pueblo. Entre ellos estaba mi padre. Poco después nos fuimos a Ciudad Real, con mis abuelos maternos. Mi madre murió muy joven, pues

había sufrido mucho. Y yo siempre he estado mal de los nervios y todavía padezco insomnios. No, no lo creo; actualmente —verano de 1977—, ya es tarde para curarme. No, tampoco he querido casarme. ¿Para qué? ¿Para que el día menos pensado maten a mi marido, como hicieron con mi padre y a mis hijos los metan en un reformatorio religioso?».

El vaquero me contó, asimismo, lo que había ocurrido a la familia del Chato, en Blázquez. Detuvieron a su mujer, y sus dos niños —un varón de ocho años y una niña de seis— quedaron abandonados. Los que mandaban en el pueblo prohibieron que se les socorriese; así que vivían en la calle como perrillos sin amo. Comían de lo que encontraban y dormían donde podían: entre viejos escombros de la Guerra Civil, en algún pajar. Hasta que un joven obrero del destacamento disciplinario, que era de la comarca extremeña de La Serena, consiguió avisar a un hermano del Chato, el cual, una noche, vino con su mula a rescatar a sus sobrinitos. Los encontró en tal grado de miseria, que faltó poco para que se personase en el cuartel de la Guardia Civil, escopeta en ristre, «para ajustarle las cuentas a más de uno y que sirviese de ejemplo». El joven extremeño lo disuadió: «Ahora debes poner a salvo a tus sobrinos... que el tiempo de saldar cuentas ya llegará, no te preocupes...». Días antes, alguien había insinuado a una de las damas de la catequesis que se apiadasen de aquellas criaturas y las llevasen a un asilo. La mujer del boticario replicó: «Eso no puede ser, porque esos centros caritativos se han creado para acoger a los niños de familias pobres y honradas»^[195].

APÉNDICES

La ONU acaba de desvelar que en el mundo trabajan cuatrocientos millones de niños, mano de obra barata, que no protesta, y que obliga a competir a los padres por los mismos puestos. Unicef ha calculado que costaría unos setecientos ochenta mil millones de pesetas anuales escolarizar a los niños del mundo antes del año 2000. Esto equivale al 1 por ciento del gasto mundial en armamento, o al 7 por ciento del gasto mundial en productos para adelgazar.

EL AUTOR HA CREÍDO OPORTUNO INTERCALAR aquí ciertos textos —por ejemplo: el del arquitecto catalán Josep Torres i Clavé^[196] y el del general valenciano Vicente Rojo Lluch^[197]— para que quienes lean los testimonios —que forman el cañamazo central del libro—, puedan situar las vivencias de nuestros niños y niñas en el contexto que condicionaría, mayormente, sus vidas. Y que, a menudo, tienen muy poco que ver con las versiones, más o menos oficiales, que se siguen dando sobre la actuación de los que, para desdicha del pueblo llano, fueron sus dirigentes. Salvadas las excepciones de rigor, tan escasas como valiosas. Aquí, esperamos, quedan bien en su lugar algunos prohombres que no sólo no hicieron todo lo que debían para evitarnos la Guerra Civil sino que, como era de temer, serían incapaces de conducirnos a la victoria. Y, como trágico colofón, en marzo de 1939, perpetraron aquella traición sin atenuantes de rendirse ante el enemigo incondicionalmente. Final ignominioso que no se merecían ni nuestro pueblo ni el Ejército Popular nacido de las legendarias Milicias Obreras Antifascistas.

El primer apéndice es un sentido homenaje a los niños sandinistas que, por dos veces en el siglo XX, marcaron pautas para recobrar la dignidad y la libertad de los pueblos colonizados —política o económicamente—, unas vivencias que serían un claro

anticipo de las aventuras en que se verían implicados, pocos años después, nuestros niños, los niños de la guerra de España. Por extensión, es también un homenaje a los niños del mundo entero: a los que lucharon y sucumbieron, a los que sufren a causa de tan injustas derrotas y a quienes, mañana, se levantarán, todos a una, como en Fuenteovejuna, y gritarán: ¡Basta!

APÉNDICE N.º 1

Los niños de Nicaragua

«El segundo destacamento del primer ejército de liberación era el de los niños. Sandino conoce, mejor que la mayoría de los jefes revolucionarios, las inmensas posibilidades, la valentía y la inventiva de los niños. Y conoce, también, su disponibilidad para la lucha; su voluntad de vengar las humillaciones sufridas por sus padres. En sus escritos, Sandino insiste —en él es casi una obsesión— sobre los sufrimientos, las alegrías, la determinación, la rebeldía vividas durante su infancia. Y muy particularmente entre sus nueve y quince años de edad. Durmiendo en el suelo, en un viejo almacén destortalado, al lado de su madre, con la barriga vacía, mientras que, no lejos de allí, en la mansión de tipo colonial, sonaban la música, las risas, y los ecos de las fiestas organizadas por su padre y sus amigos blancos. Desde entonces, el pequeño Augusto empezó a odiar a su progenitor y a la clase social que él encarnaba. Don Gregorio, probablemente, nunca supo el papel que él jugó en el estallido de la revolución de Nicaragua, fruto de la rebeldía que él hizo germinar en su hijo. Sandino extendería el odio hacia su padre a la clase latifundista entera. El pequeño Augusto César desplegaría sus grandes dotes de imaginación y de coraje para proteger a su madre contra la残酷和 las humillaciones de que era víctima. Primero, consiguió relacionarse con su hermanastro, Sócrates, hijo legítimo de don Gregorio. Éste le procuraría prendas usadas y algo de comida, de vez en cuando. Desde la edad de seis años, como todos los hijos de los jornaleros de la plantación, el niño acompañaba a su madre, en las faenas del

campo, en las que también trabajaban indios nativos a los que él escuchaba cuando hablaban de su miserable existencia. Y observaba su solidaridad, para prevenirse contra el mal genio del capataz, y también para resistir al hambre.

Por eso, desde los primeros días de la Guerra Civil revolucionaria, el general de los hombres libres, Augusto César Sandino, echó mano de los niños. Los transformó en mensajeros, en observadores, en guías y en espías del ejército guerrillero. El Estado Mayor y los jefes de destacamento les confiaban los mensajes más importantes y las misiones más delicadas. Abrían caminos, se saltaban los controles y facilitaban información sobre la importancia y la naturaleza del dispositivo enemigo. En el territorio ocupado por éste, envenenaban las fuentes y llegaron a despotabilizar el agua de los pozos de los cuarteles y de los campamentos de marines norteamericanos. En todas las emboscadas que los guerrilleros tendían a las columnas de camiones enemigos, los niños jugaron siempre un papel de primer orden en la preparación de las operaciones. Como todos los niños del medio rural, del mundo entero, ellos conocían los «gritos» de todos los pájaros de la selva y sabían imitarlos a la perfección.

Al pasar una columna motorizada de marines, éstos ni se fijaban en los niños harapientos echados en la cuneta. Poco después, de las gargantas infantiles brotaban trinos o cantos de pájaros, según la señal convenida. Y en el acto los guerrilleros abrían fuego sobre la columna. Tenían claves —grito/canto/trino — para señalar la importancia de la caravana enemiga, para abrir el fuego y para replegarse si los atacados recibían refuerzos. Los niños sabían imitar todos los ruidos del bosque, sin excepción. En las emboscadas, los niños asumían también otra misión: tan

pronto se entablaba el combate, grupos de niños, escondidos en el bosque, se ponían a gritar —pronunciando frases cortas, como si fuesen órdenes tajantes— y armaban tal jaleo que los marines creían habérselas con un enemigo mucho más superior al real.

Su pequeña estatura, su rostro inofensivo; su voz frágil, y la emoción que los niños suelen despertar, por lo regular, en los adultos, daban a los «guerrilleritos» cierta inmunidad. Sin embargo, aquellos peques que surgían de los dédalos de calles estrechas, en las villas coloniales, que descendían, como una exhalación, por los senderos de la montaña, escondiéndose en los lugares más escabrosos, que se paseaban, arrastrando los pies, por las aceras de las casas de prostitución —que frecuentaban los soldados del ejército de ocupación norteamericano—, mataban, también, por sorpresa, con una pistola, una bomba de mano o un cuchillo.

Un destacamento, formado exclusivamente por muchachos de menos de quince años, llegó a conquistar, en Iberoamérica, una celebridad sin precedentes. Era el «Coro de los Ángeles», compuesto por centenar y medio de niños, huérfanos de guerra, que habían sido rescatados por los sandinistas. Nunca se supo el origen del nombre dado a dicho destacamento. ¿Era, quizás, una irónica imitación del lenguaje clerical, que bautiza como «coro de ángeles» el grupo coral de pequeños querubines que cantan durante la misa? ¿O era, posiblemente, a causa del nombre del comandante, el joven Miguel Ángel Ortez, también huérfano de guerra, del que dependían los imberbes guerrilleros? Ortez era un muchacho alto, guapo, resistente ejemplar, tanto moral como físicamente, y dotado de un gran sentido de la estrategia militar. Era el Camille Desmoulins de la primera revolución nicaragüense.

Había sido nombrado comandante a los diecisiete años. Dos pelotones del «Coro de los Ángeles» eran los más temidos por los marines; el «Palmazones» y el «Cuadro Negro». Los integraban ágiles y temerarios niños, que se colgaban de los árboles, hábilmente camuflados, y cuando los camiones pasaban por debajo de ellos, entonces saltaban sobre las cajas de los vehículos y liquidaban a los soldados enemigos al arma blanca.

En la noche de San Silvestre, en 1930, Miguel Ángel Ortez y su «Coro de los Ángeles» sorprendía a una unidad de marines descansando. Los muchachos los exterminaron a todos, menos dos que consiguieron huir. Dos meses más tarde, Estados Unidos retiraba de Nicaragua a su Cuerpo Expedicionario^[198].

OTRA AGRIDULCE PELÍCULA INTERNACIONALISTA. CON EL CINEASTA KEN LOACH POR TIERRAS DE NICARAGUA

La dignidad de un pueblo frente al poder del capitalismo. La destrucción de la revolución sandinista patrocinada por Estados Unidos centra la atención crítica de Ken Loach en su nuevo filme *La canción de Carla*. El cineasta descubre ciertos paralelismos con su popular *Tierra y libertad*. Pero advierte: «En Nicaragua no hubo Guerra Civil, como en España, sino una guerra de intervención».

Viajó por el país para escuchar de primera mano las experiencias del antiguo Gobierno sandinista y las anécdotas de la gente. La dignidad y orgullo de todos los que lucharon por su libertad e independencia hizo mella en el ánimo del realizador. «Estuvimos con campesinos que llevaban toda la vida trabajando para otros. Con los sandinistas llegó el reparto de tierras, el colectivismo, el trabajo en cooperativas. Entonces, la gente pudo levantarse con orgullo», recuerda.

Al mismo tiempo, Nicaragua le ofreció en directo esas «memorias distantes» que desempolvó en *Tierra y libertad*. «Los campesinos mostraban los documentos de propiedad de su tierra. Nos decían: “Esto es nuestro y nadie nos lo quitará”. Fue como ver la España de 1936 revivir ante nuestros ojos. Una visión emocionante».

«Pero Nicaragua —advierte— no sufrió una Guerra Civil, sino una guerra de intervención». Por ello, Loach denuncia en su nuevo filme el apoyo logístico, financiero y humano de la Administración norteamericana a la contraguerrilla.

«Estados Unidos minó el país y financió el terrorismo con dinero, armas y personal especializado».

«Nicaragua —añade Loach— amenazaba los intereses del capital americano, que necesita mercados, mano de obra barata, recursos naturales. Este pequeño país reclamó lo que le pertenece y luchó para trabajar en su propio beneficio. Si esta iniciativa se propagase hacia otros países, cesaría el poder de Estados Unidos en la región. Por ello se empeñaron en destruir la amenaza del buen ejemplo», explica Loach.

El Tribunal Internacional de La Haya condenó, en 1987, la intervención militar e impuso a Estados Unidos una indemnización de 17 billones de dólares. «Pero ignoró el fallo y se negó a indemnizar al Gobierno sandinista. Como es la mayor potencia de la tierra Estados Unidos hace caso omiso de la justicia y del derecho internacional», puntualizó Loach.

Como ya hiciera con *Ladybird* y *Lloviendo piedras*, Ken Loach rodó de nuevo en el Reino Unido: un documental sobre la larga huelga de los empleados del puerto de Liverpool. Aunque coincide con el cambio de Gobierno tras 17 años de conservadurismo,

Loach desconfía del laborismo y no prevé cambios sustanciales. «Los laboristas, como todos los socialdemócratas, creen que el capitalismo es progresivo y que el patrono debe obtener los máximos beneficios para financiar los salarios y la sanidad. Nunca defenderán a los trabajadores», dice. «Los socialdemócratas siempre traicionan. Ya sea González, Mitterrand o Blair, a la larga terminan vendiéndose»^[199].

APÉNDICE N.º 2

Conversaciones con el general Vicente Rojo Lluch

Tuvieron lugar en Madrid, el invierno de 1965–1966, pocos meses antes de su fallecimiento, en su domicilio de la calle de Ríos Rosas.

Reconoció que en 1936 el pueblo llano se apoderó de algo que nunca tuvo: las armas y la palabra. Y es muy significativo que esto lo viese tan claro un profesional de la milicia, de formación católica y totalmente alejado de la política y de las luchas sociales, como el general Rojo.

—Nuestra guerra —nos dijo— es a la vez algo muy complejo y sencillo de explicar. Y esto es debido a que confluyen en su planteamiento dos factores históricos irreconciliables, que en nuestro solar patrio iban a alcanzar las cotas más álgidas posibles. El primer factor lo constituyen los poseedores de poder. Del poder material y del mal llamado poder espiritual. El otro —segundo en virtud de su irrupción en la escena histórica— está constituido por quienes, de un modo u otro, se sienten avasallados e incluso humillados por esos poderes.

—Exacto. La irrupción de los tenidos por «extras» de la historia aquí, en España, no era inminente debido a la existencia de dos

corrientes ideológicas que se neutralizaban: la socialista y la anarquista. Y que, antes de estallar la guerra, tanto la primera —en octubre de 1934— como la segunda —en enero de 1933—, habían demostrado palpablemente que no disponían de un estado mayor revolucionario eficaz. Así, lo de que nos encontrábamos ante la inminencia de una revolución proletaria era pura leyenda. No. Aquí lo que ocurrió es que las distintas clases de poseedores de poder —los terratenientes, los grandes industriales, los banqueros, la Iglesia y quienes disponían de las armas— tenían muy poca capacidad, no ya tan sólo de análisis, sino siquiera de una mínima comprensión de los fenómenos políticos.

—Bueno, permítame que puntualice. Eso de la revolución era pura leyenda; pero en virtud de esa mediocridad política de los detentores del poder económico, éstos sí que creían que la revolución proletaria era inminente. Y es partiendo de toda una serie de falsos supuestos como se monta una sublevación militar tan mal organizada. Y que fracasa estrepitosamente, porque no se olvide que en los escasos puntos importantes donde triunfó —Sevilla, Zaragoza, por ejemplo—, su éxito se debe más a fallos del enemigo que a méritos propios. A partir de aquí, se produce lo inesperado, lo imprevisible —y no sólo para los sublevados, sino también para los propios gobernantes republicanos—; es decir, la irrupción en el primer plano de la historia de los avasallados y de los humillados, del pueblo llano. Con una mínima preparación para asumir tal papel, es cierto; pero eso no era culpa suya, desde luego.

—Hombre, claro. Las previsiones eran: los sublevados ganan, los gobernantes pierden, los partidos y organizaciones de izquierda —como de costumbre— hacen su numerito, se

desencadena la represión —que ya se esbozó por tierras asturianas en 1934— y aquí paz y después gloria... para varios años.

—Técnicamente, está también muy claro que sin la colaboración de las Fuerzas de Orden Público, y de no pocos militares profesionales, el pueblo no hubiese podido saldar victoriamente la primera fase de la sublevación. Su único recurso era echarse al monte y obligar a los militares sublevados a renunciar a la guerra convencional. Pero dudo mucho que eso lo tuviesen previsto los partidos y organizaciones populares, debido, como ya le dije, a la ausencia de estados mayores revolucionarios.

—Sí, naturalmente, mientras en una zona —la rebelde— los jefes de la sublevación se esfuerzan por recomponer sus esquemas de actuación, bajo normas clásicas —unos mandan y otros obedecen—, en la otra zona —la leal—, primero hay que canalizar la desbordante vitalidad histórica de nuestro pueblo y después hay que ir improvisando cosas, porque esa irrupción popular no hace posible que los esquemas de una lucha de características inéditas —por lo menos en España— se recompongan «a lo clásico». ¿Comprende?

—Esto es obvio, mi querido amigo. El mérito de los profesionales —y conste que yo no me incluyo entre ellos porque mi formación cristiana y mi modesto origen social me predisponían a sentirme pueblo— es el de haber conseguido sintonizar tan rápidamente con la realidad ambiental. Yo puedo hablarle de ello porque a lo largo de la guerra surgieron problemas tremendos de todo orden y a cada tropiezo me veía obligado a echar mano de compañeros míos. Y, como es natural, cambiábamos impresiones. Quiero decirle con esto que muchos

de nosotros, los militares adictos a la República, hicimos algo más que cumplir con nuestro deber, haciendo honor a la palabra dada. Y uno de los suyos —el coronel de Milicias Cipriano Mera— todavía podría atestiguarlo: nosotros no nos limitamos nunca a ejercer fríamente nuestra profesión. Sabíamos que conducíamos al combate a hombres, no a mercenarios, y por lo regular a soldados sin la menor inclinación guerrera. Y sabíamos, también, que muchos de ellos se batían «por algo», no para que las cosas volviesen a ser como habían sido antes. De no haber sido así, mi querido amigo, ni los profesionales hubiésemos podido estar en nuestro puesto hasta el final ni nuestros soldados hubieran derrochado el entusiasmo y el heroísmo que derrocharon.

—Entonces, el punto crucial ya lo conocemos; conciliar la sed de justicia del pueblo con las exigencias de una guerra sin cuartel. Esto, algún día tendrán que reconocerlo los historiadores, si no se logró nadie puede negar que se intentó alcanzar a lo largo de nuestra guerra: el que nuestros muertos murieran «por algo». Y que nuestros soldados se impregnaron muy bien de lo que nos iba en la partida se lo demuestra su participación, más tarde, en la guerra mundial. A ello hago alusión precisamente en uno de mis libros.

—Es verdad, esas gentes —quiero decir: sus líderes o dirigentes— que anhelaban cambiar las esencias de la vida: poner generosidad donde había egoísmo, fraternidad donde reinaba el odio, libertad donde imperaba la opresión, justicia frente a tanta arbitrariedad, debían haberse aprendido bien las lecciones de nuestra Guerra de Independencia. Porque si hay algo que no se puede improvisar, en sus líneas fundamentales quiero decir, es la guerra convencional. No basta ni la buena voluntad ni el heroísmo.

Las batallas, antes de ganarlas el soldado en el frente, las ganan sobre el papel los estados mayores, desengáñese. Así que llegamos a la conclusión de que los republicanos perdimos la guerra porque «nadie», ni en Europa ni en América, podía ver con buenos ojos la subversión del orden establecido. Y nosotros, por lo que fuere, al no obligar al adversario a guerrear a nuestro aire, nos impusimos unos sacrificios tremendos. En una palabra: hicimos una guerra en unas condiciones que luego, como usted bien sabe, ningún pueblo de Europa fue capaz de afrontar. ¿Qué más quiere que le diga, mi querido amigo?

—Sí, respecto al futuro de nuestro país, soy optimista, aunque no me atrevería a decirle a cuántos años vista, porque el bataclan que nos dimos fue de órdago. Con todo, tengo una gran confianza en nuestro pueblo. Lo que hay que procurar, lo que tienen que procurar ustedes los jóvenes, es que la próxima vez no fallen otra vez los conductores o los orientadores.

APÉNDICE N.º 3

Una revolución cultural única en el mundo

Los contactos previos para planear las líneas generales de estructura y finalidades del organismo pedagógico de la Revolución tuvieron lugar, casi en pleno combate, en las calles de Barcelona. Así, el Consejo de la Escuela Nueva Unificada (CENU) quedó constituido el 27 de julio de 1936. Apenas una semana después de haber sido sofocada la insurrección militar en Cataluña.

 Su primera preocupación es hacer frente al inminente problema de la infancia sin escuela y sin maestro. Que

aumentaría, a no tardar, con la llegada de varios miles de niños procedentes de otras regiones transformadas en zona de guerra.

A los millares de niños de la calle, sin escuela, que existían antes del 19 de julio, se habían añadido unos cuarenta y dos mil en Barcelona —y docenas de millares en el resto del país— de las escuelas confesionales, cuyo profesorado fascista había huido al fracasar el movimiento insurreccional.

A la llamada de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), se constituyen Delegaciones del CENU para atajar la vergüenza de la infancia abandonada —asilos y reformatorios religiosos fueron clausurados en el acto— y la tragedia de la delincuencia infantil que suelen estallar en gran escala en las guerras y en las profundas convulsiones político-sociales.

En Cataluña entera, en Aragón, allí donde el pueblo es dueño de la situación, desde los primeros días se asegura el cuidado de todos los niños. La pauta fue: el 1 de octubre, ni un niño sin escuela. A 60 días de plazo, se supo que la consigna no era ni utopía infantilista ni demagogia electoralista, sino la risueña realidad que nos ofrecía la acción directa del federalismo revolucionario y constructivo de un gran pueblo con nervio y con ideales.

En 60 días no se habían construido locales adecuados ni preparado de una manera perfecta profesorado para todas las ramas de la enseñanza; pero se habían habilitado, provisionalmente, chalés y palacetes, seleccionado profesores y autodidactas con vocación pedagógica —incluso estudiantes de magisterio a punto de terminar su carrera—, en cantidad suficiente para, doblando las clases en las zonas más difíciles —un curso por la mañana y otro por la tarde—, asegurar a toda la

población escolar el pan del cuerpo y del espíritu: escuela y cantina.

Al propio tiempo que de esta forma se daba solución inmediata al problema, un vastísimo plan de construcción ya estaba en marcha —véase el testimonio del arquitecto Torres i Clavé— y organizados cursos de preparación y perfeccionamiento para maestros titulares y para autodidactas aspirantes al certificado de aptitud profesional.

Al celebrarse el primer aniversario del 19 de julio, y de la constitución del CENU, nuestro pueblo, bajo bombardeos y dificultades de todo género, había realizado una obra portentosa sin precedentes en nuestra historia. Esto había sido posible gracias a los hombres y mujeres de acción, de un pueblo revolucionario dispuesto a cambiar radicalmente la vida, no en el año 2000, sino en plena lucha en la vida del presente. Los principios de la escuela unificada se podían resumir en dos vertientes fundamentales: social una y pedagógica la otra: 1) Igualdad efectiva de derechos y condiciones de todo niño. 2) Respeto a la conciencia y a la libertad del alumno. Se vertebría la enseñanza en un todo educativo, sin solución de continuidad, de la escuela cuna a la facultad y el laboratorio de investigación. El niño, con el pan y el vestido, halla en el ambiente de trabajo libertad y afecto adecuado para su desenvolvimiento integral, hasta que, según sus cualidades y gustos personales, esté en condiciones óptimas para la aportación de su actividad a la vida social, ya como albañil o ingeniero, ya como doctora o telegrafista, o simplemente como trabajadores no cualificados los realmente infradotados. Coordinada, pero descentralizada, la Escuela Nueva Unificada suprime patronatos irritantes para establecer igualdad de posibilidades a los niños de

las escuelas rurales que a los de las urbanas.

No sólo por el cambio de «rótulo» sino de estructura, en las casas del niño se suprimieron los horrores que existían antes del 19 de julio, en las cárceles—Infiernos, que en unas ciudades llamaban inclusas, en otras, hospicios, en Barcelona: Casa de Asistencia o Asilo del Buen Pastor. El régimen de coeducación, desterrados los nefastos métodos de la escuela dogmática, que sirviendo ideas hechas del color que fueran, deforman el alma del niño, ofrece todas las posibilidades de eclosión de una personalidad robusta. Recalcamos que, para los que habiendo sobrepasado la edad escolar conservaron el afán de saber y de perfeccionarse, se establecen políticos que, funcionando a horas compatibles con el horario de trabajo, hacen posible la reeducación y la formación en el sentido de las aptitudes y preferencias de cada uno.

Los Sindicatos de la Enseñanza de la CNT y de la UGT —sus Federaciones respectivas: FNSE y FETE—, junto con los trabajadores de otros sindicatos, que integraron sus actividades en los organismos del CENU, habían organizado —por ejemplo: el de la Madera, dedicando uno de sus talleres confederales a la construcción de muebles escolares—, al margen de las viejas concepciones estatales, la vida pedagógica del país.

El Consejo de la Escuela Nueva Unificada estaba presidido por José Puig Elías, maestro racionalista —alumno de Ferrer y Guardia, el fundador de la Escuela Moderna, fusilado en Montjuic en 1909 —, con Alberto Carsí Lacasa, ilustre geólogo, como vicepresidente. Otros colaboradores fueron: Juan Hervás, Gasiá Costa y J. Serra Hunter. La Comisión Pedagógica la formaban: cuatro profesionales, cuatro delegados de la Unión General de

Trabajadores —sindical socialista— y cuatro de la Confederación Nacional del Trabajo —sindical libertaria^[200].

APÉNDICE N.º 4

El Tesoro Artístico Nacional, a salvo

El pintor español Timoteo Pérez Rubio fue, sin duda alguna, el artista extremeño más importante de la anteguerra. Nació en Oliva de Jerez (Badajoz), en 1896. En 1932 obtuvo la primera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes. Ocupó el cargo de subdirector del Museo de Arte Moderno, en la gestión Juan de la Encina, y el de presidente de la Junta de Defensa del Tesoro Artístico Nacional, en 1936. Estaba casado con la escritora Rosa Chacel.

LUZ SOBRE NUESTRA HISTORIA

Es costumbre, mala o injusta costumbre, cargar sobre las espaldas de la Segunda República los avatares del oro de Moscú, sin tener muy en cuenta las complejas circunstancias políticas del caso, avalado por una Guerra Civil. Y con palmario olvido de la salvaguarda que el Gobierno republicano y sus más directos responsables ejercieron sobre otros valores, dicho con Homero, «más perennes que el oro»: las medidas precautorias que, de cara a los bombardeos, se tomaron en torno al patrimonio monumental de Madrid, y la ejemplar custodia en el traslado a Ginebra, y posterior devolución, de buena parte de nuestro tesoro artístico.

La defensa de Madrid no sólo se ciñó a parapetos y

fortificaciones béticas; abarcó también, y de forma ejemplar, ese legado monumental que desde el siglo XVII constituye honra de la capital de España y en el que, junto al de Carlos III, figuran nombres como los de Juvara, Sachetti, Juan de Villanueva, Sabatini, Ventura Rodríguez... Al cuidado del recién nombrado director general de Bellas Artes, el valenciano José Renau, las estatuas y monumentos públicos de la villa fueron minuciosamente cubiertos para quedar a salvo, como quedaron, de los desastres de la guerra. El testimonio gráfico de aquella muestra de arte de ocultación sigue hoy suscitando admiración en los expertos del ramo.

SALVAR EL PATRIMONIO

Otro ejemplo de atención y amor al arte, en el que jugó un papel decisivo nuestro Timoteo Pérez Rubio, nos viene testimoniado por las medidas de previsión sobre las obras maestras que, por análogas circunstancias, hubieron de salir de España con destino a Ginebra, y de allí volvieron a salvo de quiebra o detimento. Al frente de la Junta de Defensa del Tesoro Artístico Nacional, el desaparecido pintor —muerto en el exilio— extremó sus cuidados hasta el punto de no sufrir el menor rasguño muchas de las pinturas magistrales que hoy puede usted admirar en el Museo del Prado.

Las medidas adoptadas en el eventual exilio de nuestro patrimonio artístico a tierra neutral aún hoy pueden servir de modelo, pese a los avances de la técnica, a tales cuales alegres y no requeridas embajadas del arte español allende las fronteras y dentro de ellas. Sepa el lector que, bajo la supervisión de Timoteo Pérez Rubio, las pinturas fueron descolgadas, enrolladas y

dispuestas en cajas climatizadas, cuando distaba mucho de ser del común el uso de las viejas neveras. Al margen de otros merecimientos, creo que esta solícita empresa es suficiente motivo de homenaje al artista que falleció lejos de su patria.

Por rehuir el consabido elogio póstumo, quisiera colegir de ambos casos una clara consecuencia de carácter general, harto aplicable a nuestra actual circunstancia. Si los asuntos del arte funcionaron entonces mejor que ahora (incluida la triste mediación de la Guerra Civil), acháquese a que los cargos responsables se encomendaron, en 1936, a gente competente, decidida y, sobre todo, enamorada del arte.

«El bombardeo de Madrid —por la aviación y la artillería de los “nacionales”—, que no ha respetado monumentos artísticos ni centros de cultura, ha obligado a ejecutar importantes obras de defensa en bibliotecas y museos y a desordenar y alterar la colocación de sus fondos para reunirlos en los lugares más fuertes y seguros de cada edificio. Gracias a estas precauciones las bombas incendiarias, que los aviones facciosos lanzaron sobre el Museo del Prado y sobre la Biblioteca Nacional, no lograron realizar los siniestros propósitos con que fueron arrojadas. El Gobierno, no obstante, en previsión de que estos intentos pudieran repetirse, ordenó que fueran desalojadas de los centros indicados y trasladadas a lugar más seguro las obras máspreciadas y famosas, hecho que los enemigos de la República explotaron calumniosamente haciendo correr la especie de que dichas obras se sacaban de Madrid para venderlas al extranjero.

Sólo en Madrid, en la fecha que se escribieron estas líneas, van recogidas más de setenta bibliotecas de entidades religiosas y palacios particulares. Entre ellas figuran las de las casas

aristocráticas más antiguas e importantes. El número de volúmenes que suman estas colecciones pasa de cuatrocientos mil. Muchas de estas obras son ejemplares preciosos por su antigüedad y rareza o por el valor artístico de sus magníficas encuadernaciones. Los archivos reunidos en esta misma capital, procedentes de familias de abolengo histórico, monasterios, congregaciones y sociedades, pasan de cuarenta y suman varios miles de códices y legajos. En cuanto a los archivos eclesiásticos, se conservan íntegramente los de las catedrales de Madrid, Valencia, Cuenca, Murcia y Orihuela, y en su mayor parte los de las demás diócesis. Los parroquiales, salvados también casi en su totalidad en Madrid y en otras provincias, se disponen para engrosar en su día los archivos históricos provinciales.

Las grandes colecciones artísticas, religiosas y particulares, de Madrid y provincias, se hallan recogidas bajo la custodia del Estado. Las obras de arte procedentes de palacios señoriales, como los de Alba y Villahermosa, y de monasterios como los de las Descalzas y de la Encarnación de Madrid, figuran convenientemente inventariadas en los depósitos designados para su guarda. Van catalogados hasta ahora unos once mil quinientos cuadros de diversas procedencias, entre los que figuran algunos de Velázquez, Zurbarán, Murillo, Moro, Greco, Goya, Durero, Holbein, etcétera, y se hallan reunidos unos cien mil objetos de escultura, marfil, cerámica, tapicería, orfebrería y mobiliario. La Junta Central del Tesoro Artístico y sus delegados velan, por otra parte, por la conservación de los edificios históricos, tanto civiles como religiosos.

El Gobierno de la Generalitat de Cataluña, desde el 20 de julio de 1936, en el momento que siguió inmediatamente a la derrota

de la sublevación, comenzó su actividad movilizando sus servicios del Patrimonio Artístico, apoyando las iniciativas particulares que surgieron espontáneamente en todas partes y enviando misiones especiales a recorrer aquellos puntos donde había monumentos importantes, objetos artísticos o documentos históricos que proteger. Así se consiguió que permaneciesen intactas con todo su contenido y con sus archivos y obras de arte las grandes catedrales y monasterios catalanes, tanto en Barcelona como en Gerona, Tarragona, Poblet, Santas Creus, Pedralbes, Montserrat...

Consérvanse, asimismo, en su mayoría, los archivos y obras de arte de las iglesias de Barcelona, numerosas bibliotecas de centros religiosos y las colecciones de arte de Cambó, Marés, Mateu, Amatller, Comillas y otros. Y, al mismo tiempo que se han recogido estas obras, se han tomado medidas de protección, como en Madrid y Valencia, contra los bombardeos aéreos, se han realizado obras de consolidación y aun de restauración de monumentos y se han organizado nuevos archivos, bibliotecas y museos.

Cuando llegue el momento oportuno para dar a conocer los inventarios y catálogos de los objetos reunidos y para explicar, con la necesaria extensión, los esfuerzos y cuidados empleados por el Gobierno y por sus organismos técnicos en la defensa del Tesoro Artístico e Histórico, se verá hasta qué punto el cumplimiento de esta misión ha ocupado el pensamiento y la actividad de muchos españoles de bien en días de grave y profundo dolor.

Valencia, agosto de 1937.

José Renau, director general de Bellas Artes. Carlos Montilla, presidente de la Primera Junta de Protección del Tesoro Artístico, Madrid. T. Pérez Rubio, subdirector del Museo de Arte Moderno y

presidente de la Junta Central del Tesoro Artístico. T. Navarro Tomás, director de la Biblioteca Nacional y vicepresidente del Consejo Central de Archivos, Bibliotecas y Tesoro Artístico. Juan de Mata Carriazo, catedrático de Historia y miembro del Consejo Central de Archivos y Bibliotecas y del Tesoro Artístico. José María Giner Pantoja, secretario del Archivo Histórico Nacional y del Consejo Central A. y B. y del T. A. A. R. Rodríguez Moñino, catedrático de Literatura y miembro de la Primera Junta de Madrid. José Vaamonde, arquitecto, miembro de la Junta Central del Tesoro Artístico. Mariano Rodríguez Orgaz, arquitecto y secretario de la Junta Central. R. Fernández Balbuena, pintor, Presidente de la Junta Delegada del Tesoro Artístico de Madrid. Ángel Ferrant, escultor, director de la Escuela de Bellas Artes de Madrid y miembro del Consejo Central de A. y B. y del T. A. Alejandro Ferrant, arquitecto de Zona del Tesoro Artístico, miembro de la Junta Delegada de Madrid. Matilde L. Serrano, del Archivo del Palacio Nacional. Manuel Laviada, escultor, profesor de la Escuela de Bellas Artes de Madrid. Luis Vázquez de Parga, del Museo Arqueológico Nacional^[201]».

APÉNDICE N.º 5

Las Compañías Especiales del Ejército Popular republicano

Las primeras unidades republicanas que organizaron incursiones, de todo tipo, en la zona enemiga, durante la Guerra Civil, fueron las columnas confederales —Durruti, Roja y Negra, Los Aguiluchos de la FAI—, que operaban en los sectores Centro–Aragón y Alto–Aragón. Las llamaban Servicios de Información y Enlace Periféricos (SIEP). En 1938, cuando la 28 División (ex Roja y Negra) operó por

Andalucía y Extremadura, las patrullas del SIEP efectuaron numerosos golpes de mano por aquellas tierras.

Las Compañías de Servicios Especiales —llamadas también Compañías Especiales— dependían primero del mando de la División —más tarde se integraron en el XIV Cuerpo de Ejército Guerrillero— y fueron creadas a principios de 1937, en el seno del incipiente Ejército Popular republicano. Tenían por misión: *a*) organizar y realizar sabotajes en la retaguardia enemiga; *b*) recoger información y difundir contrainformación; *c*) realizar golpes de mano de todas clases (desde el rescate de personas en peligro hasta el decomiso de rebaños de ganado). Y, en general, todas las acciones propias de los comandos armados destacados a operar en el campo enemigo. Los guías o prácticos agregados a estos destacamentos clandestinos eran oriundos de la zona en que estaban llamados a actuar.

Algunos expertos en la materia —como el libertario Abraham Guillén, autor del *Manual del guerrillero*, libro de texto en las más importantes academias militares del mundo— opinan que uno de los principales errores del mando militar republicano fue el de no incrementar las acciones de dichos destacamentos. Llevando su organización, incluso, hasta la creación de bases guerrilleras cercanas a los nudos de comunicación de la zona enemiga^[202].

APÉNDICE N.º 6

Las Brigadas Internacionales

Los primeros extranjeros que empuñaron las armas en defensa de la República española fueron jóvenes antifascistas llegados a Barcelona en vísperas del estallido de la Guerra Civil. Venían a participar en la II Olimpiada Popular de Barcelona, que debía inaugurarse el 19 de julio de 1936. Aquella madrugada surgieron las primeras barricadas en las avenidas y calles de Barcelona. Algunos deportistas murieron en ellas, enfrentándose a las tropas sublevadas.

Ya establecido el frente de guerra en Aragón, allí acudirían los primeros voluntarios franceses e italianos de filiación libertaria o trotskista. Y algunos procedentes de Gran Bretaña, como el escritor George Orwell.

Luego, a fines de octubre y principios de noviembre, llegarían los hombres y mujeres, alistados en París, que formarían las llamadas Brigadas Internacionales, representando a 53 nacionalidades y —contando con los israelíes— a 54 banderas. En España, en las trincheras republicanas lucharían, codo con codo, palestinos e israelíes. Y en el Batallón Lincoln, por vez primera, un oficial de color mandaría a norteamericanos blancos.

En las filas de las Brigadas Internacionales encontramos a luchadores antifascistas de la más variada extracción social: desde profesores y estudiantes de la Universidad inglesa de Cambridge hasta mineros polacos de la Patagonia argentina, pasando por obreros portuarios de Marsella y Nueva York, afamados guionistas de Hollywood, escritores alemanes, poetas británicos, médicos canadienses, austriacos, holandeses y daneses, enfermeras yugoslavas, italianas, belgas, francesas y anglosajonas, aviadores de doce nacionalidades, sin olvidar a los cadetes de la Academia

Militar de México y a los albaneses de la Academia Militar de Milán. Esto como una pequeña muestra de las ciento y pico de unidades que componían las ya míticas Brigadas Internacionales^[203].

Quede constancia de que los primeros aviones extranjeros que volaron en ayuda de los republicanos españoles —en el período más crítico de nuestra guerra: cuando el enemigo se acercaba a Madrid, por la carretera de Extremadura, en octubre de 1936— fueron los de la Escuadrilla España. La organizó y dirigió el pensador-escritor André Malraux —autor, más tarde, de una de las más bellas películas, sobre nuestra guerra, rodadas en España: *Sierra de Teruel* o *L'Espoir*—, que trajo hasta la capital de España una docena de Potez-540. Gracias a la complicidad del ministro del Aire, el comunista Pierre Cot, que se vio obligado a dimitir *ipso facto* al airearse la toma de tierra, en Madrid, de los impresionantes aviones de bombardeo franceses. Tan impresionantes como poco efectivos, dada la gran eficacia, entonces, de los cañones antiaéreos alemanes: los temibles 8,8. Que lo mismo servían para derribar aviones —que no observasen una prudente altitud— como para despanzurrar tanques o taladrar fortines—nidos de ametralladoras, de cemento armado.

APÉNDICE N.º 7

Republicanos españoles en el Sahara

En el desierto argelino las autoridades francesas —primero, las «demócratas» y luego las de Vichy, con el mariscal Pétain a su cabeza— enviaron republicanos españoles a cinco campos de concentración —de «la muerte lenta»— de Argelia: Djelfa, Camp

Morand, Meridja, Ain-el-Curak y Hadjerat-M'guil. Este último considerado como el peor de todos: «del que no se salía vivo». Sin olvidar a los marinos republicanos, enterrados en vida — testimonio de David Gasea, comandante del destructor *Almirante Miranda*— en una mina abandonada de fosfato de cal, cerca de Maknassy, al sur de Túnez, desde 1939 a 1942.

Los primeros deportados al desierto fueron militantes libertarios procedentes del campo de Vernet de Ariége. Y en particular mandos y comisarios de la 26 División —la antigua Columna Durruti—, con su jefe, el coronel Ricardo Sanz, como «delegado principal de los españoles». Destino: el campo de Djelfa. La inmensa mayoría de los llegados más tarde —entre otros: el escritor Max Aub— encontrarían ya una organización clandestina española, con la que a menudo tuvieron que contar los militares franceses. Al desierto del Sahara —en particular a Camp Morand— irían llegando dos categorías de represaliados — caracterizados, en general, por su juventud—: 1) los «rebeldes» de los campos de concentración de Francia —a veces por el simple hecho de haber rechazado el plato de rancho, inaceptable de todo punto—; y 2) quienes —al regresar a la vida civil, tras la derrota de Francia, en 1940— se habían rebelado al serles denegados los derechos a que se habían hecho acreedores al alistarse en el Ejército francés o en las Compañías de Trabajo Militarizadas. Entre éstos abundaban los nacidos en 1921 —menores de edad—, de la llamada «quinta del chupete». La mayoría de ellos los enviarían a trabajar en el proyecto faraónico del Transahariano: un ferrocarril que debía unir las posesiones francesas de África del Norte con las de la parte occidental de Centro-África (Níger, Chad, Camerún). El tramo más importante —primer proyecto—, desde la frontera

argelino-marroquí hasta Níger, había sido esbozado ya a principios del siglo XX, siendo empezado bajo la Tercera República. Pero que estuvo suspendido durante muchos años por falta de mano de obra, pese a las condiciones interesantes que al principio se ofrecieron. En 1940, las autoridades fascistas de Vichy vieron el cielo abierto, sin duda, al comprobar que podían disponer —como mano de obra esclava— de unos miles de republicanos españoles.

Las condiciones de vida en el trabajo y en el campo de concentración que tuvieron que soportar hermanos nuestros, en los confines de aquella región del desierto del Sahara —la zona de Colomb-Béchar— en la frontera de Argelia y Marruecos, no desmerecían, en absoluto, de las que los alemanes reservaron a sus deportados en los campos de exterminio del Viejo Continente.

APÉNDICE N.º 8

La matanza de Badajoz

A una pregunta del corresponsal de guerra norteamericano John Whitaker, el coronel Yagüe le espetó: «Por supuesto que los matamos. ¿Qué esperaba usted? ¿Supone que voy a llevar conmigo a cuatro mil rojos, cuando mi columna debe avanzar en una carrera contra el reloj? ¿Cree que puedo dejarlos a mis espaldas y que Badajoz vuelva ser roja de nuevo?» (enviado del *New York Herald Tribune*).

Yagüe, como Franco, Varela, Mola, Queipo, Sanjurjo, era un «africano».

En cambio, Riquelme, Guarner, Asensio, Rojo, Villalba, Miaja —los que fueron leales a la República— eran «africanistas». Estos, lo primero que hacían al pisar tierra africana, era aprender la lengua de los nativos y conocer sus costumbres y tradiciones. De forma que la forzada convivencia entre colonizadores y colonizados fuese lo más civilizada posible. Los otros, los «africanos», eran los que trataban a los nativos brutal y despiadadamente. Destrozándolo todo a su paso y abusando de mujeres y niñas sin el menor recato. Se pueden ver fotos —una, con media docena de legionarios— con soldados españoles que exhiben tres cabezas de moros que han sido decapitados, separadas de los cuerpos a machetazo limpio... (Recuérdese el «Expediente Picasso». La investigación del general Picasso se centraba en el esclarecimiento de las responsabilidades de los generales Silvestre, Navarro y Berenguer en la conducción de la campaña marroquí de 1921. Expediente iniciado en agosto de 1921 y que no pudo terminarse hasta que se proclamó la República, en 1931).

Apostilla: Mediada la década de los años ochenta, propuse al director de una importante revista gráfica barcelonesa la

publicación de una serie de reportajes sobre nuestra guerra. Concretamente: consagrados al paso de las columnas facciosas que, procedentes del norte y del sur del país, confluían sobre Madrid. Tenía datos sobrados recogidos *in situ* para demostrar la inagotable estela de sangre dejada por los coroneles Yagüe, García Valiño y García Escámez —y otros—, por tierras andaluzas, extremeñas, navarras, riojanas y castellanas. A la vez, sugerí al director de la revista que invitase a otro historiador a relatarnos el paso de las columnas de milicianos republicanos por tierras de la Alcarria, Aragón, Andalucía y La Mancha. Me respondió que lo estudiaría... Pero nunca más se supo.

APÉNDICE N.º 9

La represión en Extremadura

Según el testimonio del cacereño E. Santos Fernández sobre las muertes en el puente de Alconétar, sobre el Tajo, que dejaron una huella imborrable en muchos de los que vivieron aquellos meses:

«Mi padre me refirió que un pescador le dijo que había estado algún tiempo sin bajar al Tajo porque le daba miedo, y le ocasionaba repulsa comer los peces porque raro era el día que no había cadáveres en las orillas del río. Aguantó muchos días hasta que una mañana vio a una señora con un niño en los brazos; la madre tenía la señal de un tiro en la frente, estaba yerta y yerto el niño que había muerto de frío en los brazos de su madre. Los enterró allí mismo, al ver que las autoridades, a las que se lo había dicho, no le hacían ni caso. En lo sucesivo, como vivía allí, todas las noches enterraba a los que mataban, pues de día no se atrevía al ser peligroso...».

«La última defunción de ese día —17 de agosto de 1936— correspondió a Teodora Velasco, de catorce años de edad. Sucedió cuando llevaba alimentos a un familiar que se encontraba en la cárcel. Uno de los vigilantes disparó contra ella, causándole la muerte de manera instantánea».

«El día 5, el vecino Sinesio Arias Mayorga —del pueblo de Escurial—, cuando estaba trabajando en la huerta, fue avisado para que se presentase en el Ayuntamiento. Acudió a la llamada y, en la plaza pública, un guardia civil, desde un bar próximo, disparó contra él, causándole la muerte. Para conocer los efectos de la represión en Escurial, los testimonios facilitados por la vecina Delfa Jiménez Arias han sido fundamentales. Sobre esta muerte manifiesta: “El cadáver de Sinesio lo colocaron en una escalera, enterrándolo en un huerto, en el camino del cementerio. El suceso lo vieron varios niños que se encontraban, en aquellos momentos, jugando en la plaza”».

«En septiembre, mes especialmente pródigo en este tipo de actuaciones, ocurrieron dos sucesos que conmocionaron al municipio verato [Villanueva de la Vera]. Uno de ellos se produjo el día 14, afectando a los vecinos Pedro Tornero Quintana, Ildefonso y Tomás Salinero Vázquez, Lorenzo Cordero Ramos, José Naranjo y Urbano Recio Marcos, este último de dieciséis años de edad. El día 26, las víctimas fueron las siguientes mujeres: Florentina Quintana Huertas, de sesenta y dos años de edad; Ángela y Ana Tornero Quintana, ambas hijas de la anterior, siendo Ana esposa de José Naranjo, fusilado el día 14, y encontrándose embarazada... Las otras dos asesinadas eran: Bernarda García Ambrosio y Úrsula Sánchez».

«Finalmente, a Fernando Mateos Guija, de diecisiete años, se

lo llevaron al cuartel de Falange de Navalmoral de la Mata, liberándolo gracias a que intercedió por él, ante un capitán del Ejército, su cuñada. Sin embargo —afirma José Luis Mateos— a las dos o tres horas de ser liberado falleció de un colapso provocado por el miedo».

«En Navatrasierra, a las pocas horas de ser ocupado el pueblo, eran ejecutados Francisco y Delfín Álvarez Felipe, padre e hijo; Victoria Fernández Fernández y Luisa Breña, que tenía un hijo en período de lactancia».

«En Aliseda fueron fusilados: Teodoro López, hijo del jefe de la estación de ferrocarril, de dieciocho años de edad; y un tal Leonardo, conocido popularmente por el Huérfano, por carecer de padres y tenerlo acogido una familia del pueblo».

«Los falangistas locales —del pueblo de Arroyo— se movían con toda impunidad. Como ejemplo de su actuación puede servir este testimonio facilitado por varios vecinos: Al parecer, en un tinado situado en el extrarradio del pueblo, los falangistas se llevaron a tres o cuatro mujeres de pueblos cercanos, que tras violarlas y cometer con ellas todo tipo de abusos, les dieron muerte, enterrándolas allí mismo. Sus restos aparecieron, tiempo después, repartidos por la superficie. Los habían sacado los cerdos en busca de comida».

«El 5 de septiembre de 1936 —según el testimonio de Tomás Gallego—, en Miajadas, detuvieron a ocho hombres y a una mujer. Hemos conseguido conocer la identidad de siete de los fusilados: Lázaro Galeano Sierra y su hijo Pedro Galeano Hernando, que tan sólo contaba dieciséis años; Antonio “el Segador”; Agustín Rubio Velarde y a su madre, Valentina Velarde. A José Rubio Correa, marido de Valentina, lo detuvieron y se escapó. Entonces

detuvieron a su mujer e hijo, fusilándolos. Tras la guerra, José falleció a causa de una paliza que le dieron en la cárcel».

«En el pueblo de Garcíaz —2500 habitantes y cerca de medio centenar de asesinados— detuvieron, y fusilaron, incluso, a Josefa Abril Figueroa, hermana de un significado falangista local y católica practicante. A otra mujer —según el testimonio de Moisés Gil—, Cecilia Izquierdo Trevejo, la pasaron por las armas cerca del pueblo tras violarla».

El día 28 de agosto de 1936 volvieron a estar presentes las ejecuciones en Alcuéscar. Entre otras, las fusiladas fueron Soledad Corchero Juárez, que al parecer fue víctima de abusos sexuales por parte de los represores antes de acabar con su vida, y Mercedes Aguilar, que se encontraba embarazada.

En Peraleda de la Mata —manifiesta el vecino Domingo Sánchez en su testimonio— Tomás Fraile Bernal, que contaba doce años, vio cómo mataban a su padre, a su hermano y a dos tíos carnales, quedando con vida su madre y tres hermanos más pequeños que él. No ha podido borrar de su mente aquella imagen, a pesar del tiempo transcurrido, llorando cada vez que la recuerda. Según Domingo Sánchez, que en 1936 contaba con dieciséis años de edad: «En su denuncia, el dueño de la posada informó que eran rojos, pese a que en el grupo había tanto personas de ideas derechistas como izquierdistas»^[204].

A hechos de esta naturaleza, en Navalmoral de la Mata, hace referencia el conocido informe del Colegio de Abogados de Madrid, fechado en octubre de 1936, sobre violaciones de los derechos humanos practicadas por los militares sublevados: «Al entrar en Navalmoral de la Mata —indica el informe—, los regulares moros produjeron escenas de salvajismo insuperable,

asesinando a sus moradores y desvalijando las casas. Los elementos de ultraderechas, por poseer los mejores muebles, fueron los más castigados. Muchas mujeres católicas, que rezaban porque entrasen los fascistas, cuando ello ocurrió, fueron violadas y muertas». (Sobre este informe, véase: *Ideología e historia sobre la represión franquista y la Guerra Civil*, de A. Reig Tapia, Editorial Akal, Madrid, 1984).

(N. del A.: La responsabilidad máxima recaía sobre el mando franquista, que daba a los regulares carta blanca durante 24 horas para saquear, violar y matar. Existen fotos donde se pueden observar los tenderetes moros, en los que se vendían los objetos fruto del saqueo. Incluso: máquinas de coser y de escribir...).

«... Una cruzada que, desde el primer momento, habría de contar con el inestimable concurso de unos moros infieles (otra curiosa paradoja), que vinieron de África para sembrar el terror, ejecutando con saña a los prisioneros, violando a las mujeres, mutilando los cadáveres. Cabe preguntarse, pues, una vez más: ¿Quién había, en realidad, desatado la violencia?»^[205].

APÉNDICE N.º 10

La revolución popular vivida por un arquitecto

Ya hemos visto —véase el Apéndice N.º 2— cómo un militar de carrera captó la onda de lo que estaba en juego, de verdad, en España, en el período 1936–1939. Pero su caso no fue, ni mucho menos, el único. Adhesiones inmediatas y entusiastas las hubo en todos los estratos sociales y en las más variadas profesiones. Y ésta es una característica muy particular de la situación político-social que se creó en la zona republicana: la del rápido contagio

revolucionario a personas que nunca habían pensado en la revolución social como el gran recurso para encauzar a la sociedad hacia la solución de los problemas básicos que tiene planteados el género humano. Y el mérito, equivalente, por parte de los cuadros políticos y sindicales, al saber ganarse la confianza de aquellas personas, tan ajenas a sus medios, y, al tiempo, saber demostrarles cuánto se confiaba en ellas. El caso del brillante y joven arquitecto catalán Josep Torres i Clavé merece ser destacado por ser el primero —de su gremio— en ponerse al servicio del pueblo, de su pueblo. La carta que escribió —apenas al mes y medio de haber estallado la revolución popular en Cataluña — a otro ilustre arquitecto, Josep Lluís Sert, que se encontraba en París, preparando el pabellón español de la Exposición Universal de París (julio de 1937), es, para nosotros, un documento de un gran valor humano e histórico.

«Los acontecimientos se han precipitado, estos días (julio-agosto de 1936) de manera “formidable” —informa Torres i Clavé a Sert—. Desde la confiscación del Colegio de Arquitectos, en un acto de fuerza, hasta hoy. Parece que haya transcurrido un tiempo extraordinario, *teniendo en cuenta las cosas que se han llegado a planear y a resolver...* En la primera asamblea, conseguimos constituirnos en sindicato autónomo, cuyos miembros y oficinas técnicas hacemos redactar todos los proyectos que nos pasan por la cabeza. Entre ellos, como tú ya habrás adivinado, la demolición del Barrio Chino, y, por tanto, la construcción de nuevos barrios de viviendas. Hoy mismo entregaré las bases de este proyecto para que sea estudiado, “inmediatamente”, según las orientaciones del GATCPAC (Grupo de Arquitectos y Técnicos Catalanes para una Arquitectura Contemporánea).

Naturalmente, esto comportará tres o cuatro meses de estudio, antes de que se pueda llevar a la práctica. He descubierto también, en las oficinas municipales, el proyecto, casi completamente listo, de la prolongación de la Gran Vía hasta el Prat del Llobregat. Como puedes suponer lo he hecho aprobar “inmediatamente” y dentro de ocho días comenzarán las obras. Un detalle más: para que veas la marcha que he podido imprimir al Ayuntamiento sólo tengo que decirte que el aspecto es completamente diferente: no tienen tiempo ni de leer el diario.

Otro detalle significativo: al proyecto de la Gran Vía, del que te hablo, le faltaba, para terminarlo, una cota que era el paso de la Gran Vía sobre el Ferrocarril. Esta cota estaba pendiente de un estudio que tenía que hacerse en los enlaces ferroviarios. Este estudio, como todos, se verificaba muy lentamente. Por eso, el mismo día que vi que faltaba esta cota fui a ver al ingeniero en jefe Reyes, el cual me contestó que no sabía si era de 6 o de 6,50 m. Le respondí que para nosotros esto no tenía la menor importancia, que yo asumía la responsabilidad de la cota y la di “inmediatamente” a la oficina técnica que confeccionaba el proyecto, terminando, radicalmente, su estancamiento. Esto es sólo un botón por muestra. Todas las cosas funcionan en este estilo y tú, “naturalmente”, como me conoces, puedes comprender que me encuentro “perfectamente” en este ambiente. Se puede decir que todos los sistemas que utilizamos obedecen a una consigna, que es “ir al grano”.

La cuestión de la Escuela de Arquitectura nos preocupó desde el primer momento: veíamos las grandes posibilidades que teníamos ahora y sentíamos perderlas. Al final, a fuerza de muchas gestiones y solucionando las complicaciones que representaba la

confiscación de la escuela, pues otros se nos habían adelantado, conseguimos una victoria absoluta, al ser nombrado comisario delegado en la Escuela, con todas las atribuciones para actuar. Para que veas a qué ritmo acelerado van las cosas, te diré que mi nombramiento salió el 24 de agosto —de 1936—; el 25 hacía aprobar al Sindicato de Arquitectura la destitución de todos, absolutamente todos, los catedráticos de la Escuela de Arquitectura. Y el lunes, día 31, haré efectiva la destitución; al mismo tiempo se ha conseguido “una organización perfecta” del Sindicato de Arquitectos, por medio de diferentes comisiones que actúan con todas a las órdenes del Comité y con una disciplina formidable.

Sobre los arquitectos se ha hecho sentir ya el peso de diversas sanciones, con lo cual he conseguido el pánico absoluto entre la clase y, como consecuencia, una disposición incondicional a aceptar todas aquellas orientaciones revolucionarias que emanen del Comité^[206].

Tenemos una Comisión de absoluta importancia y en la que, en estos momentos, te encuentro a faltar a ti de una manera imprescindible: me refiero a la Comisión encargada de las Escuelas, que dirige el compañero Pi Calleja, de excelente mentalidad, que nos representa dignamente en el Comité de la Nueva Escuela Unificada^[207]. La tarea de este Comité ha sido “magnífica y rápida”. Dentro de 15 días pensamos tener aprobado el nuevo proyecto-plan de Escuelas en toda Cataluña, esencialmente revolucionario, con una orientación que yo considero “perfecta”. No hace falta que te diga que en este plan está incluido el nuevo plan para la Escuela Superior de Arquitectura.

Otro punto importante es el criterio constructivo que demuestran: deben estar afiliados a cualquiera de las sindicales obreras CNT o UGT. De esta forma se resuelve la lucha sindical entre los arquitectos, que en caso contrario hubiese constituido un vicio original, con las consiguientes dificultades para unir en una sola dirección todas las cuestiones sindicales de los arquitectos.

Terminada esta primera etapa, y puestos en contacto, “inmediatamente”, con los organismos sindicales de la CNT, que en este caso ha ido más deprisa y con más organización que la UGT, hemos procedido al control de todas las casas constructoras de Barcelona, que hoy se encuentran virtualmente bajo nuestra dirección. Desde el Fomento de Obras y Construcciones hasta la casa constructora más modesta, todas han sentido el peso del control sindical. Este control se ha ejercido a través del Comité de Control Obrero de cada obra; un delegado por la casa constructora, nombrado por la CNT (independiente de los obreros que trabajan en la obra); un arquitecto y un aparejador. Como no habría suficientes arquitectos, muchos de ellos se encargan al mismo tiempo de tres o cuatro obras, según su importancia.

Este control sindical se ha hecho extensivo al Ayuntamiento y, naturalmente, pensamos ejercerlo, también, más adelante, en otros organismos oficiales (esto último no es más que un proyecto todavía). En el Ayuntamiento el control se verifica de una manera efectiva. Yo me encargo de ellos personalmente y constituimos, con otros representantes sindicales y del Ayuntamiento (que están en minoría), una Junta de Urbanización y Obras, en la cual ni se atreven a discutir nuestras orientaciones. Esto, como puedes comprender, se hace aprovechando “esta gran fuerza moral” que

nosotros hemos conseguido, y nos ha dejado un “formidable” campo libre en los organismos municipales, que pienso aprovechar con toda intensidad.

Nos metemos por todas partes, lo sabemos todo, controlamos a todos los miembros de la organizaciones obreras, y “de una manera especial los de la CNT”, los cuales, dentro de todo lo esperado, están desarrollando una tarea de orientación (y me refiero exclusivamente al ramo de la Construcción), intensísima. De acuerdo con ellos —“y recalco: absolutamente de acuerdo”— hemos estudiado el problema inminente de la intensificación de obras con cargo al Estado, a la Generalitat y al Ayuntamiento, con el fin de sustituir a la iniciativa privada, todo esto debido al retramiento natural del capital, y al ultimo decreto rebajando los alquileres un 50 por ciento. Como comprenderás, este punto es esencial si queremos asegurar la continuación del trabajo para los 100 000 obreros de la construcción de Barcelona y los 20 000 del resto de Cataluña.

La organización del trabajo en el Sindicato se hace mediante una Comisión de Racionalización del Trabajo, cuya finalidad es la de establecer una ficha de todos y cada uno de los arquitectos para proceder a la distribución del trabajo de una manera racional entre los especialistas. El único “arquitecto” que recibe encargos es el Sindicato, y éste lo distribuye entre sus colaboradores, a tenor de la especialidad de cada cual. Como podrás ver, hemos conseguido, en pocos días, “un cambio radical” en el concepto del trabajo del arquitecto, ajustándolo exactamente a nuestro ideal. La enorme tarea que pesa actualmente sobre mí no me permite ocuparme de los trabajos del estudio (despacho particular), por lo que me veo obligado a traspasarlo. Por lo menos de momento.

Por dichas razones y “por otra de carácter moral muy importante: hay que predicar con el ejemplo”, y hay que tener en cuenta el ritmo actual de la revolución, para poder incorporarse a él. Y para ello hay que renunciar a todas aquellas obras de carácter particular, ya que de lo contrario los otros arquitectos podrían pensar que nos estamos aprovechando de los puestos de responsabilidad en que nos ha situado el momento actual».

Josep Torres i Clavé nació en Barcelona en 1906. Perteneció a la magnífica e inigualada promoción de arquitectos de fines de la década de los años veinte (Sert, Bonet, Ribas y su hermano Raimon, entre otros), que formaron parte del grupo fundador del GATCPAC.

Murió en el frente del Este (Segre), por tierras de Lérida, víctima de un bombardeo aéreo, cuando inspeccionaba una línea de fortificaciones construida bajo su dirección. (*Construcción de la ciudad*, N.º 15–16. «Josep Torres i Clavé, arquitecto y revolucionario», Barcelona, abril de 1980).

Apostilla final: Por consiguiente, con la derrota militar definitiva no sólo se perdía una guerra, que el pueblo llano había hecho suya, contra viento y marea —y a fe que se desencadenaron como nunca!— sino que se destruía una gran ilusión, una esperanza inédita: la de acelerar la edificación de una sociedad más justa, más libre y más alegre. La larga carta de Torres i Clavé es un documento sin par... para demostrar que éramos capaces de predicar con el ejemplo.

APÉNDICE N.º 11

El suicidio, última protesta contra el franquismo

Lamentamos —porque estos casos son una parte importantísima de nuestra historia— que no abunden los jóvenes historiadores, o estudiosos del tema, dispuestos a consagrarse su tiempo libre —como lo hizo durante varios años mi buen amigo, el maestro cordobés Francisco Moreno— para, “resucitándolos”, rendir un último homenaje a los hombres, mujeres y niños vilmente asesinados por los que, un maldito día de julio de 1936, le prendieron fuego al hogar hispano por los cuatro costados.

«Ya desde 1936, los dramas familiares, que en muchos hogares causó el franquismo, incrementaron el índice de suicidios, principalmente en Andalucía. En mi libro anterior sobre la guerra en Córdoba (página 318) se recogió el horrible suicidio de la viuda de Miguel Landrove Pouzo. Este hombre fue funcionario municipal de la UGT y sería fusilado en Córdoba el 3 de septiembre de 1936, en una tanda de ochenta. Su viuda fue a reconocerlo al cementerio. Cuando regresó a casa, se ahorcó, después de haber colgado ella misma a cada uno de sus tres hijos pequeños»^[208].

Tragedia semejante relata el doctor Carlos Zurita, sobre el fusilamiento de Manolo Reyes. Este hombre, que más bien frecuentaba los círculos de la derecha, acostumbraba a fotografiarse con cualquier personaje que llegaba a Córdoba. Y lo detuvieron los falangistas porque le hallaron una fotografía con Fernando de los Ríos (ministro de Instrucción Pública republicano). «La noche en que lo fusilaron —continúa el doctor Zurita— fuimos a reconocer los cadáveres al cementerio, después que salimos del cine, y vimos a la mujer del gitano, que era guapísima, al lado de una caja, velando a su marido elegantemente amortajado. Aquella mujer nos echó una mirada de odio que no olvidaré nunca. Al día siguiente supimos que la mujer se había ahorcado, después de

haber colgado, uno por uno, a sus siete hijos»^[209].

APÉNDICE N.º 12

La asistencia «sanitaria» en los campos de concentración de Francia

Respecto a las condiciones de vida en los campos de concentración franceses, son elocuentes los informes del general médico francés Peloquín y del doctor Joaquín d'Harcourt, jefe de Sanidad Militar del Ejército republicano español. Señalaron que la disentería y la neumonía causaban verdaderos estragos, así como la tifoidea, la tuberculosis y en algunos casos la lepra; que la tercera parte de los internados —esto es: entre cincuenta mil y sesenta mil— sufría de tiña y sarna, siendo muy frecuente la ulceración de la piel y la inflamación de los ojos y la gargantas debido a las violentas tempestades de arena que el viento —la temible Tramontana— originaba; agregando, el doctor D'Harcourt, que los trastornos mentales y neuróticos constituían un problema mucho más grave que el resto de las enfermedades. Algo más tarde, este médico declararía a la escritora Isabel de Palencia que «a varios centenares de médicos españoles se les prohibió, terminantemente, atender a sus heridos y enfermos».

Mientras tanto, a mediados de febrero de 1939, Hermann, corresponsal del diario *Le Midi Socialiste*, constató que en La-Tour-de-Carol había miles de heridos sin el menor cuidado y que en el casino de Amélie-les-Bains, ante las propias barbas de los representantes del Comité de No Intervención, había entre los enfermos y heridos unos mil doscientos miembros de las Brigadas Internacionales, 200 de los cuales sufrían de disentería

hemorrágica y otros yacían con las heridas al descubierto. Claro que, ya puestos en plan jurídico-legal, aquellos delegados hubiesen podido argüir que, no habiendo reconocido Francia a ninguno de los dos bandos —el republicano y el faccioso— cualidad de beligerantes, no tenía por qué respetar el artículo 14 de la Convención de La Haya, en el que se imponía la obligación moral, a los países neutrales, de socorrer a los heridos e imposibilitados.

Esta decisión de no dejar actuar a los médicos españoles fue una de las más arbitrarias e inhumanas que los franceses adoptaron, tanto más cuanto las quejas sobre las carencias y la incompetencia de los médicos militares de Francia eran unánimes. El doctor D'Harcourt, y el enviado del *Times* (24 de febrero de 1939), aseguraban que muchos heridos republicanos habían sufrido amputaciones innecesarias, porque los médicos franceses no sabían poner escayolas e ignoraban, también, los nuevos métodos para prevenir las infecciones de las heridas, descubiertos en la Guerra Civil española por el doctor Josep Trueta^[210].

Federica Montseny, ex ministra de Sanidad y Asistencia Social (en representación de la CNT), en uno de sus libros, da detalles de una epidemia de tifus declarada en el campo de Bram, a mediados de 1940: «El médico-jefe —doctor Leboeuf—, ordenó una vacunación general que, cuando los internados habían contraído ya la enfermedad, la agravaba sin remedio, lo cual produjo en pocos días medio centenar de muertos. Y eso que Bram estaba clasificado como un campo modélico»^[211].

Por estas y otras razones, los médicos y enfermeras de la Central Sanitaria Internacional, que desempeñaban el servicio de tres puestos de socorro, fueron destituidos. Nótese que en dicho

campo de concentración, los 65 000 internados se hallaban encerrados en un recinto, rodeados de alambradas, de 550 por 275 metros; o sea: poco más de dos metros cuadrados por persona. Muchos más, desde luego, que el espacio de que disponían los refugiados en la prisión de Montpellier, en cuyas celdas de seis metros cuadrados llegaron a encerrar hasta siete detenidos^[212].

La negligencia llegó a tales extremos que, en la enfermería del campo de Gurs, en los Pirineos occidentales, donde estaban internados la mayoría de los interbrigadistas y nuestros aviadores, no había, a mediados de marzo de 1939, ni un simple termómetro. De un campo vecino, el de Vernet d'Ariége —en los Pirineos centrales—, el escritor inglés Arthur Koestler escribió: «En cuanto a comodidad e higiene, Le Vernet tenía un nivel digno de la Edad de Piedra... inferior incluso al de los campos hitlerianos, antes de 1939 (algunos de los prisioneros alemanes, de las Brigadas Internacionales, habían estado internados en Dachau, en 1935). Una cuarta parte de los enfermos no tenía platos, ni cucharas, ni jabón... La mitad de los internados dormía sin mantas, a diez grados centígrados bajo cero. En el centígrado liberal, Vernet estaba en el cero de la infamia»^[213].

En su documentada obra, *Los olvidados*, Antonio Vilanova da su inalterable visión: «La antigua fortaleza de los Templarios, enclavada a sólo 25 km de la frontera española, fue un espléndido precedente de lo que más tarde serían los campos de exterminio alemanes. Ciertamente, los alemanes no tuvieron que inventar más que las cámaras de gas y los hornos crematorios. Lo demás se lo dio Francia preparado: las palizas, los latigazos, los trabajos forzados, los robos, los tormentos, las crueidades, todo cuanto

puede acabar físicamente con un ser humano»^[214]. Realidad que Federica Montseny, en su libro *Pasión y muerte de los españoles en Francia*, reafirma así: «... los refugiados españoles fueron rebajados sistemáticamente —por sus guardianes— por debajo del nivel de la humanidad, siguiendo una política gubernamental de destrucción de su dignidad».

Al amanecer el 28 de enero de 1939, entraban en Francia los primeros heridos, aquellos que podían valerse por sí mismos. Algunos de ellos —los evacuados de los hospitales tarragonenses — llevan ya tres semanas de retirada: «hombres de pelo enmarañado, desaliñados, malolientes, con barba de pordioseros, de carnes escurridas, con el uniforme salpicado de sangre y plomo, los nervios machacados y el mirar de visionarios». A los que los franceses, despectivamente, llamaron «el ejército de las alpargatas», sobrentendiéndose que, así calzados, podrían correr mejor. Mas, la ocasión de comparar derrotas, y retiradas, estaba ya a la vuelta de la esquina.

(N. del A.: Por cierto, durante algún tiempo nos estuvimos preguntando, tal era nuestra inagotable candidez, si las autoridades francesas no habrían sido sorprendidas por el medio millón de personas que se desparramó, en cosa de tres semanas, por el Pirineo oriental. La respuesta, clara e incontrovertible, nos sería dada en mayo de 1940, en el curso de una retirada mucho más rápida y desordenada que la nuestra. Cuando penetraron en territorio francés más de tres millones de belgas —militares y población civil—, con algún holandés por medio, prácticamente en quince días —del 10 al 25 de mayo—. Pues bien, a pesar de la precipitación —uno vivió aquella retirada de punta a punta—, ni uno solo fue a parar a un campo de concentración. Se requisaron

hoteles, castillos, balnearios, casonas deshabitadas —incluso se habilitaron salas de espectáculos—; es decir: se hizo lo indecible para acogerlos algo decentemente y se consiguió...) ^[215].

APÉNDICE N.º 13

La otra guerra

El eco de la Guerra Civil española en el cincuentenario de su comienzo no se ha mitigado. Pons Prades reflexiona en torno al carácter eminentemente popular de la guerra y el auténtico protagonista del conflicto: el pueblo llano.

La otra guerra. Sí, otra guerra, porque releyendo —ya desde antes de 1976— toda clase de libros sobre la gran contienda de 1936–1939, por tierras ibéricas, salta a la vista que hubo varias guerras a la vez. Primero, una Guerra Civil a escala internacional; no fue por casualidad si hombres y mujeres de 54 países —las legendarias Brigadas Internacionales— vinieron a la guerra de España a luchar y a morir al lado del pueblo español.

La otra guerra fue la de los notables, la de los elegidos, que, desde el primer día, se quedaron traspuestos al verse arrebatado el protagonismo histórico por parte de los desarrapados, el populacho, las turbas incontroladas, la chusma, en suma. Y se pasaron la guerra tratando de pactar, a espaldas del pueblo llano, que se entregó a la lucha con mayor seriedad de la que ellos habían sido capaces mientras malgobernaban y maladministraban las ilusiones y las esperanzas de los trabajadores. Y, fruto de tanta estulticia y cobardía, la guerra del 1936.

Después han surgido los especialistas, dando a nuestra guerra un sinfín de tratamientos que tan sólo las mentes privilegiadas pueden elucubrar. Menos uno: el de su carácter popular. Y para que el lector compruebe que las gentes del pueblo sí supieron captar la onda histórica, le brindo dos de los mejores testimonios que he recogido en mis correrías por la piel de toro.

Un viejo luchador libertario de la cacereña Navalmoral de la Mata me recordaba, no hace mucho, su experiencia de 1936. Era

vendedor de objetos de escritorio, lo que le permitía relacionarse con mucha gente. A los jóvenes solía prestarles algún folleto: «Para que os vayáis preparando a conciencia para cuando suene la hora de la revolución social», les decía.

«Así que, cuando sonó la hora, en 1936 —me explicaba— ¿qué iba a hacer yo sino seguir predicando con el ejemplo? Por eso me alisté en las Milicias Populares Extremeñas, con las que, poco después, me encontré liado en la batalla del Jarama. Yo, al salir de mi pueblo empuñando un arma, pese a que eso estaba reñido con mis principios, lo hice porque estaba seguro de que iba a defender la libertad de España. Pero, al encontrarme en el Jarama con gentes que hablaban lenguas tan diferentes a la mía, entonces me dije: Aquí no sólo estamos defendiendo la libertad de España sino también la libertad del mundo entero».

En el pueblo de Moreda, en Jaén, a un viejo campesino socialista —que había vivido, en 1936, la incautación— colectivización de las tierras del marqués, que las recuperó en 1939 y todavía las posee hoy—, le pregunté: «Dígame en pocas palabras lo que aquella revolución agraria por vía directa representó para ustedes, los eternos sin tierra, condenados a vivir con menos de cien peonadas—jornales al año, antes de 1936». «*Puez mire uzté* —respondió en el acto—, aquello representó que por primera vez en nuestra vida nos dimos cuenta de que pintábamos algo en este mundo». Luego, con algo más de sombra en sus ojos y de tristeza en su cansada voz, añadió: «La lástima, *verdá uzté* es que para eso tuviera que *habé* una guerra».

Esos —y no otros— son los que de verdad perdieron aquella guerra, los que ponían generosidad donde había egoísmo, fraternidad donde reinaba el odio, libertad donde imperaba la

opresión, justicia frente a tanta arbitrariedad, y todo esto pese a haber sido siempre ellos las principales víctimas de una sociedad cuya última escapatoria fue siempre la guerra^[216].

APÉNDICE N.º 14

Las Misiones Pedagógicas

A la par que los maestros y maestras republicanos se integraban, plenamente, en la vida de los pueblos a los que eran destinados, el Ministerio de Instrucción Pública, bajo la batuta de don Fernando de los Ríos —que moriría en el exilio—, organizaba y ponía en marcha las Misiones Pedagógicas. Primera experiencia, de esta clase, en el mundo.

—*¿Qué función desempeñaban las Misiones Pedagógicas, o cuáles eran sus actividades distintivas?*

—La idea de función acarrea consigo la de órgano u organismo y en lenguaje oficial se asocia muy directamente, juntamente con la de «actividades», a la de funcionarios... Con todos nuestros respetos para los funcionarios —supuesta, naturalmente, su probidad y su utilidad— nosotros, los misioneros, no nos sentíamos funcionarios, aun cuando el Patronato disponía de expertos y muy entusiastas auxiliares que sí podían admitir tal calificación con toda propiedad. El misionero tenía más bien algo de juglar, pero de rara especie. Su cabeza era un hervidero de problemas de muy variada índole, pero muy entrañablemente relacionados con España y con su proceso. Proceso que, a su vez, tomábamos, como suele decirse, «muy a pecho», o, si preferís, como una perentoria cuestión personal. La juglaría era el arte de entendernos con el pueblo, de entrar en viva y cordial

comunicación con él y, por feliz carambola, de ser, a nuestra vez, orientados por él. La conexión con el Patronato no teníamos las relaciones típicas —horarios, tareas a plazo fijo, etc.—, de los «empleados», ya sean del Estado o de cualquier empresa. Se nos dejaba amplísima libertad, contando con la espontaneidad y seriedad de nuestra vocación, lo cual no significa que ésta no resultase a veces bastante ruda y trabajosa.

—Pero vosotros no erais predicadores ni propagandistas; teníais sin duda un cuadro de actividades relacionados con la cultura y con su transmisión o divulgación...

—Exactamente. Un cuadro un tanto elástico, susceptible de ampliación o reducción, pero de cuyos elementos principales puede sin duda hacerse un pequeño inventario. Disponíamos, por ejemplo, de excelentes aparatos de proyección, así como de una cineteca documental. Esto nos permitía hacer más atrayentes nuestras charlas. Disponíamos también de películas cómicas (Charlot fue nuestro gran camarada), que proyectábamos acompañadas de música, observaciones y comentarios, ya fuesen de humor o de intención orientadora. La lectura de romances era incluida, con gran éxito, en casi todos los programas; también la audición de música, culta o popular (en el más justo y noble sentido de estas dos palabras). Nos valíamos para ello de una selecta discoteca y excelentes aparatos. Estos conciertos solían ir precedidos de una breve introducción, no de carácter técnico erudito, sino encaminada a predisponer en forma imaginativa la sensibilidad y la atención. Los efectos conseguidos de este modo, en pueblecillos donde no se había oído jamás un concierto, resultaron, en muchas ocasiones, asombrosos. A nosotros mismos, influidos por la actitud de la asamblea, nos parecía oír con

renovada limpidez de espíritu a los grandes maestros. Había también los consejos de tipo sanitario o dietético en charlas especiales. Otros, fundados en previos asesoramientos, sobre renovación de técnicas agrícolas, sobre educación, *etc.* Todo esto, que admitía extraordinaria variedad de programas, podía tener lugar lo mismo en pueblos grandes que en los más pequeños, incluyendo aldeillas aposentadas en las cumbres o en recatados valles. Nuestra llegada era entonces una gran fiesta o un gran resorte de esperanza, aunque no se pronunciase tanto como ahora la palabra «futuro». Algo como un milagro de mutuo reconocimiento. A los lugares más recónditos podía tener acceso el guiñol (por su ligereza y facilidad de transporte) y, una vez en marcha, vino a constituir algo así como el vínculo más cordial y directo entre las gentes y nosotros.

—*¿Variaba el carácter y programa de la misión de acuerdo con la importancia de los lugares visitados?*

—Las variaciones posibles eran en gran parte sugeridas por la calidad del ambiente; pero no cabe confundir esa calidad con la «importancia», si ésta se mide únicamente por el número de habitantes. Había, no obstante, una diferencia prácticamente inevitable: a las actividades mencionadas, tratándose de pueblos fácilmente accesibles y de mayor entidad demográfica, con aulas o salas municipales de suficiente holgura, se unía de ordinario la instalación y explicación del Museo del Pueblo, transportado en cajas de adecuada estructura y solidez.

—*Nos gustaría saber con alguna mayor precisión, en qué consistía.*

—El título, desde luego, no es por sí solo suficientemente aclaratorio. Se trataba de una colección de obras maestras del

Museo del Prado y elegidas por Cossío como un ejemplario panorámico de la pintura clásica española, desde Berruguete hasta Velázquez, pasando por Claudio Coello, El Greco, Ribera, Zurbarán, Murillo... Eran copias de auténtico valor artístico, quiero decir de fidelidad profunda, fundada en viva intelección de los cuadros copiados y en un cuidadoso estudio previo de las técnicas propias de cada época o, en particular, de cada pintor. Nada, pues, más lejos de los engañosos «pastiche» que suelen presentarse como copias. Las de más valor, es decir, casi todas, se debían al arte y excepcional capacidad interpretativa de Ramón Gaya y Eduardo Vicente. ¿Adónde habrán ido a parar esos cuadros? Es algo que se debería averiguar y, si lo permitís, os encomiendo el comienzo —aun cuando sólo sea en forma de advertencia y propalando la pregunta— de esa averiguación.

—*Haremos lo que se pueda.*

—Pues bien, ya que os halláis tan bien dispuestos, os encomiendo otras averiguaciones. Una muy fácil de exponer y otras no inteligibles sin poneros, antes, en antecedentes. Empiezo por la más fácil: En nuestras «excusiones» misioneras nos acompañaba muy frecuentemente, como encargado de los aparatos eléctricos (sonoros o de proyección) nuestro gran compañero y excelente cineasta José Valdelomar. Pero, al margen de los mencionados servicios, registró cinematográficamente algunas misiones e hizo algunas películas altamente poéticas de pueblos y ciudades. Aparte de su valor como cine, constituyen preciosos documentos de la España de entonces. De nuevo pregunto: ¿Adónde han ido a parar esas películas? Valdelomar dice que no sabe. ¿Podrás vosotros estimular o llevar a cabo la averiguación?

—*No nos faltará buena voluntad. Según nos anuncias aún quedan algunas otras...*

—Enseguida saldrán a relucir. Pero antes ceder a un impulso esencial que me está acosando casi desde el principio. La palabra «misioneros» se queda un poco en el aire, en las nubes y sin cabal significado si no digo sus nombres. Actualmente, la mayor parte de ellos son suficientemente conocidos como para hacer ahora ocioso cualquier intento de semblanza. Mi relación con ellos es anterior a mi ingreso en las Misiones. Diré sus nombres en orden azaroso e impremeditado. Pienso inmediatamente en María Zambrano y enseguida en Antonio Sánchez Barbudo, Ramón Gaya, Eduardo Vicente, Enrique Azcoaga, Lorenzo Varela, Arturo Serrano Plaja, Luis Cernuda, Javier Farias, Urbano Lugrís, Miguel Prieto, José Otero Espasandín, Cándido Fernández Mazas, Antonio Ramos y, a raíz de una misión por Extremadura, Carmen Muñoz Manzano, aquí presente.

La composición de los equipos variaba según los planes del Patronato y las necesidades de distribución; pero todos hemos tenido ocasión de ahondar en nuestro mutuo conocimiento y en el intercambio de proyectos, angustias, adivinaciones. Esta amistad errante, con todas las ocasiones de diálogo sin fin, estimulado por las tierras y cielos de España, apenas es concebible para quien sólo tenga experiencia de la camaradería urbana, aun siendo ésta tan valiosa por aquellas fechas. Con la evocación de esos nombres y algo de lo que he podido sugeriros antes, tendréis idea, me parece, de lo que en esta charilla nuestra hay que entender por «misioneros»^[217]...

A su paso, por pueblos y aldeas, crearon bibliotecas, se esbozaron cineclubes, se proyectaron conciertos en vivo, la

fundación de Museos del Pueblo en las cabezas de comarca, y más tarde la organización, al alimón con los Centros de Enseñanza locales, de visitas al Museo del Prado... Incluso se soñó —eran tiempos en que se podía soñar— en hermanar programas de las Misiones Pedagógicas con los del teatro itinerante La Barraca, del que eran principales animadores Federico García Lorca y Eduardo Ugarte. El primero, ya es sabido, asesinado en «su Granada», y el segundo desaparecido en el exilio. Proyectos y sueños cercenados por una guerra que empezó el 18 de julio de 1936 y que no habrá terminado hasta que no se reparen las incalificables injusticias de que fueron víctimas nuestras gentes.

APÉNDICE N.º 15

Abusos de autoridad en Francia

En abril de 1940, el Gobierno francés decidió que los campos y refugios en general debían cerrarse el 1 de junio de 1940, sin más demora. Esta decisión llegó a las prefecturas el 9 de junio del mismo año, precisando que «los refugiados deben ser considerados en dos grandes categorías, a saber: *a*) aquellos que deben volver a su país de origen (o a otro de acogida): los niños con parientes en España; los huérfanos, con salvedades a criterio del prefecto; los refugiados mujeres o niños sin recursos en Francia; los enfermos o inválidos que se refugiaron en Francia, no por haber huido de represalias políticas, sino para evitar los peligros de la guerra; *b*) aquellos que puedan ser autorizados a quedarse en Francia: los refugiados aptos para el trabajo susceptibles de ocupar un empleo; los inválidos, heridos o incurables, amenazados de represalias; las familias en las que el cabeza de familia ejerza un empleo asalariado; los miembros de las familias que tengan internado al encargado de su sustento. (*Éxodos. Historia oral del exilio republicano en Francia, 1939–1945*, Antonio Soriano, Editorial Crítica, Barcelona, 1989.)

(N. del A.: Los campos de concentración no se cerraron. Algunos, como el de Argelés-sur-Mer, estuvieron abiertos hasta el otoño de 1942. (Testimonio de Emilio Palacios Iglesias). En cambio, a lo que sí darían pie tan ambiguas disposiciones —sobre todo en las llamadas «circulares de aplicación»— fue a los abusos de autoridad, como el del alcalde de Douzens (Aude). Y a la mucho más grave decisión de las autoridades de Angulema, cuyos expulsados irían a parar a los campos de exterminio alemanes de Mauthausen y Ravensbrück).

APÉNDICE N.º 16

Fosas comunes en «El Prado de Lácara»

Diecinueve de las decenas de vecinos de La Nava de Santiago que fueron vilmente asesinados durante la Guerra Civil han recibido después de 57 años cristiana sepultura. Sus restos reposan en el cementerio municipal, donde han sido trasladados, desde las tres fosas comunes en las que estaban amontonados.

El fontanero del pueblo, Inocencio Benítez, con treinta y cuatro años, sabía dónde estaba enterrada su abuela desde que tiene uso de razón. No era el único. Durante este tiempo se ha rumoreado que en la finca «El Prado de Lácara», en el lugar conocido como «del colmenar», junto a un paredón, había varias fosas comunes.

El Ayuntamiento de La Nava de Santiago inició el proceso en 1991 a raíz de los desenterramientos de la Roca de la Sierra y Mérida. Tras encontrar las partidas de nacimiento de todos los desaparecidos, que reclamaban las familias, había que conseguir la autorización de la dueña de la finca que hasta ahora no la ha concedido. El día 28 de octubre abrieron la tierra y salieron a la luz los restos de 19 personas asesinadas por los «nacionales» en noviembre de 1936.

Junto a los cráneos amontonados, diversos objetos han permanecido intactos con el paso del tiempo: un monedero con ocho perras gordas de cobre, cuatro pares de zapatillas de mujer; una medalla de plata, una peineta de moño, dos mecheros de mecha, una lima de acero para chiscar, un sombrero de paño y tan sólo un casquillo de bala de fusil.

Todos saben quiénes fueron los asesinos y comentan que en La Nava de Santiago —pueblo de unos mil habitantes— el número de víctimas de la contienda supera el centenar. Sus restos estarán

diseminados por el campo. «Llamaban a muchos —dicen— a declarar, los sacaban de noche y los mataban en el primer rellano para que nadie lo viese».

ENVIDIAS DE PUEBLO

Entre los pares de zapatillas de mujer encontrados, «alguna pertenecía a una niña». De las 19 víctimas cuatro eran mujeres. Nadie sabía por qué les tocó a ellos. «Envidias de pueblo —dicen—, en este municipio había poco más de mil habitantes y más de cien fueron asesinados; donde se conocen todos, la guerra echa tierra sobre rencores personales». Los desenterrados son: Damiana T. García Minaya, Catalina L. Martín Fernández, Rosa D. Flores Valhondo, Olvido T. de Aquino Bazaga Grajera, Pedro C. Flores Valhondo, José Flores López, Martín S. Vizcaíno Flores, Mariano Vizcaíno Vizcaíno, Jacinto Carrasco Fernández, Francisco Agudo Serván, Pedro Sánchez Campos, Lorenzo Maco Franco, Francisco Bicho Rebarco, Pedro Muro Corbacho, Francisco González Álvarez, Diego González Pérez, Juan A. Rodríguez Chamizo, José Corcho Piñero y Juan Palomo Carroza. Todos reposan en un nicho común. (Texto de: A. M. Romasanta. *El Periódico de Extremadura*, 13 de octubre de 1993).

APÉNDICE N.º 17

Justo Rodríguez Suana: Temple de hombre y corazón de paloma

—Han matado ajusto.

La noticia corrió por Moscú, donde tantas malas noticias corrían en aquellos tiempos. Y enlutó el corazón de todos los

españoles, porque Justo era muy popular y muy querido.

—Han matado a Justo.

Los guerrilleros levantaban la mirada de la hoguera y alguien cogía por la zamarra al que había pronunciado las cuatro palabras increíbles: «¡Eso no puede ser!». Las hélices de los aviones tripulados por españoles zumbaban con aires de serranía ibérica:

—Han matado a Justo.

Nadie quería creer, nadie quería aceptar que aquel ramillete de juventud —que antes de 1936 fue uno de los deportistas más destacados de la Federación Cultural Obrera de Madrid—, que aquella torre varonil, que aquella boca de risa y de canción, que aquel corazón de paloma hubiera sido roto, tronchado para siempre.

Sucedío el 11 de marzo de 1943. Salieron de los campamentos del Cáucaso, de noche, y embarcaron en varias lanchas —cuando el mar Negro es negro de verdad—, rumbo a la retaguardia enemiga, en tierras de Crimea. El destacamento lo mandaba el teniente Peskáev. Uno de los grupos de exploración lo dirigía Blinov. Justo era su ayudante. Antes de que amaneciese, el grupo de Justo había llegado a la casa-refugio prevista, para pasar el día escondidos. Y la noche siguiente, a causa de una tormenta de nieve infernal. A la mañana siguiente la casa estaba cercada. Para romper el cerco tuvieron que batirse como leones. Y Justo cayó gravemente herido, junto con Bautista y Aguilar. Blanco, Larreta y otros los llevaron con ellos, a través de la cortina de fuego enemigo. Pero Justo se les quedó en los brazos. Lo enterraron junto a una roca. Y un cuchillo guerrillero grabó en la piedra sus iniciales y la fecha de su muerte. Del trío de cretinos del baile de los *komsoholes* nunca se supo si aprovecharon la lección que les

dieron, al alimón, dos jóvenes socialistas unificados de verdad: Justo y Marusia.

APÉNDICE N.º 18

Los fallidos canjes de mujeres y niños

Sirvan estas líneas para poner en evidencia la falta de humanidad de las autoridades franquistas en cualquier fase de nuestra guerra. Inhumanidad que se repetiría cuando impusieron la repatriación de los niños y niñas al terminarse la Guerra Civil.

En agosto de 1936, el doctor Junod —delegado de la Cruz Roja Internacional— obtuvo del jefe del Gobierno republicano, José Giral, un compromiso verbal para permitir la emigración de mujeres y niños, cosa que en realidad ya estaba ocurriendo en los puertos catalanes y levantinos controlados por el Gobierno. En Burgos —sede de la Junta Militar, cuyo jefe era el general Franco—, Junod fue recibido por los generales Cabanellas y Mola. Este último expuso, brutalmente, el principal problema de todas las futuras negociaciones cuando preguntó al doctor Junod cómo podía proponer intercambiar caballeros por rojos. Mola opinaba también que los «rojos» ya habían fusilado a todas las personas que habría merecido la pena salvar. Y manifestó que si empezaban a circular rumores referentes a un intercambio general fusilarían a los rehenes que les quedaban.

El 3 de septiembre, el Gobierno Giral entregó a la CRI una declaración escrita ofreciendo intercambiar grupos de no combatientes, especialmente mujeres y niños. El 15 de septiembre, la Junta de Burgos ofreció igualmente intercambiar mujeres y niños que expresaran su deseo de abandonar la zona

nacionalista; pero añadieron un preámbulo en el que se decía que no había rehenes militares ni civiles. Este preámbulo hizo difícil suponer que los nacionalistas —la Junta de Burgos— fueran a negociar en serio.

Sin embargo, a mediados de septiembre, el doctor Junod hizo varios viajes entre Burgos y Bilbao. En la capital vasca el jefe de la policía estaba dispuesto a entregar a todos los reclusos del barco-prisión que estaba anclado en el puerto. A cada incursión aérea nacionalista sobre la ciudad había habido linchamientos, y las autoridades vascas estaban ansiosas por hallar una solución que fuese a la vez humana y práctica. El doctor Junod obtuvo autorización de Burgos para el intercambio de 130 mujeres y niños. El 27 de septiembre los vascos embarcaron de noche a 130 de sus prisioneros a bordo del buque británico *Exmouth*, aprovechando la oscuridad para no llamar la atención. Tras una feliz travesía hasta San Juan de Luz y una cena en su honor en Burgos, el doctor pidió que a cambio fueran enviadas 130 personas a Bilbao. Le dijeron que las mujeres vascas ya habían sido libertadas y no quisieron regresar a Bilbao. Entonces presentó la lista preparada por el Gobierno vasco y recibió una rotunda negativa.

Al cabo de un mes de más esfuerzos, le entregaron una docena de adultos y le prometieron 40 niños que el 18 de julio de 1936 se encontraban de vacaciones en Burgos. Los niños tenían que estar en San Juan de Luz el 25 de octubre y el *Exmouth* los estaba esperando cuando un telegrama de Burgos les avisó de que no llegarían. El doctor Junod embarcó para Bilbao e intentó explicar la situación entre gritos de «¡Abajo la Cruz Roja!». Prometió hacer un esfuerzo final a través de amigos carlistas y días después pudo

entregar los 40 niños. El incidente terminó justamente cuando las fuerzas del general Mola llegaron a las puertas de Madrid y esta historia, rápidamente conocida a través de la zona republicana, puede que contribuyese a afirmar la lealtad de la clase media para con la República.

Desde principios de noviembre de 1936 hasta finales de febrero de 1937, las circunstancias no fueron propicias para la negociación de intercambios de no combatientes^[218].

(N. del A.: Debido, sin duda, a los sucesivos fracasos del Ejército franquista en las batallas de Madrid y del Jarama. A los que seguiría —en marzo de 1937— la victoria republicana en Guadalajara).

APÉNDICE N.º 19

La Falange Exterior

En 1939, Rafael Sánchez Mazas se hizo cargo de la Falange Exterior. Las circulares de orden interno, difundidas por Europa y América, recomendaban gran cautela y una total y estrecha colaboración con los representantes diplomáticos españoles. De manera encubierta se incitaba al espionaje al ordenar a dichos representantes que informasen, a la Falange Exterior, de todas las actividades que se considerasen de interés para Madrid. Y en particular todo lo referente a las actividades, en el extranjero, de los «rojos».

Entre las instrucciones difundidas por la Falange Exterior (1939) se decía que «donde no hay núcleos sociales de la Falange hay que crearlos, sea como sea» y que esos núcleos «deben ocultar su filiación bajo el nombre de Hogares Españoles, Casas de España, etc.; en particular en aquellos países cuyos gobiernos no sean muy propicios a la actuación oficial del falangismo».

Para disimular mejor sus actividades la Falange Exterior tuvo siempre a su disposición a sacerdotes españoles. Por ejemplo: al padre Maximino Romero de Lerma, que asistía a los actos oficiales enfundado en sus humildes hábitos, pero teniendo buen cuidado de mostrar, cuando era menester, bajo los hábitos, la charretera de sargento del Ejército de Franco y las condecoraciones ganadas en la batalla de Guadalajara. Otro ejemplo: el del diplomático José del Castaño. Era secretario de la Falange Exterior cuando lo enviaron a Manila, a mediados de 1941, donde trabajó afanosamente en provecho de los japoneses. Y, cuando éstos entraron en Manila, en diciembre de 1941, Del Castaño se convirtió en hombre de confianza de los invasores para el sucio menester de delator. Las autoridades niponas citaron en un hotel

a los cónsules extranjeros y les pidieron nombres de filipinos y norteamericanos que hubiesen tenido contacto con las legaciones acreditadas en Manila. Todos se negaron, con la excepción de José del Castaño, que ya tenía preparada la lista de «enemigos». Muchos de los detenidos serían ejecutados^[219].

APÉNDICE N.º 20

Exterminio de menores en La Rioja

El terror infundido a los familiares de los asesinados es un dato más a aportar en la represión. Un cartel colocado en el Ayuntamiento de Calahorra decía que toda aquella persona que preguntase por los presos sería también ejecutada.

Juan Ramón Martínez es ejecutado, el 26 de agosto de 1936, en las tapias del cementerio de Logroño. Era un joven de dieciocho años, dedicado a las tareas de labranza.

Por numerosos testimonios se sabe que varias mujeres —sobre todo Pilar, Dolores y Carmen— fueron conducidas completamente desnudas desde la prisión de San Francisco hasta los aledaños de la catedral, donde según se cree fueron introducidas en un cuarto y violadas por quienes más tarde serían sus asesinos.

Luis Galán, joven de diecinueve años, soltero, trabajador del campo, ayudaba a su padre. A la vez era criado del señor Marcilla... que fue fusilado con el muchacho.

Se ignoran las circunstancias de la muerte de Fortunato Ranedo, joven de dieciocho años, cetenista, jornalero, de quien se cree que fue asesinado en La Pedraja (Burgos). Con Fortunato se cree que también fue asesinado Lucio Leiva, de dieciocho años,

jornalero, soltero, acendrado cenetista.

Delfín Martínez Ameyugo, joven de diecinueve años, que trabajaba en la carpintería de su padre, es asesinado el 11 de diciembre de 1936, en «La Barranca».

José Amor Jiménez, apodado «el Caraquillas», era un chiquillo cuando lo fusilaron. Conducido al cementerio para su ejecución, logró huir, escondiéndose en una alcantarilla. Luego huyó al campo y estuvo algún tiempo en una cabaña. Denunciado, tres falangistas de Rincón de Olivedo fueron a por él. Le dijeron que se entregase, que no le pasaría nada. Inocente, el muchacho descendió ingenuamente, siendo acribillado a balazos mientras bajaba.

José Orobio Vázquez, apodado «Novayas», tenía dieciséis años cuando fue fusilado a 3 km de Cervera, en dirección a Fitero.

Jesús Toledo fue fusilado a los dieciocho años. Trabajaba de Barbero y era de Calahorra.

Los familiares de los militantes de izquierda sufrieron también la vejación de serles cortado el pelo al cero. Raparon a Florencia Salinas Múzquiz, de dieciséis años; a Sofía Calatayud, de diecisiete; a Sabina Oñate, de dieciocho, que estaba embarazada; a Blasa Pérez, de quince, y a Apolonia, de dieciséis. Una versión, no por sofisticada descabellada del todo, indica que el corte de pelo fue practicado por un gitano de Autol, con una máquina de esquilar asnos.

Al chiquito Niño Varea Jiménez, de doce años de edad, el falangista local —Pedro Carrilla de Arnedo— le increpó, obligándole a quitarse unas alpargatas coloradas y delante de una imagen de la Virgen de la Nieva, a la que se rendía culto en casa de la familia Varea. Pedro amenazó de muerte al niño, a la vez que lo

registraba buscando una navaja, que no encontró, por tenerla Niño escondida debajo de la boina. El niño salvó así la vida.

También asesinaron a José Roldán, de diecinueve años. Sólo sabemos que era soltero y natural de Arnedo.

Del pueblo de Ausejo, asesinaron a: Ángel Ezquierdo Valle, de dieciséis años; Jesús Gil Espinosa, de dieciséis; Santiago Gil Jiménez, de diecinueve; los hermanos Gil Pérez: Alberto, de dieciocho años y Valeriano, de dieciséis; Pedro Ibáñez Rodríguez, de dieciséis; Ángel Martínez Rodríguez, de diecisiete; Mariano Martínez Heras, de dieciséis, y Valeriano Gil Pérez, de diecisiete. Y a Juan Félix Sáenz Magaña, del pueblo de Aguilar del Río Alhama, de diecisiete años de edad.

A José Gutiérrez Pérez, de dieciocho años, del pueblo de Alfaro.

A Aurelio Matute Urtubia, de dieciocho años, de Rincón del Soto.

Del pueblo de Calahorra: a Aníbal Caseda Gurrea, de diecisiete años, y José Fernández Aldea, de dieciséis.

A Lucio Cunchillos Gutiérrez, de dieciocho años, de Aldeanueva de Ebro.

A Antonio Santolaya Lería, de diecisiete años, del pueblo de Enciso.

Del pueblo de Arnedo: Pedro Arpón Arostegui, de catorce años; Teodoro Moreno, de diecisiete; Secundino Puerta, de dieciséis; Paulino Rada Acedo, de diecisiete, y su hermano Roberto, de catorce, y Teófilo Ridruejo, de dieciocho.

Del pueblo de Fuenmayor: A Florentino Azcoitia Barrios, de diecisiete años; Antonio Peso «Polo», de dieciocho; Félix Baños Linaz, de dieciocho, y José Cerezo, de dieciocho.

En Tudela, y durante meses, sin que la autoridad tomase la menor medida para borrarlo, en plena Carrera, campó por sus respetos el siguiente rótulo: «Matar rojos no es un crimen, es un deporte»^[220].

Otra prueba de que la persecución de menores era una norma usual en la zona franquista nos la da uno de los grandes novelistas en lengua castellana: «Cuando el “Glorioso Alzamiento Nacional” ya es del dominio público la exterminación que los “Cruzados del Siglo XX” emprendieron en las islas Canarias». Algunos republicanos, o acusados de tales, lograron huir y desembarcar en África. Entre ellos su abuelo y un hijo suyo, José Antonio Rial. Al no poder detener al padre encarcelaron al hijo, de dieciséis años de edad, y lo condenaron a muerte. En el último instante le fue conmutada la pena y estuvo en la cárcel hasta los 23 años.

«Naturalmente que la Guerra Civil nos marcó, como a cualquier familia normal. En cierto modo a mí me modeló el oír contar, años más tarde, lo que sucedió en las islas Canarias y todo lo vivido por mi tío, que todavía sigue exiliado en Venezuela. Mi rebeldía, mi obsesión por denunciar la injusticia y la arbitrariedad, y también por dar un particular relieve a la gran humanidad de quienes las sufren, quizá eche sus raíces en la intensa y dramática vivencia de nuestro pueblo». («Alberto Vázquez-Figueroa y su amor por el Sahara». Entrevista de E. P. P., *Diario de Barcelona*, 24 de abril de 1981).

APÉNDICE N.º 21

El Auxilio Social: un invento nazi

«Primero crearon los pobres y luego inventaron la caridad»

El Auxilio Social, que anteriormente se llamó Auxilio de Invierno, creado en 1936 por Mercedes Sanz Bachiller —viuda de Onésimo Redondo, uno de los cabecillas de la sublevación de 1936—, a imitación del Winterhilfe alemán, apoyó la cruzada general dirigida a las mujeres, para que volvieran a sus hogares para asumir el papel de «madre de todos», en el «gran hogar» del nacionalsindicalismo.

También se recurre a la cartelística nacional, al grupo familiar, para denunciar situaciones penosas. Es el caso del cartel que reivindica el regreso a España de los niños evacuados por el Gobierno republicano: *«Rendez les enfants espagnols a l'Espagne»* («Devolved los niños españoles a España»). Imagen simbólica donde la protectora mano falangista ampara a la familia española de la muerte que representa el comunismo.

Se trataba no sólo de proporcionar alimentos, sino también de aquel otro objetivo de la reeducación o «desintoxicación» de los niños de los «rojos». Junto al plato de sopa, en los comedores de Auxilio Social se impartía a los niños la educación religiosa (se les bautizaba, hacían la primera comunión, aprendían el catecismo...) y entraban en contacto con las formas y modos de la Falange. Clérigos, catequistas, damas de la Sección Femenina y delegados de FE y de las JONS moldeaban a la futura generación de la «Nueva España».

El Auxilio Social en la posguerra se multiplicaba en una compleja red de instituciones diversas, principalmente tres: los Comedores Infantiles, las Cocinas de Hermandad (para adultos) y los Hogares Infantiles o Centros de Alimentación Infantil (para internos o mediopensionistas, especie de guarderías). La nomenclatura continuaba después con los Orfelinatos, Jardines

Maternales, Hogares Escolares, Hogares de Clasificación, Centros para diabéticos, etc. De todo lo cual la propaganda de Falange hacía constante y pública exaltación en los medios orales y escritos. Se hacía algo de caridad con los hijos, después de haber fusilado o encarcelado a los padres.

Con motivo del 5.º Aniversario de la fundación de Auxilio Social, la prensa realizó un gran alarde propagandístico en octubre de 1941, gracias a lo cual nos han llegado datos de la implantación de la «obra» a nivel nacional o provincial. Un año antes, en octubre de 1940, existían ya en España unos cincuenta Centros de Alimentación Infantil, con asistencia a 50 000 niños, de los que 28 000 eran de Madrid, correspondientes a 16 centros.

Los datos de finales de 1941 son más completos. Los centros de Alimentación Infantil u Hogares Infantiles ascendían a 61 en España, que atendían a 48 186 niños, contándose entre ellos a 11 869 huérfanos en régimen de internos.

Al mismo tiempo, los Comedores Infantiles sumaban 2254, y servían dos comidas al día a 288 548 niños, una cifra realmente patética. Para adultos existían entonces en el país 1355 Cocinas de Hermandad, que daban comida a 333 396 personas. Media España, pues, se hallaba pendiente de la caridad pública.

Por otra parte, de acuerdo con el objetivo de «pleno desarrollo físico y moral», no se descuidaba la labor de adoctrinamiento nacionalcatólico, y en el citado informe se computaban 6000 bautizos, 150 000 primeras comuniones y 2000 matrimonios «legalizados»^[221].

Raptos y muertes en México

Este recordatorio —por triste que sea— quiere ser un pequeño homenaje a los niños y niñas que vivieron tan lamentables trances. Los datos nos los facilita Emeterio Payá Valera^[222].

«Sólo en principio, pues en el lapso de poco más de un año, han ocurrido las siguientes bajas: cuatro niñas perdidas. 21 niños entregados a su llegada de España a sus familiares. (La mayor parte de ellos eran hijos del personal a cargo de la expedición). 16 niños entregados a la tutela del señor Agustín Millares Carió, cónsul de España en México. 29 niñas entregadas, por instrucciones del señor presidente de la República, por su mayoría de edad a diferentes particulares. (Una “mayoría de edad” referida, sin duda, a que habían superado la de la infancia). 19 niños entregados, por acuerdo del señor secretario de Educación Pública a parientes y particulares. 16 niños mandados a la escuela secundaria de Orizaba, Veracruz, por orden del secretario de Educación Pública. 42 niños, por orden del mismo secretario, se mandaron a la Escuela España–México n.º 2, en la ciudad de México. (Esta escuela se fundó para instalar en ella a los niños con “mayoría de edad”). Siete niños fugados, que se refugiaron en la Escuela España–México n.º 2. Tres niños residentes en Morelia con particulares, con permiso del director de la escuela. Una alumna que se casó, en el año 1938, “por instrucciones del presidente de la República”. Cuatro niños muertos.

Si las escapatorias eran frecuentes, los raptos de niños y especialmente de niñas, llegaron a ser escandalosos. Un grupo de piadosas damas, organizadas desde la Ciudad de México, sustraían a las pequeñas de lo que ellas suponían “centro de perdición” —la

Escuela España–México— para esconderlas en el seno de familias reaccionarias o en escuelas confesionales de diversas ciudades del país.

Pocos meses después del muchacho barcelonés electrocutado, el 1 de marzo de 1938, muere Tárcila García Sorulla, de Barcelona, de diez años de edad, de pleuresía supurada. Según el dictamen médico estaba pretuberculosa. El 30 de mayo de 1938, muere Luis Dáder García, de Irún, de siete años de edad, aplastado por una pared, que se desploma después de un bamboleo de varios meses. Otros niños resultan heridos por los cascotes. Joaquín Gallén Gargallo, de Teruel, de diez años de edad, muere de tuberculosis galopante, en el Sanatorio Español de la Ciudad de México. Rafael Lauria Vicente, de Madrid, de doce años de edad, con la cabeza aplastada por un camión de los que acarreaban materiales para la pavimentación del patio de juegos. Carmen Casal Buendía, de Madrid, once años de edad, muere el 5 de septiembre de 1940, de una gastroenteritis. Dolores Pérez Chacón, de Murcia, nueve años de edad. Los informes señalan que cayó de una ventana en la Ciudad de México. Josefa Allén Morgades, de Barcelona, de nueve años de edad. No poseo ni la fecha ni los detalles de su defunción. Emilio Bautista Ayuso, de Madrid, de quince años de edad, murió de un tumor en el cráneo, el 2 de marzo de 1942, en el Sanatorio Español de la Ciudad de México. Vicente García Mádico, de Barcelona, de doce años de edad. Fallecido en condiciones y fecha no determinados en el archivo escolar de Morelia. Vicente Fuentes García “el Sapito”, de Madrid, de diez años de edad. Era un niño sumamente popular, de quien todos se acuerdan con simpatía. Murió succionado por el desagüe de una alberca, en la que, cuando todos los niños habían salido —pues iba a ser limpiada—,

él quiso dar “la última” zambullida... Fue recogido casi sin vida, perdiéndose minutos preciosos, buscando cómo transportarlo hasta la enfermería de la escuela, ya que un pulcro sujeto se negó a llevar el moribundo porque no se le manchasen de sangre los asientos de su coche».

APÉNDICE N.º 23

El siniestro Asilo Durán de Barcelona

«El autor de *El demonio del olvido* —una de las novelas que mejor reflejan la asepsia moral ahistórica del francés, del europeo contemporáneo— dedica al hecho español buena parte de su literatura, a partir de la posición moral de aquel que vuelve habiendo sido *Tanguy*, después que *Tanguy* lo haya condicionado para siempre. En consecuencia, la lectura de la primera novela de Michel del Castillo es imprescindible para comprender la posición moral del autor con relación a su escritura posterior, tanto si trata de España como si no. Y para entender la vivencia de España de la posguerra, desde la marginación de un niño sometido a la reinserción social en una de las instituciones “benéficas” de memoria más infame. Esta institución, el Asilo Durán, forma parte de mis recuerdos porque los desorientados padres del proletariado barcelonés nos amenazaban con encerrarnos allí cuando sospechaban que podíamos crecer torcidos.

Yo he visto marchar hacia el Asilo Durán a varios compañeros de calle, de barrio, de colegio. Y vi volver a algunos sin identidad, rotos para siempre, condenados a una vileza adquirida bajo la sombra corruptora de los hermanos del Asilo. Más tarde, en la cárcel encontré delincuentes comunes que habían iniciado su

aprendizaje en el Asilo Durán y lo habían continuado en la Legión»^[223].

(N. del A.: Con casi veinte años de diferencia —en su favor— él y yo tenemos el mismo adoquinado natal: el del Barrio del Padró, en el corazón del Distrito Quinto barcelonés. Por lo que puedo asegurar que nuestro buen amigo Manolo Vázquez Montalban dice la estricta verdad. En mi calle, mentar el Asilo Durán era, para la inmensa mayoría de los chicos, como si les hablasen del mismísimo infierno. Más: porque lo de las calderas de Pedro Botero era algo hipotético, mientras que el terrorífico Asilo Durán lo tenían, casi, al alcance de la mano... en los aledaños de la parte alta —de los barrios ricos— de la Ciudad Condal).

APÉNDICE N.º 24

Relación de menores de edad deportados a Mauthausen

1. —Félix Quesada, de doce años, de Almería.
2. —José Moll Majarler, de Valencia, de trece años* ^[224].
3. —Manuel Gutiérrez Sanza, de Barcelona, de catorce años.
4. —Enric Ferrer, de Tarragona, de catorce años** ^[225] *** ^[226].
5. —Miguel Turón Anglada, de Gerona, de catorce años.
6. —José Alcubierre, de Huesca, de catorce años.
7. —Ferrán Martínez Zaragoza, de Barcelona, de quince años*.
8. —Baptista Nos Fibla, de Tarragona, de quince años.
9. —Manuel Cortés García, de Almería, de diecisiete años**.
10. —Miquel Caldero, de Barcelona, de quince años*.
11. —Rafael Sivera Escrivá, de Valencia, de dieciséis años***.
12. —Bertomeu Batllori Andrada, de Ibiza, de dieciséis años.
13. —Antonio Benedito Ibars, de Lérida, de dieciséis años.

14. —Manuel Cortés, de Tarragona, de dieciséis años.
15. —Jesús Grau Suñer, de Teruel, de dieciséis años.
16. —Joan Pedrol Carbonell, de Barcelona, dieciséis años.
17. —Francisco Andreo Jordán, de Almería, de dieciséis años*.
18. —Joan Sarroca, de Tarragona, de diecisiete años.
19. —Jacinto Cortés García, de Almería, de diecisiete años^[227].
20. —Ramón Milá Ferrerons, de Barcelona, de diecisiete años.
21. —Enric Picot Clemente, de Barcelona, de diecisiete años.
22. —Joan Cerdán Alcaraz, de Barcelona, de dieciocho años.
23. —Gabriel Benedito Albalate, de Barcelona, dieciocho años.
24. —Baptista Valcells Casasús, de Teruel, de quince años***.

APÉNDICE N.º 25

Un jefe nazi se confiesa

Auschwitz, el campo de exterminio alemán de Polonia, fue el lugar donde mayor número de personas fueron inmoladas: cerca de cuatro millones. La inmensa mayoría de ellos, judíos... Habla el que fue el jefe del campo, Rudolf Hess.

«Nací en 1900, en Baden-Baden (Alemania). Mi padre, pequeño comerciante católico, hubiese querido que fuese cura. Pero yo ingresé en el partido nazi en 1922. En 1923 sería condenado a cadena perpetua por asesinato. En 1928 me amnistiaron. En 1934 ingresé en las Secciones de Seguridad (SS), siendo destinado al campo de Dachau. Y en 1940 al de Auschwitz.

Mi vocación parecía trazada de antemano, pues mi padre había hecho la promesa de que yo entraría en la religión. Toda mi educación estaba fundada sobre la realización de ese juramento. Una atmósfera profundamente religiosa reinaba en mi familia. Mi padre, que me educaba con disciplina militar, estaba fanáticamente ligado a la Iglesia católica.

En Baden-Baden apenas lo veía, pero en Mannheim era distinto: mi padre disponía del tiempo necesario para ocuparse de mí, para vigilar mis estudios y prepararme para mi futura vocación eclesiástica».

Confesó sus crímenes ante el Tribunal Militar de Nüremberg, en 1946, fue entregado a la justicia polaca y ahorcado en Auschwitz. (Del libro: *Yo, comandante de Auschwitz*, de Rudolf Hess. Muchnik Editores. Barcelona, 1979).

APÉNDICE N.º 26

Semblanza de un interbrigadista

«Hoy es en España donde se lucha para decidir si la democracia muere o vive». Con estas palabras el doctor Norman Bethune (1880–1939), médico especialista en cirugía del tórax, explicó su abandono del cargo de jefe de sección de un hospital canadiense para viajar a España, en noviembre de 1936, a defender la democracia, tras el golpe militar contra la Segunda República.

En el Madrid cercado de 1936 y también en Andalucía, en Valencia y en Cataluña, organizó un servicio de ambulancias y banco de sangre de gran efectividad para salvar vidas de los heridos en los frentes con el nombre de Servicio Canadiense de Transfusiones. En Cataluña colaboró con el doctor Durán–Jordá, del Servicio de Transfusiones de la Generalitat. La idea común era llevar sangre al frente para evitar que los heridos llegaran a los hospitales de retaguardia desangrados o muy débiles. Organizando los Hospitales de Campaña, el esfuerzo de los médicos canadienses y los conductores británicos salvó muchas vidas.

Ahora, en el 60.º aniversario del inicio de la Guerra Civil española, se ha constituido el Comité de Homenaje a Norman Bethune, en el que participan la Embajada de Canadá en España, la Asociación Española de Estudios Canadienses, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y la Asociación de Amigos de las Brigadas Internacionales. A finales de octubre y principios de noviembre de 1996 se celebraron en varias ciudades españolas, junto con el homenaje a Bethune, diversos actos de reconocimiento a los 40 000 interbrigadistas que vinieron voluntarios a luchar a España, en 1936, por la democracia. Y a los que el anterior Parlamento reconoció por unanimidad el derecho

a optar por la nacionalidad española.

Coincidiendo con el homenaje a Norman Bethune serán traducidos y publicados en castellano los libros *El bisturí y la espada*, escrito en 1970 por Ted Alien y Sidney Gordon, y *Sellado en sangre. La poesía canadiense y la Guerra Civil española*, antología realizada por Nicola Vulpe y Maha Albari, que será prologado por el escritor Antonio Muñoz Molina. Se piensa también reeditar un librito titulado *El crimen de la carretera Málaga-Almería*, que Bethune —que además de médico era buen escritor y aceptable pintor— escribió tras presenciar del 7 al 12 de febrero de 1937, el éxodo de unas ciento cincuenta mil personas, niños y mujeres en su mayoría, a pie, desde la Málaga ocupada por el Ejército franquista hasta Almería.

El homenaje pretende resaltar la triple faceta de Norman Bethune, como médico, como antifascista —justo antes de viajar a España se afilió al Partido Comunista de Canadá— y como escritor.

El Bethune médico ha pasado a la historia de su especialidad como diseñador y perfeccionador de varios instrumentos de cirugía torácica. Servidor de sus pacientes, contraíó la tuberculosis, pero logró curarse, lo mismo que se repuso de sus heridas recibidas en Francia durante la Primera Guerra Mundial, a la que fue voluntario. Como organizador sanitario, además de su labor en España, Bethune fue el inspirador de buena parte de todo el sistema sanitario de la República Popular China. Tras abandonar España, en 1937, volvió a Canadá y organizó otra expedición de ayuda médica a China, invadida ya por el Ejército de Japón. Tras múltiples vicisitudes, logró unirse al Ejército de Liberación Nacional de China, dirigido por Mao Zedong, en la zona del Shensi y Yenán, donde se habían refugiado las fuerzas

comunistas que libraban una doble guerra contra los nacionalistas y contra los invasores japoneses.

Organizador de la sanidad militar del Ejército de Mao, diseñó planes sanitarios que fueron puestos en práctica tras la creación de la República Popular China, en 1949. Diez años antes, el 12 de noviembre de 1939, Bethune había muerto de una infección. Antes había sufrido otras por tener que operar sin guantes a los soldados heridos. En los libros de texto de la China Popular es puesto como ejemplo y su estatua es, después de la de Mao, la más numerosa en el país, que también le ha dedicado hospitales, un gran mausoleo y una emisión de sellos de correos^[228].

APÉNDICE N.º 27

La Asociación Obrera de Conciertos de Barcelona

Pau Casals no cedía en su aspiración de aproximar la música al pueblo, a fin de realizar una labor similar en Cataluña, en el campo instrumental, a la que Anselmo Clavé había realizado en el campo coral. Hacía tiempo que Casals estaba convencido de que los trabajadores se sentían marginados de los conciertos, puesto que consideraban —no sin razón— que esta manifestación estaba destinada a los privilegiados en una doble faceta: económica y social.

Hacía mucho tiempo que Casals afirmaba que los obreros eran mucho más receptivos al arte que las clases sociales elevadas, ya que disponían de menos distracciones en la vida. No creía, sin embargo, que la solución estribase en organizar conciertos para todo el mundo y ofrecerlos a precios más bajos a los obreros, sino que había que fomentar unas manifestaciones propias. Así pues,

convocó a los directivos del Ateneo Polytechnicum, escuela obrera nocturna que organizaba conferencias, exposiciones de arte y representaciones dramáticas. Los miembros que integraban la junta de la entidad, al principio, escucharon los proyectos de Casals con una cierta desconfianza. El célebre violonchelista se ofrecía a fundar una organización musical, mientras que la Orquesta Pau Casals se comprometía a interpretar seis conciertos cada año, en los que no solamente tocaría Pau Casals, sino también solistas célebres que pasasen cada año por la ciudad.

Además de que los interlocutores no eran gente habituada a que nadie les regalase nada, había corrido la voz de que, con aquellos actos, se pretendía promocionar la Orquesta Pau Casals y, al propio tiempo, a su director. Sin embargo, después de largas conversaciones con el maestro, acabaron comprendiendo que no le guiaba otro interés que el de satisfacer la necesidad de música de la clase trabajadora.

Así pues, en mayo de 1926, de forma espectacular, con programas de gran rigor y con solistas extraordinarios, se inició aquella actividad de la que Pau Casals se sentiría tan orgulloso. Muy pronto, la Obrera de Conciertos dispuso de un local propio, y los hermanos Casals, Pau y Enric, regalaron varios libros a la biblioteca de la entidad e impulsaron la Escuela de Música de la Asociación, en la que daban clases —gratuitas— maestros ilustres.

Los conciertos se celebraban los domingos por la mañana, en el Teatro-Circo Olimpia, con más de dos mil personas. Se trataba de un público modélico y entusiasta, que, como le gustaba subrayar a Casals, sentía una gran predilección por la música de Bach.

Blanca Selva, la gran pianista, que colaboraba como pedagoga

y como intérprete en la Escuela de Música de la Asociación, se dirigió a Casals, al terminar un concierto y, refiriéndose a los aplausos, le dijo: «Se nota: son manos de obrero». La Asociación Obrera de Conciertos no sólo llegó a tener un grupo coral, sino también una orquesta de aficionados de un nivel insólito en el país. Ambas agrupaciones actuaron en hospitales y cárceles.

La Asociación contaba con una publicación propia: *Fruicciones*, que era recibida por todos sus miembros. Las filiales de la Asociación fueron multiplicándose por todo el país y sus miembros acabaron por sumar decenas de millares. Aventuras similares a la de la Asociación Obrera de Conciertos lucharon por abrirse paso en diferentes países occidentales, y hubo muchos que destacaron observadores para que estudiaran su funcionamiento y la imitaran en sus respectivos países de origen, ya que era admirada como entidad modélica^[229].

El 18 de julio de 1936, por la tarde, la orquesta se encontraba ensayando el Himno de la II Olimpiada Popular —que debía inaugurarse al día siguiente—, cuando alguien se acercó a Pau Casals y le dijo algo en voz baja. Acto seguido, el maestro comunicó a sus músicos que el Ejército español se había sublevado en África contra la República. Por unanimidad se decidió proseguir el ensayo.

APÉNDICE N.º 28

La juventud de 1936. Testimonio de Leopoldo de Luis

«Es difícil que, cuando se cumplen los cincuenta años del más grave suceso español del siglo XX, quienes lo vivimos podamos sustraernos de su recuerdo. La verdad es que vive con nosotros

como una cicatriz —en muchos casos es una cicatriz—, como esas marcas que sirven de identidad. Señas personales: estigmas del 36. Y esa generación del 36, marcada y escindida, avanza dejándose en el camino sombras y rastros, después de haber sido puesta a prueba, reducida a carne de cañón y mutilada con más pena que gloria.

Sin embargo, es la nuestra. Es nuestra juventud, ni más ni menos. Tres años de los más tiernos de nuestra juventud. Aún realiza el milagro de regresar por la memoria, con su temblor y su canción, sobrevolando viejos territorios chapoteados entre barro con sangre y con muerte. No quisiera que se me malinterpretase, y anticiparé aquí una alianza con todo antibelicismo, mi desafección hacia todo acto violento. Dicho está: firmado y afirmado. Pero una vez dicho, déjenme recordar aquello de Miguel Hernández, en uno de sus primeros poemas del momento: “Los quince y los dieciocho, *los dieciocho y los veinte*. Me voy a cumplir los años *al fuego que me requiere*”. *Los que andábamos por la edad del romance y los cumplimos en el fuego que nos requería no nos sentíamos una generación condenada, no: éramos jóvenes alegres y nos movíamos en un clima de entusiasmo colectivo. El romance seguía: “Y si sonara mi hora antes de los doce meses, los cumpliré bajo tierra”. No era estoicismo, era fervor juvenil. Pensábamos que de pronto el mundo había puesto en nuestras manos su rumbo, y aceptábamos el reto más que con jactancia con ingenuidad. Yo creo que a los jóvenes de las otras trincheras debía de ocurrirles lo mismo, y los versos finales de este fragmento hernandiano quizá pudieran envolvernos a todos: “Yo trato que de mí queden una memoria de sol / y un sonido de valientes”*. Ni desplante, ni chulería, de verdad. Porque, el valor..., ¿qué es eso?,

¿qué era eso entonces para nosotros? ¿Qué sentido podía darle a tal concepto un muchacho recién salido de la adolescencia? Yo me enteré por primera vez de lo que es un fusil en el propio campo de batalla. El día de mi bautismo de fuego los silbidos de los proyectiles me parecieron pájaros. ¡Estaba tan bonita aquella mañana del reciente otoño! La guerra es dura. Su miseria degradada. Su tragedia cunde, claro. Pero todo eso requiere reflexión. La juventud no reflexiona y se embriaga fácilmente. Se embriaga de coraje y de generosidad espontánea. El coraje es un vino. Las uvas de la generosidad generan un mosto noble. El heroísmo no es una virtud reflexiva; el heroísmo será siempre un muchacho que mira por encima de las cosas. La guerra coincidió con nuestra juventud, y la juventud es más fuerte que la guerra. La juventud tiene unas manos de gozo que ni notan los guantes de dolor que les ponen. ¿Cómo nos iba a cortar la guerra las alas? Es imposible. Si la miseria de la guerra volase más alto que el ánimo juvenil, ese ánimo no sería joven. La vida es siempre una muchacha que pisa alegremente sobre los muertos. ¿Por impía? Porque no los ve. Y esto no es una metáfora: es la pura verdad. Se engaña el que suponga que fuimos una generación triste. Que no nos tenga lástima. Guardo hermosos recuerdos de mi vida en la guerra. Sobre un paisaje desolado puede haber un día radiante. En un campo de minas tal vez se dé una flor preciosa. A una ciudad sitiada no le faltará un rincón para amar. En un pueblo bombardeado acaso se encuentre una sonrisa. No estoy haciendo mera literatura. La mera —huera— literatura es la del drama a posteriori, la consabida de la lágrima. Pero la guerra no mata a la juventud, porque la juventud es inmortal. Somos nosotros los que vamos lentamente saliendo de su reino indestructible. Luego se

reflexiona. Claro. Le duelen a uno el amigo muerto, la madre en ausencia, el desgarro de la patria en ruinas... Pero eso ya no es ser joven en su puro sentido, eso es avanzar hacia la madurez. El doble ejemplo nos lo da la propia poesía de nuestra guerra, que es como un ave, una de cuyas alas se remonta al cielo del entusiasmo —puede verse en *Viento del pueblo*— en tanto que la otra se abate hacia el suelo del dolor —puede verse en *El hombre acecha*. No es que el joven sea por naturaleza inconsciente; pero sí es por naturaleza entusiasta. No es que el joven deba amar la guerra, es que por ser verdaderamente joven pasa por encima de ella y su juventud quedará indemne. El rastro que le queda, la cicatriz, el estigma físico y moral, ya no será juventud, será el aldabón golpeando en la puerta de la tristeza adulta.

Los jóvenes de 1936 nos sentíamos por vez primera a las puertas de la libertad. El poeta José Luis Gallego, recordándola desde las galerías del penal de Burgos, la cantaba: “¿Verdad que aquello fue una guerra hermosa? / La única guerra hermosa, pues posible *le fue al joven el ser en ella todo*: hasta morir feliz, riendo, ¡libre!”. Con todo esto quiero hacer comprender que la guerra no nos convirtió en seres míseros y desgraciados. Fuimos jóvenes enardecidos. La miseria y la desgracia se descolgaron sobre nosotros luego. Soñábamos, no reflexionábamos. “El hombre es un dios cuando sueña y un miserable cuando reflexiona”, dejó dicho otro poeta. La juventud combatiente no conocía las intrigas ni los egoísmos de la retaguardia. No conocía la turbiedad de la política ni sus manejos oscuros. Soñaba con entrar en un mundo libre y nuevo, y cada uno creía poseer la llave. Teníamos en la punta de los dedos un poema heroico, aunque acabásemos por tener que escribir una elegía»^[230].

EPÍLOGO

Niños, a pesar de todo

HABLAR DE LOS NIÑOS de la guerra y en más de una ocasión me había zambullido en crónicas que relataban su peripecia, pero nada de eso puede compararse con la experiencia que ha supuesto para mí conocerlos de cerca, en persona, y oír de sus propios labios la historia de su soledad o leer en sus miradas el rastro del abandono. El programa de TVE *Quién sabe dónde* fue nuestro punto de encuentro. Todo comenzó para mí en octubre de 1992, cuando me incorporé al equipo que estaba preparando la adaptación del programa —ya emitido durante tres meses en La 2 — a La Primera de TVE. En esos primeros momentos la noción de «desaparecidos» se refería principalmente al fenómeno de las escapadas juveniles, a las fugas de personas en crisis, a los «secuestros» que padres o madres airados realizaban tomando como rehenes a sus propios hijos, y también a un largo etcétera de casos enigmáticos, extraños, de esos para los que ni siquiera la policía tiene una respuesta. La incorporación de los primeros temas vinculados a la guerra y a la posguerra ocurrió de una manera espontánea, como fruto de las peticiones que los

telespectadores nos iban haciendo llegar y gracias al entusiasmo que encontraron en algunos de los compañeros del equipo, sobre todo María Jesús Cañellas y Germán del Caso. (Ellos formaron un tandem eficacísimo hasta que faltó Germán, injusta y prematuramente fallecido a consecuencia de un infarto). Fueron ellos los autores del primer «clásico» —como le gustaba decir a Germán— entre los reportajes de búsqueda histórica: el titulado «En el nombre de la Rosa». Su protagonista era Rosalía Maestre Jerez, una niña desaparecida del Hospicio de Toledo donde su padre la internó al comienzo de la Guerra Civil. Aquel hombre había muerto bastantes años después de terminada la guerra dejando a su familia el encargo de que siguieran buscando a la pequeña. Cincuenta y seis años después un sobrino suyo, Ricardo Maestre, pidió al programa que le ayudara a cumplir con aquel mandato. Además de los testimonios de los familiares supervivientes, contábamos con una diminuta foto de Rosalía, obtenida de una de grupo del mencionado orfanato toledano. Y lo que parecía una «misión imposible» terminó felizmente: Rosa fue localizada en Palma de Mallorca. Desde allí viajó hasta Madrid para encontrarse con la familia que la había buscado durante toda la vida. Recuerdo el momento en que María Jesús vino a darme la noticia: sentí un escalofrío de pies a cabeza y me sobrecogió la idea de saberme parte —naturalmente junto a todo el equipo del programa— de un hecho que iba a cambiar tan sustancialmente la vida de las personas a las que afectaba. Entre la audiencia, el impacto fue extraordinario y su efecto más visible fue el aluvión de peticiones que inundó nuestro buzón. En 1993, de todas las solicitudes contenidas en nuestra base de datos el 20 por ciento correspondían a «casos históricos: Guerra Civil y posguerra». Y si

el caso de Rosalía fue el detonante, el de Pasionaria Herrera Cano marcó otro hito: se trataba de la hija de una mujer republicana, Antonia Cano, encarcelada en Málaga, a quien, debido a esa circunstancia, entregaron a una amiga de la familia. La pequeña terminó por ser adoptada a espaldas de la madre, que nada pudo hacer a su salida de la cárcel para recuperarla. Los hechos coinciden con el terrible comienzo del año 1937 en Málaga, tan minuciosamente descrito a través de los testimonios de este libro. A pesar de las penalidades de entonces y de las que rodearon su vida en los años siguientes, Antonia y sus dos hijas —Celedonia y... — lograron salir adelante; siempre mantuvieron viva la esperanza de encontrar a la hermana pequeña. Esta vez su sueño se cumplió con características aún más sorprendentes que en el caso de Rosa: Pasionaria en persona llamó en directo al programa a los pocos minutos de haberse emitido el reportaje que contaba su historia. Se encontraba en Tenerife, el lugar en el que había transcurrido su vida de hija adoptada por unos padres amorosos y con una posición económica lo bastante desahogada como para haberle dado una amplia formación. A la semana siguiente, madre, hija y hermanas se reunieron. Ni los 57 años transcurridos, ni las distancias sociales aparentes impidieron que el grupo familiar se reagrupara y que la llama del afecto prendiera desde el primer instante.

En marzo de 1997 recibí una carta de Antonio, «el de Málaga», otro caso felizmente resuelto, en la que me remitía una fotocopia de su recién estrenado DNI. Me pedía volver al programa «para que toda España se entere de que por fin tengo nombre y dos apellidos, mi verdadera identidad».

Tan presentes están para mí estas historias como las de

aquellas búsquedas que siguen abiertas, a la espera de una respuesta que se resiste. Luchamos contra el tiempo que borra las memorias y que, en ocasiones, las confunde. A veces hemos recurrido a la ayuda de la ciencia —por ejemplo, practicando pruebas de ADN para verificar las coincidencias genéticas—, pero siendo quizá menos exacta, ha sido otra la vía por la que hemos seguido consiguiendo resultados alentadores. Esa otra vía es la de la memoria colectiva, la que es posible reunir con un sentido solidario y por encima de las contingencias ideológicas e incluso de las heridas emocionales derivadas de la vieja guerra, en torno a la televisión y al reclamo de una familia o de una persona que trata de saldar sus cuentas con la soledad.

Ése es el trasfondo de las «búsquedas históricas» y el móvil que nos llevó a realizar una edición extraordinaria de *Quién sabe dónde* —por Bosnia— en diciembre de 1993. Quisimos contribuir con la memoria de lo ocurrido en España a denunciar la barbaridad que suponía volver a ver en esa guerra a los niños convertidos en las principales víctimas, en el blanco de la aberrante «limpieza étnica».

La respuesta obtenida entonces en términos de solidaridad activa^[231] representa todo un aliento para el futuro de nuestra convivencia. Pero no podemos olvidar la mirada de los «niños de la guerra» —los de ayer y los de hoy—, reclamando sus legítimos derechos: para unos, a recuperar su propio pasado; para otros, a vivir el futuro por venir. Y para todos, el derecho a una vida digna y en paz.

PACO LOBATÓN
Madrid, 24 de marzo de 1997

BIBLIOGRAFÍA

Abella, R., *La vida cotidiana durante la Guerra Civil. La España Nacional. Y La vida cotidiana durante la Guerra Civil. La España republicana*, Editorial Planeta, Barcelona, 1973 y 1975.

Afán, Colectivo. *¡No, General! Fueron más de tres mil los asesinados*, Editorial Nintzoa, Pamplona, 1984.

Aguirre, E., *Espejito, espejito*. Universidad Popular de San Sebastián de los Reyes (Madrid), 1995.

Alonso, M. S., Aub, E. y Baranda, M., *Palabras del exilio, de los que volvieron*, Edita: Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1985.

Álvarez, R., *Rebelión militar y revolución en Asturias*, Edición de Autor, Gijón, 1995.

Álvarez, S., *Historia política y militar de las Brigadas Internacionales. Testimonios y Documentos*, Compañía Literaria, Madrid, 1996.

Arnoux, A., *Mort en Espagne*, Ediciones Pierre Tisné, París, 1937.

Arrabal, F., *Baal Babylone*, Ed. Gallimard, París, 1976.

Arrien, G., *La generación del exilio. Génesis de las escuelas*

- vascas y las colonias escolares, 1932-1940*, Edita: Colectivo OBURA, Bilbao, 1983.
- , *Niños vascos evacuados en Gran Bretaña. (1937-1940)*, Editan: Cajas de Ahorro de Guipúzcoa, Vizcaya y Álava, 1991.
- , *Niños vascos evacuados en 1937 (Álbum histórico)*, Editan: Cajas de Ahorro de Guipúzcoa, Vizcaya y Álava, 1991.
- Artis, G., *La organización social de los hijos de los refugiados en México*, Edit. Kenny, México, 1979.
- Artis-Gener, A., *La diáspora republicana*, Editorial Euros, Barcelona, 1976.
- Ayerra Redin, M., *No me avergoncé del Evangelio*, Editorial Periplo, Buenos Aires, 1959.
- Bahamonde y Sánchez de Castro, A., *Un año con Queipo*, Ediciones Españolas, Barcelona, 1938.
- Barral, C., *Años de penitencia*, Editorial Seix y Barral, Barcelona, 1975.
- Barrios, M., *El último Virrey. Queipo de Llano*, Editorial Argos-Vergara, Barcelona, 1978.
- Bernadac, Ch., *Le train de la mort*, Editions France-Empire, París, 1970.
- Berzosa, C. y Sampedro, J. L., *Conciencia del subdesarrollo. Veinticinco años después*, Editorial Taurus, Madrid, 1996.
- Bethune, N. Dr., *El crimen del camino Málaga-Almería*, Publicaciones Iberia, Barcelona, 1937.
- Blanco Escola, C., *Franco y Rojo, dos generales para dos Españas*, Editorial Labor, Barcelona, 1993.
- Borras, J., *Aragón en la revolución española*, César Viguera Editor, Barcelona, 1983.

- Brademas, J., *Las colectividades campesinas, 1936-1939*, Editorial Ariel, Barcelona, 1977.
- Brenan, G., *El laberinto español*, Ediciones Ruedo Ibérico, París, 1962.
- Calamai, N., *El compromiso de la poesía en la Guerra Civil española*, Editorial Laia, Barcelona, 1979.
- Carrión, P., *Los latifundios en España*, Editorial Ariel, Barcelona, 1975.
- Casares, M., *Residente privilegiada*, Editorial Argos-Vergara, Barcelona, 1981.
- Castells, A., *Las Brigadas Internacionales en la guerra de España*, Editorial Ariel, Barcelona, 1974.
- Castillo, M. del, *Le couleur dafiches*, Editions du Seuil, París, 1985. *Tanguy*, Edicions Limits, Andorra la Vella, 1994.
- Castresana, L. de, *El otro árbol de Guernica*, Ediciones Prensa Española, Madrid, 1969.
- Catalá, N., *De la resistencia y la deportación. 50 testimonios de mujeres españolas*, Edit. ADGENA, Barcelona, 1984.
- Celhay, P., *Consejos de guerra en España. Fascismo contra Euskadi*, Ediciones Ruedo Ibérico, París, 1976.
- Cicero, I., *Los que se echaron al monte*, Editorial Popular, Madrid, 1977.
- , *El Cariñoso*, Edición de autor, Santander, 1982.
- Cimorra, E; Mendieta, I. y Zafra, E., *El sol sale de noche*, Ediciones Progreso, Moscú, 1970.
- Colodny, R., *El asedio de Madrid*, Ediciones Ruedo Ibérico, París, 1975.
- Crespo Redondo, Sainz Casado, J. L. y Pérez Manrique, C., *Purga de maestros en la Guerra Civil*, Ámbito Ediciones,

Valladolid, 1987.

Cuadernos Republicanos, «El problema de los refugiados en Marbella durante la Guerra Civil», n.º 2, Madrid, abril de 1996.

Cuevas, T., *Mujeres en las cárceles franquistas*, Editorial Casa de Campo, Madrid, 1984.

—, *Cárcel de mujeres (1939-1945)*, Ediciones Sirocco, Barcelona, 1985.

—, *Mujeres en la Resistencia*, Ediciones Sirocco, Barcelona, 1986.

Cultura, Ministerio de, *Las mujeres en la Guerra Civil*, Salamanca, 1989.

—, *El exilio español, en la Guerra Civil: Los niños de la guerra*, en colaboración con la Fundación Largo Caballero, Madrid, 1995.

Chacel, R., *Timoteo Pérez Rubio y sus retratos del jardín*, Editorial Cátedra, Madrid, 1980.

Chaves Palacios, J., *La represión en la provincia de Cáceres durante la Guerra Civil (1936-1939)*.

—, *Huidos y Maquis. La actividad guerrillera en la provincia de Cáceres (1936-1950)*, editan: Institución Cultural El Brócense y Diputación Provincial de Cáceres, 1994 y 1995.

Diario 16. *La historia del franquismo* (Fascículos 170 y 177), Madrid, 1984-1985.

Díaz Nosty, B., *La Comuna Asturiana*, Ediciones Zero, Madrid, 1974.

Díaz-Plaja, F., *La guerra de España en sus documentos*, Plaza y Janes, Barcelona, 1972.

Dieste, R., *Testimonios y Homenajes*, Editorial Laia, Barcelona,

1985.

- Diez, J. E., *Colección de arengas y proclamas del excelentísimo señor general don Francisco Franco, jefe del Estado y generalísimo del Ejército salvador de España*, Tipografía M. Carmona, Sevilla, 1937.
- Doña, J., *Desde la noche y la niebla*, Ediciones de La Torre, Madrid, 1978.
- Dreyfus–Armand, G. y Temine, E., *Los campos de la playa. Un exilio español*, Editions Autrement, París, 1995.
- Estévez, L., *La vida es lucha*, A-Z Ediciones y Publicaciones, Madrid, 1983.
- Falcón, L., *Los hijos de los vencidos*, Editorial Pomaire, Barcelona, 1977.
- , *Carlotta O'Neill, una mujer en la guerra de España*, Ediciones Turner, Madrid, 1979.
- Farreras, J. I., *Demasiado pequeño para ganar una guerra*, Ediciones Vosa, Madrid, 1993.
- Fernández, C., *Franquismo y transición política*, Ediciones Do Castro, La Coruña, 1985.
- Fernández–Quintanilla, R., *La odisea del Guernica de Picasso*, Planeta, Barcelona, 1981.
- Fernández Sánchez, J., *Mi infancia en Moscú. Estampas de una nostalgia*, Ediciones El Museo Universal, Madrid, 1988.
- Fraser, R., *Recuérdalo tú y recuérdalo a los otros*, 2 vols., Editorial Grijalbo, Barcelona, 1979.
- Gallego, G., «Cómo se constituyó la Primera Junta de Defensa de Madrid», revista *Historia y Vida*, n.º 55, Barcelona, octubre de 1972.
- García Soledad, C., *Las cárceles de Soledad Real*, Círculo de

- Lectores, Barcelona, 1993.
- Giménez Giménez, C., *España Una, España Grande, España Libre*, Ediciones de La Torre, Madrid, 1978.
- , *Paracuellos, Paracuellos 2*, Ediciones de La Torre, Madrid, 1979 y 1983.
- Haro Tecglen, E., *El niño republicano*, Editorial Alfaguara, Madrid, 1996.
- Hernández García, A., *La represión en La Rioja*, 3 vols., Edición de Autor, Logroño, 1984.
- Hillel, M., *En nombre de la raza*, Editorial Noguer, Barcelona, 1975.
- Hillgart, A., *La Guerra Civil y la diplomacia británica. El cónsul Alan Hillart y las Islas Baleares (1936-1939)*, Publicaciones de la Abadía de Montserrat, Barcelona, 1995.
- Hora de España, n.º 1, Valencia, enero de 1937, Y n.º 2, Valencia, junio de 1937.
- Iturbe, L., *La mujer en la lucha social*, Editorial Mexicanos Reunidos, México, 1946.
- Jackson, G., *La República española y la Guerra Civil*, Princeton University Press, Chicago, 1967.
- Kindelán, A., *Mis cuadernos de guerra*, Editorial Plus Ultra, Madrid, 1945.
- Koestler, A., *La lie de la Terre*, Editions Grasset, París, 1947.
- Labajos-Pérez, E. y Vitoria García, F., *Los niños (Historia de los niños de la Guerra Civil española refugiados en Bélgica, 1936-1939)*, Asociación de Los niños de la guerra, 5101, Erpent (Bélgica), y Editorial Vie Ouvrière, A. B. B. L., Bruselas, 1994.
- Lacomba, J. A., *La represión en Andalucía durante la Guerra*

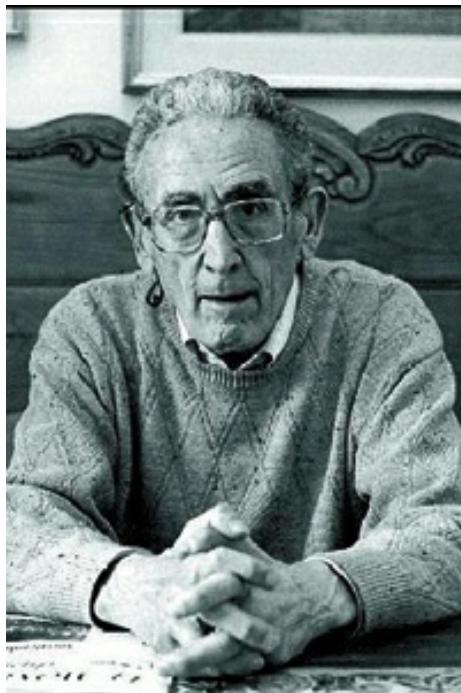
- Civil *El asesinato de Blas Infante*, Fundación Blas Infante, Sevilla, 1987.
- Leguineche, M., *Annual, 1921*, El País-Aguilar, Madrid, 1996.
- Lejárraga, M., *Una mujer por los caminos de España*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1952.
- Llarch, J., *Batallones de Trabajadores*, Plaza y Janés Editores, Barcelona, 1978.
- León, M. T., *Memoria de la melancolía*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1970.
- Manzanares Artes, N., *Consecuencias de la Guerra Civil española (1936-1939) y los hermanos Quero*, Edición de Autor, Murcia, 1978.
- Marco Miranda, V., *Las conspiraciones contra la Dictadura (1923-1930). Relato de un testigo*, Ediciones Giner, Madrid, 1973.
- Martí Torrent, *¿Qué me dice usted de los presos?*, Ediciones Redención, Alcalá de Henares, 1942.
- Mistral, S., *Éxodo. Diario de una refugiada española*, Ediciones Minerva, México, 1940.
- Montseny, E., *Mi experiencia en el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social*, Comité Nacional de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT-AIT), Valencia, 1937.
- , *Pasión y muerte de los españoles en Francia*, Ediciones Espoir, Toulouse, 1969.
- Moreno Gómez, F., *La Guerra Civil en Córdoba (1936-1939)*, Editorial Alpuerto, Madrid, 1985.
- , *Córdoba en la posguerra (Represión y guerrilla)*, Francisco Baena Editor, Córdoba, 1987.
- Mouchotte, R., *Les carnets de René Mouchotte*, Editions

- Flammarion, París, 1949.
- Noya Gil, J., *Fuixidos*, Casuz Editores, Caracas, 1976.
- Núñez, M., *Cárcel de Ventas*, Ediciones Ebro, París, 1967.
- Otero Urtaza, E., *Las Misiones Pedagógicas: un ensayo de Educación Popular*, Ediciones Do Castro, La Coruña, 1982.
- Palomo, L., *Adiós tristeza*, Editorial Bellaterra, Barcelona, 1986.
- Pámies, T., *Los niños de la guerra*, Editorial Bruguera, Barcelona, 1977.
- Paya Valera, E., *Los niños de Morelia (El exilio infantil en México)*, Editores Asociados Mexicanos (EDAMEX), México, 1985.
- Plá Brugat, D., *Los niños de Morelia (Un estudio sobre los primeros refugiados españoles en México)*, INAH, México, 1989.
- Pons Prades, E., *Los que sí hicimos la guerra*, Editorial Martínez Roca, Barcelona, 1973.
- , *Republicanos españoles en la Segunda Guerra Mundial*, Editorial Planeta, Barcelona, 1975.
- , *Guerrillas españolas, 1936-1960*, Editorial Planeta, Barcelona, 1977.
- , *Los cerdos del comandante (Españoles en los campos de exterminio alemanes)*, Editorial Argos-Vergara, Barcelona, 1978.
- , *Años de muerte y de esperanza* (en colaboración con el reportero gráfico Agustí Centelles), Ediciones Blume (Barcelona) y Editorial Altalena (Madrid), 1979 (edición bilingüe: en castellano y en catalán).
- , *Crónica negra de la transición española (1976-1985)*, Plaza y Janés Editores, Barcelona, 1987.

- , *Los vencidos y el exilio*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1989.
- , *Un soldado de la República*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1993.
- , *Morir por la Libertad*, Editorial Vosa, Madrid, 1995.
- Pradal Ballester, G., *Gabriel Pradal (1891-1965). Notas biográficas y documentales*, Instituto de Estudios Almerienses, Aula Socialista de Cultura, Ateneo de Almería, Almería, 1991.
- Pradas Martínez, E., 1936: *Holocausto en La Rioja*, Cuadernos Riojanos, Logroño, 1982.
- Rafaneau-Boj, M. C., *Los campos de concentración de los refugiados españoles en Francia (1939-1945)*, Ediciones Omega, Barcelona, 1995.
- Reig Tapia, A., *Ideología e Historia. Sobre la represión franquista*, Editorial Akal, Madrid, 1986.
- , *Violencia y terror*, Editorial Akal Universitaria, Madrid, 1990.
- , *Franco «Caudillo»: Mito y realidad*, Editorial Tecnos, Madrid, 1995.
- Reguant, J. M., *Marcelino Massana: ¿Terrorismo o resistencia?*, Editorial Dopesa, Barcelona, 1979.
- Renau, J., *Arte en peligro (1936-1939)*, Ayuntamiento de Valencia, 1980.
- Rodrigo, A., *José Trueta. Héroe anónimo de dos guerras*, Plaza y Janes Editores, Barcelona, 1978.
- , *Lejárraga, una mujer en la sombra*, Editorial Vosa, Madrid, 1994.
- , *Mujeres para la Historia. La España silenciada del siglo XX*, Compañía Literaria, Madrid, 1996.
- Rojo Lluch, V., *Así fue la defensa de Madrid*, Ediciones Era,

- México, 1967.
- , *España heroica. Diez bocetos de la guerra española*, Editorial Ariel, Barcelona, 1975.
- Rosal, A. del, *Historia de la UGT en la emigración* (tomo I), Editorial Grijalbo, Barcelona, 1979.
- Roig, M., *Los catalanes en los campos nazis*, Edicions 62, Barcelona, 1977.
- Saborit, A., *Asturias y sus hombres*, Ediciones UGT-CIO, Toulouse, 1964.
- Salaberri, K., *El proceso de Euskadi en Burgos. Sumarísimo 31/69*, Ediciones Ruedo Ibérico, París, 1971.
- Serrano, S., «Los orígenes de la guerrilla leonesa» (I) y «Apogeo y decadencia de la resistencia armada en León» (II), fascículos 19 y 20 de *La Guerra Civil española en León* (coordinada por el departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de León), 1987.
- , *Crónica de los últimos guerrilleros leoneses (1947-1951)*, Ámbito Ediciones Valladolid, 1989.
- Silva, J. de, *Nosotros, los evacuados*, Plaza y Janés Editores, Barcelona, 1978.
- Soriano, A., *Éxodos* (Historia oral del exilio republicano en Francia, 1939-1945), Editorial Crítica, Barcelona, 1989.
- Southworth, H. R., *La destrucción de Guernica. Periodismo, diplomacia, propaganda e historia*, Editorial Ariel, Barcelona, 1975.
- Suárez, A. y Colectivo 36, *Libro blanco sobre las cárceles franquistas*, Ediciones Ruedo Ibérico, París, 1976.
- Tagüeña Lacorte, M., *Testimonio de dos guerras*, Editorial Planeta, Barcelona, 1978.

- Tiana Ferrer, A., *Educación libertaria y revolución social. Las colonias para niños refugiados (España, 1936-1939)*, Ediciones Zero, Madrid, 1987.
- Terres, R., *Double jeu pour la France*, Editions Grasset y Fasquelle, París, 1977.
- UNAM *Los niños de Morelia y la Escuela España-México*, México, 1953.
- Valverde Lamsfus, L., *Entre el deshonor y la miseria (Infancia abandonada en Guipúzcoa y Navarra. Siglos XVIII y XIX)*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1994.
- Vargas, A., *Testimonio de un rebelde (Datos para la historia de Adra)*, Edición de Autor, Adra (Almería), 1995.
- Vázquez, M. y Valero, J., *La Guerra Civil en Madrid (1936-1939)*, Ediciones Giner, Madrid, 1978.
- Vidal Galache, F. y B., *Bordes y bastardos. Una historia de la inclusa de Madrid*, Compañía Literaria, Madrid, 1995.
- Vilanova, A., *Los olvidados*, Ediciones Ruedo Ibérico, París, 1969.
- Vila-Sanjuán, J. L., *Así fue: enigmas de la Guerra Civil*, Editorial Nauta, Barcelona, 1972.
- Villarroya y Font, J., *Los bombardeos de Barcelona durante la Guerra Civil (1936-1939)*, Publicaciones de la Abadía de Montserrat, Barcelona, 1981.
- Viñas, A., «El oro español en la URSS», *Tiempo de Historia*, n.º 54, mayo de 1979.
- Zafra, E; Crego, R. y Heredia, C., *Los niños españoles evacuados a la URSS (1937)*, Ediciones de La Torre, Madrid, 1989.
- Ziegler, J., *Les rebelles*, Editions du Seuil, París, 1983.



EDUARDO PONS PRADES. (Barcelona, 19 de diciembre de 1920–Barcelona 28 de mayo de 2007), también conocido por el seudónimo de Floreado Barsino.

Escritor español especializado en la Historia Contemporánea española del siglo xx. Con 16 años se alistó en el Ejército Republicano falsificando su edad, logró el título de sargento de ametralladoras, que recogió de manos del poeta Miguel Hernández.

Fue herido el 17 de marzo de 1938 en la durante los bombardeos más intensos sufridos por Barcelona en la guerra. Combatió posteriormente en la Batalla de Guadarrama, en la Batalla de Brunete y en la Batalla del Ebro con sólo 17 años.

Con la derrota de la República en 1939 se exilió en Francia desde donde organiza dos viajes a España por encargo del Partido Sindicalista, en un viaje posterior cuando se disponía a volver a

Francia, fue detenido en Puigcerdà, pero pudo fugarse tres semanas después gracias a un soborno al coronel que instruía su caso y huyó hacia Valencia donde tenía familiares hasta regresar de nuevo a Carcasona.

Continuó su labor de escritor y historiador, colaborando desde Francia en distintas publicaciones, como los *Papeles de Son Armadans* que editaba Cela. Pudo por fin regresar a España en 1962, gracias a la amnistía concedida por Franco. Participó en la fundación de la editorial Alfaguara y se afilió al Sindicat de Periodistes de Catalunya, dando a conocer en sus obras la vida y afanes de tantos combatientes españoles contra el nazismo y contra el franquismo, que habían sido olvidados al acabar la lucha.

Notas

[1] El joven Gálvez no supo del asesinato de Paco, su hermano mayor, hasta fines de 1939. Fue en el frente de Madrid, en abril de 1939, a los dos días de terminar oficialmente nuestra guerra. Era capitán del Batallón Vasco destacado en la defensa de Madrid. Tres años más tarde, la familia Gálvez–Prieto supo que el cabeza de familia, Francisco Gálvez Arias, había sido exterminado en los hornos crematorios de Gusen–I, un anexo del fatídico campo de Mauthausen. Fue hecho prisionero por los alemanes en 1940. Al empezar la Guerra Civil era sargento de Carabineros y permaneció leal a la República. <<

[2] Relato que recogí y que aparecerá próximamente. <<

[3] Véase su testimonio en este libro. <<

[4] Véase su testimonio en este libro. <<

[5] Véase el Apéndice n.º 1. <<

[6] *Años de penitencia*, de Carlos Barral. Ed. Seix y Barral. Barcelona, 1975. *El niño republicano*, de Eduardo Haro Tecglen. Ed. Alfaguara. Madrid, 1996. <<

[7] Muchos sindicatos obreros libertarios se *albergaron*, por los años diez y veinte, en el Barrio Chino barcelonés. Está por historiar el desinteresado comportamiento de los marginados, y en particular el de las prostitutas, solidarizándose, a su manera, con los sindicalistas acosados por la Brigada de Investigación Social. <<

[8] Véase el Apéndice n.º 2. <<

[9] El editor don Vicente Clavel fue el que ideó, año 1926, la tradición barcelonesa del libro y la rosa, en la anual Fiesta del Libro. Celebración que la UNESCO, en 1996, recomendó como costumbre universal. Don Vicente era, por aquellos años, presidente la Casa Regional de Valencia en Barcelona, de la que el padre del autor, Eduardo Pons Sistemes, era bibliotecario. <<

[10] De la mala fama de aquel reformatorio religioso barcelonés da fe, en estas páginas, el escritor Michel del Castillo, que fue internado allí durante nuestra posguerra. Sobre su triste experiencia ha escrito el libro *Tanguy*, prologado por Manuel Vázquez Montalbán. <<

[11] *Las conspiraciones contra la Dictadura (1923–1930). Relato de un testigo*, de Vicente Marco Miranda, Ediciones Giner, Madrid, 1973. <<

[12] *Guerrillas españolas 1936–1960*, de Eduardo Pons Prades (E. P. P.). Editorial Planeta. Barcelona, 1977. <[<<](#)

[13] Véase el Epílogo. <<

[14] *Los niños españoles en la URSS (1937)*, de Enrique Zafra, Rosalía Crego, Carmen Heredia. Ediciones de La Torre, Madrid, 1989. <<

[15] Véase el Apéndice n.º 5. <<

[16] Véase su testimonio fraccionado; con la retirada de Málaga, la batalla del Jarama y los golpes de mano en territorio enemigo, en Extremadura, como principales escenarios de su andadura bélica.

<<

[17] En Zaragoza, el 80% de los profesores y maestros *desaparecieron* de sus puestos de trabajo, la mayoría de ellos asesinados, otros encarcelados y algunos huidos. (*Aragón en la Revolución Española*, de José Borrás. César Viguera Editor. Barcelona, 1983.) El autor, visitando pueblo tras pueblo, ha hecho un balance casi exhaustivo de la represión franquista. Véase, asimismo, *Purga de maestros en la Guerra Civil*, de Jesús Crespo Redondo, José Luis Sáinz Casado, José Crespo Redondo y Jesús Pérez Manrique. Ámbito Ediciones, Valladolid, 1987. Esta es una de las obras más completas sobre el tema. Ver, también, *El exilio español en la Guerra Civil: los niños de la guerra*. Ministerio de Cultura–Fundación Largo Caballero. Madrid, 1995. <<

[18] Josefina R. de Aldecoa. *El Semanal* (Suplemento dominical) del 11 de agosto de 1996. <<

[19] No hemos podido encontrar la menor huella sobre la suerte que corrieron estos muchachos y muchachas, apresados en 1941, por tierras soviéticas, por el ejército alemán. Y, al parecer, entregados a la España franquista... <<

[20] Sin que ello signifique, que subestimemos otras aportaciones personales muy valiosas —sabemos que hay infinidad de nombres y caras, merecedoras de nuestro agradecimiento, que nunca conoceremos—, señalaremos que Victoria Kent, Federica Montseny, María Pedreño, Matilde Cantos, Margarita Nelken, María Lejárraga, Matilde Huici, María Teresa León, Amparo Poch, María Lacrampe y Pasionaria, se desvivieron, en todo momento y en cualquier situación —y a menudo en trances muy críticos—, en pro de la infancia evacuada. <<

[21] Ministerio de Cultura–Fundación Largo Caballero, Madrid, 1995. <<

[22] Ibidem. <<

[23] Véase el Apéndice n.º 27 (donde se puede comprobar que las fuerzas de progreso, en los años veinte y treinta, habían empezado a echar los cimientos de una nueva sociedad: culta, responsable, creativa y profundamente ilusionada. <<

[24] Revista *Hora de España*, n.º 2. Valencia, junio de 1937. <<

[25] *El Pueblo*. Valencia, 12 de septiembre de 1937. Cuando Machado escribió que «la guerra había terminado hacía muchos meses», indicaba que los republicanos la habíamos perdido diplomáticamente, aunque faltasen 18 meses —más de la mitad de lo que duraría la contienda— para que el Ejército Popular republicano se viese obligado a abandonar las armas. (Véase el capítulo *La rendición de Madrid*). [<<](#)

[26] *Colección de proclamas y arengas del excelentísimo señor general don Francisco Franco, jefe del Estado y generalísimo del Ejército salvador de España*, de José Emilio Diez, Tip. M. Carmona, Sevilla, 1937. <<

[27] *Mis cuadernos de guerra (1936–1939)*, Alfredo Kindelán, Ed. Plus Ultra, Madrid, 1945. <<

[28] *El asedio de Madrid*, de Robert G. Colodny, Ed. Ruedo Ibérico, París, 1970. <<

[29] *Mort en Espagne* (Prólogo de Alexandre Arnoux), Ediciones Pierre Tisné, París, 1937. [<<](#)

[30] *Los derrotados y el exilio*, E. P. P. Editorial Bruguera, Barcelona, 1977. <<

[31] *Septiembre 1936*: «Cómo se constituyó la Primera Junta de Defensa de Madrid». Gregorio Gallego, revista *Historia y Vida*, n.º 55, octubre de 1972. <<

[32] Tan sólo en los trabajos de fortificación para la defensa de Madrid, el Sindicato de la Construcción (CNT) tuvo cerca de dos mil quinientas bajas entre sus militantes. <<

[33] *Memoria de la melancolía*, María Teresa León, Editorial Losada, Buenos Aires, 1970. <<

[34] *Así fue la defensa de Madrid*, General Vicente Rojo, Ediciones Era, México, 1967. <<

[35] *Crónica negra de la transición española. 1976–1985*, E. P. P., Plaza y Janés Editores, Barcelona, 1987. <<

[36] *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra española*, Ronald Fraser, Tomo I, Editorial Grijalbo, Barcelona, 1979. <<

[37] Habíamos llegado unos dos mil catalanes, por tren, desde Barcelona al toledano Tembleque, y por el camino se nos habían unido otros tantos valencianos, murcianos y manchegos. Vía Madrid, en camiones, llegamos a El Escorial de la Sierra el 26 de agosto de 1937. («En España —había escrito Machado— lo mejor es el pueblo. Por eso la abnegada y heroica defensa de Madrid, que ha asombrado al mundo, a mí me ha conmovido, pero no me sorprende. Siempre ha sido lo mismo. En los trances críticos, los señoritos invocan la patria y la venden; el pueblo no la nombra siquiera, pero la compra con su sangre»). <<

[38] Véanse los Apéndices n.º 3 y n.º 14. <<

[39] Véanse el Apéndice n.º 4. <<

[40] Gran parte del Tesoro Artístico Nacional —y en particular el del Prado—, que hoy tanto admirar los españoles y los extranjeros, fue salvado, en noviembre de 1936, por unas docenas de milicianos —bien orientados por la escritora María Teresa León y el poeta Rafael Alberti— que nunca habían pisado ningún museo y muy pocos de ellos, probablemente, cruzado el umbral de una escuela. <<

[41] Véase el testimonio del coronel de aviación Enrique Pereira Basanta. <<

[42] Véase el testimonio de Jokin Gálvez Prieto. <<

[43] Todas estas tropelías *administrativas* —de las que el lector encontrará otras muestras en varios testimonios— eran maniobras de los gobernantes franceses para aburrir a nuestras gentes e incitarlas a marcharse a la España de Franco... <<

[44] Tanto al cruzar los Pirineos —enero–febrero de 1939—, tras la retirada de Cataluña, como en el mar Mediterráneo —marzo–abril de 1939—, al ser ocupada la Zona Centro por el enemigo, los republicanos no conoceremos nunca el número de nuestros desaparecidos... <<

[45] Con relación a la presencia de republicanos españoles en los cuatro ejércitos aliados (francés, soviético, inglés y norteamericano), así como en las guerrillas de Francia y de la Unión Soviética (véase *Los olvidados*, de Antonio Vilanova, Ediciones Ruedo Ibérico, París, 1969; *El sol sale de noche*, de Eusebio Cimorra, Isidro Mendieta y Enrique Zafra, Ediciones Progreso, Moscú, 1970, y *Republicanos españoles en la Segunda Guerra Mundial (1939–1945)*, E. P. P., Editorial Planeta, Barcelona, 1975. <<

[46] Además de la media docena de colonias infantiles apadrinadas por las Brigadas Internacionales en la Zona Centro, los interbrigadistas amparaban unas quince más en la Zona de Levante. (Véase el Apéndice n.º 26). [<<](#)

[47] En el verano de 1995, *El País*, en su suplemento dominical, publicó un artículo de Juan Goytisolo. Estaba ambientado en Turquía y daba cuenta de la abundancia de jóvenes prostitutas —*Natachas*, las llamaba— que ejercían por aquellas tierras, procedentes de varios países socialistas, como Checoslovaquia y Rumanía, entre otros. Subrayaba el éxito que tenían, por el hecho sin precedentes de ser muchachas educadas y formadas —y algunas con carrera universitaria— en países no capitalistas. Algo exótico para los turcos, y para los no turcos también. Como durante la Guerra Civil yo conocí a tres *Natachas* —una en El Escorial, otra en el Centro de Reclutamiento e Instrucción Militar de Campo Real (Madrid) y la última en el Ebro— pensé que debía hablar de ellas para que los lectores de tan importante periódico se diesen cuenta de lo que iba de ayer a hoy. Cuando el idealismo... Ninguna de las tres tendría más allá de veintiuno o veintidós años. Todas hablaban un castellano admirable y poseían una cultura —en particular, sobre España— que nos maravillaba. En especial, la *Natacha* de El Escorial —intérprete de nuestro profesor de balística, un joven capitán del Ejército Soviético—, que era una estudiante especializada en la obra cervantina. Que no dejó de *asediarme* hasta que la acompañé por los cercanos pueblos manchegos. Cosa nada fácil porque teníamos que salir de la Zona Centro y entrar en los dominios del Ejército de Extremadura. Pues bien, al cabo de unos meses, mi trabajo: «Las *Natachas* de la Guerra Civil», me sería devuelto. <<

[48] *Crónica negra de la transición española, 1976–1985*, Plaza y Janés Editores, Barcelona, 1987. <<

[49] *Nosotros, los evacuados*, de Josefina de Silva. Plaza y Janés Editores, Barcelona, 1978 (Véase la 2.ª parte de su testimonio en «Las repatriaciones. El trasteo interior»). [<<](#)

[50] Véase el Apéndice n.º 5. <<

[51] *Testimonio de un rebelde. (Datos para la historia de Adra)*. Edición de Autor. Adra (Almería), 1995. Véase, también, el libro dedicado a Gabriel Pradal: *Gabriel Pradal (1891–1965)*, de Gemma Pradal Ballester. Instituto de Estudios Almerienses. Aula Socialista de Cultura, Ateneo de Almería, 1991. <<

[52] Portugal, desde el primer momento, entregó a los fugitivos republicanos a las autoridades franquistas. <<

[53] «Queipo tuvo que dar una orden para que no se siguiese fusilando a menores de quince años. Antes, muchísimos niños habían sido inmolados a la barbarie imperante». (*Un año con Queipo*, del comandante Antonio Bahamonde y Sánchez de Castro. Ediciones Españolas. Barcelona, 1938). <<

[54] Un corresponsal de guerra extranjero, el Dr. Norman Bethune, dedicó un libro al éxodo malagueño, titulado *El crimen del camino Málaga–Almería*. Publicaciones Iberia. Barcelona, 1937. Poco después, la flota alemana, con el acorazado *Deutschland* como buque insignia, sometería a la ciudad de Almería a un brutal bombardeo. <<

[55] Desde 1931 a 1936 hubo 12 500 asentamientos de familias campesinas en las fincas declaradas cultivables por el Instituto de Reforma Agraria. O sea: 223 asentamientos por mes. En cambio, a raíz del triunfo del Frente Popular —en las elecciones del 16 de febrero de 1936—, en los cinco meses siguientes, se procedió al asentamiento de 71 919 familias. Osea: 14 383 por mes. (*La Guerra Civil en Madrid, 1936-1939*, de Matilde Vázquez y Jacinto Valero. Ediciones Giner. Madrid, 1978). <<

[56] Como la partida del torero José García «El Algabeño» —el más cruel de los señoritos andaluces—, al que, en los primeros días de la guerra, las fuerzas populares le requisaron su lujoso «Hispano Suiza». El torero juró que haría pagar muy caro su coche a los villanos. Como otro famoso torero, Marcial Lalanda, en su finca manchega —que visité en 1985—, de Ventas y Peña Aguilera, al que las gentes humildes se le comieron todas las reses bravas durante la guerra. Por boca del general Queipo de Llano, y por las ondas de Radio Sevilla, amenazó con fusilar a diez rojos por cada res sacrificada... Sin olvidar a la «Policía Montada» del comandante Erquizia, de tan triste memoria. (Véase: *El último virrey, Queipo de Llano*, de Manuel Barrios. Editorial Argos-Vergara, Barcelona, 1978). <<

[57] *Guerrillas españolas...* Op. cit. <<

[58] «El problema de los refugiados en Marbella durante la Guerra Civil». *Cuadernos Republicanos*, n.º 26. Madrid, abril de 1996. *La represión en Andalucía durante la Guerra Civil. El asesinato de Blas Infante*, de J. A. Lacomba. Edita: Fundación Blas Infante. Sevilla, 1987. <<

[59] Los apuntes llegaron a mi poder —según la voluntad de Pepe Fortes— de la mano de don Francisco Gómez de Lara. Pepe desapareció víctima de un bombardeo aéreo, en la batalla del Ebro. <<

[60] *Consecuencias de la Guerra Civil española 1936–1939. Y los hermanos Quero*. Nicolás Manzanares Artes. Edición de Autor. Murcia, 1978. El autor estuvo encerrado en *La Campana*, de Granada, donde conoció a Pepe y Antonio Quero. <<

[61] Véase el testimonio de otros niños granadinos en «Los niños de la guerrilla». <<

[62] *Consecuencias de la Guerra Civil española...* Op. cit. (El muchacho se llamaba Manuel Arcos Artes). <<

[63] Véase el testimonio de Julia González, del pueblo de Cella. <<

[64] Véase el Apéndice n.º 6. <<

[65] En mi libro (*Guerrillas españolas...*, *Op. cit.*) se publica —al lado de una foto de Enrique Casañas— otra de parte del ganado recuperado. Los milicianos de la patrulla van provistos de lentes de motorista para protegerse del polvo levantado por el ganado...

<<

[66] El comandante Jiménez de la Beraza, en el otoño de 1936, recibió la orden —del coronel Rojo— de inspeccionar el frente de Aragón e informarle de la situación. Unas semanas más tarde, además del informe escrito, Jiménez de la Beraza llamó a Vicente Rojo y le dijo que podía adelantarle el resultado de la inspección, por teléfono, en cuatro palabras. Estas: «El frente de Aragón es un caos, pero funciona... no lo toquen». <<

[67] *Teruel, enero de 1938.* Julio Sanz Sainz. Diario *La Humanitat*. Barcelona, 13 de enero de 1938. (Entre las ilustraciones del libro hay la fotografía de uno de aquellos niños).

(N. del A.: A Julio lo conocí a mediados de los años noventa, recién llegado de su exilio mexicano. Entonces fue cuando me facilitó su artículo. Y me dijo: «Te voy a confesar algo que quizá te parezca fuera de lugar... que cuando rescatamos a aquellos chicos del hospicio me dije que valía la pena de haber tomado Teruel... Verdad es que yo tenía sobradas razones para sentir una particular inclinación por la gente menuda. Como sabes, mi mujer murió en un bombardeo, en Barcelona, y yo quedé prácticamente sepultado, con apenas resuello para quejarme —tenía, entre otras cosas, las dos piernas hechas polvo— y de pronto, por entre los escombros, por unos huecos donde sólo podía pasar un perrito, apareció un niño, de nueve o diez años, que trató de airearme un poco la cabeza. Pero, al ver que no podía hacer gran cosa, se puso a gritar desaforadamente, hasta que lo oyeron unos bomberos y se acercaron a nosotros. El chaval aquel no hacía más que agitar sus brazos y decir: “¡Aquí, aquí está el herido!”. Tardaron un buen rato en sacarme de allí y cuando me colocaron en la camilla pregunté por el chico. Había desaparecido, ya ves...»). <<

[68] *Hora de España*, n.º 1. Valencia, 1937. <<

[69] *Ideología e historia: sobre la represión franquista y la Guerra Civil*, Alberto Reig Tapia. Editorial Akal. Madrid, 1984. <<

[70] *De Ayerbe a la Roja y Negra (127 Brigada Mixta–28 División).*
Edición de Autor. Creación Gráficas Fernando. Barcelona, 1980. <<

[71] *Aragón en la revolución española*. José Borrás. César Viguera Ed., Barcelona, 1983. <<

[72] Un historiador riojano, Antonio Hernández García, ha escrito *La represión en La Rioja durante la Guerra Civil* (Tres tomos), Edición de Autor, Logroño, 1984. Para conocer bien nuestra reciente historia es imprescindible que cada región sea seriamente *auscultada* como lo hizo este joven e incansable cronista de la Historia. Y el Colectivo Afán, *¡No, General, fueron más de tres mil los asesinados!*. Editorial Mintzoa, Pamplona, 1984. (Véase el Apéndice n.º 20). <<

[73] Los descendientes de aquellos represores son los que hoy se manifiestan contra el aborto —por ejemplo—, argumentando que suspender la gestación es un verdadero asesinato... <<

[⁷⁴] *Soria semanal*, marzo de 1980. Tres artículos firmados por un testigo directo —Gregorio Herrero Balsa, maestro de escuela—, profusamente ilustrados. El 28 de julio de 1979 en el mismo semanario, María Isabel del Campo Muñoz —licenciada en Historia—, publicó un «Informe sobre la represión en la provincia de Soria durante la Guerra Civil (1936–1939)». <<

[75] Véase el Apéndice n.º 8. <<

[76] *La represión en la provincia de Cáceres durante la Guerra Civil (1936–1939)*, de Julián Chaves Palacios. *Huidos y Maquis (La actividad guerrillera en la provincia de Cáceres) (1936–1950)*, del mismo autor, Institución Cultural «El Brocense», Diputación Provincial de Cáceres, 1994 y 1995. *La Guerra Civil en Extremadura*, de J. García Pérez y E Sánchez Marroyo, Edita Hoy, Badajoz, 1986. (Véase el Apéndice n.º 9). <<

[77] *Mundo Obrero* —periódico—, Madrid, 13 de enero de 1937. [<<](#)

[78] (Unos apuntes sobre la familia de Faustino Cordón: «Mi padre era abogado y terrateniente en Fuente de León, en Badajoz. Fue el primer hombre de su familia que hizo una carrera universitaria. Realmente tenía una vocación enorme por la cultura y a mí me educó de una manera un poco insensata. No me educó para ganarme la vida, qué sé yo para qué. Era un hombre muy apasionado, que tenía unas reacciones tremadamente honestas; por ejemplo, el primer día de la Guerra Civil en casa. El sindicato del pueblo, enterado de que los militares estaban sublevados, se negó a segar a los ricos; pero hizo una excepción con mi padre, a pesar de que había sido alcalde con Primo de Rivera. Mi padre era un terrateniente medio y necesitaba 10 segadores. Aquel día, en su finca se presentaron 200. Le segaron la mies, se la dejaron en la era y se fueron sin cobrar. Yo, que estaba estudiando en Madrid, me fui al pueblo a ver qué pasaba y al llegar me encontré a mi padre en la huerta, emocionado. Entonces me dijo: "Esto no puede quedar así". Y a la mañana siguiente regaló la finca al sindicato. Sólo por un gesto de caballero que no podía admitir que nadie quedara por encima de él. Hecho esto se vino a Madrid y eso le salvó la piel. Aquel acto de generosidad insensata le colmó de felicidad, tomó postura apasionada por un bando —el republicano— y eso dio sentido a su existencia hasta que murió». “Faustino Cordón, el genio de la constancia”, de Manuel Vicent, *El País*, Madrid, 24 de octubre de 1981). <<

[79] Aquellos moros eran, quizá, procedentes de las cabilas que asaltaron, saquearon y destruyeron —en los años veinte— los militares españoles, con Millán Astray y Francisco Franco haciendo *méritos de guerra*. Los mismos militares que, en 1936, los trajeron a España —antes ya los habían llevado a Asturias, en 1934—, facilitándoles así el ajuste de cuentas que tenían pendiente con los españoles... <<

[80] *Guerrillas españolas, 1936–1960...* Op. cit. <<

[81] Leí en *Mundo Diario* su artículo «La matanza de Badajoz» y desearía completar algo su información. Aunque yo soy de Villar del Rey, en mi juventud tuve el privilegio de conocer a Frecha y a su gentil y hermosa prometida, ya que los tres éramos militantes de las Juventudes Socialistas Unificadas de Badajoz. Todavía tengo viva la imagen de estas pobres jóvenes víctimas: él, delgado, fino, de ademanes delicados, de palabra calurosa y convincente, con gafas y cierto aire intelectual; pero entregado a su pueblo y a sus ideales totalmente. Ella, alta, fina, de ojos azules y mirada inteligente, despierta, de hermosura delicada, de atracción irresistible para todo aquel que los escuchaba. Muy aficionados a la lectura. Era, lo que se dice, una pareja ideal, con un luminoso futuro. Futuro que fue cercenado de forma humillante y violenta por unos canallas malvados que los cristianos españoles habían traído de África para «salvar los valores eternos y la civilización occidental». Yo los conocí el 13 de mayo de 1936, en Badajoz, donde, para celebrar la unificación de jóvenes socialistas y comunistas, nos reunimos unos veinte mil jóvenes extremeños. En el mitin intervinieron los dos diputados socialistas por la provincia de Badajoz: Margarita Nelken de Paúl y Nicolás de Pablo Hernández. Me enteré de la muerte de Frecha y su prometida en las trincheras del frente de Medellín, por un amigo suyo, de Mérida. (Salustiano Álvarez Muñoz. Su carta fechada el 14 de octubre de 1978, en Vilanova i la Geltrú, Barcelona). <<

[82] Testimonio de Blas Fuertes Simón, camarero de una bodega existente, en la misma carretera, testigo presencial del vandálico acto y del breve diálogo entre el periodista y el militar. (Véase: *Crónica negra de la transición española, Op. cit*). [<<](#)

[83] Guerrillas españolas, 1936–1960... Op. cit. <<

[84] Agustín Ramos —el sargento-jefe de la Guardia Civil del puesto de Alburquerque— y dos capitostes del lugar, salieron para Lisboa, donde por veinte mil duros —dinero recogido por los terratenientes de Jerez de los Caballeros y sus contornos— contrataron el bombardeo aéreo de la sierra del Potrenque. <<

[85] Véase el testimonio de Manolo Garbayo, en el capítulo «Los niños de la guerrilla». [<<](#)

[86] *Adiós tristeza*, Laura Palomo, Ediciones Bellaterra, Barcelona, 1986. <<

[87] Véase el Apéndice n.º 16. <<

[88] «¿Dónde está Teodoro?», Jordi Negre i Rigol. Profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona y periodista en *El Periódico*, de Barcelona, 7 de noviembre de 1983. (Véase: *La represión en la provincia de Cáceres durante la Guerra Civil (1936–1939)*, *Op. cit.*

<<

[89] Su carta del 14 de abril de 1996, fechada en Barcelona. <<

[⁹⁰] *Crónica de una represión en la «Costa da morte» (Cee, Vimianzo, Ponte da Porto, Corcubión, Fisterra, Zas...)* de Luis Lamela García, Ediciones Do Castro, La Coruña, 1995. <<

[91] *Franquismo y transición política en Galicia*, de Carlos Fernández, Ediciones Do Castro, La Coruña, 1985.

(N. del A.) En mi barrio natal —el del Padró barcelonés— pueden verse algunas mujeres —niñas de catorce, quince y dieciséis años, en los años cuarenta—, a las que faltan dedos en una de las dos manos. Trabajaron en la matrizería de los hermanos Navarro, de la calle Riereta, donde la maquinaria era tan vieja que, de cuando en cuando, se descolgaba sobre las manos de la operaria el cilindro—prensa seccionándole algún dedo. La mutilada se quedaba sin trabajo y sin ninguna clase de indemnización —el empresario, paternal, asumía los gastos de clínica hasta que cicatrizaban—, ya que en la calle había cola para sustituirla. Aun a sabiendas de que un día...

De 1946 a 1948 trabajé como administrativo de obras —antes lo hice como peón, ayudante de albañil y listero— de la empresa de construcción más importante de Levante: La Compañía Levantina de Edificación y Obras Públicas (CLEOPSA). Pues bien, cuando subíamos a un andamio nos preguntábamos por dónde bajaríamos... si no sería con un salto en el vacío, ya que no se practicaba la más mínima medida de seguridad. Los trabajadores se contrataban por obra. Terminada la obra: despido. Y, días más tarde, al empezar otra obra, se volvía a contratar a los despedidos la víspera. Así no sólo eran siempre eventuales sino que la empresa se ahorraba la prima de antigüedad. <<

[92] Los curas confidentes de la Guardia Civil debían de ser de la misma camada que el temible obispo Temiño Saiz, el cual, desde la privilegiada atalaya de la diócesis de Orense, frenó todo aquello que oliese a apertura, progresismo, liberalismo, en fin, «doctrina de Satanás». Al tiempo que «bendecía el alma del Caudillo Franco por sus méritos impresionantes ante Dios y la sociedad». (*Franquismo y transición política en Galicia, Op. cit.*). <<

[93] La llamaban *La Valenciana* porque había estado sirviendo algunos años en Valencia. De los dieciséis a los veinticinco años. Tuvo que abandonar el pueblo porque el sargento de la Guardia Civil de La Brañosera —pese a estar casado y con hijos— no cesaba de asediárla. Volvió al pueblo poco después de proclamarse la República. Y tuvo una actuación destacada en la revolución de octubre de 1934. Por lo visto en Valencia se le pegaron ideas *disolventes* —como llamaban los reaccionarios a las ideas progresistas—; y existe una foto famosa en la que se ve a un grupo de quince o veinte hombres que salen del pueblo —de La Brañosera— custodiados por la Guardia Civil. Y en cabeza se ve a una mujer, que no es otra que *La Valenciana*. <<

[⁹⁴] Véase la segunda parte del testimonio de Ambrosio Ortega Alonso en el capítulo «Los niños de la guerrilla». <<

[⁹⁵] Véase el testimonio de los hermanos Antonio y Conchita Rodríguez, en Asturias. <<

[96] Treinta niños, en su mayoría hijos de aviadores, comenzaron su éxodo saliendo de la Base Aérea de San Javier (Murcia), a finales de octubre de 1938. Otro grupo salió de Cartagena en barco. Los dos grupos se reunieron en Barcelona. Sumaban un total de 300 niños y niñas. En cuatro autobuses cruzaron la frontera con Francia y ya en suelo francés tomaron un tren que los llevó hasta el puerto de Le Havre, en la desembocadura del Sena. Nuevamente, el buque soviético, *Feluks Dzerzhinsky*, les llevaría, surcando las frías aguas del Mar del Norte, hasta Leningrado, adonde llegaron a primeros de noviembre. (Véase: *Los niños españoles evacuados a la URSS (1937)*, de Enrique Zafra, Rosalía Crego y Carmen Heredia, Ediciones de la Torre, Madrid, 1989. Y «Los niños de Moscú, cincuenta años después». Entrevista en la Unión Soviética, a Jorge Prado Fernández y otros niños de la guerra, Semanario *Mundo Obrero*, 30 de abril de 1988). <<

[97] En los años setenta, el comandante de Milicias Emilio Palacios, en su exilio de Perpiñán, me confirmó que él sabía de la existencia de una gabarra carbonera, pomposamente bautizada *Cervantes*. (Véase la *Enciclopedia Asturiana*, en cuyas páginas aparece Palacios como uno de los más prolíficos poetas en bable). [<<](#)

[98] *Los niños españoles evacuados a la URSS (1937).* Op. cit. <<

[99] Ibidem. <<

[100] **Ibidem.** <<

[101] *La Comuna asturiana*, de Bernardo Díaz Nosty, Ediciones Zero, Madrid, 1974. <<

[102] El asturiano —en el más acrisolado talante clasista— fue seguramente el primer sindicato minero de Europa. Véase: *Asturias y sus hombres*, de Andrés Saborit, Ediciones UGT–CIO SL, Toulouse (Francia), 1964. <<

[103] *Guerrillas españolas, 1936–1960, Op. cit.* <<

[104] Véase: «Una política de exterminio (La tragedia del Pozo Funeris)», en *Franco «Caudillo»: Mito y Realidad*, de Alberto Reig Tapia, Editorial Tecnos, Madrid, 1995. <<

[105] El célebre dramaturgo Fernando Arrabal, en uno de sus primeros libros, *Baal Babylone*, explica los falsos testimonios que levantaron contra su padre, un militar fiel a la República, en 1936, fusilado en 1939. Incluso por boca de su propia madre y de sus tías, beatas a carta cabal, según recalca Arrabal. «Estaban empeñadas en hacerme creer que yo no había tenido padre... que mi madre, como la Virgen María, me había concebido por obra y gracia del Espíritu Santo»... <<

[106] *Guerrillas españolas, 1936–1960, Op. cit.* <<

[107] *No me avergoncé del Evangelio.* Rvdo. Padre Marino Ayerra Redin. Doctor en Teología, Edit. Periplo, Buenos Aires, 1958. <<

[108] En Cataluña se acogió a niños refugiados, de otras regiones, en los más apartados de sus pueblos y aldeas. Villapadierna tuvo a su mujer y a sus cuatro hijos —el mayor de catorce años y el menor de diez meses—, en 1937–1939, en el pueblo de Sant Guim (Lérida). Allí dejarían, enterrado, al más pequeño... (En el Ejército Republicano de Cataluña, Villapadierna fue Comandante de los «Servicios Z». Lo que, en Francia, en 1939, le valió para actuar como asesor de los servicios de sabotaje, en el Polígono Militar de Bourges). <<

[109] *La guerra de España en sus documentos*, Fernando Díaz-Plaja, Plaza y Janés Editores, Barcelona, 1972. <<

[110] Véase el Epílogo. [<<](#)

[111] *Un soldado de la República*, de E. P. P., Círculo de Lectores, Barcelona, 1993. <<

[112] *Los que se echaron al monte*, y *El Cariñoso*, de José Cicero, Ediciones de Autor, Santander, 1982. <<

[113] *El Cariñoso, Op. cit.* <<

[114] «Celso Amieva» es uno de los más notables poetas en bable y a ese título figura en la *Enciclopedia Asturiana*. <<

[115] Véase: *Republicanos españoles en la Segunda Guerra Mundial*,
Op. cit. <<

[116] No es único este caso de guía, al servicio de las ideas, cuyo aprendizaje fue el contrabando. <<

[117] Véase: *Años de muerte y de esperanza*, Eduardo Pons Prades–Agustín Centelles Ossó, Editorial Blume–Ediciones Altalena, Barcelona, 1979. [<<](#)

[118] Raramente la vida de un compatriota nuestro —con haberlas muy interesantes— ha tenido un desarrollo tan de película como la de «Comprendes». <<

[119] *Kibutz*: una colectividad agrícola israelí, basada en la igualdad de sus miembros, en derechos y deberes. <<

[¹²⁰] Revista *Macadam Journal*, París, noviembre de 1995. <<

[121] *Los niños (Historia de los niños de la Guerra Civil española refugiados en Bélgica, 1936–1939)*. Editan: Asociación «Los Niños de la Guerra», 5101, Erpent (Bélgica), y Editions Vie Ouvrière, A. B. B. L., Bruselas, 1994. <<

[122] Breve diálogo: «Las calles empiezan a llenarse de hombres de la CNT, que fueron los primeros en tomar la iniciativa. Estos toman los puntos que consideran indispensables para la defensa de San Sebastián» (Carlos Blasco Olaetxea). «Efectivamente, los grupos de la CNT tomaron la iniciativa. A éstos se les unen hombres de distintos partidos: comunistas, socialistas y algunos de Acción Nacionalista Vasca (ANV), a título personal. El PNV no actúa en este primer momento.» (Véase: *Diálogos de guerra. Euskadi 1936*, de Carlos Blasco Olaetxea. Edición de Autor, profusamente ilustrada). El autor dialoga con:

André Plazaola, de las Juventudes Nacionalistas Vascas, que fue comandante del Batallón Sasete; Joaquín Zubiria, miembro de la Solidaridad de Trabajadores Vascos (STV) y del Partido Nacionalista Vasco (PNV); José Manuel Iradi, que formaba parte de la directiva de las Juventudes Nacionalistas Vascas. Fue teniente del Batallón Sasete. Donostia–San Sebastián, 1983. <<

[123] Según declaró el mariscal Hermann Goering, en el proceso de Nüremberg, la participación de la aviación militar alemana en la guerra de España permitió experimentar tres clases de intervención contra la población civil, para comprobar los efectos psicológicos sobre su moral: *a) Sobre una localidad pequeña alejada de la zona de guerra: Gernika. b) Sobre una ciudad en vísperas de ser ocupada militarmente: Bilbao. c) Sobre una gran ciudad —Barcelona: bombardeos de terror de los días 16, 17 y 18 de marzo de 1938—, mientras se está desarrollando una gran ofensiva: la de Aragón (marzo-abril 1938). Al término de la cual, en las provincias de Tarragona y Lérida, el enemigo pisaría, por vez primera, tierra catalana.* <<

[¹²⁴] Véase el Apéndice n.º 18. <<

[125] *El Cariñoso*, de José Cicero, *Op. cit.* (N. del A.: Respecto a los 1889 niños vascos evacuados hacia la Unión Soviética, véase: *Niños en la URSS*). <<

[126] Libros publicados: *La generación del exilio* (1983). *Niños vascos evacuados el 37* (1988). *Niños vascos evacuados a Gran Bretaña* (1991). Fue el primer presidente de la Asociación de Niños Vascos Evacuados el 37, hasta su definitiva constitución y puesta en marcha. Es profesor en una *ikastola* y lleva años trabajando en la historia cultural de Euskadi. <<

[127] En abril de 1938, según los servicios vascos de Asistencia Social, el número de niños evacuados ascendía a 37 930 (22 234, en Francia; 6200, en Cataluña; 3956, en Gran Bretaña; 3201, en Bélgica; 1889, en la Unión Soviética; 245 en Suiza, y 105 en Dinamarca) (*El exilio español en la Guerra Civil: los niños de la guerra*), Ministerio de Cultura–Fundación Largo Caballero, Madrid, 1995). <<

[128] La Iglesia Católica española, aval moral de una rebelión militar fuertemente impregnada del paganismo nazifascista imperante entonces en Europa —que prendió de las chilabas de los moros, traídos a España durante la Guerra Civil, el famoso «Detente Bala», con el Sagrado Corazón de Jesús en el reverso—, también tomó la palabra: «Se trata únicamente —afirmaba el administrador apostólico de Vitoria, monseñor Lauzurica— de devolver a los padres que los reclaman y a los ciudadanos de la católica España. Una orden injusta los arrancó de su hogar, crimen espantoso que ha coronado la insensatez de quienes se alzaron en contubernio con los enemigos de Dios y de la Patria.» (Monseñor Lauzurica se olvidó de señalar que a todos los niños evacuados que regresaron los llevaban al Albergue Nuestra Señora del Pilar de Fuenterrabía, donde eran interrogados y fichados. Y algunos de ellos eran enviados luego a reformatorios religiosos...). <<

[129] «Carta de España», *Revista de la Emigración e Inmigración*, n.º 484, Madrid, agosto de 1994, (Entrevista de Pablo L. Monasor). [<<](#)

[130] Cuando llegó a mis manos el testimonio de Néstor Basterretxea hacía tiempo que poseía el de Marín Civera, presidente del Partido Sindicalista, que viajaba en el *Alsina* con su esposa y su hijo. En el que sería el último barco que transportaría republicanos españoles a Iberoamérica. En su testimonio, el valenciano Marín Civera nos ofrecía un relato similar al del niño vasco. Preferimos ceder la palabra a éste porque venía impregnado de un candor y de una generosidad que — precisamente a causa de lo vivido— parecían vedados a las personas adultas. Sin embargo, hemos de puntualizar —dando la palabra al sindicalista Civera—: 1) El comportamiento del grupo de los judíos dejó mucho que desear. Tenían complejo de superioridad —por algo eran viajeros que ocupaban los mejores camarotes del barco y la mesa del capitán—, y su orgullo era inaguantable. No faltó quien sugirió arrojar a alguno al mar, para ver si se volvían más humildes. 2) El descubrimiento de los *gudaris* clandestinos no fue tan calmoso como dice Néstor Basterretxea. El capitán llegó a insinuar lo que el código de la navegación prescribía en tales casos: abandonarlos en el primer puerto que tocasen. Pero que, dado que no había escala prevista hasta tocar tierra americana... Se les daría un bote y se les abandonaría en medio del Atlántico. Fue Marín Civera el que, a su vez, insinuó al capitán del barco, que era portugués, que si causaba el menor perjuicio a los *gudaris*, a él le constaba que, entre los seiscientos españoles embarcados, había un grupo de dinamiteros asturianos capaces de volar el barco... Acto seguido, ya en plan diplomático, el padre de Néstor y Alcalá Zamora encontrarían todas las

facilidades del mundo... <<

[¹³¹] Véase: *Los que sí hicimos la guerra*, de E. P. P., Editorial Martínez Roca, Barcelona, 1973; y el Apéndice n.º 7. <<

[132] El Cuerpo de Carabineros estaba destinado, esencialmente, a perseguir el contrabando. De ahí su presencia en las fronteras y en los puertos y playas. Dependía del Ministerio de Hacienda y en 1936 sus destacamentos fueron leales a la República. Por eso, en los primeros meses de 1937 fue disuelto en la zona facciosa. Y durante la guerra y en la posguerra, los carabineros supervivientes serían fusilados, encarcelados o tuvieron que exiliarse. <<

[133] Localidad del departamento del Orne, a 700 km de los Pirineos. Un día de agosto de 1944 sería liberada por los españoles de la Segunda División Blindada —la del general Leclerc— y en su cementerio yacen los restos de seis soldados españoles, que cayeron combatiendo allí: Luis del Águila, Roberto Helio, Constantino Pujol, Manuel Sánchez, José Reinaldos y Pascual Vidal. <<

[134] *Los que si hicimos la guerra, Op. cit.* <<

[135] En otros lugares, a los extranjeros los tomaron por paracaidistas alemanes y los ejecutaron sobre el terreno. Y es porque los bulos —arma psicológica temible— se extendían como una plaga... La palabra *quinta columna* fue acuñada durante la guerra de España. La utilizó el general Mola para anunciar que él tomaría Madrid con las cuatro columnas militares que atacarían por el exterior y una quinta columna que tenía preparada dentro de la ciudad. Y no sólo no tomó la ciudad sino que, con tan irresponsable declaración, puso en evidencia y en peligro a sus partidarios de Madrid. Y alardeando de una *quinta columna* que nunca existió. Al menos con el peso decisivo que Mola le atribuía.

<<

[¹³⁶] *Diario Vasco*, Bilbao, 10 abril 1996. <<

[¹³⁷] *Los bombardeos de Barcelona durante la Guerra Civil (1936–1939)*, de Joan Villarroya i Font, Publicaciones de la Abadía de Montserrat, Barcelona, 1981. «Hubo otro Guernica», revista *Primera Plana*, n.º 2, Barcelona, 25 de febrero de 1977. (En el bombardeo de las 12 horas del 17 de marzo de 1938 fue herido el autor, cuando conducía un auto–ambulancia. Había llegado con permiso, desde Madrid, tres días antes). Respecto al impacto moral —perseguido por los atacantes—, el profesor Carlos Rojas ha escrito: «No obstante, como pudo comprobarse antes en Madrid, el resultado no es el terror sino una paradójica afirmación de la entereza en aquellas circunstancias. Cuando lleguen los ataques más vastos, a mediados de marzo de 1938, los heridos saludarán con el puño cerrado, en sus camillas, y gritarán: “¡Hasta la victoria!”» («Nieve y bombas sobre Barcelona», *El Correo Catalán*, Barcelona, 8 de abril de 1979, capítulo xxvii). <<

[138] «La batalla del Ebro fue una doble victoria republicana», Entrevista a Eduardo Pons Prades, por Juan Manuel Blanco, *Diario de Barcelona*, 20 de agosto de 1978. (Véase: *Franco y Rojo. Dos generales para dos Españas*, de Carlos Blanco Escolá, Editorial Labor, Barcelona, 1993). <<

[139] *Episodis de la Guerra Civil espanyola*, de Jaume Miravitles, Editorial Pòrtic, Barcelona, 1972. <<

[¹⁴⁰] *Los que sí hicimos la guerra*, de E. P. P., *Op. cit.* <<

[141] El actor Fernando Fernán Gómez ha declarado, reiteradamente, que sus primeras tablas las hizo —entre 1936 y 1939—, en el Madrid en guerra, en una de esas escuelas de actores organizadas por la CNT madrileña. <<

[142] El autor del libro era el propio André Malraux. <<

[¹⁴³] «Testimonio de la ocupación», Josep M. Espinás, *Diario Avui*, Barcelona, 13 de mayo de 1987. [<<](#)

[¹⁴⁴] «La ocupación militar de Cataluña», de Josep M. Solé Sabaté y Joan Villarroya, revista *L'Avenç*, marzo 1938–febrero 1939. [<<](#)

[¹⁴⁵] «Carta de guerra del 36 para la paz del 83», de Holgado Mejías, *Nueva Andalucía*, Sevilla, 5 de diciembre de 1983. [<<](#)

[¹⁴⁶] Revista *Historia y Vida*, n.º III, Barcelona, junio de 1977. <<

[¹⁴⁷] Otro *objetivo*, reiteradamente bombardeado y ametrallado, fue el tren–hospital n.º 1, según el testimonio del Dr. Joaquín Folch i Pi, jefe–adjunto del mismo (*Los derrotados y el exilio*, E. P. P., Editorial Bruguera, Barcelona, 1977). <<

[148] En el invierno 1938–1939, a raíz de la entrada masiva de refugiados republicanos españoles en Francia, pudimos comprobar el alto sentido de la solidaridad de los sindicatos obreros franceses. En particular, el de los ferroviarios y el de los empleados de Correos, Teléfonos y Telégrafos (PTT), así como el gremio de la Enseñanza. <<

[149] Véase el Apéndice n.º 12. <<

[150] «... el caso es que intenté llevarlo a un colegio de los más conocidos y resultó que en aquel colegio no podían admitir *un niño rojo*... ¡histórico! Busqué otro, esto es: otro sumamente modesto, uno que se llamaba Petit College, en Issy-les-Moulineaux. Y allí lo admitieron. Estaba muy lejos, pero en un sitio bonito...». (Se trataba de una barriada del llamado *cinturón rojo* de París. N. del A.). (*Timoteo Pérez Rubio y sus retratos del jardín*, de Rosa Chacel, Ediciones Cátedra, Madrid, 1980). <<

[151] *La diáspora republicana*, de Avelli Artís-Gener, Ediciones Euros, Barcelona, 1976. <<

[152] Véase el Apéndice n.º 11. <<

[153] «Viaje en un tren–hospital», de Magda Donato, revista *La Estampa*, Madrid, 30 de octubre de 1937. <<

[¹⁵⁴] Véase el libro de Manuel Leguineche: *Annual, 1921*, editado por El País–Aguilar, Madrid, 1996. <<

[155] La Red de Evasión se llamaba «Pat O’Leary». Los republicanos españoles controlaban los últimos eslabones de dicha cadena. El de tierra, cuyo jefe era Paco Ponzán Vidal, un maestro de Jaca, de la CNT, y el de mar, bajo el mando de Manuel Huet Piera, ex taxista barcelonés. Editorial Virus, de Barcelona, está a punto de publicar una historia de dicha cadena de evasión, con la figura de Paco Ponzán como hilo conductor. Su autor: Antonio Téllez. <<

[¹⁵⁶] Diario *La Humanitat*, n.º 2, Barcelona, 30 de enero de 1979. Entrevista realizada por Joan Llarch. <<

[157] Véase el Apéndice n.º 2. <<

[158] Curiosamente: en los inciertos años cuarenta —entre 1946 y 1950, exactamente— circuló por la España franquista un proyecto de organización de un Partido Laborista —cabe suponer que con los ingleses como principales inspiradores—, cuyos jefes de fila eran, nada menos, que José Antonio Girón de Velasco —ministro de Trabajo—, Raimundo Fernández Cuesta —ministro de Justicia—, y Blas Pérez —ministro de Gobernación—; que no acabó de fraguar: *a*) por no haber despertado una mínima adhesión en el campo de los vencidos en la Guerra Civil; y *b*) a causa del estallido de la guerra fría, con el rápido retorno de los embajadores occidentales que habían sido retirados, tras la condena moral del régimen franquista por la ONU, a principios de 1946. <<

[159] Servicio encargado por el Comisario General, Bibiano Osorio y Tafall, para solucionar problemas en los hospitales militares surgidos entre directores socialistas y comisarios políticos comunistas o viceversa. Anomalías denunciadas por heridos hospitalizados en varios centros de Cuenca, Guadalajara y Albacete. <<

[160] Testimonios de José Robusté Parés y Vicente Tarradell. Este último: secretario general de la Federación Regional catalana del Partido Sindicalista, y participante en la reunión de información de Julián Besteiro, en Barcelona. <<

[¹⁶¹] Véase, el testimonio de Amaro del Rosal, veterano luchador socialista asturiano —su libro *Historia de la UGT de España en la emigración*—, sobre unas gestiones acerca de las autoridades franquistas, apenas estrenado el exilio de 1939, de otro prohombre socialista: Indalecio Prieto. Se puede considerar, con todo merecimiento, como la segunda parte de la protagonizada en España por Besteiro, en la primavera de 1939. (*Pro y Contra Franco*, de Ricardo de la Cierva y Sergio Vilar, Editorial Planeta, Barcelona, 1985. Y *Crónica negra de la transición española, Op. cit.*). <<

[162] *Nosotros, los evacuados*, de Josefina de Silva, Plaza y Janés, Barcelona, 1978. <<

[163] *Desde la noche y la niebla*, de Juana Doña, Ediciones de La Torre, Madrid, 1978. <<

[¹⁶⁴] Véase: *La Hispanidad franquista al servicio de Hitler*, de Ovidio Gondi, Edit. Diógenes, México, 1979. Y Apéndice 19. <<

[165] Edmon Vallés, redactor-jefe de *Historia y Vida*, recuerda, en Tarragona —su ciudad natal— un campo infantil administrado por Auxilio Social —aunque en el frontispicio se leía: «Campamento de la Cruz Roja». Era para niños repatriados del extranjero y que, al carecer de padres, acababan siendo enviados a asilos y reformatorios... En Tarragona hubo niños reclamados por tíos, abuelos e incluso hermanos, sin que sus familiares lograsen rescatarlos... <<

[166] Véase el Apéndice n.º 15. <<

[167] Entre los detenidos y entregados a las autoridades franquistas: el presidente de la Generalitat de Cataluña, Lluís Companys; el ministro de Industria, el libertario Joan Peiró, y el periodista y dirigente socialista, Julián Zugazagoitia, que serían pasados por las armas. Más tarde, entre otros miles, sería detenido el ex presidente del Gobierno republicano, el socialista Francisco Largo Caballero, que fue internado en el campo de exterminio alemán de Sachsenhausen–Oranienburg. Sin contar los cientos, o miles, de desaparecidos... <<

[¹⁶⁸] Véase el testimonio de Rosa Laviña. <<

[169] Véase la novela autobiográfica de Michel del Castillo, *Tanguy* —con un prólogo de Manuel Vázquez Montalbán—, Editorial Limits, Andorra la Vella, 1994. [<<](#)

[¹⁷⁰] Véase el testimonio de Michel del Castillo. <<

[171] El autor, al mando de una centuria de guerrilleros, tuvo en su poder, el 22 de agosto de 1944, al alcalde de Douzens, *Monsieur Montlaur* —durante las operaciones de rastreo y limpieza contra las tropas alemanas de ocupación— y en lugar de hacerle pagar la injusticia cometida con compatriotas nuestros, se limitó a entregarlo a las autoridades militares francesas. Después de haberle propinado un rapapolvo verbal de padre y muy señor mío, eso sí. Y he aquí otro ejemplo de la complicidad de las autoridades francesas: «Las mujeres francesas arrecian en sus críticas a las refugiadas españolas. Vigilan la subida del cartero... Los franquistas tienen el asentimiento del Subprefecto y recorren todo el Departamento coaccionando a las españolas para que regresen a España. La continuación de los sufrimientos, el cansancio y la desilusión arrastran a muchas a aceptar la repatriación, soñando con volver a los paisajes donde fueron felices y en los cuales, acaso, no volverán a serlo... Eran las que no habían hallado a sus deudos en los campos de concentración, las que sabían ya de su encarcelamiento en España, una viuda y nadie más». (*Éxodo. Diario de una refugiada española*, de Silvia Mistral, Ediciones Minerva, México D.F., 1940). <<

[172] Se refiere al pueblo de Oradour-sur-Glane, de cuya población de 641 personas —el 10 de junio de 1944— las tropas alemanas exterminaron a 640. Entre ellos: a diez niños españoles y a diez adultos, familiares todos de los primeros. (Véase «La matanza de Oradour-sur-Glane»). [<<](#)

[¹⁷³] Testimonio de Francisco Gómez de Lara, jefe de la enfermería del Campo de Rivesaltes (1940–1942). (Véase, también: *Batallón de Trabajadores*, de Joan Llarch, Plaza y Janés Editores, Barcelona, 1978). [<<](#)

[174] Texto de Ramón F. Reboiras, *El País* (semanal), Barcelona, 1 de septiembre de 1996. «Quisiera ser mujer para bailar Carmen», Entrevista de Teresa Rubio, «La cigarrera leninista», de Ángel Sánchez, *El Periódico*, Barcelona, 2 de septiembre de 1996, «El bailarín presenta *Carmen* y *Fuenteovejuna* en el Victoria», de Belén Guinart, *El País*, Barcelona, 5 de septiembre de 1996. <<

[¹⁷⁵] Para completar la panorámica sobre los legionarios —en tiempo de paz y por tierras canarias y andaluzas—, véanse los capítulos que el autor les dedicó, en uno de sus libros: 1) *De Antequera la Blanca a Ronda la Legionaria*. 2) *Breviario de la Legión*. 3) *Deslucida hoja de servicios*. 4) *Testimonio de un ex legionario*. 5) «A la Legión no la queremos ni bendita». (*Crónica negra de la transición... Op. cit.*).

Que ya llovía sobre mojado, como suele decirse, lo demuestra esta perorata del general-micrófono, Gonzalo Queipo de Llano, el 23 de julio de 1936, por las ondas de Radio Sevilla: «Nuestros valientes legionarios y regulares han enseñado a los rojos lo que es ser hombre. De paso, también a las mujeres de los rojos, que ahora, por fin, han conocido hombres de verdad y no castrados milicianos. Dar patadas y berrear no las salvará...». (Véase *El último virrey, Queipo de Llano*, Editorial Argos-Vergara, Barcelona, 1978.)

Y recordemos una de las estrofas de la *Marcha de los Alféreces Provisionales*: «Cada hombre, siete mujeres, pero cada alférez cincuenta, porque para eso cada alférez / es siete hombres y una estrella».

(Véanse, también, las últimas escenas de la película de Vicente Aranda, *Libertarias*, estrenada en España en 1996). <<

[¹⁷⁶] Semanario *L'Express*, París, 6 de octubre de 1975. <<

[177] Véase: *España Una*, Ediciones de La Torre, Madrid, 1978; *España Grande*, Ed. de La Torre, Madrid, 1978; *España Libre*, Ed. de La Torre, Madrid, 1978; *Barrio*, Ed. de La Torre, Madrid, 1979; *Paracuellos*, Ed. de La Torre, Madrid, 1979; «Carlos Giménez, autor de historietas», de Maruja Torres, *El País*, Madrid, 30 de junio de 1984.

«La Historia en historietas», de E. P. P., *Diario de Barcelona*, 16 de noviembre de 1980. Véase el Apéndice n.º 21. <<

[178] *Paracuellos-2* (2.ª Edición), de Carlos Giménez, Ediciones de La Torre, Madrid, 1983. <<

[179] *Los hijos de los vencidos*, Lidia Falcón, Editorial Pomaire, Barcelona, 1979. Y *Carlota O'Neill*, Ediciones Turner, Madrid, 1982.

<<

[180] Otra práctica corriente, en las cárceles franquistas, era la de espaciar, con breves silencios, la lectura del nombre y de los apellidos, cuando se llamaba, de madrugada, a los condenados a muerte que iban a ser ejecutados... en las periódicas *sacas*. A veces, hasta la lectura del segundo apellido no se revelaba la identidad completa del destinado a ser fusilado o agarrotado. <<

[181] *Espejito, espejito*, de Francisca Aguirre, Universidad Popular de San Sebastián de los Reyes (Madrid), 1995. <<

[182] Véase el Epílogo, dedicado al citado Orfanato. <<

[183] Véase en varios testimonios cómo tomaron el camino del Seminario algunos hijos de rojos —varones y hembras— para escapar un día —desde la cátedra de Literatura española de la Universidad Laboral de Córdoba o desde su puesto de cura- obrero, para transformarse en obrero libre en Holanda—, casarse y formar a un hogar. O, en el caso de las hermanas Rodríguez —de Asturias— acabar colgando los hábitos y seguir siendo enfermeras, pero libres. Desgraciadamente, al menos por parte de las muchachas, sin haber formado hogar. Cuando me consta —en el caso de Catalina Rodríguez— que tuvieron posibilidad de hacerlo. Catalina me dijo: «No puedo casarme porque me quitaron las ganas de vivir». <<

[184] «Las estampas humildes. El vaho de las cocinas», de Alejandro López Andrada, Diario *Córdoba*, 21 de agosto de 1996. <<

[185] *Pasaporte andaluz*, de Antonio Ramos Espejo, Editorial Planeta, Barcelona, 1981. <<

[186] «Abderramán Ihaddouten–José García. Inmigrantes de primera, segunda y tercera», Guillén Martínez, *El País*, 31 de agosto de 1996. (N. del A.: Ese sería un recurso elocuente y aleccionador: que, al lado de las lápidas de los caídos por Dios y por España, se colocasen placas con los muertos a causa de una «hemorragia cerebral» y los que se murieron de hambre... de resultas de su Santa Cruzada de Liberación. <<

[187] «Cartas al Director», *El País*, 22 de abril de 1991. [<<](#)

[188] En 1932, Rafael Alberti, el poeta gaditano, denunciaba los hechos en su poema *S. O.S.*: «El capitalismo prefiere dar de comer al mar. / En Brasil el café se quema y es hundido entre las algas, y el azúcar en Cuba arrojada a las olas se disuelve salada, y los trenes de harina son volcados en la prisa invasora de los ríos» (*María Lezárraga, una mujer en la sombra*, de Antonina Rodrigo, Ediciones Vosa, Madrid, 1994). <<

[189] El último guerrillero catalán cayó en agosto de 1963 (Ramón Capdevila *Caraquemada*), y el último guerrillero gallego sucumbió en marzo de 1964 (José Castro Veiga, *El Piloto*). Libertario el primero y comunista el segundo. <<

[¹⁹⁰] *Guerrillas españolas, 1936–1960...*, Op. cit. <<

[¹⁹¹] Recuérdese el poema de Bertolt Brecht, escrito en 1945: «He aquí lo que ha estado a punto de dominar el mundo; *pero los pueblos han tenido la última palabra*. Sin embargo, que nadie cante victoria a destiempo. *Porque el vientre de donde surgió la bestia inmunda, todavía es fecundo*». <<

[192] Las *contrapartidas* eran grupos de falsos guerrilleros integrados por jóvenes guardias civiles recién salidos de «la fábrica de tricornios» de Úbeda —como socarronamente me dijo un peluquero de aquella bellísima villa jienense—, con la misión de no sólo perseguir a la guerrilla y a sus colaboradores —enlaces, en particular— sino también de realizar actos de fuerza —secuestros, robos, violaciones y hasta asesinatos— para desacreditar a la guerrilla. De ahí que en las *contrapartidas* figurasen, también, delincuentes de delitos de sangre *recuperados* en los penales españoles. (Véase: *Guerrillas españolas, 1936–1960...*, *Op. cit.*). <<

[193] Esto era el resultado de los fantasiosos atestados que, de vez en cuando, se inventaba la Guardia Civil para justificar sus salidas al monte y para cobrar las primas correspondientes... <<

[194] *Batallones de Trabajadores*, de Joan Llarch, Plaza y Janés Editores, Barcelona, 1978, y *Guerrillas españolas, 1936–1960...*, *Op. cit.* <<

[195] *La Guerra Civil en Córdoba (1936–1939)*, de Francisco Moreno Gómez, Editorial Alpuerto, Córdoba, 1985, y *Córdoba en la posguerra (la represión y la guerrilla) (1939–1950)*, de Francisco Moreno Gómez, Editorial Alpuerto, Córdoba, 1987. Véase, también: *Crónica negra de la transición española, 1976–1985*, Plaza y Janés Editores, Barcelona, 1986. <<

[196] Véase el Apéndice n.º 10. <<

[197] Véase el Apéndice n.º 2. <<

[198] *Contre l'ordre du monde: Les rebelles*, Jean Ziegler, Editions du Seuil, L'Histoire Inmmediate, París, 1983. [<<](#)

[199] «Ken Loach defiende en su filme sobre Nicaragua a un pueblo alzado en su propia dignidad», Lourdes Gómez, *El País*, 15 de agosto de 1996. <<

[200] «Una Escuela Nueva para un Pueblo Libre», Eduardo Pons Prades, revista *Nueva Historia*, n.º 18, Barcelona, 1978. Y la revista *Polémica*, n.º 44, Barcelona, marzo, 1989. <<

[201] *Timoteo Pérez Rubio y los retratos del jardín*, de Rosa Chacel, Ediciones Cátedra, Madrid, 1980. <<

[²⁰²] Véase: «La guerrilla soy yo», *Cambio 16*, Madrid, 15 de noviembre de 1976. <<

[203] Véase: *Historia política y militar de las Brigadas Internacionales. Testimonios y Documentos*, de Santiago Álvarez, Compañía Literaria, Madrid, 1996. <<

[²⁰⁴] *La represión en la provincia de Cáceres durante la Guerra Civil..., Op. cit.* <<

[²⁰⁵] *Franco y Rojo. Dos generales para dos Españas*, de Carlos Blanco Escolá, Editorial Labor, Barcelona, 1993. <<

[206] «Una revolución no es como invitar a alguien a comer, escribir un ensayo, pintar un cuadro o hacer calceta; no puede ser ninguna de estas cosas tan refinadas, tan apacibles y gentiles, suaves, dulces, bondadosas, corteses, o magnánimas. Una revolución es una insurrección, un acto de violencia, mediante el cual una clase social arroja del poder a otra». (Mao Tse-tung, «La Larga Marcha», de E. P. P., revista *Tiempo de Historia*, n.º 8, Madrid, julio de 1975). <<

[207] La experiencia en Cataluña del CENU (Consejo de la Nueva Escuela Unificada) fue la revolución cultural más perfecta que se haya dado en el mundo. Sirva este dato: mientras actualmente (1996) hay problemas para escolarizar, *normalmente*, y en tiempo de paz, algo más de ciento cincuenta mil niños —en secundaria y tan sólo en el área metropolitana barcelonesa—, en el curso 1936–1937 (primer año de guerra) en Barcelona ni un solo niño quedó por escolarizar. Recuérdese, por otra parte, que, por aquellas fechas, ya habían llegado a Cataluña, procedentes de Madrid, Andalucía y Aragón, entre ocho mil y diez mil niños refugiados. Entre la dedicación y entrega de los maestros, y también del personal auxiliar, y *la calidad de la enseñanza impartida* —comparada con las prestaciones actuales— media un abismo prácticamente insondable. (Véase el Apéndice n.º 3). <<

[208] *Córdoba en la posguerra*, de Francisco Moreno Gómez, Ediciones Alpuerto. <<

[209] F. Moreno Gómez, *Op. cit.*

(N. del A. En nuestros archivos poseemos otros casos de suicidios de familias enteras, en La Rioja, Extremadura y Castilla...). <<

[²¹⁰] *Los que si hicimos la guerra*, Op. cit. (Véase también: José Trueta, héroe anónimo de dos guerras, de Antonina Rodrigo, Plaza y Janés Editores, Barcelona, 1978). <<

[211] *Pasión y muerte de los españoles en Francia*, Ediciones Espoir, Toulouse, 1969. <<

[212] Testimonio de Manuel Sala, detenido allí durante dos años. <<

[²¹³] *La lie de la Terre (La hez de la Tierra)*, Editions Grasset, París, 1947. <<

[214] *Los olvidados*, Antonio Vilanova, Ediciones Ruedo Ibérico, París, 1969. <<

[215] *Los que si hicimos la guerra, Op. cit.* <<

[²¹⁶] *El Periódico de Cataluña*, Barcelona, 28 de agosto de 1986. <<

[²¹⁷] *Testimonios y Homenajes*, de Rafael Dieste, Editorial Laia, Barcelona, 1985. <<

[²¹⁸] *La República Española y la Guerra Civil*, de Gabriel Jackson, Princeton University Press, Chicago (USA), 1967. Y el testimonio del abogado Antonio Horna Jiménez, secretario de la Comisión de Canjes del Ministerio de Justicia del Gobierno de la República Española (1936–1939). <<

[²¹⁹] *La Hispanidad franquista al servicio de Hitler, Op. cit.* <<

[220] *La represión en La Rioja* (Tres tomos, profusamente ilustrados y cuadros estadísticos de los republicanos asesinados, por localidades), de Antonio Hernández García, Edición de autor, Logroño, 1984. Y *¡No, General! Fueron más de tres mil los asesinados*, del Colectivo AFAN, Editorial Mintzoa, Pamplona, 1984. <<

[221] Véanse las obras citadas de Francisco Moreno Gómez. <<

[222] Su libro *Los niños españoles de Morelia*, *Op. cit.* <<

[223] Del prólogo, de Manuel Vázquez Montalbán, para *Tanguy*, edición de Limits Editorial, de Andorra la Vella, 1994. [<<](#)

[224] Fueron gaseados en el campo anexo de Gusen-I, en 1941. <<

[225] Sus respectivos padres fueron gaseados en Mauthausen. <<

[226] Fallecieron en Francia a los pocos meses de haber sido repatriados de Alemania. <<

[227] De los 16 menores de edad españoles llevados a Ravensbrück —entre ellos, los cuatro hermanos Cortés García— no sobrevivió ninguno. <<

[228] «El médico de los brigadistas», de José Ramón Ariño, *El País*, Madrid, 31 de julio de 1996.

En una de sus obras (*Asilo poético*, Ed. Endymion, Madrid, 1992), Jesús López Pacheco dedica uno de sus poemas a Norman Bethune: «El canadiense más humano de nuestro tiempo *fue a España cuando España le gritaba al mundo* “¡Venid a ver la sangre derramada!”. “*My eye are overflowing*”, dijo “*and clouded with blood*”. El canadiense más humano de nuestro tiempo *escribió treinta versos como treinta blasfemias* sobre la sangre derramada por los muertos. *Son versos antiaéreos, anticelestiales*, que acaso derribaron algunos aviones *una escuadrilla entera de hipocresía alada*. El canadiense más humano de nuestro tiempo, *sin olvidar la sangre derramada*, pensó en la sangre que vivía y que luchaba. *Como también era poeta de otra forma*, cuando veía heridas como “terribles flores de carne”, *les rimaba los bordes con suturas* para que no siguiera derramándose sangre. *Pero, a veces, las flores se quedaban de pronto* marchitas, la sangre ya perdida. *Y la sangre de los muertos era ya sangre muerta*. *El canadiense más humano de nuestro tiempo* vio cómo los fusiles pasaban de las manos *de los muertos y heridos a los que no tenían fusiles* en las manos. *Pensó en la sangre, en toda la sangre del pueblo de España*, vio que era toda un mar, una gran red de ríos *que iban a dar a ríos que iban a dar a la mar*, el rojo mar inmenso que estaba defendiendo / la vida. *El canadiense más humano de nuestro tiempo* subió a un camión pequeño y recorrió los frentes con botellas de sangre. Habiendo descubierto / que las venas del hombre pueden dar en el hombre, *fundó el Canadian Blood*

Transfusión Service, Servicio Canadiense de Transfusión de Sangre». <<

[229] *Pau Casals y su museo (Pau Casals, una vida musical)* por Montserrat Albet, editado por la Fundación Pau Casals, Barcelona, 1986. <<

[²³⁰] Este texto se publicó por primera vez en *El País* del 17 de julio de 1986. <<

[²³¹] Se recaudaron más de cuatrocientos millones de pesetas, canalizados luego a través de la Comisión Española de Ayuda al Refugiado y de ACNUR. <<